

*“Freethy es una experta en  
crear personajes creíbles”*

Library Journal

A bride with long blonde hair, wearing a white wedding dress and a flower in her hair, is leaning on a dark wooden boat railing. She is holding a large bouquet of white and light blue flowers. The background is a bright, shimmering body of water.

# BARBARA FREETHY

Algo  
Maravilloso

# **BARBARA FREETHY**

*Algo maravilloso*

*Barbara Freethy*

# Sinopsis

*Es el tipo de historia sobre la que el periodista de investigación Matt Winters escribe, no la que quiere vivir. Cuando descubre un bebé recién nacido en su puerta, entra en pánico... entonces con desesperación se vuelve a su hermosa y tentadora vecina Caitlyn Deveraux para que le ayude. Después de todo, ¿se supone que las mujeres saben todo en cuanto a bebés!*

*La sensualidad natural de Caitlyn intriga a Matt... y su afligida vulnerabilidad mientras carga con el precioso bulto pica su curiosidad. Los trajes de novia que ella crea son famosos por cumplir la fantasía de cada novia, sin embargo dice que el matrimonio... y ser madre... no son para ella.*

*Pero sus besos de repente tienen a Matt soñando por tener algo maravilloso... y pronto él está determinado a conseguir que esta mujer reacia cambie de manera de pensar.*

Autor: Freethy, Barbara

©2012, Barbara Freethy

ISBN: NovelaRomántica

Generado con: QualityEbook v0.75

# ALGO MARAVILLOSO

@ Copyright 2011 Barbara Freethy

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Ninguna parte de este libro puede ser usada o reproducida de ninguna forma sin el permiso previo por escrito, a excepción de citas cortas incluidas en artículos de crítica.

La presente es una novela de ficción. Los nombres, personajes, lugares y los sucesos son productos de la imaginación del autor y se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos, escenarios, organizaciones o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Para más información contactar a: [barbara@barbarafreethy.com](mailto:barbara@barbarafreethy.com)

# Capítulo Uno

**F**RÍAS y mojas caricias de neblina rozaban su rostro mientras Matt Winters caminaba por la loma hacia su edificio de apartamentos en San Francisco. Al sonido de la sirena, automáticamente se puso tenso. Había estado persiguiendo ambulancias durante tanto tiempo que no podía evitar preguntarse qué nueva historia se estaría desarrollando, qué tragedia se estaría desencadenando, qué familia estaría por recibir una desagradable llamada tarde en la noche.

Mientras la sirena se acercaba, echó un vistazo a la calle detrás de él. Todo estaba tranquilo. Autos estacionados, edificios oscuros, las luces de los postes de luz rompían la oscuridad, pero nada parecía estar fuera de lugar. Aun así, Matt sentía las espinas de intranquilidad clavarse en la piel detrás de su cuello. Sentía como que alguien lo estaba observando, y sus instintos gritaban advirtiéndolo aunque su cerebro no podía entender el porqué.

Echando una última mirada hacia la calle detrás, se detuvo delante de la puerta principal de su edificio de apartamentos para abrir con la llave. Frunció el ceño cuando vio que la puerta estaba entreabierta y que la cerradura parecía estar trabada. Matt no estaba demasiado preocupado por su apartamento apenas amueblado o siquiera por su propia seguridad. Había vivido en lugares mucho más peligrosos que éste. La cerradura rota aumentó su sensación de que algo estaba mal, sin embargo una rápida mirada alrededor del vestíbulo reveló que todo estaba bien.

Con un suspiro de cansancio, Matt presionó el botón de llamada del ascensor y frotó una mano sobre sus cansados ojos. No había dormido más que tres horas seguidas en las últimas veintidós. Había estado a la caza de una noticia, siguiendo unas pistas de dinero que lo habían llevado directo al ayuntamiento. Mañana el resto de San Francisco leería sobre la corrupción de uno de sus supervisores en la edición matutina del *Herald*.

Su misión estaba cumplida, Matt debería haberse sentido satisfecho. En su lugar, se sentía inquieto, una vez más se le recordaba que sin importar cuántas verdades había descubierto, sin importar cuántos misterios había resuelto, no podía resolver el que más le importaba.

Matt presionó el botón del ascensor otra vez, odiándose por no poder dejar atrás el pasado. Cuán irónico era que vivía su vida en la búsqueda de la verdad, sin embargo no parecía poder aceptarla cuando lo miraba fijamente a la cara.

La necesidad de cierre, el deseo de detener el hambre incesante, la insaciable sed de respuestas lo había traído de vuelta a San Francisco, el lugar donde todo había empezado y donde había terminado.

Finalmente, las puertas del ascensor se abrieron. Un minuto después, bajó en el décimo piso y

caminó por el pasillo hacia su apartamento. Ingresó justo a tiempo para contestar el teléfono antes de que la máquina lo hiciera. —Winters—, dijo abruptamente.

No hubo respuesta, solamente el sonido de alguien que respiraba. ¿Una broma telefónica, un informante, una amenaza? No sabía cuál.

—¿Matt?— Apenas un susurro se escuchó, tan bajo que no podía decidir si era un hombre o una mujer.

—¿Quién es?— No hubo respuesta. —Mira, no tengo tiempo de...

El sonido de un clic, luego del tono, le dijo que la persona que llamó había colgado. Por hábito, escribió el número del identificador de llamadas. No era uno que reconociera, pero lo buscaría luego. En realidad estaba demasiado cansado para lidiar con una cosa más esta noche.

Tirando sus llaves sobre la mesa del comedor, se dirigió a la cocina, preguntándose si por una posibilidad remota había en realidad algo que se pudiera comer en su refrigerador. Desafortunadamente, sólo contaba con poco menos que un par de cervezas, algo de lechuga marchita y tomates con moho. Después de abrir una de las cervezas, bebió un agradecido y largo trago, luego caminó de vuelta hacia la sala de estar.

No era una habitación muy acogedora en ese momento. Había un viejo sofá de cuero negro contra una de las paredes y un sobrecargado sillón que hacía juego; una mesita de sala de roble donde tenía su selección de periódicos y revistas; un sistema de estéreo, porque no podía vivir sin música; y un saco de boxeo colgado de un gancho en el techo, porque no conocía una manera mejor de aliviar el estrés que reventar a golpes dicho saco. El boxeo lo había hecho superar tiempos difíciles, proporcionando un sentido de control sobre sí mismo y del caos en el que una vez su vida había estado.

En algún momento, tendría que invertir en algunos muebles... o tal vez no. ¿Quién sabía cuánto tiempo se quedaría en San Francisco? ¿Quién sabía cuánto se quedaría en ningún lado? Su vida había sido una serie de entradas y salidas, nuevos lugares, nuevas caras.

El teléfono sonó otra vez y los músculos de Matt se tensaron. Por un segundo estuvo tentado a dejarlo sonar, pero nunca había sido uno que huyera de una lucha o evitara un enfrentamiento, aunque había habido un montón de personas en su vida que le habían dicho que hiciera exactamente eso. Tomó el teléfono nuevamente y dijo, —Winters.

—Felicitaciones—, David Stern replicó.

Matt se relajó al escuchar el sonido de la voz de su editor.

—Estoy ansioso porque el periódico matutino llegue a las calles—, David alardeó. —Tu historia conmocionará a esta ciudad.

—Siempre y cuando Keilor no nos demande por difamación.

—Déjalo que lo intente. Cubriste tu trasero bastante bien.

—El tuyo también—, Matt le recordó.

—Por eso te pago bien.

—Sí, es cierto—. Matt cruzó la sala de estar con el teléfono inalámbrico en su mano. —¿Y ahora qué?

—¿Por qué no te tomas un descanso? Has estado en esta historia desde que aterrizaste en la ciudad hace seis semanas. Tómate un tiempo de descanso. Unos días en Lake Tahoe no te harían daño.

Matt no quería unos días de descanso. Las vacaciones eran para la gente que quería relajarse,

para pensar, para filosofar, y él no quería hacer nada de eso. Demasiado tiempo en sus manos sólo lo haría sentir más imprudente.

—Estoy bien. No necesito ningún descanso—, dijo él.

—Ya sabía que dirías eso. A propósito, ese investigador privado amigo tuyo pasó por el periódico hoy. ¿Me quieres contar en lo que estás trabajando?

—No tiene nada que ver con el diario.

—Entonces debe de tener algo que ver con el hecho de que me sorprendiste como la mierda al aceptar mi oferta de trabajo e irte de Chicago—, David dijo, obviamente tratando de pescar algo.

—Puede ser.

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo, Matthew. Tendré que hacer uso de mi autoridad sobre ti e insistir en la verdad.

Matt se rio. —Puedes intentarlo.

—Puedo hacer mi propia investigación.

—Si hicieras buenas investigaciones, escribirías tus propias historias en vez de editarlas.

—Eso sí que duele. ¿Alguna vez alguien te dijo que empuñas la honestidad como un objeto contundente sobre la cabeza?

—¿Y tu punto es?

La atención de Matt se desvió mientras David emprendía un largo y sinuoso recordatorio de cómo la investigación en la que Matt se había involucrado podría en última instancia afectar al periódico. Matt no se molestó en interrumpir. Simplemente fijó su mirada en las luces de San Francisco intercalándose como navegantes borrachos por encima y debajo de las colinas de la ciudad. Era una hermosa vista, pero a menudo se preguntaba qué lo poseyó al aceptar este apartamento en el décimo piso en Pacific Heights. El pulido piso de parquet, la gran ventana con vista a la bahía, la cocina ultramoderna se sentía mal. Esto no era propio de él. Él era más bien tipo de callejones y malos vecindarios, comida china para llevar y humo de cigarrillo. Pero de alguna manera David lo había convencido de que un lugar diferente le cambiaría la perspectiva.

—¿Cómo está Jackie?— Matt interrumpió, sabiendo que si había una garantía de distraer a David, esa era su esposa.

—Quejándose sobre ponerse gorda. Me preguntó hoy si se veía como una radiante mujer embarazada o como un pingüino gordo.

—Dime que elegiste como radiante mujer embarazada.

—¿Radiante pingüino no fue lo suficientemente bueno?

—Espero que te guste dormir en el sofá.

—Es mejor que dormir en nuestra cama en estos días. A veces me pregunto por qué siempre quise tener un hijo.

—Bien, necesitarás a alguien que te corte el césped algún día.

—Gracias por recordármelo. Eso tal vez me ayude a pasar por los antojos de esta noche. Jackie se pone hambrienta justo en el momento en que estoy por dormirme—. David hizo una pausa. —Sabes, debo de tener bebés en el cerebro, porque casi puedo oír a uno llorando.

Matt frunció el ceño y volvió su cabeza hacia la puerta mientras el sollozo se hacía más fuerte.

—No es tu imaginación. Lo puedo escuchar también—. Otro grito hizo a Matt prestar atención. —Te llamaré más tarde—. Bajó el teléfono y caminó hacia la puerta. El único otro inquilino en este lado del edificio en forma de “L” era una mujer soltera que todavía no había conocido. Abrió

la puerta, pero no había nadie allí afuera. En realidad, había alguien, bien abajo...

En el piso, en un asiento infantil de coche, había un pequeño bebé con unas pocas hebras de cabello negro crespo sobre su cabeza, mejillas rojas, ojos llorosos y una boca que gritaba de furia. —¿Qué mierda? Matt miró alrededor a un pasillo vacío, preguntándose dónde diablos estaba la madre del bebé.

—Bueno, sólo cállate por un segundo, ¿sí? Se agachó al lado del bebé y le acarició la cabeza, lo cual solamente pareció ponerlo... o era ponerla... más enojada.

—¿Dónde está tu madre?— Matt preguntó, el sentimiento de intranquilidad volviendo a su interior.

Miró hacia la puerta al otro lado del pasillo y dudó. Parecía haber una luz prendida, pero era casi medianoche. Sin embargo, ¿qué otra opción tenía? Acercándose, golpeó la puerta. Un momento después, una voz femenina dijo, —¿quién es?

—Es tu vecino.

—No puedo verte—, dijo ella cansada.

Matt se paró y miró justo por la mirilla. —Estoy aquí.

—¿Qué estabas haciendo en el piso?

—Mirando a tu bebé.

—¿Mi *qué*?

—Abre la puerta, ¿puedes?

—No lo creo.

—Mira, tenemos un problema aquí afuera. Alguien dejó un bebé en el pasillo.

Un silencio siguió, luego ella dijo, —está bien. Pero tengo mi teléfono y ya he marcado 9-1-1, así que si intentas hacer algo raro...

—No lo haré.

Otra pausa breve, luego la puerta se abrió sólo el ancho de una cadena de seguridad. La cara de una mujer apareció en la abertura, una visión de rulos rubios, encaje blanco, y algún tipo de velo vaporoso.

Matt parpadeó rápidamente, preguntándose si había creado por obra de magia una novia para hacer juego con el bebé en su puerta.

La mujer levantó el velo de su rostro, y él vio que sus mejillas estaban ruborizadas, sus ojos color café demasiado brillantes. —¿Qué quieres? Preguntó ella, con voz jadeante.

—Tu bebé está llorando—. Señaló hacia el bebé, quien lo convirtió en un mentiroso al estar sentado en silencio en su asiento infantil, considerando a ambos con una expresión confusa.

La mujer miró detenidamente en torno a él. —No tengo ningún bebé.

—Debes de tenerlo. Estoy segurísimo de que no es mío.

—¿Quién eres tú? Ella preguntó con sospecha. ¿Por qué estás tratando de deshacerte de tu bebé?

—No es mío—, él repitió. —Y vivo aquí—. Señaló hacia su puerta. —Soy tu vecino.

Su mirada cansada viajó lentamente sobre su cuerpo, y Matt se dio cuenta de sus sucios jeans negros, camiseta gris manchada de sudor y chaqueta negra de cuero. Pasando una mano tímida sobre su cara, pudo sentir una barba asomándose por sus mejillas. —Acabo de terminar con un trabajo—, dijo él. —Normalmente no me veo así.

—¿Cómo te ves normalmente?



—Bueno, no de esta manera—, dijo exasperado. —Mira, necesito dormir un poco, y tú necesitas cuidar de este bebé.

—Ese no es mi bebé. No sé lo que estás tratando de pasar, pero...

—Ey, espera—. Instintivamente metió su pie en el espacio entre la puerta y la pared mientras ella trataba de irse, haciendo una mueca de dolor cuando le pegó el pie con la puerta. —Soy de verdad tu vecino. Matt Winters. Tengo identificación—. Alcanzó su billetera y sacó su licencia de conducir, sosteniéndola para que pudiera ver. —Soy un periodista del *San Francisco Herald*. Y no tendría problemas en darte referencias si sólo abrieras la puerta y me ayudarás a averiguar de quién es este bebé.

—La dirección dice Chicago.

—Es donde viví hasta hace poco. Vamos, debes de haber visto mi nombre en el buzón de correos al lado del tuyo. El nombre del dueño es Rick Shrader. Puedo darte su número de teléfono. Ayúdame por favor.

Ella lo miró dubitativamente, entonces el bebé dejó escapar un alarido de protesta. Un segundo después la mujer soltó la cadena y abrió la puerta, permitiendo a Matt el primer vistazo completo de su vecina. Descalza, con jeans azules gastados, un suéter corto amarillo fuerte y un velo blanco de encaje, ella causó bastante impresión. Sin embargo, no fue su atuendo de locos lo que lo tomó de sorpresa, sino sus ojos color café moteados de dorado y sus cabellos rubios dorados por el sol que caían en cascada a mitad de su espalda cuando, cohibida, se sacó el velo.

—No es lo que crees—, ella murmuró.

—No iba a preguntar.

Ella le mostró una sonrisa medio avergonzada. —Bien.

—Entonces, ¿fantasía de noche de bodas con tu novio?

—Dijiste que no ibas a preguntar.

—Lo siento.

Ella pasó por su lado y se arrodilló cerca del bebé. —Oh, cosita dulce. ¿Quién eres tú?

El bebé empezó a llorar más fuerte, sus pequeños dedos cerrándose en puños mientras se retorció en su asiento.

—Creo que quiere salir de ahí—, dijo Matt.

La mujer desabrochó las correas y lentamente atrajo al bebé en sus brazos. Tenía una sombría expresión en sus ojos mientras miraba al bebé, luego lo miró a él.

—¿Quieres decir que dejaron a este bebé en el pasillo?

—Eso es lo que parece.

—No lo entiendo.

Matt se encogió de hombros. Con certeza no tenía ninguna explicación.

—Ella es tan preciosa—, la mujer murmuró mientras el bebé se acurrucaba sobre su pecho.

Matt se aclaró la voz y se dio cuenta con fascinación de que estaba fijando la vista en los pechos de su vecina y de que, una vez más, ella lo estaba considerando con sospecha.

—¿Estás seguro de que no sabes quién es ella?— preguntó la mujer.

—Ni siquiera estaba seguro de si era una niña.

—Pijama rosa, manta rosa, medias rosa. Me parece que sin temor podemos decir que es una niña. Tal vez una de tus novias la dejó para ti.

Matt se tensó. —De ninguna manera. El bebé no es mío. Puedo garantizarlo.

La mujer tocó al bebé por detrás. —Una cosa es segura. Está toda mojada. Deberías cambiarla.

—O tú. Después de todo, estaba en el medio del pasillo, tal vez más cerca de tu puerta que de la mía—. Dijo mientras se lamentaba en su interior por dicho comentario. —¿No la escuchaste llorar? ¿Por qué no abriste tu puerta?

—Estaba escuchando música. No escuché nada—, ella explicó. —Está bien, la cambiaré, pero tú no te irás a ningún lado—, añadió cuando vio que se estaba acercando lentamente hacia su apartamento.

Se paró con el bebé en sus brazos. —Rick Shrader me dijo que eras un buen tipo, por lo que creo que puedes pasar. Pero te aviso que he aprendido defensa personal. Así que no creas que puedes intentar nada conmigo.

Matt tuvo que tragarse una sonrisa. Apenas medía un metro sesenta si no era menos. Él era casi treinta centímetros más alto que ella y no dudaba ni por un segundo que pudiera llevarla a cualquier parte que quisiera ir. Pero a juzgar por la expresión feroz de sus ojos, sería mejor estar de acuerdo, por lo que simplemente levantó su mano en sumisión.

—Está bien, pero, ¿sabes?, Tae Boe aerobic no califica como defensa personal—, él arrastró las palabras.

—Sólo trae el asiento infantil y el bolso contigo.

Matt la siguió dentro de su apartamento, esperando ver algo similar al suyo, algo limpio y práctico, tal vez con un toque femenino. Lo que vio fue un verdadero caos, capas y capas de telas blancas, sedas y satenes adornando el sillón y el sofá para dos, carretes de hilos, pilas de encaje, una máquina de coser en una esquina y un maniquí en la otra. Había revistas de novias sobre la mesita de la sala, cajas de perlas y cuentas y muestras de cintas en el piso en un montón desechado. Era la pesadilla de un hombre soltero. Tal vez eso es lo que era. Tal vez se había quedado dormido parado. Tal vez, estaba soñando.

—Tengo que despertarme—, dijo. —Sólo despierta.

Ella lo miró fijamente sin estar segura. —¿Has estado bebiendo?

—No.

—¿En serio? Pareces tener una resaca.

—No he dormido mucho en los últimos tres días. He estado demasiado ocupado sacando la mano de un funcionario municipal de robar la caja registradora. Por cierto, podrás leer sobre eso en el periódico de la mañana.

—Oh, yo no compro el periódico—, dijo ella con un movimiento brusco de su cabeza.

—Pero lo lees en línea, ¿verdad?

—En realidad, no. Las noticias me deprimen. ¿Puedes fijarte si hay un pañal en el bolso?

—Las noticias pueden ser deprimentes, pero son importantes. ¿Cómo puedes manejar tu vida si no lees el diario, si no sabes lo que pasa en la ciudad en donde vives, en el mundo que te rodea? ¿Qué te sucede?

—En este momento estoy sosteniendo un bebé oloroso. Eso es lo que pasa conmigo. ¿Ya encontraste el pañal?

Matt puso el bolso en el piso y empezó a buscar, deseando que nunca hubiera vuelto a casa después de todo. Había estado buscando paz y tranquilidad, un poco de tiempo de descanso después del estrés de los últimos días, pero aquí se encontraba justo en el medio del desastre de

otra persona. Aliviado de encontrar un pañal desechable en el bolso, lo sacó y se lo dio a ella.

Ella despejó el extremo de un sofá y acostó al bebé, luego rápidamente la cambió. No parecía tener ningún problema con las piernas y los brazos que se sacudían o el llanto estridente que continuó hasta que ajustó el último pedazo de cinta.

—Parece que has hecho esto antes—, él comentó.

—Unas cuantas veces. Cuidé a niños cuando era una adolescente—. Tomó al bebé y se lo ofreció a él. —¿Quieres sostenerla ahora?

—No. No—. Escondió sus manos dentro de sus bolsillos y dio un paso hacia atrás, casi tropezando con un gran carrito de encaje.

—Lo siento—. Corrió con su pie el carrito. —Tengo un plazo de entrega.

—¿Para qué? ¿Te vas a casar en la mañana?

—Estoy arreglando un vestido de novia. Tengo una tienda de novias en Union Street. Se llama Devereaux. ¿La conoces?

—No tengo el hábito de saber dónde se encuentra la tienda de novias más cercana.

Ella le ofreció la primera sonrisa genuina que había visto en toda la noche.

—Apuesto que no.

—¿Cómo te llamas de todas maneras?

—Caitlyn Devereaux.

—¿Entonces por qué no se encuentra todo esto en tu negocio?

—Porque Tiffany Waterhouse adelantó su fecha de bodas. Resulta que está embarazada y se niega absolutamente a casarse viéndose como una sandía... sus palabras, no las mías. Traje su vestido a casa para terminarlo porque se casará a las once en punto mañana por la mañana en vez de dentro de cuatro semanas como lo había planeado al principio. Y su familia tiene muy buenas conexiones, por lo que no quiero decepcionarla.

Matt miró a los metros y metros de material plegado sobre el sofá. —Debe de ser bien gorda.

—Eso es sólo el velo, casi dos metros de cola seguirá a la novia hasta el altar—, añadió a su expresión perpleja. Caitlyn movió al bebé de un hombro al otro. —Todavía no está contenta. Me pregunto si tiene hambre.

—Me pregunto quién es ella.

—Deberíamos llamar a la policía.

—Supongo que sí—. Cuando estuvo de acuerdo, volvió a sentir la misma inquietud irritable que había experimentado antes. ¿Por qué alguien dejaría un bebé en el pasillo?

—Es tan pequeña—, Caitlyn murmuró, acariciando la cabeza del bebé con sus dedos. —No puede tener más de dos meses. ¿Cómo podría alguien sólo dejarla e irse? En especial su madre—. Sacudió su cabeza desconcertada. —¿Cómo podrían hacer eso?

Matt tenía cientos de respuestas, pero había algo sobre Caitlyn... una inocencia, tal vez... que le hacía instintivamente protegerla. Maldición, probablemente tenía algo que ver con todo el encaje blanco en la habitación.

Antes de que pudiera contestar, Caitlyn caminó hacia él y empujó al bebé contra su pecho. —Sostenla por un segundo, quiero mirar en el bolso y ver si puedo encontrar un biberón o instrucciones o algo.

Antes de que Matt pudiera protestar, se encontró envolviendo sus brazos alrededor de un bebé diminuto que se sentía tan pequeño, tan frágil en sus brazos, que pensó que podría quebrarlo. Y

cuando el bebé empezó a retorcerse y quejarse, Matt torpemente cambió de posición y le dio palmaditas en la espalda. Miró a Caitlyn para pedir ayuda, pero ella todavía estaba revisando el bolso de pañales.

—Ey, creo que necesito un poco de ayuda—, dijo él.

—Encontré fórmula para bebés... y un biberón—, añadió triunfante, sosteniéndolo como un trofeo. —Un poco de agua y creo que podremos hacerla mucho más feliz.

Matt la siguió a la cocina contigua. De ninguna manera se quedaría solo con el bebé. Se encontró con que la cocina era tan caótica como la sala de estar... frascos de galletas con caras estampadas sobre ellos, fideos en contenedores coloridos de vidrio, imanes de todas formas imaginables sobre el refrigerador y un par de plantas en macetas sobre la repisa de la ventana, algunas se veían medio muertas a pesar de la tierra recién regada. Aparentemente, a Caitlyn no le gustaba deshacerse de nada.

Con las explosiones desentonadas de color, la habitación se sentía cálida y acogedora, atractiva. En realidad, demasiado atractiva, Matt decidió. Definitivamente, demasiado atractiva, añadió en silencio mientras Caitlyn se acercaba hacia él. Mientras puso el biberón en la boca del bebé, su cabello rubio rozó contra su pecho y brazo. Ella estaba tan cerca que podía sentir el aroma de flores en su cabello y menta en su aliento, luego sus pechos rozaron contra su brazo mientras ella maniobraba el biberón en la boca del bebé, y su corazón dio un vuelco. Su femineidad lo llamaba como una sirena, y sintió su cuerpo endurecerse, una reacción para nada bienvenida considerando el hecho de que estaba sosteniendo un bebé y Caitlyn era una completa extraña. Una perfecta extraña, más bien. De la cual “perfecta” era la mayor parte del problema.

—Aquí tienes, muñequita—, Caitlyn susurró. —Toma un trago. Eres una buena niña.

—¿No quieres sostenerla tú?— Matt preguntó, sintiéndose cada vez más incómodo.

Caitlyn dudó, luego dijo, —No lo creo.

—¿Estás segura que no sabes quién es este bebé?—, él le preguntó otra vez mientras regresaban a la sala.

—Claro que no. ¿Por qué preguntas eso?

—Parece que le gustas.

—Bueno, soy una buena persona. Los bebés pueden sentir la bondad.

—Entonces yo también debo de ser una buena persona. Ya no está llorando más.

—Veremos cómo se siente sobre ti cuando termine de tomar el biberón—, dijo ella con una sonrisa irónica. Se arrodilló en el piso al lado del bolso de pañales y empezó a buscar dentro, de la misma manera en que lo había hecho unos minutos antes.

—No hay ninguna nota en el bolso. Ya miré—, le dijo él.

Después de un minuto, Caitlyn se sentó sobre sus talones y frunció el ceño. —¿Qué madre deja a su bebé sin siquiera una nota?

Matt retiró el biberón de la boca del bebé ya que había parado de chupar y parecía haber terminado. —¿Qué hago con ella ahora?

—Ponla sobre tus hombros y dale palmadas hasta que eructe.

—Creo que tú deberías hacer eso.

—Está bien. Déjame buscar su manta. Tal vez tenga frío—. Cuando Caitlyn tiró de la manta para liberarla de las correas del asiento infantil, algo revoloteó hacia el piso.

—¡Oh!— Ella alcanzó le pedazo de papel, luego miró a los ojos de Matt. —Hay una nota.

El cuerpo de Matt se tensó. —¿Qué dice?— preguntó secamente, tenía problemas para que las palabras salieran de su boca. Él tenía un presentimiento sobre esto... uno muy malo.

Caitlyn leyó en silencio, la tensión crecía con cada segundo que pasaba.

—¿Qué mierda dice?—, demandó.

Ella levantó la vista con ojos preocupados. —Alguien que se llama Sarah quiere que le cuides a su bebé.

—Sarah—. Inhaló su nombre como un aroma olvidado hace mucho.

—¿Quién es Sarah?

Él fijó su mirada en Caitlyn, sabiendo que le había preguntado algo, pero no se podía concentrar, no podía pensar. ¿Sarah? ¿Cómo podía ser? Se acordó de la sensación de intranquilidad que había sentido mientras caminaba hacia el edificio de apartamentos, como si alguien lo estuviera siguiendo. Y la llamada, la voz de mujer... ¿había sido Sarah? ¡Dios mío! ¿Había estado ella parada fuera de su apartamento?

Matt cruzó la habitación, entregó el bebé en brazos de Caitlyn y luego corrió a la puerta.

—Ey, ¿dónde vas? Caitlyn gritó. —No me puedes dejar con tu bebé.

## Capítulo Dos

—**N**O me puedes dejar con tu bebé—, repitió Caitlyn en vano, porque Matt ya se había ido, y ella estaba sola. Respiró hondo y exhaló, mirando hacia abajo, al rostro de querubín del bebé. — Bueno, esto sí que es algo, ¿verdad? ¿Qué vamos a hacer ahora?

El bebé le sonrió, y Caitlyn sintió el corazón derretirse ante su dulce inocencia. Una opresión apareció en su pecho, haciéndole difícil respirar. Este bebé, querido bebé, le hacía recordar todo lo que siempre había querido, y de repente era demasiado para ella.

—Oh, Dios—, susurró ella. —Tienes que irte a tu casa.

El bebé entrecerró los ojos, su pequeña boca convirtiéndose en una mueca de puchero antes de dejar salir un gemido.

—Bueno, tal vez no todavía—, Caitlyn dijo rápidamente. Puso al bebé sobre su hombro y le dio palmaditas en su espalda, mientras lo mecía hacia arriba y hacia abajo hasta que escuchó un pequeño eructo satisfecho. Luego todo se quedó en silencio. Bajó al bebé acunándolo entre sus brazos y caminó hacia el sofá para tomar una manta. Para cuando envolvió a la niña en un ajustado capullo, el bebé ya se había quedado dormido. Ubicándola de vuelta en su asiento infantil, Caitlyn tomó el pedazo de papel y volvió a leer la nota que había llevado a Matt corriendo hacia la puerta. Las palabras estaban garabateadas con una mano temblorosa, la tinta sin marcar por completo cada letra.

*Matt,*

*No puedo creer que te haya encontrado de nuevo. Cuando leí tu nombre en el periódico, sabía que era un signo. Por favor, cuida a Emily. No tengo a ninguna otra persona para pedirle y estoy desesperada. Te llamaré pronto.*

*Sarah*

Caitlyn se sentó en el piso al lado de Emily que yacía durmiendo y se recostó contra el sofá. ¿Quién era Sarah? ¿Una novia anterior, una ex-amante? Matt se había ido con tanta prisa. Nunca había visto la sangre de alguien drenarse de la cara tan rápidamente.

Matt debía de haber amado a esa mujer antes. Pareció afligido al escuchar el sonido de su nombre, mudo de asombro. Parecía que Matt era el padre del bebé.

Caitlyn se paró y caminó en círculos, preguntándose qué se suponía que debía hacer ahora. ¿Cuándo iba a volver Matt? Ella se merecía una explicación. ¡Era después de la medianoche y

ahora estaba cuidando a un bebé para un hombre que había conocido hacía veinte minutos!

Con certeza, él no era lo que había esperado cuando escuchó que un periodista se iba a mudar al otro lado del pasillo. Se había imaginado a alguien mayor, con anteojos y una seria expresión, con traje holgado y corbata que no hacía juego. De seguro no había esperado un pedazo de hombre seductor con jeans negros apretados en el trasero y una chaqueta de cuero. Se veía como alguien que estaría más cómodo fuera de una oficina, tal vez en una Harley o en un club nocturno lleno de humo donde los hombres tomaban whisky escocés y ninguno preguntaba los apellidos.

Caitlyn sacudió su cabeza ridiculizando su propia imaginación desenfrenada. Su curiosidad y su imaginación hiperactivas le habían causado suficientes problemas en el pasado. Pero ella no se podía contener. Soñar y dibujar eran tan vitales para ella como comer y respirar.

Instintivamente, alcanzó su bloc de dibujo sobre la mesa, y en segundos —sus dedos volaban sobre la página— estaba haciendo el bosquejo del rostro de Matt Winters. Lo estudió por un segundo, inclinando su cabeza en crítico análisis. No, no estaba bien. Su mandíbula era fuerte y cuadrada, sus rasgos más irregulares. El suyo no era un rostro de atractivo tradicional, sino más bien uno interesante, con las líneas de la vida grabadas en su frente y alrededor de las orillas de sus ojos. Y esos ojos, de color café, vivos, intensos, que le hacían recordar al chocolate semidulce.

Pero quienquiera que haya dicho que los ojos eran las ventanas del alma no había conocido a este hombre, porque los ojos de Matt no habían revelado ni una pequeña pista de quién era o de lo que estaba pensando.

No, sus ojos habían guardado hasta el último secreto de su corazón. Sin embargo, a pesar de su cautela, su expresión había cambiado cuando puso a Emily en sus brazos. Se había ablandado, como si algo intocable en lo profundo de su interior hubiera sido tocado. ¿El centro la de ternura, olvidado, tal vez, hace mucho tiempo?

Mientras Caitlyn miraba fijamente a su bosquejo, se dio cuenta de que no era lo suficientemente bueno; no se le parecía para nada. Y se enfrentaba una vez más con su inhabilidad de hacerlo bien. ¿Por qué no podía expresar en el papel lo que veía tan claramente en su cabeza? En los últimos meses parecía haberse producido un cortocircuito en su cerebro entre el pensamiento y la ejecución, un obstáculo que no podía pasar o trepar o siquiera empujar hacia un lado.

Empezó a borrar su bosquejo, luego rápidamente tiró el bloc cuando unos pesados pasos llamaron su atención en la puerta. Ya habría tiempo de tener una conversación personal con su musa un poco más tarde. Se puso de pie mientras Matt entraba en la habitación. Su cara todavía estaba pálida, sus ojos desolados.

—No la pude encontrar—, dijo él pesadamente. —Maldita sea, no la pude encontrar.

—Tal vez mañana—, Caitlyn dijo no muy convencida, insegura de cómo debía reaccionar al intenso dolor de su expresión.

—¡No, ni mañana, ni nunca! Nunca puedo encontrarla. He estado buscando durante años, dondequiera que vaya.

—¿Quién es ella? Caitlyn preguntó confundida. —¿Una ex-novia?

Él negó con la cabeza. —No. Ella es mi hermana.

—¿Tu hermana?— No era la respuesta que había estado esperando. Caitlyn se sentó en el brazo del sofá. No tenía hermanos, por lo que no tenía idea de la intensidad de una relación de

hermano a hermana, pero la emoción de Matt parecía inusualmente profunda. —Bueno, tal vez alguien más en tu familia sepa dónde está—, Caitlyn ofreció cuando Matt se quedó en silencio.

—No tengo otra persona en mi familia—. Hizo una pausa durante un momento largo, tenso, luego dijo, —¿Dónde está la nota?

—Aquí—. La tomó de la mesita de la sala y se la dio, viéndolo leer cada palabra por lo menos dos veces.

—El periódico—, murmuró, mirando a Caitlyn con una nueva luz en sus ojos. —Ella debe de haber leído mi nombre al lado de mi artículo. Así me encontró—. Su boca se volvió seria. —Pero aun así no estoy más cerca de encontrarla. —¿Por qué no golpeó mi puerta? ¿Por qué no me pidió ayuda?

Caitlyn sacudió su cabeza, porque no podía imaginarse lo que podría haber llevado a esta Sarah a dejar su bebé desatendido en el medio del pasillo. —Es bueno que estabas en tu casa.

—La llamada de teléfono—. Él chasqueó sus dedos. —Pensé que era un número equivocado, pero ella dijo mi nombre. Era ella. Era ella—, dijo otra vez. —Sarah. Me habló.

—¿Pero no sabías que era ella?

—No. Ella colgó. Pero escribí su número—. Una vez más estaba fuera de la puerta antes de que pudiera detenerlo. Regresó casi igual de rápido, un pedazo de papel en su mano.

—¿Puedo usar tu teléfono?

Ella le hizo señas con la mano hacia el teléfono sobre la mesa cerca de la puerta. —Adelante.

Matt marcó el número y esperó. Después de un momento colgó. —No hay respuesta, no hay contestador automático. Tendré que ver si puedo rastrear la llamada.

—¿Puedes hacer eso?

La luz en sus ojos se atenuó. —Bueno, no en este mismo momento, desafortunadamente. Maldita sea—. Dejó salir un suspiro. —¿Tienes algo para beber?

—¿Limonada, Coca light, un poco de té?—, ella ofreció.

—Estaba pensando más bien en algo parecido a un buen borbón.

—Lo siento. No soy bebedora. ¿Por qué no te sientas? Se levantó de un salto y barrió una pila de telas de un sillón. —Relájate un minuto y piensa en lo que quieres hacer luego.

Matt siguió su sugerencia, descansó sus codos sobre sus rodillas mientras miraba fijamente al otro lado de la habitación al bebé. —La hijita de Sarah—, murmuró. —No parece posible.

—¿Por qué no?— Caitlyn preguntó, reclamando su asiento sobre el brazo del sofá.

—Porque Sarah tenía nueve años cuando la vi por última vez.

—¿Hace cuánto tiempo ocurrió eso?

—Trece años, cuatro meses, tres... bueno, hace mucho tiempo.

Durante unos minutos los únicos sonidos en la habitación provenían de los suaves ronquidos emitidos por Emily. Caitlyn no sabía qué decir... o qué hacer al respecto. Obviamente, el bebé tenía que estar al cuidado de Matt. Una rápida mirada a su reloj le dijo que el tiempo estaba pasando con rapidez y faltaban sólo unas horas para la boda de Tiffany.

—¿Quieres que te ayude a llevar las cosas de Emily a tu apartamento?—, ella aventuró.

Él se vio sorprendido por su sugerencia. —¿Qué quieres decir?

—Es tarde. Tengo trabajo que terminar, y Emily está dormida.

—¿Qué hago si se despierta?

—Hay más fórmula para bebés en el bolso y pañales también.



—No la puedo cuidar yo solo—. Se levantó de un salto y corrió una mano sobre su cabello. —¿Por qué mierda me dejó Sarah con un bebé?

—No sé la respuesta a eso, pero sí sé que ella es tu responsabilidad, y que necesitas llevarla a casa ahora.

Él se quedó mirándola, sus manos sobre sus caderas. —Tal vez... ¿podrías cuidarla esta noche?

Inmediatamente negó con la cabeza. —No.

—Te pagaré.

—No es el dinero.

Pensó por un segundo. —Escribiré un artículo sobre la tienda de novias. Te conseguiré publicidad.

—No.

—Debes de querer algo. Debes de tener un precio.

—¿Crees que todos pueden ser comprados?

—Sí.

Se quedó boquiabierta ante su respuesta directa. —Bien, a mí no me puedes comprar.

Él la miró fijamente por un largo rato, su mirada tan intensa que ella tuvo el presentimiento de que podía ver inclusive dentro de su cabeza, y a ella no le gustaba.

—¿Lo harías sólo por ser buena?— Matt preguntó. —¿Por ser una buena vecina? Porque realmente necesito tu ayuda. No sé cómo cuidar a un bebé.

Caitlyn se humedeció sus labios, sintiendo una puñalada de culpa. Podría ayudarlo, probablemente debería, y eran aquellas palabras las que siempre la llevaban a atormentarse... *podría, debería, tendría*. Matt era lo suficientemente listo como para ver que, ya que el dinero no funcionaba, la culpa probablemente haría el trabajo. Pero esta vez ella se aferró a su decisión.

—Ella probablemente se irá a dormir ahora. Sólo cámbiala y aliméntala cuando se despierte. Lo siento, pero tengo que terminar este vestido, y tú tienes que regresar a tu apartamento. Francamente, te ves como que necesitarías dormir un poco, y hasta inclusive una ducha.

Él chasqueó sus dedos. —No puedo dejarla sola mientras tomo una ducha. ¿Qué pasaría si se despertara? ¿Qué pasaría si tuviera miedo o hambre? ¿Qué pasaría si de alguna manera se sale del asiento infantil y se lastima?

Caitlyn suspiró, sentía que la batalla todavía no había terminado. —¿Están las palabras *fácil de convencer* escritas con tanta claridad en mi frente?

—Todavía no están allí, pero tengo esperanza de que así sea.

—Emily se puede quedar aquí mientras te tomas una ducha, una ducha rápida. Luego, regresas y la buscas. ¿Me entendiste?

—Treinta minutos—, dijo él.

—Diez.

—Quince.

—Ni un segundo más, o yo iré a golpear tu puerta.

—Trato—. Hizo una pausa mirándola a sus ojos. —Gracias.

—Por nada. Sólo regresa pronto. En realidad no puedo cuidar a tu bebé.

—Deja de llamarla mía. No es mía—. Cerró la puerta firmemente detrás de él cuando se fue del apartamento de Caitlyn. Por un breve segundo, estuvo tentado a echarse a correr, pero en el

fondo sabía que no podía.

\* \* \*

Diez minutos más tarde, Matt estaba bajo la ducha, con la ilusión de que el agua caliente aliviara la tensión en sus hombros. Desafortunadamente, los nudos se hacían más duros cada vez que pensaba que Sarah había estado parada fuera del edificio, que había tomado el ascensor, que había caminado por el pasillo. Solamente había estado a unos metros cuando ella dejó su bebé detrás de la puerta. A simplemente unos malditos metros de distancia. Y él no lo había sabido, no había notado su presencia. ¿Por qué? ¿Por qué?

La pregunta le gritaba una y otra vez. Había buscado a Sarah durante tanto tiempo. ¿Por qué no podría haber golpeado a la puerta? ¿Mirado a sus ojos? ¿Pedido ayuda?

¿Porque había tenido miedo de que le hubiera dicho que no? Instintivamente, sabía que era la verdad. Él la había decepcionado antes. Cerró sus ojos al dolor de sus recuerdos. Fue un error, porque entonces la pudo ver en su mente.

*Sarah estaba sentada en el cordón, su cabello negro azabache rozando su cintura mientras miraba fijamente hacia arriba a su edificio de apartamentos, a las llamas rojas y anaranjadas que saltaban por sus ventanas y las nubes de humo a su alrededor, recordándoles de que si no habían estado en el infierno antes, con certeza lo estaban ahora. Apretado en su mano Sarah tenía un palo con la foto de una cara de una muñeca en el extremo. Ella llamó al palo EmmaLou y fingió que era su bebé. Era lo único que había agarrado cuando salió del edificio.*

*—Sólo será por un tiempo—, Matt le dijo con el último destello de bravuconería de sus dieciséis años que le quedaba. —Ellos encontrarán un lugar donde podemos vivir juntos, tú y yo.*

*—No te olvides de EmmaLou—, ella había dicho con su calma, suave voz, y luego había levantado sus ojos para mirarlo con una tristeza que rompió su corazón.*

*—EmmaLou también. Yo me haré cargo de nosotros, Sarah. Nadie te hará daño. No los dejaré.*

*—¿Dónde está mamá?*

*—No lo sé—. Miró con impotencia hacia la atestada calle donde los residentes estaban amontonados juntos, rezando para que el fuego que se había iniciado en su apartamento no redujera a cenizas los otros edificios en la calle. Él debería haberse quedado en casa esa noche en vez de haberse ido a trabajar a Jack in the Box, de esa manera hubiera estado presente. Podría haberse asegurado de que Sarah no agarrara los fósforos. De repente un enojo y un cansancio insoportables lo azotaron. —¿Por qué diablos tenías que jugar con esos fósforos, Sarah? Te he dicho cientos de veces que los dejes en paz. Ahora no tenemos a dónde ir, ningún lugar para vivir.*

*Sarah se veía afligida por sus palabras, y él deseó no haberlas dicho, pero era demasiado tarde.*

*—Lo siento, Mattie—. Sarah puso sus delgados brazos alrededor de su cuello y lo abrazó con toda su fuerza. —Lo siento.*

*—Dios—, Matt murmuró mientras abría sus ojos y miraba fijamente el agua chorreando por la pared. —Vuelve, Sarah, dame otra oportunidad. Sólo una oportunidad más.*

Para cuando terminó de vestirse, habían pasado veinte minutos de los quince que había prometido a Caitlyn. Sabiendo que no se podía retrasar un segundo más, caminó al otro lado del pasillo y se encontró con su puerta sin llave. Entró, armándose de valor para echar otra mirada al bebé de Sarah. Al menos todo estaba en silencio.

De hecho, estaba demasiado silencioso. Había esperado ver a Caitlyn sentada en su máquina de coser, pero en realidad estaba dormida sobre el sofá, una mano tirada a un lado, descansando sobre el pecho pequeño de Emily. El bebé estaba bien dormido en su asiento, el cual estaba asentado en el piso al lado del sofá.

Los estudió a ambos durante un segundo, atrapado por un increíble torrente de emociones. Caitlyn era simplemente una mujer. El bebé era sólo un bebé. No las conocía a ninguno de las dos, no le importaban para nada, pero aun así dicha visión lo dejó inquieto, le hizo recordar un sentimiento que se había forzado tanto en olvidar... el sentimiento de familia.

Se aclaró la voz y Matt debatió sus opciones. Las dos se veían cómodas... felices, de hecho. Si movía al bebé, tal vez lloraría. Y si no la movía, tal vez él podría dormir un poco antes de que se despertara. Caitlyn, por otro lado... su mirada se fijó sobre su vecina... probablemente preferiría que llevara al bebé a su casa. Pero de todas maneras, ella estaba dormida. Esto no era parte del trato.

Ignorando su conciencia, caminó hacia atrás donde la puerta estaba abierta y salió. Sería de mucho más valor para ambas después de unas pocas horas de dormir. Sí, eso era lo que necesitaba... dormir. Era la solución perfecta.

\* \* \*

*El sueño estaba de vuelta.*

*Empezó con la chimenea y el árbol de navidad, las luces que titilaban, rojas, verdes, azules, doradas, y el brillo de su anillo de compromiso que hacía juego, con la promesa de una vida entera de días festivos tan especiales como este. Luego los colores se esfumaron para tornarse blancos.*

*Durante un momento Caitlyn se imaginó su día de bodas, su vestido de satén con el canesú de encaje y la falda de tul que giraría cuando bailara. Era un sueño de novelas, uno hermoso.*

*Entonces su vestido blanco se tornó en nubes esponjosas y nieve como polvo blanco. El fuego caliente se tornó en hielo, duro, frío, implacable hielo. Caitlyn ansiaba apartarse de todo eso.*

*Y de repente estaba volando, imágenes de velocidad y espacio que la rodeaban, hasta que se estrelló en un mundo donde nada nunca sería igual. Lloró contra el insoportable y desgarrador dolor, pero no se detenía... ni el dolor, ni el grito.*

Caitlyn luchó contra las cadenas del sueño. Finalmente, finalmente, luchó para liberarse, y de un salto se sentó, su corazón latiendo con fuerza, su sangre rugiendo en sus oídos, su cara empapada de sudor.

—Oh, Dios—, ella murmuró, se sentía conmocionada, de la manera en que siempre se sentía cuando los recuerdos regresaban. Luego, de repente, se dio cuenta de que algo era diferente. Ella no estaba dormida y no estaba llorando. Emily estaba llorando.

¡Emily! Automáticamente buscó al bebé, quien se sacudía tratando de salir del asiento infantil.

Caitlyn soltó las correas y alzó al bebé. Entonces miró al reloj sobre la pared. *¡Seis y cuarenta y cinco de la mañana!*

—Oh, Dios mío! Gritó. —¿Dónde está tu...— Su voz se perdió mientras intentaba recordar la conexión con Matt. —Tu tío? Ella preguntó triunfantemente. Su pequeña victoria se esfumó mientras el bebé continuaba su grito y Matt no se materializó.

—Voy a matarlo—, le dijo a Emily. —Se suponía que volvería a buscarte, para que pudiera terminar... Ella se detuvo abruptamente, la realidad de la situación estaba empeorando. —¡Oh, no! Tiffany vendrá aquí en una hora, y no he terminado su vestido.

Primero es lo primero, Caitlyn decidió, caminando hacia la puerta. Marchó cruzando el pasillo hacia la puerta de Matt e intentó la perilla. Estaba cerrada con llave. El vago. Golpeó, luego aporreó, luego aporreó aún más. Finalmente, escuchó unas palabrotas y la puerta se abrió. Matt apareció con cara de sueño, vestido con pantalones de deporte grises y una camiseta sin mangas. Era un gruñón, sexy e irritable varón. Y el hecho de que ella tuviera el nervio de considerarlo sexy la hizo sentirse aún más enojada.

Caitlyn le empujó a Emily hacia él. —Eres repulsivo.

—Espera un segundo.

Ella lo ignoró, dirigiéndose de vuelta hacia su apartamento.

—Estabas dormida—, Matt dijo, siguiéndola en su sala de estar antes de que pudiera darle un portazo en su cara.

—Podrías haber llevado a Emily a tu apartamento. No terminé el vestido. Y es toda tu culpa.

—Ey, te quedaste dormida. No hubieras terminado el vestido ni siquiera si Emily no hubiera estado aquí.

—Hubiera terminado si nunca hubieras golpeado a mi puerta.

—Tal vez no. Tal vez...

—Oh, cállate—, ella dijo bruscamente, luego sacó la fórmula para bebés del bolso de pañales.

—Tú cámbiala. Yo empezaré a preparar su biberón. Luego te vas a ir para que yo pueda evitarme de tener un desastre.

—No estoy seguro de que pueda cambiarla—, dijo dubitativamente.

—Inténtalo—. Ella irrumpió en la cocina para mezclar la fórmula con agua y calentarla.

Mientras repiqueteaba sus dedos impacientemente contra el mostrador de la cocina, esperando a que el agua se calentara, escuchó a Matt hablando a Emily, cuyos gritos habían disminuido a meros quejidos.

—Veamos si podemos resolver esto—, le dijo a Emily. —No estoy seguro de cuál es el frente y cuál el la parte posterior, pero tal vez no importe ya que eres una niña.

Caitlyn sintió su enojo lentamente filtrarse de su cuerpo. Trató de luchar contra el debilitamiento, determinada a no dejar que su total ineptitud la cautivara. Pero tenía que admitir que había algo en un hombre y un bebé que la atraía. ¡Maldición! No vayas allí, se dijo.

—¡Vaya! Hiciste suficiente pipí como para hundir al Titanic—, Matt continuó. —Este pañal debe de pesar como dos kilos.

Una sonrisa se quebró en el rostro de Caitlyn con su último comentario. Bueno, el bebé había dormido sus buenas seis o siete horas, ella calculó. Bastante tiempo para su edad. Emily debe de haber estado exhausta, pobrecita. Quién sabía cuándo había dormido antes de que llegara. Sarah,

con certeza, tendría mucho que explicar.

Con el agua tibia, Caitlyn mezcló el biberón y salió a la sala de estar para ver a Matt sosteniendo a Emily con una sonrisa orgullosa en su rostro ridículamente atractivo.

—Lo logré—, dijo.

—No está mal por ser la primera vez—. Ella le dio el biberón. —Aquí tienes.

—No fue mi primera vez—. Él confesó.

Ella levantó una ceja. —¿En serio?

—No, pero ha pasado mucho tiempo—. Matt puso el biberón en la boca hambrienta de Emily y por un momento simplemente observó al bebé chupar del biberón, sus manitas tratando de agarrarlo como si tuviera miedo de que desapareciera.

Caitlyn sintió un temblor en su garganta, un hormigueo en su estómago. Estaba ocurriendo. Se estaba apegando, de la manera en que siempre lo hacía, su punto débil por bebés y animales y cualquier persona necesitada. Pero no se lo podía permitir. Tenía que permanecer tranquila, calmada, compuesta.

Dándose vuelta, fijó su mirada en el vestido de novia de Tiffany Waterhouse y trató de enfocarse en sus prioridades: trabajo, trabajo, y trabajo. Si sólo se concentraba en su negocio todo estaría bien. Era el mantra que había guiado su vida en los últimos dieciocho meses.

Tomó aire lo exhaló, y caminó hacia la máquina de coser. Todavía tenía una costura que le quedaba por hacer, luego estaría terminado.

Tomando el material, se sentó en la máquina y maniobró para ajustar la configuración donde la necesitaba. Sintió los ojos de Matt sobre ella y levantó la vista. —Puedes irte, sabes.

—La dejaré terminar de alimentarse—, dijo él, sentándose en una de las sillas de su mesa de la cocina.

—¿Luego te vas a ir?

—¿No te gusta mi compañía?

—Tengo trabajo que hacer.

—Yo también.

—Me estás mirando—, dijo ella deliberadamente.

—Nunca he visto a nadie coser antes.

Caitlyn levantó una ceja. —Oh, vamos, tu madre debe de haber cosido un dobladillo en tus pantalones alguna que otra vez.

Él negó con la cabeza, una mirada oscura en sus ojos. —No.

Matt no elaboró, y Caitlyn no se animó a preguntar sobre lo que obviamente no quería compartir. Además, tenía cosas más importantes por las que preocuparse, como el vestido de Tiffany. Había hecho algunas puntadas cuando un golpe llegó a la puerta. —Esa no puede ser ella—, susurró consternada, fijando su vista en la puerta.

—¿Lo vas a averiguar?— Matt preguntó arrastrando las palabras.

—No se supone que esté aquí hasta dentro de una hora. ¿Qué voy a hacer?

—Dile que no has terminado.

—No lo entiendes. Ella pagó extra por el trabajo urgente. Le prometí que estaría terminado para esta mañana.

Su ceja levantada le dijo que se debía de ver tan desesperada y preocupada como se sentía. Caitlyn lo fulminó con la mirada. —Todo esto es culpa tuya. Y de esa hermana tuya. Me gustaría

cantarle las cuarenta.

—Ey, deja a Sarah fuera de esto—. Matt dijo con dureza, protegiéndola.

—Dejó a su bebé en el pasillo, y ¿ahora la estás defendiendo?

—Sarah dejó a su bebé para mí.

—¿Entonces por qué estás en mi apartamento? Ella gritó con frustración mientras el impaciente golpe se escuchó nuevamente. Dejando el vestido a un lado, caminó y abrió la puerta.

—Hola—, Tiffany cantó. —Estoy aquí—. Entró en el apartamento, su rostro reluciente con entusiasmo y amor.

Caitlyn odiaba ver ese brillo disiparse, pero tenía un presentimiento que sólo le llevaría un par de palabras. —Llegaste una hora más temprano. Tu vestido no está listo todavía—, ella exclamó.

—¡Pero lo prometiste! Dijiste que trabajarías toda la noche. Te di mil dólares.

Caitlyn se aclaró la voz. —Algo se presentó.

—¿Más importante que mi boda?— El rostro de Tiffany era un retrato de dolor.

Caitlyn sabía que esta persona consentida de la alta sociedad nunca había considerado siquiera una vez que alguien o algo podría ser más importante que ella.

—Estoy seguro de que Caitlyn no quiso decirlo de esa manera—, Matt interrumpió.

La mirada de Tiffany se cruzó con la de él. —¿Quién eres tú?

—Un vecino.

—Bueno—, Tiffany atinó a decir, su mirada permaneciendo en Matt más tiempo de lo que debería para una mujer a punto de casarse en unas pocas horas.

Caitlyn frunció el ceño. Ver a Matt sonreír en dirección a Tiffany la hizo una vez más consciente de su tosco atractivo, especialmente esta mañana. Su aspecto de quien recién acababa de levantarse, con cabello despeinado y la camiseta sin mangas era suficiente para recalentar el motor de cualquier mujer. No es que su motor estuviera funcionando. Eso no era atracción, era enojo, frustración y no se debía confundir con ninguna otra emoción, se dijo a sí misma con firmeza.

—Me parece que esto es tan poco profesional—, Tiffany continuó, evidentemente sin permitir que siquiera la presencia de Matt frustrara su histeria. —Voy a contar a todos mis amigos cuán decepcionada estoy contigo y tengo muchos amigos. Me defraudaste, Caitlyn.

—Lo siento—, Caitlyn dijo con impotencia mientras Tiffany empezaba a lloriquear lágrimas.

—¿Por qué no dejas que Caitlyn termine tu vestido? Después de todo, llegaste una hora más temprano—. Matt dio palmaditas al asiento a su lado. —Ven y cuéntame sobre tus planes de la boda y tu futuro esposo. Debes de tener unos minutos de más.

—Supongo—, dijo ella lentamente, suavizándose por la sonrisa irresistible de Matt.

—Claro que lo tienes. ¿Sabe tu prometido cuánta suerte tiene de casarse contigo?

Caitlyn se quedó boquiabierta. No hubiera tomado a Matt como encantador, pero aparentemente podía serlo cuando quería.

—Pero tengo que estar en lo de Antoine a las ocho—, Tiffany dijo severamente a Caitlyn. —Esa es la razón por la que vine más temprano. Mi cita para hacerme el peinado en el estilista se adelantó y nadie llega tarde para Antoine.

Caitlyn asintió con la cabeza. —Llegarás a tiempo. Sólo me falta poco para terminar—. Se sentó en la máquina de coser y ajustó la tela. No podía creer que Matt la hubiera rescatado, pero

este no era el momento de preguntarle el porqué o si tenía un motivo oculto. El cual sin duda alguna, lo tenía.

—¿Es tu hija?— Tiffany le preguntó a Matt.

—Mi sobrina. Su nombre es Emily.

—Es hermosa.

—¿Te gustaría alzarla?

—Me encantaría, si te parece bien.

—Por supuesto.

*Bien por él*, Caitlyn echaba humo, mientras terminaba de coser el dobladillo. Matt Winters tenía su manera de convencer a cada mujer que conocía para que cuidase al bebé.

—Yo misma estoy en espera—, dijo Tiffany. —Estoy ansiosa por tener un bebé.

Caitlyn se forzó a concentrarse en el vestido y no en la conversación de ellos. Quince minutos después, había terminado. El vestido era más recargado que uno que ella hubiera diseñado, pero parecía quedarle bien a Tiffany y era consistente con su gran cabellera, gran anillo de diamante y su gran necesidad de sobresalir. Aun así, Caitlyn pensó que dejar el hombro al descubierto resaltaría la figura de Tiffany. No es que le hubiera dado la oportunidad de que ella pudiera ofrecerle sus sugerencias. Al igual que muchas mujeres que habían visitado Devereaux's, Tiffany había querido un vestido hecho por un diseñador de renombre en vez de algo más personal y había dejado a Caitlyn hacer solamente modificaciones básicas.

Probablemente era lo mejor, Caitlyn pensó con un suspiro, ya que no había sido capaz de completar un diseño en los últimos dieciocho meses. La reacción inicial a su primera colección tres años atrás había empezado a decaer sin ninguna nueva colección. Ella tenía el terrible presentimiento de que si su éxito no había sido como una estrella fugaz, lo sería pronto.

Simplemente tenía que volver a su bloc de dibujos, encontrar su musa creativa, y reavivar sus sueños de su propia línea, pero primero tenía que enviar a Tiffany en camino.

—Terminé. Caitlyn se puso de pie y levantó el vestido para que Tiffany lo viera.

Asombrada, Tiffany puso una mano sobre su boca. —Es espectacular, ¿no es cierto? Ella murmuró, su voz ahogada con emoción.

—Todavía no, pero lo será cuando te lo pongas—, Caitlyn le dijo suavemente.

—¿De verdad lo crees?— Tiffany le preguntó con un indicio de inseguridad.

—Lo sé—. Esta era la parte que a Caitlyn más le gustaba, el observar a una novia verse en un vestido que capturara hasta la última de sus ilusiones.

—¿Quieres probártelo una última vez? Caitlyn preguntó.

—No, mejor no. No tengo tiempo y me pesé esta mañana y en realidad he perdido medio kilo, así que estoy segura de que estará bien.

—Muy bien—. Caitlyn cuidadosamente puso el vestido en una percha y lo envolvió en una funda de plástico para que pudiera transportarlo con facilidad.

Tiffany pasó Emily a Matt y tomó el vestido. —Gracias, Caitlyn. Lamento que me puse histérica antes. Sólo estoy nerviosa porque quiero que todo salga perfecto.

Caitlyn simplemente asintió con la cabeza y sonrió y cerró la puerta detrás de Tiffany con un suspiro de alivio.

—¿Todas tus clientas te dan ese tipo de trato de mierda?— Matt preguntó.

Ella dio vueltas, su placer momentáneo se esfumó mientras se recordó del por qué se había

metido en esa “mierda” en primer lugar. —Todas las novias están nerviosas, especialmente cuando sus vestidos no están terminados para la mañana de su boda. Ahora, simplemente empacaré el bolso de Emily y ustedes dos pueden irse a casa.

—No tan rápido. Te salvé el trasero hace un rato.

—¿Quieres un agradecimiento? Gracias.

—No quiero unas gracias. Quiero una niñera.

—Ni lo sueñes.

—Un par de horas. Necesito preparar a unas personas para que busquen a Sarah, y sería mucho más fácil si no tuviera que llevar a Emily conmigo. Sólo piensa, cuanto más temprano pueda hacerlo, más temprano será éste un piso sin bebés otra vez.

Ella tenía un presentimiento de que discutir solamente retrasaría lo inevitable. —¿Cuánto tiempo? Tengo que estar en la tienda para las once.

—No hay problema. Estaré de vuelta en un abrir y cerrar de ojos.

—Eso es lo que dijiste ayer a la noche—, ella le recordó mientras él le daba el bebé.

—Y regresé, pero...— Él le mostró una lenta, perezosa sonrisa que la inquietó por completo. —¿Alguna vez te dijeron que te ves hermosa cuando estás dormida?

—Ya te he dicho que cuidaría del bebé; no desafíes tu suerte. Más vale que estés de vuelta para las once, Matt. No hay excusas.

Él dudó, una seria expresión en su cara. —Puedo confiar en ti, ¿verdad? ¿No llamarás a la policía sobre Sarah? ¿No empezará a pensar que una trabajadora social sería mejor para el bebé que yo?

Caitlyn se dio cuenta por la expresión del rostro de Matt que el haber hecho dicha pregunta le dolía y se preguntó qué había pasado que los separó a él y a su hermana.

—¿Puedo contar contigo, Caitlyn? Él persistió.

Ella sospechaba que la confianza no le venía con facilidad a este hombre y se encontró a sí misma tratando de asegurarle. —Puedes contar conmigo. No haré nada sin consultarlo contigo primero.

Sus ojos buscaron los de ella durante un largo minuto, entonces aparentemente seguro por lo que había visto, dijo, —gracias.

Cuando se fue, Caitlyn dejó escapar un suspiro, de repente dándose cuenta de cuán tenso su cuerpo se había puesto bajo la mirada penetrante de Matt. Se le ocurrió que nadie la había estudiado con tal consideración en mucho tiempo. Tendrá que tener mucho cuidado delante de este hombre. Era probablemente mejor para descubrir secretos de lo que ella era para mantenerlos. Y eso podría ser desastroso.



## Capítulo Tres

A las once y media, Caitlyn se dio cuenta de que la hora de Matt Winters era obviamente diferente que la hora del Pacífico. En otras palabras, estaba retrasado otra vez. El pasearse no había logrado nada, por lo que finalmente preparó a Emily, se metió en el auto y rezó para que no se metiera en un accidente en su viaje de casi cinco kilómetros hasta la tienda.

Era increíble lo complicadas que las cosas se habían puesto desde que Matt había golpeado a su puerta. Y pensar que en realidad había estado molesta porque no había echado un vistazo a su vecino en las seis semanas desde que se había mudado al otro lado del pasillo. No es que viera mucho de él ahora, sólo a su bebida, esa rica e irresistible bebida, quien le recordaba a Caitlyn que el futuro que una vez había planificado no se materializaría.

Desde que había hecho desvanecer su vestido de novia en su armario y la idea de vivir feliz para siempre dieciocho meses atrás, Caitlyn se las había arreglado para fingir que su vida estaba bien, que podía vivir sin las cosas que siempre había querido: un esposo, un hijo. Las mujeres lo hacían todo el tiempo. Encontraban gozo y paz en su trabajo, en sus amistades. Ella podía hacer lo mismo. Sólo el verse envuelta con la pequeña Emily había puesto dicha resolución en dudas. En vez de trabajar en nuevos bosquejos, había pasado la mañana mirando a Emily tratando de agarrar los dedos de sus pies con sus manos. Y ella, que había querido estar concentrada.

Ella no quería involucrarse con Emily o con Matt. No quería pensar en lo que su vida podría haber sido si no se hubiera ido todo a pique. Había postergado el pensar sobre ello casi cada día del último año y medio, toda una hazaña considerando que trabajaba en el negocio de casamientos y se veía constantemente frente a relucientes novias y preocupados novios, ansiosos de empezar su propio “felices para siempre”. Pero ella lo había conseguido... hasta ahora.

Caitlyn estacionó detrás de la tienda, echó una mirada a Emily, sentada tan feliz en su asiento infantil, y suspiró.

—Vas a ser un gran éxito en la tienda. Todas esas novias soñando con bebés. Se pondrán como locas—. Negó con la cabeza. —Pero no es tan simple, sabes. A veces la vida es complicada—. Hizo una pausa, considerando las circunstancias. —Tal vez sí lo sabes. Después de todo, estás aquí conmigo, probablemente preguntándote quién cuernos soy yo y dónde está tu madre. Me pregunto lo mismo, porque no sé cómo alguien podría aguantar el dejarte marchar.

Caitlyn parpadeó la molesta humedad en sus ojos. —Pero yo te dejaré ir, porque no eres mía. Eres el bebé de otra persona, y no me olvidaré de eso. Tú y yo... no seremos amigas. Así que no te pongas muy cómoda, ¿sabes? De hecho, me puedes llamar Señorita Devereaux. Caitlyn es sólo

para amigos cercanos de la familia.

Emily gorjeó una media sonrisa y Caitlyn no pudo aguantar sonreírle. —Está bien, puedes llamarme Caitlyn, pero eso es lo más cercano a lo que llegarás. Y no importa cuán apuesto o desesperado tu tío esté, no lo dejaré convencerme de que haga de niñera otra vez.

Caitlyn se bajó y bajó luego al bebé del coche. El bebé entrecerró los ojos por la luz del sol matutino, soltando un susurro de placer cuando el aire tocó su cara. Era un lindo día, Caitlyn pensó mientras caminaba por la calle tranquila a Devereaux. Usualmente, San Francisco era frío y ventoso en la primavera, pero hoy la brisa era suave y el cielo azul despejado estaba moteado con alguna que otra esponjosa nube blanca.

Su tienda estaba localizada en Cow Hollow, un vecindario que una vez había sido rural. Pero hoy las calles no se parecían en nada a una tierra de pastoreo. Las cuadras estaban alineadas con antiguas casas victorianas transformadas en tiendas y cafés a lo largo de una de las calles de compras más famosas de San Francisco, la calle Union.

Caitlyn todavía no podía creer que fuera dueña de su propio negocio. Había soñado con diseñar vestidos de novias desde que era una niña. Después de obtener su título de diseñadora de modas, había trabajado para varios fabricantes de ropa, pero se había encontrado a sí misma archivando documentos más que diseñando. Finalmente, se quedó disponible una posición de costurera con la diseñadora de vestidos de novias conocida simplemente como Annabelle, y Caitlyn había pasado sus siguientes tres años aprendiendo todo lo que pudo.

Aunque había disfrutado el trabajar para Annabelle, Caitlyn anhelaba la oportunidad de crear su propia línea de vestidos. Allí es cuando Jolie apareció. Su prima, Jolie Palmer, había encontrado a su millonario esposo en el asiento de atrás de su Mercedes con una rubia cualquiera y un tanga de color rosa en su mano. Jolie se había divorciado de su esposo y lo había despojado de una buena cantidad de sus ingresos. En busca de un nuevo inicio, Jolie había convencido a Caitlyn que éste era el momento perfecto para empezar su propio negocio, y qué mejor ironía que usar su dinero del divorcio para una tienda de bodas.

Jolie era una fanática de la ironía y para nada romántica. Vio la tienda de bodas como una mina financiera de oro y se le ocurrió que debería aprovecharse de todos esos soñadores idealistas mientras todavía eran idealistas.

Familiarizada con el sueño de Caitlyn de toda su vida, Jolie le había sugerido una tienda de bodas de venta al por menor con percheros de vestidos de diseñadores top y una colección especial de Caitlyn. Emocionada por la confianza increíble de Jolie en su talento, Caitlyn había saltado a la oportunidad de hacer lo que siempre había querido, y juntas habían abierto Devereaux.

Gracias a la ayuda del boca a boca, del excelente servicio y del auge en la moda de grandes casamientos habían obtenido ganancias el primer año. La inteligencia práctica para los negocios de Jolie y el arte romántico de Caitlyn se habían convertido en una perfecta combinación. Habían creído que estaban en camino... hasta el accidente.

Caitlyn había empezado a darse cuenta de que podía dividir su vida en dos secciones, antes del accidente y después del accidente; antes de Brian y después de Brian; antes, la inocencia y después, el lamento.

Antes del accidente, había diseñado una colección entera de primavera y había estado lista para mostrarla el siguiente enero. Luego, con el accidente en diciembre todo se había suspendido.

No solamente no había mostrado su colección, sino que tampoco había sido capaz de completar otra colección en todas las semanas y meses que habían seguido. Se dijo a sí misma que sí pasaría; que sólo tenía que recuperarse. Pero los días siguieron pasando, dejándola con el insostenible sentimiento de que su sueño se estaba esfumando.

Es cierto, Jolie trató de no molestarla. —Siempre estará la próxima estación—, ella diría. Y Caitlyn siempre había esperado que la siguiente estación fuera diferente. De alguna forma, de alguna manera, ella encontraría su pasión otra vez, su creatividad... su alma.

Pero probablemente no sería hoy, ella pensó de manera realista mientras cambiaba el asiento infantil de una mano a la otra y miraba a Emily.

—Hoy, solamente trataré contigo—. Caitlyn dijo en voz alta, sabiendo incluso cuando lo decía que Emily era otra excusa en la larga fila de excusas.

Caitlyn ya se imaginaba lo que Jolie diría cuando viera a Emily. Sería algo así como, —Caitlyn, ¿te has vuelto loca de remate?— Ya que Jolie, de treinta años, de un cuerpo alto esculpido con una cintura de avispa y con cabellos rojizos que enviaban a los hombres a un incomprendible balbuceo, era tan directa como honesta. Ella había crecido con Caitlyn y estaba acostumbrada a decir lo que pensaba, aun cuando nadie le había pedido su opinión.

Caitlyn abrió la puerta principal de Devereaux y subió las escaleras al segundo piso de la tienda. El salón de novias abarcaba el piso entero de la casa victoriana, en el frente estaban los trajes para las damas de honor, madre de la novia y niñas que llevan las flores; los trajes de novias y tres vestidos amplios estaban atrás. En una pequeña alcoba a un costado, Jolie había puesto un negocio de accesorios, con recuerdos de boda, invitaciones y una biblioteca que ofrecía vendedores locales de casamientos.

Caitlyn sonrió a algunas mujeres que estaban mirando los percheros de adelante y se dirigió directamente al gran escritorio de roble ubicado del lado de la ventana con vista a la bahía y la calle Union. Jolie estaba sentada detrás del escritorio y sumaba unos recibos en su calculadora. Ni siquiera se molestó en levantar la vista, por lo que Caitlyn apoyó el asiento infantil con Emily en una de las cómodas sillas de cuero.

—Sólo un segundo—, Jolie dijo.

Caitlyn estaba contenta de esperar sólo un segundo. Emily no. Tomó ese momento para abrir su pequeña boca angelical y dejó salir un grito digno de cualquier heroína en una película de terror.

Jolie miró sorprendida, sus ojos más grandes cuando vio a Caitlyn y al bebé. —¿Quién es ella?

—Es Emily—. Caitlyn buscó en el bolso el biberón que le había preparado y lo puso en la boca de Emily, en efecto deteniendo su grito. Ya había aprendido algo... cuando Emily tenía hambre, se enojaba.

Jolie miró detenidamente a Caitlyn con asombro. —¿De quién es?

—Mi vecino.

—Vives en un edificio donde no se permite tener niños.

—Así fue hasta anoche.

—¿Y tú la estás cuidando? Jolie se aventuró.

—Por el momento. Se suponía que Matt volvería a las once, pero estoy empezando a darme cuenta de que habitualmente llega tarde.

Jolie sacudió su cabeza perpleja. —¿Te has vuelto loca de remate?

Caitlyn se sonrió. —Sabía que dirías eso. Eres tan previsible.

—Y tú lo eres también. Deberías haberlo sabido antes de cuidar un bebé.

—¿Por qué?

—Sabes lo que les pasa a las mujeres cerca de los treinta. El reloj biológico empieza a sonar como una bomba de relojería. En vez de concentrarte en tus bosquejos de vestidos de novia, estarás soñando con botitas color rosa y serás alguien imposible con quien vivir.

Caitlyn inmediatamente negó con la cabeza. —No pasará eso conmigo. Estoy concentrada en el negocio. Sabes eso.

—Eso es lo que tú dices—. Jolie contestó, enviando una mirada sospechosa. —Pero me acuerdo todas esas veces en que me hiciste jugar a las casitas, por lo que este dramático cambio a mujer de carrera profesional me tiene un poco confundida. Pensé que tal vez te estabas dando tiempo después de Brian y tu compromiso roto, pero...— Ella hizo una pausa. —Has cambiado, Caitlyn, y no estoy segura de que me guste.

Caitlyn se encogió de hombros. —Todos cambian, incluso tú. Ya no eres la misma chica que eras antes de que Mark te engañara.

—¿Es eso lo que Brian te hizo a ti?

—Pensé que habías decidido no hacerme más esa pregunta.

—Pensé que finalmente me lo dirías. He sido muy paciente.

Caitlyn ajustó el biberón en la boca de Emily mientras empezaba a quejarse. —¿Crees que está tragando aire?

—¿Cómo iría yo a saberlo? A diferencia de ti, nunca he sido una persona apegada a los bebés.

—Desearía que Matt volviera—. Caitlyn miró su reloj otra vez. —Estaremos más ocupadas a medida que el día avance.

—¿Quién dijiste que era Matt?

—Mi vecino. Su hermana dejó al bebé en su puerta tarde en la noche. Fue todo muy misterioso. Y Emily estaba en problemas, entonces ayudé.

—¿Emily es su hermana?

—No, Emily es ella—, Caitlyn inclinó su cabeza hacia el bebé. —Sarah es su hermana.

—¿Sarah? Estoy totalmente confundida ahora.

—En pocas palabras, Matt no sabía qué hacer con el bebé. Era después de la medianoche, y Emily necesitaba a alguien que la cuidara, entonces decidí ayudar. Ella es hermosa, ¿no es cierto? Dulce perfección inocente.

—Hablando de perfección, tu madre llamó esta mañana. No estabas aquí, por lo que me echó la bronca.

—¿En serio? ¿Por qué? Caitlyn sintió su cuerpo tensarse con la mención de su madre.

—Ella siente que es hora de que saques tu cabeza de la arena y continúes con tu vida.

Caitlyn suspiró. Eso le sonaba familiar. Su madre, Marilyn Devereaux, una brillante profesora de matemáticas, nunca había sido una que se quedase dormida... o que dejase que Caitlyn se quedara dormida, si vamos al caso. Cuando Marilyn veía algo que necesitaba arreglarse, ella lo hacía. Era probablemente la razón por la cual era una excelente matemática: cada ecuación en su vida tenía una respuesta.

Mientras los motivos de Marilyn siempre habían nacido del amor, Caitlyn cargaba con las cicatrices de la mayoría de los tan llamados “arreglos”. Recuerdos de las vacaciones de verano

en las que su madre la había enviado a lo que había resultado ser un campamento para gordos, le hizo recordar a Caitlyn cuán lejos había ido la obsesión de su madre por arreglarla.

—No tienes que decir nada más—, dijo Caitlyn.

—Brian—, Jolie dijo de todas maneras. —¿Has consultado el calendario últimamente? Su beca de investigación terminó la semana pasada. Ha vuelto, Caitlyn.

—¿Estás segura? Pensé que se quedaría en Boston—. En realidad, había esperado que se quedara en Boston, porque el tratar con Brian, tratar con todo lo referente a Brian, la ponía muy incómoda.

—No. Llamó a tu madre ayer a la noche buscándote a ti. Estaba muy sorprendido de que te hubieras mudado fuera de la casa de tus padres. Tu madre le dio tu número de teléfono, por cierto. ¿Te parece eso bien?

—No lo sé—, Caitlyn dijo con impotencia, sin estar segura de lo que sentía por Brian, sin estar segura de cómo se debería sentir. Había sido su amigo, su amante, su prometido, y ahora era... no sabía lo que era.

—Bueno, más vale que lo averigües pronto, porque creo que le dio tu dirección también. Él quiere verte—. Jolie se aclaró la voz. —Aparentemente quiere continuar con su relación.

Caitlyn se hundió en la silla vacía frente al escritorio y ajustó la mamadera en la boca de Emily, agradecida de tener algo que hacer para no tener que mirar a los ojos curiosos de Jolie. —Se fue durante más de un año. ¿Cómo es posible que piense que puede volver y simplemente esperar que retomemos donde lo habíamos dejado?

—No tengo ni idea de lo que Brian piensa. Si vamos al caso, no tengo idea de lo que tú piensas—. Dijo Jolie deliberadamente. —Lo único que sé es lo que tu madre me dijo. Tus padres están muy contentos de darle la bienvenida a su casa y están interesados en que trabaje con ellos en la universidad. Él es como el hijo que nunca tuvieron, y si crees que no están contando con que vuelvan a estar juntos, estás completamente equivocada. Quieren a ti y Brian, amor y matrimonio, y el cochecito del bebé. Ya sabes como sigue la canción.

—Bueno, yo no voy a cantar esa canción.

—¿Por qué?

—Porque no—, dijo Caitlyn con firmeza.

—Sabes que me puedes hacer callar con eso, pero tu madre no cederá tan fácilmente.

—¿Por qué simplemente no me deja vivir mi propia vida?— Caitlyn se quejó.

—Porque no cree que estés haciendo un buen trabajo—. Jolie se inclinó hacia adelante, esperando a que Caitlyn la mirara. —Estoy sorprendida que te haya dado todo este tiempo. Y ambas sabemos que aunque puede que te hayas mudado de la casa de tus padres, todavía no has continuado con tu vida.

—Lo estoy intentando.

—¿Lo estás? Porque está ese pequeño tema de tu bloc de dibujos vacío.

—Eso no tiene nada que ver con Brian. Soy una artista. No puedo crear a pedido.

—No puedes crear para nada... y no te estoy pidiendo que me digas el porqué—, ella añadió rápidamente mientras Caitlyn intentó interrumpir. —Simplemente estoy preocupada por ti. Sé que el accidente te retrasó, pero eso ocurrió meses atrás, y todavía algo anda mal. Quiero ayudarte. Desearía que me dejaras hacerlo.

Caitlyn también deseaba que ella pudiera. Pero algunas cosas eran muy privadas, demasiado

dolorosas. Sacó el biberón de la boca de Emily y la tomó del asiento infantil para poder hacerla eructar. Cuando volvió su mirada hacia su prima, vio a Jolie sacudiendo su cabeza sin poder creerlo.

—¿Qué?— Caitlyn preguntó.

—¿Mujer de carrera profesional? Sí, claro. Mírate a ti, estás en el cielo.

—Estoy de niñera—, dijo ella defendiéndose.

—Claro que lo estás—. Jolie se puso de pie. —Iré a vender unos vestidos mientras tú cuidas al bebé de otra persona. Ahora, ¿ves algo que está mal con esta imagen, Señorita de Carrera Profesional?

—Es sólo por hoy, unas horas.

—Tic, tac, tic, tac.

—No es lo que crees.

—Tal vez sea bueno que Brian esté de vuelta. Tal vez es hora de que eches una mirada a las elecciones que estás haciendo, porque hace meses que no te había visto tan contenta. Definitivamente te queda bien llevar al bebé. Como socia de negocios, no te lo aconsejo. Pero como tu prima y tu amiga, tengo que admitir que...

—No lo digas. Emily es sólo algo temporal. Mañana seré una mujer de carrera profesional otra vez, te lo prometo.

Caitlyn suspiró mientras Jolie se iba. No podía creer que Brian estuviera de vuelta en la ciudad. Ella no estaba lista para verlo, para pensar en el futuro, para tomar decisiones. Había estado cómoda en su vida segura, tranquila, e insulsa del año pasado. Ahora, se sentía de repente abrumada y mientras bajaba su vista hacia Emily se preguntaba si Sarah se había sentido de igual manera. ¿Se había sentido Sarah tan abrumada por ser madre que había simplemente huido de ello? Porque Caitlyn podía entender la desesperada necesidad de escapar. Ella lo sentía en este momento, tanto que sus dedos de los pies sentían un hormiguelo.

Levantó la vista mientras la puerta se abrió y Matt entró. Con jeans azules gastados, una chaqueta marrón de aviador y un par de anteojos oscuros para sol, se veía sensacionalmente masculino. En absoluto insulso. Este hombre era cualquier cosa menos insulso.

—Era hora—, dijo ella, diciéndose que su pulso que latía con rapidez se debía a su enojo, y no, no, Dios no lo permita, a una atracción, porque con certeza ella no estaba disponible para momentos que le pusieran la carne de gallina o las palmas sudorosas. Ya tenía suficientes problemas.

Matt caminó hacia ella. —Fui a tu apartamento, pero ya te habías ido.

—Treinta minutos después de que se suponía que ibas regresar—, ella le recordó.

—Me atrasé.

—¿Encontraste a tu hermana?

—Todavía no—. Se sacó sus anteojos, y la ansiedad que vio en sus ojos la detuvieron de fastidiarlo. Era obvio que estaba preocupado por Sarah, y ella respetaba eso.

—Tal vez llame o aparezca—, dijo Caitlyn. —Deberías estar en casa por si acaso. Estoy segura que no dejará a Emily durante mucho tiempo.

—Me gustaría creer eso. Pero no conozco a Sarah como antes. Ella era una niña cuando la vi por última vez.

Caitlyn dudó en presionar para obtener más información, pero con desesperación quería

entender. —¿Puedo preguntar qué le ocurrió a tus padres?

—Mi padre murió justo después de que Sarah naciera. Unos años después hubo un incendio. Mi madre desapareció, por lo que mi hermana y yo fuimos con una familia de acogida..

—Eso suena a la versión corta.

Él se encogió de hombros. —Es lo que pasó.

—Lo siento—. No se imaginaba el horror de ser abandonado. No es que no le molestara un poco más de distancia de su propia familia, pero no un abandono total.

—¿Tu mamá simplemente desapareció? ¿Por qué?

—Creo que ella no quería ser una madre—, Matt dijo, sorprendiéndola con más información. —Me parece que lo intentó... algunas veces—. Él fijó su mirada hacia fuera de la ventana, perdido en sus pensamientos que tornaron su rostro en piedra. —Tal vez Sarah haya salido igual que ella—, él murmuró. —Tal vez ella tampoco volverá a buscar a su bebé.

—No digas eso. No es que Sarah haya dejado a Emily en una esquina de la calle. Ella te la dejó a ti—. Caitlyn no sabía por qué estaba tratando de hacer sentir mejor a Matt, excepto por el hecho de que parecía necesitarlo. Y hacer sentir mejor a las personas era algo que estaba arraigado en ella. Era la manera en que compensaba sus defectos, la manera en que atraía atención positiva hacia ella en vez de la negativa. Cuando la gente estaba contenta, normalmente era menos crítica, una verdad que había aprendido por haber vivido con altas expectativas en su familia.

—De cualquier manera, tengo a un investigador privado en busca de Sarah—, Matt continuó, volviéndose para mirarla. —Ahora que sabemos que está en algún lado de la ciudad, deberíamos poder encontrarla. Creo que llevaré a Emily de vuelta al apartamento y esperaremos—. Sacudió su cabeza con impaciencia. —Odio esperar.

—Emily te hará compañía.

Matt le envió una mirada dubitativa. —Espero que no empiece a gritar otra vez. ¿Puedes pasar cuando termines aquí?

Caitlyn vaciló. —Eh, no lo sé.

—Por favor. No sé nada sobre bebés. Y no quiero hacer nada mal o lastimarla de alguna manera—. Hizo una pausa, mirando a sus ojos con una expresión esperanzada. —Sólo hace dos meses que me mudé a la ciudad, así que no tengo a nadie más a quién llamar. En realidad no tengo amigos...

—Bueno, bueno, me estás rompiendo el corazón—, dijo ella con sequedad. —Debería decírtelo, Matt, que he sido manipulada por los mejores, así que puedo reconocer sin problemas cuando escucho una tragedia.

—Te agradecería tu ayuda. Esta no es un área que sepa cómo controlar.

Y ella tenía el presentimiento de que no había nada más en su vida que no pudiera controlar hasta el último detalle. —Eres bastante bueno para conseguir lo que quieres, ¿no es cierto?

—Eso depende de tu respuesta—, dijo él, encendiendo esa sonrisa matadora que había usado con Tiffany antes.

Si Caitlyn tuviera un poco de juicio, diría que no. Sólo di que no, se dijo a ella misma. Era una palabra fácil, sólo escúpela. Pero con Emily mirándola con sus grandes ojos color café y con Matt mirándola con sus grandes ojos color café, ella estaba completamente perdida.

—Pasaré—, dijo ella. —Por unos minutos, sólo para ver cómo están. Pero no desaparecerás cuando esté allí.

—Trato.

Le dio a Matt el bebé, quien no parecía importarle el acurrucarse sobre el fuerte hombro de Matt. Aparentemente, Emily sentía que era uno de los buenos. Y algo dentro de Caitlyn le dijo exactamente lo mismo. Ella puso una mano sobre el brazo de él, y el calor entre ellos pareció de repente crepitar.

Él la miró a los ojos, y ella sintió su estómago dar un vuelco. Su intención había sido ofrecerle un gesto de consuelo, pero en su lugar, el tocarlo había creado una conciencia entre ellos, una conexión, una atracción sexual. Oh, Dios. ¡Otra complicación! Ella dejó caer su mano de su brazo. —Mejor vete—, dijo ella abruptamente.

Él la miró fijo a los ojos como si la estuviera viendo por primera vez. —Me voy—, dijo de alguna manera con brusquedad mientras se agachaba para poner a Emily en el asiento infantil. Con torpeza jugueteó con las correas mientras ella empezaba a retorcerse. —Mierda. ¿No te puedes quedar quieta?

—Tienes que mostrarle quién es el jefe.

Él puso sus ojos en blanco mientras levantaba su vista hacia Caitlyn. —Creo que ambos sabemos quién es la jefa.

—Tal vez. Por cierto, casi me crucé con la señora Pederman cuando salía esta mañana. Tuve que esconderme en la habitación de lavandería para que no viera al bebé.

—¿La señora Pederman?

—La viejecita entrometida que vive al lado del ascensor y que pregunta quién eres cada vez que entras por la puerta principal.

—Oh, ella.

—Ella duerme la siesta entre la una y las tres todos los días, así que no te preocupes, pero tal vez deberías dejar el asiento en el auto y ...

—¿Y hacer qué, pasarla de contrabando bajo mi chaqueta?

—No lo sé; tú eres el periodista de investigación. Piensa en algo. Pero lo que sea que hagas, no dejes que vea al bebé, o sino ambos estaremos en problemas. No quiero perder mi apartamento.

Él frunció el ceño. —Esto no va a funcionar.

—Sí, si Sarah vuelve hoy.

—Si es la palabra operativa. Las mujeres en mi familia tienen una historia de desaparecer.

—Ella dijo que estaría en contacto. Ten un poco de fe.

—Lo estoy intentando, pero no tengo un buen presentimiento sobre esto.

Tampoco lo tenía Caitlyn, pero esperaba que estuviera equivocada, porque sacarlos a Matt y a Emily de su vida tan pronto como fuera posible parecía de pronto ser de extrema importancia.

\* \* \*

El Reverendo Jonathan Mitchell miró fijamente al vidrio roto en el suelo. Una vez más, la pequeña ventana al lado de la puerta trasera de la iglesia había sido rota, la tercera vez en este mes. Odiaba dejarse llevar por el cinismo, por la desesperanza, pero incluso él podía aguantar sólo hasta cierto punto sin perder la paciencia. Puede que fuera un pastor, pero era también un hombre.

Pauline Evans, la secretaria de la iglesia, una mujer afroamericana en sus cincuenta y tantos, chasqueó la lengua en desaprobación mientras miraba el daño. —Creo que es hora de poner una



tabla sobre esa ventana—, dijo ella.

—Ya es suficientemente malo que tengamos que cerrar con llave la iglesia por la noche. Si empezamos a poner tablas para tapar las ventanas, también deberíamos encerrar a Dios en una caja de seguridad.

—Es simplemente otra persona sin hogar que busca un lugar calentito para dormir—, Pauline replicó. —O algún fugitivo.

—Pero si vienen aquí, tal vez no se están escapando, tal vez están corriendo hacia algo.

Su expresión firme se ablandó. —Sé que siempre hay esperanza, pero con honestidad, Jonathan, creo que algunas veces eres demasiado optimista. Tienes que enfrentar los hechos. No hay suficiente dinero en el presupuesto de la iglesia para continuar reponiendo ventanas.

—Entonces tal vez deberíamos simplemente dejar la puerta sin llave—, dijo él con una sonrisa.

Ella sacudió su cabeza. —¿Y qué harán con el interior de la iglesia, con nuestro santuario?

—Pero ese es el punto, no es nuestro santuario, pertenece a todos.

—Tú eres joven, cambiarás de parecer. El Reverendo Wallace cerró esta iglesia con llave hace veinte años, y es la única razón por la que está en tan buenas condiciones como lo está.

Jonathan se estaba cansando por las constantes referencias al Reverendo Wallace, cuyo lugar él había tomado un año atrás cuando el buen pastor había decidido jubilarse a los setenta y nueve. A los treinta y tres, Jonathan era mucho más joven y sabía que tenía mucho que aprender, pero también sabía que tenía mucho para dar, si solamente pudiera encontrar la mejor manera de hacerlo.

—Sabes que el Consejo usará esta ventana rota como una razón más para cerrar la iglesia—, Pauline señaló.

Él dio un suspiro, sabiendo que ella tenía razón. Con el vecindario que se estaba deteriorando a su alrededor y la poca concurrencia en los servicios de los domingos, había una presión cada vez mayor para cerrar la iglesia y vender la propiedad con ganancia, la cual podría utilizarse en otras iglesias dentro de la clerecía.

Jonathan no quería ver su iglesia cerrada. La gente dentro de la comunidad necesitaba la iglesia; simplemente tenía que hacerles ver eso. A veces la tarea por delante de él parecía imposible. Tal vez si fuera un predicador diferente, más como su padre, con fuego y azufre y pasión en cada palabra, atraería a montones. Pero él no era su padre y tenía que dejar de hacer tal comparación, aunque no pudiera evitar que otros dentro del mundo religioso lo hicieran.

Justo el otro día uno de los miembros del consejo había sugerido que le pidiera a su padre que visitara, que viniera y predicara un sermón que hiciera que las vigas del techo temblaran con la fuerza de su personalidad, con la pasión de la palabra de Dios pronunciada como sólo William Mitchell podía entregarla.

Pero Jonathan no quería pedir ayuda a su padre, no quería admitir que necesitaba ayuda. Era egoísta de su parte, y él rezaba para obtener perdón cada noche. Quería lograrlo por sí solo. Quería encontrar su propia manera de servir a Dios, no simplemente seguir los pasos demasiado grandes de su padre.

—¿Por qué no llamas a alguien para que repare la ventana?— Sugirió a Pauline, forzándose a poner su atención en la tarea inmediata.

—¿Estás seguro de que no quieres que vaya adentro contigo? Sólo el Señor sabe quién está

allí adentro.

—Es exactamente la verdad, Pauline. El Señor sabe. Esa es la razón por la que no estoy preocupado de entrar solo—. Jonathan sonrió ante la desaprobación de Pauline por su humor algunas veces irrespetuoso. Y, bueno, encontrarían la forma de trabajar juntos. Porque muy en el fondo ambos querían lo mismo.

Cuando Pauline se fue a llamar para que repusieran la ventana, Jonathan entró a la iglesia. Todo estaba en silencio, nada estaba fuera de lugar, nada dañado. Sus ojos entrenados notaron todos los detalles del altar, luego caminó por el pasillo central, fijándose en cada banco. No fue hasta que llegó al último que la vio... profundamente dormida.

Se veía como un diminuto pájaro herido, un cuervo... con cabello lacio hasta su cintura, piel blanca pálida, pequeños huesos, ropa vieja que colgaba demasiado grande en su cuerpo. Cambió de posición en el banco, obviamente incómoda. Fue entonces cuando logró ver su rostro, su mejilla hinchada, su ojo morado, su labio cortado. Cada herida le hizo apretar sus dedos más fuertes en su puño.

Alguien había lastimado a esta hermosa criatura y la había lastimado mal. Su mirada viajó hasta su mano, a los profundos, mellados cortes que podrían haberse causado solamente por vidrio hecho trizas. Había encontrado a su intruso. ¿Era ella otra historia de una racha de mala suerte o era ella algo más?

Se le cortó la respiración cuando sus párpados se movieron y poco a poco se abrieron para revelar unos ojos tan oscuros y tan profundos como un cielo sin estrellas. Ella lo vio mirándola y se sentó abruptamente.

—¿Estás bien?— Le preguntó en voz baja.

—Me iré ahora mismo. No tienes que llamar a la policía—. Intentó pararse, pero se balanceó, entonces se volvió a sentar. —Me siento un poco mareada.

—¿Cómo te llamas?

—¿Por qué?

Él le sonrió suavemente. —Tal vez pueda ayudarte. Pero primero debes decirme tu nombre.

Ella titubeó por un largo, largo rato. —Sarah. Mi nombre es Sarah.

## Capítulo Cuatro

—**SARAH**—. JONATHAN le ofreció una suave sonrisa. —Gusto de conocerte. Soy Jonathan Mitchell, y ésta es mi iglesia.

—¿Eres el pastor?— Ella preguntó desconcertada.

—Eso es correcto.

Se humedeció su labio hinchado, llamando la atención nuevamente a sus lesiones. Instintivamente él llevó la mano hacia su cara, y ella se encogió como si estuviera por pegarle.

—No te lastimaré—, dijo rápidamente.

No pareció creerle. Ni parecía tener razón alguna para creerle. Debido a que alguien la había lastimado y había roto la poca confianza que ella tenía. Sarah miró más allá de él, sus ojos se fijaron en la puerta, viendo su ruta de escape, su salida, pero él no podía dejarla ir, no en su condición.

—Déjame ayudarte, Sarah.

Su boca tembló, pero no habló; simplemente negó con la cabeza.

—¿Por favor?

—Es demasiado tarde—, ella dijo en un susurro velado, como si tuviera miedo de decir las palabras en voz alta.

—Si fuera demasiado tarde, no creo que estuvieras aquí ahora. Creo que has venido a la iglesia en busca de algo. Tal vez lo has encontrado.

Sus oscuros ojos se mantuvieron en los suyos durante un largo rato, había un brillo de algo en su profundidad oscura. Luego miró hacia otro lado. —Tenía frío. Eso es todo. Vi la ventana rota y pensé que me habría ido antes de que me encontraras.

—Entonces, ¿no rompiste la ventana?

—No soy un ladrón.

—Eso no es lo que te pregunté—. Se preguntó entonces si había depositado su lástima en alguien que no se lo merecía. ¿Había sido engañado por lo que se veía como inocencia pero no era más que ingenio aprendido? Era seguro que ella estaba mintiendo. Había sangre en el piso donde ella se había cortado la mano.

Sarah intentó levantarse pero se balanceó una vez más, y Jonathan la tomó del brazo para equilibrarla.

—Ay—, dijo ella, haciendo una mueca de dolor. Él miró a su brazo y después de un segundo de duda levantó la manga de su suéter hasta que pudo ver el moretón púrpura oscuro sobre su

antebrazo. Al menos no había marcas de agujas.

Se alejó de él, bajándose la manga de vuelta.

—Déjame ayudarte, Sarah. Tengo una casa al lado, un baño donde puedes limpiarte, y podemos limpiar algunos de los cortes en tu cara.

—No puedo decirte nada. No lo haré—, ella le advirtió.

—No lo iba a preguntar... todavía.

Mientras se confrontaban, Pauline entró en la iglesia, blandiendo una escoba grande en una mano. La bajó cuando vio a los dos.

—Te fuiste por tanto tiempo, que pensé que tal vez estabas en problemas—. Su voz se perdió en el momento en que se dio cuenta de la condición de Sarah. —Oh, no, alguien te la hizo buena, ¿no es cierto?

—Te presento a Sarah. Va a ir al lado a limpiarse—, Jonathan dijo.

—Llamaré a...

—No—, dijo, interrumpiéndola.

Ella levantó una ceja. —¿No?

—Todavía no—. Le envió una súplica silenciosa para permitirle jugar ésta a su manera. Habría tiempo de llamar a los servicios sociales apropiados, pero en este momento quería aliviar algo del dolor de Sarah. No sería capaz de hacerlo si ella intentaba correr. Y no había duda en su mente de que ella lo haría.

—Está bien—, Pauline murmuró a regañadientes. —Ven conmigo, y te ayudaremos. ¿Tal vez un poco de comida, también? ¿Tienes hambre?

Pauline se adelantó, luego se detuvo, su mirada de repente se fijó en el pecho de Sarah. Sarah puso una mano defensiva sobre su seno, pero era muy tarde.

—Oh, corazón—. Pauline negó con la cabeza, sus ojos preocupados. —¿Dónde está tu bebé?

Jonathan se dio cuenta entonces de que la blusa de Sarah estaba mojada, manchada con leche.

—¿Sarah?— Él le preguntó. —¿Tienes un bebé?

—No. No tengo un bebé—, ella dijo con indiferencia. —Ya no—. Se separó de ellos, alarmando a Jonathan con su rapidez. Un segundo ella estaba allí, apenas capaz de pararse, y el siguiente estaba desapareciendo a través de la puerta.

Finalmente logró mover sus pies y corrió detrás de ella. Logró verla cuando doblaba la esquina enfrente de la iglesia, pero para cuando llegó a la misma esquina ella ya se había ido. Se volvió y caminó lentamente de vuelta a la iglesia.

Pauline se encontró con él en la acera. —Ella está en problemas.

—Así parece.

—Tendrías que haber llamado a la policía tan pronto como la encontraste.

—¿Para que la tiren en la cárcel?

—Tal vez debería estar en la cárcel. Porque esa muchacha tuvo un bebé y no hace mucho. Entonces, ¿dónde está el bebé?

—Podría estar en un número cualquiera de lugares, todos legales.

—O no—. Pauline lo miró a través de ojos preocupados. —Encontraron un bebé en un contenedor cerca del Parque Golden Gate, casi muerto, justo la semana pasada.

Una corazonada le dijo a Jonathan que no podría ser esta mujer la que dejó a su bebé en la basura. No le había parecido rebelde, sólo herida. Pero al mismo tiempo, tal vez sintió que no

tenía otra salida.

—Deberías llamar a la policía, Jonathan.

—Voy a denunciar que forzaron la entrada, Pauline.

—Sabes que no es lo único que deberías denunciar.

—Alguien ha herido a esa chica muy mal—. Se encontró con sus dedos torciéndose en puños, lo cual lo perturbaba, debido a que no se suponía que la violencia fuera parte de su naturaleza. Sin embargo era en situaciones como ésta cuando su civilizada conducta piadosa se acababa. No siempre había sido un sacerdote. Una vez había sido simplemente un hombre.

Pauline lo estudió con la sabiduría de sus años. —Sé que eres el reverendo, y yo soy la secretaria, pero he visto algunas cosas en mi vida. Puedes ayudar a muchas personas más si te quedas arriba del acantilado tirando cuerdas, que si te metes en un hueco para salvar un alma, del cual tal vez nunca puedas salir otra vez.

Jonathan miró hacia la calle vacía, sabiendo que Pauline tenía probablemente la razón.

—De todas maneras, no creo que ella regrese—, Pauline dijo, volviéndose hacia la pequeña casa al lado de la iglesia donde él residía y donde la oficina de la iglesia estaba localizada.

—Espero que estés equivocada—, dijo él.

Ella se detuvo y lo miró. —Me gustaría creer que esa chica no se ha ido para volver justo con el hombre que le ha pegado. Pero no estoy segura si estoy en lo correcto. Sólo espero...

—¿Qué?

—Ruego para que ese bebé de ella no tenga sus mismas cicatrices.

—Ruego por ello también—, él murmuró pesadamente. Pero esta vez quería hacer más que simplemente rezar.

\* \* \*

Eran pasadas las seis cuando Caitlyn terminó de trabajar. Después de un largo día de ansiosas novias y dominantes madres, ella estaba más que lista para una tranquila noche en casa. Pero mientras caminaba por el pasillo a su apartamento, se acordó de que Matt le había pedido que lo ayudara.

Ella dudó al otro lado de su puerta, prestó atención para ver si escuchaba a Emily llorar. Todo estaba tranquilo. Bueno, siempre y cuando ella no estuviera llorando, Matt no necesitaba su ayuda, lo cual era una buena cosa. No necesitaba involucrarse aún más en sus problemas, ella tenía suficiente con los propios.

Y ella estaba determinada a tomar su bloc de dibujo esta noche e intentar dibujar algo. Además, no era como que Matt hubiera hecho algún intento de conocerla antes de la llegada de Emily. Había querido ser un vecino silencioso, y así es como ella lo prefería, también. ¿Por qué permitir que la llegada de Emily cambiara su relación? Era mejor así. Toda la situación tenía escrito las palabras “corazón roto” por todos lados. Y Caitlyn no estaría dispuesta a dejarse arrastrar por un apuesto periodista y su misteriosa hermana a un lugar donde ella no quería ir.

Deliberadamente, se volvió hacia su apartamento y deslizó la llave en la cerradura. Apenas había tocado el picaporte cuando la puerta de Matt se abrió de golpe. Sus cabellos estaban parados, como si hubiera pasado sus dedos por ellos una docena o más de veces, y sus ojos tenían una mirada salvaje en ellos.

—¿A dónde vas? Él demandó.

—A mi apartamento.

—Dijiste que ayudarías.

—No escucho a Emily llorando.

—Eso es porque lloró hasta dormirse—, dijo él, agitando su mano en el aire. —Gritó cada segundo de las últimas dos horas y media. Su carita se tornó morada. Pensé por un minuto que se había suicidado cuando finalmente se quedó dormida.

Caitlyn trató de no sonreír porque, a decir verdad, un desesperado y descalzo Matt Winters era bastante irresistible. —Bueno, está dormida ahora. Deberías intentar descansar, también.

—No me puedes dejar solo con ella.

—Creo que sí puedo.

Matt la tomó de su brazo, sus ojos llenos de desesperación. —Me estoy volviendo loco, Caitlyn. Ella me odia. Nada de lo que hago está bien. Odia la manera en que la alzo, la forma en que le hablo, la manera en que le doy de comer. Estoy haciendo todo mal. Tienes que ayudarme.

—Estoy segura de que simplemente extraña a su madre. No eres tú.

—Soy yo. Nunca fui bueno con los bebés. No tengo problemas con los niños que pueden hablar, pero los bebés son como pequeños extraterrestres para mí.

Ella sintió que se debilitaba. —No puedo. Ha sido un largo día, y estoy cansada—, dijo, sacando su brazo de su agarre. Ahí estaba... lo había hecho. Había dicho que no.

—Te haré la cena—. Él chasqueó los dedos, ahora una nueva luz en sus ojos, una de determinación. —O te pediré una orden por teléfono. Probablemente sería mejor para tu estómago. No tengo mucho de cocinero. Y podemos tomar un poco de vino. ¿Te gusta tinto o blanco?

—Blanco, pero eso no importa. Me gustaría ayudar pero yo...

—¿Pero qué?

—Es muy difícil—, dijo en vano, sabiendo que no podría entender lo que ella no podría explicar.

—Ya sé que es difícil. Es por eso que necesito tu ayuda—, dijo él, sin entender su renuencia. —He estado poniendo música para cubrir su llanto, pero me temo que si continúa gritando, alguien en el edificio vendrá en busca de un bebé, y entonces ¿qué haremos?

—¿Haremos? Preguntó ella deliberadamente. —No creo que sea nuestro problema. Pienso que es tu problema.

—Si quieres encontrarle la quinta pata al gato—, lo dijo encogiéndose de hombros.

—No le estoy buscando la quinta pata al gato. Ella es tu sobrina.

Antes de que él pudiera contestar, Emily dejó escapar un grito como para romper los vidrios desde adentro del apartamento.

—Ves—, dijo Matt. —Está despierta y enojada. Creo que necesita el toque de una mujer, algo suave y dulce. Como tú.

Matt le miró a sus ojos, y Caitlyn sintió el aliento escapar de su pecho otra vez. Era muy, muy bueno para conseguir pasar sus defensas y él ni siquiera lo sabía. Tan deseoso estaba de asegurarse algo de ayuda que no tenía idea de que la estaba afectando de una manera hombre-mujer esencial, lo que le recordaba que esta situación era peligrosa en muchos niveles diferentes.

Antes de que Caitlyn pudiera ofrecer otra protesta, Matt la arrastró hacia su apartamento. Emily estaba en su asiento infantil en el piso al lado del sofá. Y fue su diminuta, arrugada, enojada carita la que atrajo a Caitlyn a su lado. Desatando las correas, Caitlyn levantó a Emily y la acunó

instintivamente contra su pecho.

La pequeña boquita de Emily se volvió de repente hacia el pecho de Caitlyn, en busca de alimento, amor, nada que Caitlyn pudiera darle, y ese pequeño gesto casi rompió el corazón de Caitlyn.

—Tráeme el biberón—, le ordenó a Matt. —Hazlo ahora.

Matt la miró fijamente, luego se movió hacia la cocina, donde ella lo escuchó correr el agua y presionar los botones en el microondas.

—Está bien, chiquitita—, susurró ella. —Ya viene tu comida.

Emily lloriqueó y se retorció y agarró el cabello de Caitlyn. Sus pequeños deditos tiraron de los mechones, tan fuerte, que lágrimas aparecieron en los ojos de Caitlyn. Pero al menos este dolor era real y no el fantasma que la acechaba en sus sueños.

—Aquí tienes—, dijo Matt, volviendo a la habitación con el biberón.

Ella puso la tetina en la boca de Emily y el bebé empezó a chupar con gusto. Caitlyn se sentó en el sofá para poner a Emily más cómoda.

—¿Estás llorando, Caitlyn? Matt preguntó.

Ella se encogió de hombros a su pregunta mientras parpadeaba la reveladora humedad de sus ojos. El hombre vio demasiado. —Emily tiró de mi cabello. No es nada.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Mírame.

Ella no quería hacerlo; de verdad no quería. Pero el silencio entre ellos se alargó y se encontró a sí misma levantando su cabeza y mirando a sus ojos. Eran ojos perceptivos, sagaces, que veían justo a través de ella, y no le gustaba ni una pizca. —Debes de ser un buen periodista—, ella murmuró.

—¿Por qué dices eso?

—Porque me encuentro con el impulso de querer confesar, y no tienes una luz sobre mi cabeza.

—¿Confesar qué?

—Nada—, dijo rápidamente. —Dije que tenía el impulso de querer confesar, no que tuviera algo que confesar.

—Pero sí lo tienes.

—No, no lo tengo. Tú eres el de los secretos—. Ella esperaba apartar su atención de ella.

—Y tú estás tratando de desviar el tema. Aplaudo tu técnica.

—¿Encontraste algo sobre tu hermana?— Ella preguntó, ignorando su comentario perceptivo. Tenía que mantener su distancia, y el compartir sus secretos con él no lograría eso.

—Nada todavía. Desearía que tuviera más con lo cual proseguir, una descripción, una fotografía de cómo se ve ahora.

—¿Tal vez como tú?

—Más como mi madre que como yo probablemente. Yo salí a mi padre. El cabello de Sarah era más oscuro que el mío, negro como la tinta. Solía tenerlo tan largo que podía sentarse sobre él. Y sus ojos son negros, también. Siempre se veían grandes para su cara. O tal vez parecía de esa manera porque su piel era tan blanca. Se amorataba fácilmente. Un toque y tendría una marca púrpura durante una semana—. Hizo una pausa, obviamente perdido en sus recuerdos. —Sarah era una niña esquelética, sus costillas siempre sobresalían por su camiseta. Sabía que necesitaba más

para comer, pero no siempre podía conseguirlo.

—¿Y tu madre no estaba con ustedes?

—No mucho. Ella estaba hecha un desastre la mayor parte del tiempo. Mierda, ¿por qué te estoy contando todo esto?

—Tal vez es más fácil contárselo a un extraño.

—Estaba esperando que dijeras un extraño—, dijo sin rodeos. —No me gustan mucho los vecinos entrometidos.

—¿Me he comportado como una vecina entrometida?

—Bueno, no hasta hace cinco minutos, cuando empezaste a someterme al tercer grado.

—Porque tú me metiste en tu apartamento—, ella le recordó.

—Tienes razón—. Se sentó en la silla frente a ella y descansó sus codos sobre sus rodillas mientras observaba a Emily chupar su biberón. —Una vecina solía denunciarnos a la policía. La señora Malkovich. Era una anciana mala, solía fumar un cigarrillo tras otro en el pasillo hasta que no pudieras ver más allá de tu nariz. Tenía que mentir, inventar una historia sobre dónde estaba mi madre y esperar a que volviera antes de que ellos lo hicieran. Funcionó, también, hasta el incendio, hasta que no tuvimos adónde ir. Luego la señora Malkovich se vengó diciéndonos que nuestra madre nunca volvería. Lo siguiente que recuerdo es que nos pusieron en hogares de acogida separados. Ni siquiera nos permitieron quedarnos juntos.

—¿Cuántos años tenías?

—Dieciséis. Y Sarah tenía nueve.

—¿Regresó alguna vez tu madre?

—No—. Matt se levantó y empezó a pasearse de un lado para otro del apartamento. —Tengo que encontrar a Sarah. He buscado cientos de veces durante años, pero los archivos estaban sellados, cerrados bajo llave para nuestra propia protección, o algo así habían dicho. Como si necesitara ser protegido de la única persona a quien le importé siquiera un poco.

—Lo siento, Matt. Eso es tan injusto.

Él se encogió de hombros. —¿Quién te dijo que la vida era justa?

—¿Qué te pasó a ti una vez que los separaron?

—Fui a un hogar de acogida por unos meses, luego a otro y a otro. Estaba enojado con el mundo. Nadie quería nada que ver conmigo. Cuando cumplí mis dieciocho años me dijeron que me fuera y siguiera con mi vida.

—¿Qué hiciste entonces?

—Realmente estás llena de preguntas.

—Sólo para pasar el tiempo, ¿a menos que quieras que te deje con Emily?— ella preguntó deliberadamente.

—No, sólo siéntate y relájate—, le dijo con rapidez. —Me quedé en San Francisco por un tiempo, hice algunos trabajitos, finalmente me mudé a diferentes lugares del país, me metí a trabajar en el periódico.

Ella esperaba que diera más detalles, pero se quedó frustrantemente callado. —Sólo por curiosidad, ¿escribes con más profundidad los temas que cuando hablas?

Su boca se curvó en una sonrisa renuente. —Cuando no estoy hablando de mí mismo, puedo ser bastante elocuente.

—Gracias a Dios—. Miró al bebé en sus brazos. —Cuéntame más sobre Sarah.



—Fue hace tanto tiempo.

—Debes acordarte de algo.

Matt pensó por un momento. —Ángeles. Solía verlos bailar en el techo por la noche. No quería decirle que eran simplemente las luces de las calles tirando sombras—. Hizo una pausa, perdido en su recuerdo. —La gente siempre dice que no puedes perder lo que no tienes, pero yo creo que Sarah siempre pareció extrañar. Tenía esa mirada de anhelo en su rostro, como si estuviera tratando de ver algo que no estaba allí. Siempre quería prender velas para que las cosas estuvieran más iluminadas. Era una triste niña. Eso es lo que más recuerdo de ella. Recuerdo que estaba triste—. Respiró hondo y exhaló. —Tengo un presentimiento de que todavía está triste.

Caitlyn asintió, sus propias emociones movidas por el dolor en sus palabras. No sonaba como que Sarah hubiera tenido demasiado para sonreír en su vida, Matt tampoco, al menos no durante su niñez. —¿Cómo era tu papá? ¿Fue él tan malo como lo fue tu madre?

—No. Era un buen tipo—. Matt replicó, un tono de urgencia en su voz. —Mantuvo a mi madre cuerda, creo. Era cocinero en un restaurante en Fisherman's Wharf, e incluso después de un largo día venía a casa y cocinaba para nosotros. Cuando murió, mi madre se derrumbó. Sarah era solamente un bebé, pero no fue lo suficiente como para recomponerse. Tomaba píldoras para dormir y para el dolor y Dios sabe qué otras píldoras y se las tomaba con un trago de whisky—. Hizo una pausa, mirando a Caitlyn a sus ojos. —Seguí pensando que iba a cambiar, iba a ponerse mejor, pero nunca ocurrió. Fui un tonto.

—Eras un niño—, Caitlyn replicó.

—Ya no importa de todas maneras. Lo que realmente me preocupa ahora es Sarah—, continuó. —¿Y si salió como mi madre? ¿Y si salió corriendo y dejó a su hija de la misma forma en que nuestra madre nos dejó a nosotros?

—Dijo que volvería.

—He escuchado eso antes. He aprendido a tomar las promesas con pinzas.

—Eso es triste.

Se encogió de hombros. —Creo que es práctico.

—¿Y si Sarah no regresa? ¿Qué vas a hacer con Emily? La pregunta se deslizó antes de que Caitlyn pudiera detenerla. No era de su incumbencia lo que Matt hiciera con este bebé. De hecho, se suponía que ella estaba alejándose, no enterrándose más profundo, pero a pesar de su franqueza, o tal vez debido a su franqueza, era fácil hablar con él y diferente a la mayoría de hombres que había conocido en su vida, hombres como Brian, que siempre hablaba desde algún plano intelectual elitista.

—No lo sé—, contestó. —Espero que no llegue a eso. No soy exactamente un hombre de familia. Trabajo largas horas. Viajo...— Su voz se perdió mientras trataba de considerar su pregunta con más seriedad. —No estoy seguro de que fuera un buen padre. La arruiné con Sarah.

—No eras su padre. Eras un chico de dieciséis años.

—Es cierto, bueno, esperemos que Sarah regrese y será una pregunta discutible.

—Yo creo que serías un buen padre, Matt. Has hecho un buen trabajo hasta ahora.

—¿Por qué dices eso? ¿Porque todavía está respirando?— Él sonrió. —Eso tal vez sea suerte. Y tú has sido de gran ayuda.

—Eso es cierto. Pero Emily es simplemente una bebida. No necesita mucho más que algo para comer y alguien que la ame—. Caitlyn miró a su alrededor, al apartamento apenas amueblado. —

Lo cual es probablemente bueno en tu caso.

—No he tenido tiempo de instalarme todavía.

—¿Alguna vez te instalas? ¿O simplemente te mudas a otro lado?

—La mayor parte del tiempo me mudo—, asintió con un pequeño movimiento de la cabeza a su afirmación perceptiva. —Siempre he viajado con lo mínimo. Es más fácil así.

Por lo que había escuchado de su pasado podía entender su razonamiento. Pero había algo en la manera en que Matt estaba mirando a Emily que le decía a Caitlyn que tal vez habría encontrado justo una buena razón para adquirir algo de equipaje. Porque no podía creer que un hombre a quien le importaba tanto su hermana desaparecida, abandonaría su sobrina con extraños, sin importar lo que él dijera.

—Oye, ¿tienes hambre?— le preguntó. —Porque yo me estoy muriendo de hambre. ¿Quieres que compartamos una pizza?

—Eso suena muy amable.

Él se echó una sonrisa. —Sí, lo sé. Pero ya que estás alimentando a Emily, lo menos que puedo hacer es alimentarte a ti.

Caitlyn dudó. Era tentador, muy tentador, debido a que no le estaba gustando sólo Emily, sino que le estaba empezando a gustar Matt, también, y eso era aún más peligroso.

—No lo creo—, dijo ella firmemente. —De hecho, deberías tomar a Emily ahora y terminar de darle de comer—. Ella se levantó y le pasó Emily, con biberón y todo.

A regañadientes tomó a Emily, mientras ajustaba el biberón en su boca cuando se empezó a sacudir. —¿Fue algo que dije?

—Tengo cosas que hacer.

—Bueno, este no es en realidad tu problema. No puedo culparte por querer continuar con tu vida.

Exactamente. Sólo que cuando lo dijo así, Caitlyn se sintió culpable. Odiaba decepcionar a alguien, un desafortunado rasgo inculcado en ella por su madre y su padre, quienes siempre habían esperado y exigido tanto de ella.

—No me voy a sentir mal—, dijo ella en voz alta.

Él levantó una ceja. —¿Dije que deberías?

—Eres muy bueno para la insinuación sutil.

Se rio de eso. —Nunca nadie me ha llamado sutil.

No tuvo otro remedio que responder a la sonrisa sexy que se expandió en su rostro. A primera vista era tan sombrío, en sus rasgos y en su expresión. Pero cuando una sonrisa emergía, su rostro por completo cambiaba, se suavizaba y era increíblemente atractivo. Él no era para ella, se dijo con firmeza. Y ella no era la correcta para él. Él era un hombre que necesitaba amor y familia en su futuro para compensar todo lo que se había perdido en el pasado, y ella se estaba concentrando en su trabajo ahora, dejando al amor atrás y a todo lo que iba junto.

—Me voy—, dijo ella.

—Ya dijiste eso antes, pero todavía no has llegado a la puerta.

Caitlyn deliberadamente caminó hacia la puerta y la abrió. —¿Está mejor?

—No—. Su mirada oscura se mantuvo con la de ella en una conexión que fue demasiado fuerte. No la estaba tocando, pero la estaba atrayendo de igual forma, había algo en él que llamaba a algo en ella. Era más que una atracción, más que un simple deseo, más que una necesidad

dolorosa, y la asustó. ¿Cómo podía de repente sentir tanto por alguien que acababa de conocer? ¿Alguien que no era la persona indicada para ella por muchas razones? ¿Era simplemente química? ¿Hormonas? ¿O algo más? Le había emocionado su historia. Tal vez eso era todo. Sentía lástima por él.

Pero no, esa no era la verdad tampoco; Matt no era un hombre por quien se pudiera sentir lástima. Se había levantado de su situación y había hecho algo hermoso. Era inteligente, guapo, gracioso, sexy. No, no sentía lástima, ni siquiera un poco. Deseaba que sí lo hiciera. Sería una emoción más fácil de manejar.

—¿Caitlyn?— Su voz sostenía la misma pregunta.

—Tengo que irme—, dijo ella suavemente. —Déjame ir.

Su mirada no vaciló por un largo y penetrante momento. —Por supuesto. Vete. Nos vemos.

Ella se agarró de su tono informal como si fuera una cuerda de salvamento. —Claro, nos vemos.

Mientras abría la puerta y salía al pasillo vio a un hombre salir del ascensor. Su primer instinto fue el de esconderse, y se apuró de vuelta al apartamento de Matt justo cuando su nombre sonó a través del pasillo.

Oh Dios, no podía ser Brian, no ahora, no en este momento, cuando ya se sentía confundida. Pero podía escuchar sus pasos moviéndose impacientemente por el pasillo. Ese era Brian, impaciente, decidido y aparentemente de vuelta en la ciudad.

—¿Qué ocurre?— Preguntó Matt.

Caitlyn no podía contestar. No estaba lista para ver a Brian. Lo había despedido hace dieciocho meses, pero ahora parecía que había pasado sólo un minuto. —Yo... yo...—. Ella volvió su cabeza mientras Brian llamaba su nombre una vez más. Obviamente la había visto adentrarse en el apartamento de Matt. Maldita sea.

—Creo que alguien te está buscando—, dijo Matt. Cuando ella no se movió, él se acercó y abrió la puerta.

Brian estaba parado en el pasillo viéndose confundido.

—¿Caitlyn?

Ambos hombres dijeron su nombre exactamente al mismo tiempo. Caitlyn estaba atrapada entre ellos, tontamente deseando que Emily llorara y distrajera a Matt al menos, pero la bebé todavía estaba acunada en los brazos de Matt, muy tranquila succionando su biberón.

—Hola, Brian—, dijo ella, finalmente mirando a la cara del hombre con quien una vez había esperado casarse. No había cambiado en nada, todavía alto y delgado, cabello rubio rojizo cortado justo por debajo de las orejas y una barba muy cuidada que hacía juego. Tenía puesto pantalones color habano y un chaleco de lana color crema sobre su camisa tejida, viéndose justo como el intelectual que era.

—Caitlyn—, dijo otra vez. —Espero que no sea un mal momento.

—Deberías haber llamado primero.

—Llamé—. Con cierta torpeza se aclaró la voz. —Cuando no me devolviste la llamada, pensé en venir. Tu madre dijo que habías hecho cambios en tu vida.

—Yo... yo lo he hecho—, ella replicó.

La mirada de Brian se dirigió hacia Matt, quien estaba escuchando su conversación sin ningún reparo. De repente, se tornó pálido, una luz incrédula se apareció en sus ojos cuando se volvió a

mirarla. —Dios mío, Cait, ¿es *él* el cambio del que tu madre estaba hablando? Y ¿es ese... ese es tu bebé?

## Capítulo Cinco

LA pregunta de Brian golpeó el aliento fuera del pecho de Caitlyn. ¿Cómo se le ocurría pensar que se había ido de él hacia otro hombre tan rápido y había tenido un bebé... era increíble, impensable.

—¿Cómo siquiera me preguntas algo así?—, ella demandó. —¿Te acuerdas de cómo me veía cuando te fuiste? ¿Te acuerdas de eso?

Brian le quedó mirando por un largo minuto. —Lo siento—, murmuró, presionando la mano sobre su sien como si tuviera un dolor de cabeza punzante. —Normalmente no tomo conclusiones apresuradas. Ya no sé qué pensar.

—Este es mi vecino, Matt Winters—, dijo ella con voz tensa. —Y esta es su sobrina, Emily. Este es Brian Hastings.

Matt los miró a ambos con un brillo especulativo en sus ojos. Su instinto periodístico obviamente sentían una historia, pero Caitlyn no tenía intención de compartirla con él.

—Mucho gusto—, dijo Brian.

—Sí—, Matt replicó.

—¿Podemos hablar Caitlyn?— Brian preguntó. —¿En privado?

Oh, cómo le encantaría decir que no, que estaba muy ocupada ahora, que tendría que esperar hasta mañana o la semana que viene o el próximo año, porque ella todavía no sabía qué decirle. Desafortunadamente, no pensaba que pudiera aplazarlo. Él tenía esa mirada en sus ojos, la que tenía cuando estaba determinado a encontrar la respuesta correcta.

—De acuerdo—. Cruzó el pasillo y abrió la puerta de su apartamento. Cuando Brian entró, ella miró donde estaba Matt. —Puedo ver por qué no te gustan los vecinos entrometidos.

—¿Quién es ese tipo?

—No es de tu incumbencia.

—¿Quieres que me quede cerca?

—Estoy bien.

—¿Estás segura? Hace un minuto atrás parecía que querías encontrar un hueco oscuro donde meterte.

—Estoy bien—, y con eso, ella respiró hondo y cerró la puerta, dejándola con un problema en vez de dos.

Brian se quedó parado en el medio del apartamento, viéndose aturdido por el entorno femenino y los accesorios para novias. —Bueno—, dijo él. —Es diferente.

—He estado inundada con arreglos—, ella explicó. —Esta es la gran estación de casamientos. Todas quieren ser novias en junio—. Ella se aclaró la voz, preguntándose por qué estaba hablando sobre casamientos con su antiguo prometido.

—¿Por qué no te quedaste con tus padres? Pensé que era más fácil para ti concentrarte en tu negocio cuando vivías allí.

—Tengo ventiocho años, soy bastante grande como para vivir con mis padres—. Le podría haber dicho que después del accidente no era espacio físico lo que ansiaba, sino espacio emocional más bien. Pero eso sólo abriría la caja de Pandora a su pasado, demasiado temprano.

Brian parecía no saber qué decir.

Durante el subsiguiente silencio, Caitlyn lo miró, lo miró con detención por primera vez, y vio los rasgos familiares, el rizo descarriado al lado de su oreja, el hombro sobre el cual había una vez descansado su cabeza, los brazos que la habían sostenido tan cerca. Era bueno verlo. Era inquietante, también. Había sido mucho más fácil controlar sus emociones cuando él estaba viviendo al otro lado del país.

Brian la miró con la misma curiosidad en sus ojos, pero había cierta cautela allí también, una actitud prudente que no recordaba que fuera parte de su personalidad, al menos no con ella. Siempre había sido el que se hacía cargo en la relación, sabiéndolo todo, tan seguro de lo que tenían o no tenían que hacer que había sido lo más natural seguirlo. Pero eso había sido antes del accidente, y ella había cambiado de tantas maneras desde entonces.

—Entonces...—, él continuó. —...mi beca de investigación terminó la semana pasada. Debo decir que es bueno estar de vuelta en casa.

Ella asintió. —El tiempo pasó tan rápido.

—En cierta forma. Te ves hermosa, Caitlyn—. Ofreció una sonrisa indecisa. —¿Ni siquiera estás cojeando?

—Sólo cuando llueve o cuando estoy cansada.

—Es bueno escucharlo.

Otro silencio incómodo cayó entre ellos. Brian cambió de posición sus pies. Caitlyn miró alrededor de la habitación preguntándose qué hacer luego. Si hubiera llamado primero, se habría preparado, pero en esa situación, estaba nerviosa por verlo otra vez y no sabía qué decir. Finalmente, se le ocurrió, —¿estás planeando quedarte en San Francisco?

Se vio sorprendido por su pregunta. —Claro, por supuesto. Este es mi hogar. Ya he presentado mi currículum a varias universidades. Espero poder trabajar con tus padres, pero eso aún está por ver.

—Les encantaría eso.

—¿Y tú? ¿Cómo te sentirías?

—Estaría contenta por ti. Es lo que querías, lo que ellos querían.

—Caitlyn...— él empezó a decir, luego se detuvo, luego continuó otra vez. —¿Qué ocurre?

—¿Qué quieres decir?

—No sé cuál es nuestra situación actual. No sé por qué no llamaste o escribiste.

—Tú no llamaste o escribiste tampoco.

—Lo hice al principio.

—Una carta.

—Una carta que no contestaste. Supe entonces que estabas enojada. ¿Por qué me dijiste que

me fuera si no querías que lo hiciera?

—Porque tú querías irte—, dijo ella simplemente, las palabras vinieron tan rápidas que se deslizaron de su boca al instante.

—Eso es cierto. Quería aceptar la beca. Pero no entendí que la elección era la beca o tú. Cuando me di cuenta de eso, era demasiado tarde para echarse atrás. Estaba esperando que una vez que te recuperaras y que yo estuviera de vuelta pudiéramos arreglar las cosas. Esa es la razón por la que estoy aquí ahora—. Suspiró, su rostro lleno de confusión. —Parece que siempre me meto en problemas cuando tomo las palabras de una mujer de manera literal. Dijiste que me fuera, pero en realidad lo que estabas diciendo era que si me iba, todo se terminaría.

Tenía razón. Le había dado la impresión equivocada. Le había dicho que se fuera cuando muy en el fondo había querido que se quedara, que le dijera que ella era lo más importante en el mundo para él.

O tal vez esa ni siquiera era toda la verdad. Al enviarlo lejos, había enviado junto a él tantas emociones problemáticas.

—Además del hecho de que me fui, creo que me culpaste por el accidente—, Brian continuó cuando ella no respondió.

Negó con la cabeza. —Eso no es verdad. No te culpé a ti.

—No estabas lista para esa pista de esquí. Yo te presioné para hacerlo.

*La Había* presionado, pero ella había accedido, fingiendo ser alguien que no era, alguien a quien amaría más, alguien en sintonía con la naturaleza como él lo estaba. Ella había visto la necesidad en sus ojos y, como siempre, había querido satisfacerlo. Pero se había quedado desesperadamente corta. De hecho, se había caído en la mitad de la montaña. Habían pasado la navidad en el hospital, en vez de al lado de un fuego caliente en una hermosa cabaña como lo habían planeado. Y después de que la crisis inmediata por salvar su vida había pasado, ella había sido transferida a otro hospital en San Francisco, y la enviaron a su casa a pasar las siguientes semanas y meses recuperándose de sus lesiones.

—Bueno, yo sí me culpo—, dijo Brian con pesadez. —Y mi vida no ha sido igual sin ti en ella. Me gustaría de verdad otra oportunidad contigo, Caitlyn. ¿Qué dices?

¿Qué decía ella? Millones de palabras vinieron a su mente, pero estaban tan desordenadas y desorganizadas que logró que ni siquiera una saliera de sus labios.

—¿Estás con otra persona? ¿Es por eso que tienes dudas?

Ella quería decir que sí, que estaba con otra persona; entonces se iría otra vez y se llevaría con él el resto de las cosas con las que no quería tratar. Pero no podía mentirle. —No estoy saliendo con ningún otro.

Sus ojos azules se encendieron. —¿Me dejarás llevarte a cenar?

Ella titubeó. —No lo sé. Tengo tanto que hacer.

—Tienes que comer.

En este momento se sentía más bien con ganas de vomitar. La confusión de verlo otra vez, de ser llevada otra vez a un lugar donde no quería volver, la había inquietado por completo.

Brian no tenía idea de lo que ella había pasado ese año. Ella había hecho ese noble gesto, y él lo había tomado, desapareciendo a través de las puertas del hospital antes de que ella tuviera un segundo para reconsiderarlo. Ahora, él estaba de vuelta, preguntándole si quería salir a cenar como si nada hubiera pasado entre ellos y, aun así, había pasado todo.

—No creo que podamos volver a ser lo que éramos—, dijo ella lentamente.

—Podríamos intentarlo.

—¿Por qué? ¿Porque estoy saludable ahora? Ella preguntó.

—Y porque ahora puedo estar aquí para ti todo el tiempo. Quiero una oportunidad para arreglar las cosas otra vez.

—Dudo que eso sea posible—. Ella hizo una pausa, juntando su valor. —No fue el hecho de que te hubieras ido lo que nos separó. Yo te escuché, Brian. Te escuché esa noche cuando me estaba despertando de la cirugía.

—¿Escuchaste qué?

—Dijiste que yo estaba... que estaba dañada de manera increíble—, ella susurró, apenas capaz de emitir la oración.

Se quedó boquiabierta. —Dios mío, Caitlyn. No fue mi intención que escucharas eso. Estaba conmocionado. No sabía lo que estaba diciendo. Estaba horrorizado debido a lo malherida estabas.

—Tenías razón. Estaba dañada, Brian—. Tomó el aliento y continuó. —Todavía estoy dañada. Tal vez no puedas ver las cicatrices, pero no significa que no estén allí.

—Déjame compensártelo. Déjeme probar que no soy tan egoísta o tan desalmado como debo haberte parecido cuando te dejé atrás.

Ella vio la sinceridad en sus ojos y se ablandó. —No lo sé.

—Piensa en ello. Piensa en todo ello. Recuerda lo que éramos el uno para el otro. Cómo nos sentíamos.

—¿No lo entiendes, Brian? La última cosa que quiero hacer es recordar los días que he tratado con tantas ansias de olvidar. Pasé mucho tiempo con mucho dolor—. Ella caminó hacia la puerta y la dejó abierta. —Creo que tienes que irte.

Brian dudó, luego caminó poco a poco hacia ella. —Me iré por ahora, pero no voy a renunciar a ti o a nosotros—. Corrió su dedo por su mejilla en una caricia conocida. —Quiero el futuro que planificamos, tú y yo juntos, una familia. Es lo que tú querías también, y no puedo creer que hayas cambiado tanto—. Un brillo de triunfo iluminó sus ojos cuando ella no pudo negar sus palabras. —Te veré mañana en el brunch. Tus padres me invitaron a su casa.

Su corazón se hundió. —Brian, esto es demasiado rápido. —Te habías ido... ahora regresaste. No puedo cambiar los canales tan rápido. Soy diferente ahora. Tú lo eres también. Tenemos vidas en las que no hemos incluido el uno al otro durante un tiempo.

—Entonces nos podremos conocer el uno al otro otra vez. No voy a abandonarlo, Caitlyn. Me dijiste que me fuera antes, y te creí, entonces me fui. Pero aprendí mi lección. Esta vez, no importa lo que digas, me quedo, porque creo que eso es lo que realmente quieres.

Y mientras cerraba la puerta detrás de él, Caitlyn tenía un terrible presentimiento de que había creado un monstruo. Necesitaba aprender a hablar en serio. Pero se sentía tan confundida ahora como lo había estado dieciocho meses atrás.

En un momento en su vida había estado convencida de que estaría al lado de Brian para siempre. Había estado preparada para hacer los votos nupciales para tal efecto. ¿Qué clase de mujer era ahora que ni siquiera consideraría dar a su relación otra oportunidad cuando una vez había invertido tanto en ella? ¿No le debía a él algo? ¿No le debía él a ella? ¿O estarían mejor si dijeran que estaban en paz y lo dieran por terminado? Si solamente las respuestas vinieran tan



fácilmente como las preguntas.

\* \* \*

Matt escuchó la puerta de Caitlyn cerrarse y tuvo que resistir el impulso de mirar a través de la mirilla. Caitlyn y su novio Abe Lincoln no eran de su incumbencia. De seguro no estaba sorprendido de que ella se hubiera enganchado con un tipo intelectual barbudo. Probablemente le leía poesía y la llevaba a museos.

Aunque... Caitlyn no se había visto tan feliz de verlo, y el hecho de que el tipo hubiera sacado conclusiones precipitadas sobre Caitlyn y él le había hecho sospechar que habían tenido algún tipo de ruptura.

¡Maldición! ¿Por qué estaba pensando en Caitlyn otra vez? Necesitaba concentrarse en Sarah, en tratar de averiguar dónde se había ido y cómo podía encontrarla. Era increíble cuántas búsquedas había realizado durante los años, siempre había terminado con las manos vacías. Aún con todos sus recursos, había fracasado. Pero Sarah de alguna manera lo había encontrado y había decidido dejar a su bebé con él. Todavía estaba atónito. ¿Cómo sabía Sarah que podía confiar en él? Podría haber sido un cualquiera ahora. Al igual que ella. Eso es lo que más le preocupaba, que Sarah podría haber heredado los genes de su madre. Quería creer que ella iba a volver. Pero había estado equivocado antes.

Inquieto otra vez, Matt se puso de pie. Estaba demasiado silencioso. Casi deseaba que Emily estuviera todavía despierta, pero finalmente se había quedado dormida tras ponerla cómoda en el medio de su cama “king size”, poniendo almohadones a su alrededor para evitar que rodara. La había puesto de costado y esperaba que estuviera bien, pero eso no había impedido que fuera a mirarla cada pocos minutos. No sabía cómo dormiría esta noche. ¿Quién la cuidaría mientras se dormía? La responsabilidad de ser padre de repente lo abrumó.

¿Qué haría con Emily si Sarah no regresaba? ¿Podría realmente ser un padre?

Negó con la cabeza, sabiendo que no podía pensar en eso en este momento. Un paso cada vez. Matt sólo deseaba que ese maldito teléfono sonara o que un golpe sonara en su puerta y que Sarah apareciera mágicamente. Miró hacia el teléfono, el cual se mantenía inquietantemente silencioso.

Pero en el silencio vino el sonido de otra puerta cerrándose... la de Caitlyn. Matt no se detuvo a pensar antes de moverse, tan desesperado estaba por un salvavidas. Estaba en el pasillo antes de que ella hubiera llegado a mitad de camino hacia el ascensor.

—Caitlyn—, la llamó.

Ella se detuvo y se volvió lentamente, como si deseara que pudiera escapar.

—¿Qué?

—¿Dónde vas?

—¿Te importa?

—Dime de todas maneras.

Ella suspiró y señaló sus zapatillas para correr. Fue entonces que se dio cuenta que se había puesto unos pantalones y sudadera color menta, que era el color de su helado favorito. —Necesito salir.

—Son pasadas las ocho... está oscuro allí afuera.

—Y tu punto sería...

—Que no deberías estar corriendo sola después de oscurecer.

—Estaré bien. Necesito un poco de aire. Y no aguanto toda la tensión en mi cuerpo. Tenía un presentimiento de que sabía quién era la causa de esa tensión. —Tengo una idea.

—No, no quiero llevar a Emily.

—Eso no era lo que iba a decir.

Ella le echó una mirada con sospecha.

—Tres palabras. Saco de boxeo.

Ella lo miró fijamente por un largo rato. —¿Estás hablando sobre esa cosa que está colgada en la esquina de tu sala de estar?

—Exactamente. Es grandioso para aliviar la tensión. Francamente, te ves como que podrías dar unos cuantos golpes en este momento.

—No sé cómo boxear.

—Pensé que habías hecho defensa personal.

—Mi madre me inscribió—, Caitlyn admitió. —Estaba determinada a que yo supiera cómo defenderme antes de que pudiera ir a una cita. Pasé la mayor parte del tiempo en el baño. El tipo con almohadillas me asustó.

Trató de reprimir una sonrisa, pero su honesta admisión sólo la hacía más agradable. —Entonces deberías con seguridad aprender cómo tirar un puñetazo, especialmente si quieres ir a correr de noche. Es fácil. Te lo mostraré.

—Este es sólo un truco para que te ayude con el bebé otra vez.

—Eres desconfiada. Emily está dormida profundamente.

Caitlyn caminó hacia él, hasta que estuvo parada a unos 30 centímetros. Estudió su rostro durante un largo minuto. —Odias estar solo con ella, ¿no es cierto?

—No.

—Esa bebida te tiene alterado.

—Estoy perfectamente calmado. Siente mi pulso—. Sostuvo su mano hacia ella.

Caitlyn puso dos dedos en su muñeca y el calor de su tacto envió su propio pulso a la carrera. Cuando miró a sus ojos, vio el mismo salto repentino y sintió una oleada de pura satisfacción masculina, seguida rápidamente por consternación. No podía sentirse atraído por su vecina. No podía tener algo con Caitlyn. De ninguna maldita forma. La idea era inconcebible.

Nunca había llevado una relación a su casa y ciertamente no empezaba sus relaciones en casa.

¡Dios! Ya estaba pensando en este lugar como su casa. Tal vez necesitaba asestar unos puñetazos él mismo.

Caitlyn soltó su muñeca. —Nunca fui buena para encontrar el pulso—, dijo ella, fingiendo que lo que fuera que había saltado entre ellos no había ocurrido. —Realmente debería ir a correr.

Sabía que lo más inteligente era dejarla ir, pero estos días el ser inteligente no parecía ser una opción. —Dale al saco una oportunidad. Puede ser un buen ejercicio. Créeme.

Ella titubeó. —Está bien. Creo que podría intentarlo.

La guio dentro de su apartamento. —Emily está en la habitación. —¿Quieres ir a verla?

—Deberíamos dejarla tranquila.

—Bueno—. Caminó hacia el armario del pasillo y sacó dos guantes de boxeo. —Éstos deberían funcionar.

Caitlyn miró dudosa a los enormes guantes. —No creo que esos me queden bien.

—No estamos buscando estilo, sólo protección. Póntelos.

Caitlyn se sacó su chaqueta para revelar una ajustada camiseta blanca que hizo a Matt aclararse la voz. Siempre le habían gustado las curvas en una mujer, y Caitlyn tenía esas curvas peligrosas, del tipo que hacía a un hombre querer aferrarse con todas las fuerzas.

—Me siento ridícula—, dijo ella cuando se puso los abultados guantes.

—Nadie está mirando.

—Tú lo estás—, dijo ella deliberadamente.

Matt se forzó a concentrarse mientras caminaba hacia el saco y lo agarraba con sus manos. —Lo sostendré fuerte. Intenta pegarle.

Ella hizo una pausa una vez más, ofreciéndole una mirada de disculpa. —No creo que pueda hacer esto. Nunca he pegado a nadie en mi vida.

—¿No tenías hermanos con quienes pelear?

—Soy hija única.

—¿Ningún buscapleitos en tercer grado?

—Fui a un colegio católico. Las monjas no aguantaban a los buscapleitos.

—¿Y en tu barrio?

Ella negó con la cabeza. —Mi madre investigaba los antecedentes de mis invitados a jugar.

¡Caramba! Única hija, colegio católico, invitados a jugar... si había tenido cualquier duda de que venían de diferentes estratos sociales, se había disipado.

—Debes de conocer a alguien a quien has querido pegar. Piensa bien—. Observó los músculos de su rostro ponerse tensos. —Tal vez puedes empezar con el tipo que se acaba de ir—, aventuró él. —¿Bradley, no es cierto?

—Brian. Y no quiero hablar de él.

—¿Te lo pregunté?

—Estabas por hacerlo.

—Dale un golpe, Caitlyn.

Caitlyn llevó su brazo hacia atrás, luego dio un golpe suave femenino que ni siquiera movió el saco. Matt sacudió su cabeza con disgusto, diciéndose a sí mismo que no podía estar excitado por su golpe completamente debilucho. —Golpeas como una chica.

—Soy una chica.

Como que no lo sabía. —Intenta otra vez. A ver si puedes de hecho hacer mover el saco.

—¿Qué pasa si fallo y le pego a tu mano?

—Con la fuerza que acabas de usar, creo que sobreviviré.

—Te estás burlando de mí, ¿no es cierto?

—¿Te hace enojar?

—De hecho...— Golpeó mejor esta vez y sonrió con satisfacción. —Eso se sintió bien.

—Hazlo otra vez.

—Una vez fue probablemente suficiente.

Esta mujer tenía mucho que aprender. Por lo que él sabía, una vez nunca era suficiente. —Acabas de empezar. Piensa en algo que te pone furiosa.

—Soy normalmente de buen genio.

—Piensa en que me voy dejándote con el bebé cuando se suponía que terminarías el vestido de novia.

—Oh, bueno—. Dio un puñetazo mucho más fuerte, empujando el saco contra su pecho.

—Aprendes rápido. Ahora, piensa en el tipo que se acaba de ir, el que pensó que Emily era tuya. ¿Cómo te hizo sentir eso?

La expresión de Caitlyn se tornó de piedra. —Te dije que te metieras en tus asuntos.

—No parecías contenta de verlo.

—No lo estaba.

—Entonces, ¿quién era? ¿Un novio?

Ella pegó el saco otra vez, aún más fuerte. —Fue mi prometido, si quieres saberlo.

Otro golpe rebotó en el saco, y su expresión se tornó enfurecida mientras se perdía en sus recuerdos.

—¿Rompió contigo?— Matt no se podía imaginar a un hombre dejando a Caitlyn.

—No exactamente—, dijo ella, sus golpes acentuando cada palabra. —Tuvo una oportunidad de trabajo que lo llevó al este del país durante un año, y le dije que lo tomara. Pero estuve un poco sorprendida de cuán rápido salió de allí—. Bailaba alrededor del saco, asestando golpe tras golpe hasta que una línea de sudor apareció en su frente.

—¿Salió de dónde?

—Del hospital— dijo ella sin aliento.

—¿Qué es... un médico?

Ella dio otro puñetazo. —Astrofísico, Doctor. Tiene el coeficiente intelectual de un genio y una ambición al mismo nivel. La beca de investigación en el Instituto McClellan le permitió estudiar con uno de los mejores hombres en el campo. Era una proposición única en la vida. Y no podía permitir que nada lo detuviera, especialmente alguien que... que...— Ella se detuvo, su pecho palpitaba mientras tomaba el aliento.

—¿Que qué? Él la animó.

—Que no pudiera volver a caminar de nuevo—, dejó escapar.

—¿De qué diablos estás hablando? Le preguntó sorprendido.

—Tuve un accidente... dos piernas rotas, pelvis aplastada y un par de costillas rotas. Ah, ¿y te mencioné una grave concusión y veintisiete puntos en mi cuero cabelludo? Tuvieron que ponerme en una pieza con clavos y tornillos. No fue una linda escena.

—¿Y el imbécil te dejó así?

—Yo lo despedí. Estaba dañada, horriblemente dañada—. Su voz se quebró en la garganta. —Si me hubieras visto entonces, hubieras pensado lo mismo—. Tuvo escalofríos ante los recuerdos que la inundaban.

—Aun así no puedo creer que tu prometido te dejara en el hospital para tomar un trabajo en el otro lado del país.

—Ya te lo dije, no fue gran cosa. ¿Y qué podía hacer Brian por mí de todos modos? Apenas podía aguantar el mirarme. Probablemente se preguntó cómo podría otra vez amarme—. Sus ojos se inundaron de una repentina avalancha de lágrimas. Matt soltó el saco de boxeo y la tomó en sus brazos. Presionó su tembloroso cuerpo contra su pecho, alisando el cabello bajo su barbilla mientras los sollozos la sacudían.

—Shhh—, susurró.

Luchó para tomar aliento, para dejar de llorar. —Lo siento—, dijo ella con un pequeño hipo. —No sé por qué estoy llorando. No he llorado en mucho tiempo y ahora parece que no puedo detenerme—, dijo con un sollozo. —Soy tan mala como Emily. Estás rodeado de chicas que

lloran.

Normalmente, se hubiera alejado de ella. Nunca había tenido mucha paciencia con el teatro femenino, una molestia que le quedó de sus días con su madre llorona, pero la tristeza de Caitlyn era tan profunda, que sólo sentía impotencia por no poder hacer que se fuera. No parecía haber palabras que pudiera ofrecer, ninguna que no sonara común y de poca importancia.

Caitlyn se alejó de él con un manotazo cohibido por sus mejillas mojadas. —Estoy bien, sabes. Ver a Brian trajo todo de vuelta, pero estoy bien.

—¿Cómo te lastimaste tan mal?

—Estábamos esquiando. Brian es un gran esquiador. Le encantan las montañas, y estábamos de vacaciones en Sun Valley. Quería hacer esa difícil pista de esquí con uno de los miembros de la facultad de UCSD. La esposa del profesor iba a acompañarlos y pensó que sería divertido si los cuatro esquiábamos juntos. No quería retrasar a Brian.

—Debe haber sabido que no podías manejarla.

Ella se encogió de hombros. —Le dije que podía.

—Y quería impresionar a sus amigos más que mantenerte a salvo.

—No creo que lo pensara de esa manera. De verdad. Todo fue simplemente un accidente. No fue su culpa.

—Claro. Entonces cuando yaces en el hospital con una docena de huesos rotos, viene y te dice, “Eh, cariño, tengo una grandiosa oferta de trabajo, nos vemos.”

Ella frunció el ceño. —No lo dijo así, y yo le dije que se fuera, por lo que no me puedo quejar que se haya ido, ¿no es cierto?

—Pero no querías que se fuera.

—Pensé que discutiría, que ofrecería quedarse—, ella admitió. —Pero obtuve lo que pedí. Final de la historia.

Matt negó con la cabeza sin creerlo. —Estabas lesionada. No estabas pensando con claridad. —¿Cuál fue su excusa?

—Era una fabulosa oportunidad.

—¿Más importante que tú?— La pregunta se deslizó afuera antes de que Matt tuviera una oportunidad de considerar cuánto podría doler. Cuando el rostro de Caitlyn se tornó pálido, se dio cuenta de su error. —Lo siento.

Ella inhaló hondo y dejó salir el aire. —En realidad no quiero hablar de esto—. Se sacó los guantes de boxeo y se los dio de vuelta a Matt. —Gracias. Eso fue divertido.

—Sí, claro, la próxima vez que nos divirtamos tanto, traeré una caja más grande de Kleenex.

La sonrisa se abrió en su rostro como un sol saliendo por detrás de una nube. — Probablemente debería haber ido a correr, pero a mi cuerpo no le importa mucho el jogging. Aunque el que en un momento me dijeran que no podría ser capaz de caminar sin cojear hizo la alegría de correr mucho más dulce.

—Eso fue duro, lo que te ocurrió.

—Sobreviví. Tuve suerte.

—Optimista, ¿eh?

—La mayor parte del tiempo. Probablemente no puedas decirlo esta noche, pero normalmente no siento esta lástima por mí misma.

—No, simplemente finges que la parte mala no está allí, ¿no es cierto?

Le hizo una mueca. —Eres tan listo. Piensas que ya me tienes descifrada, ¿verdad?

—Eso lo dudo—, dijo secamente. —Descifrar a las mujeres no es mi fuerte.

—Eso es lo que dijo Brian. No entiende por qué las mujeres dicen “vete” cuando quieren que te quedes, o dicen “quédate” cuando quieren que te vayas.

—¿Qué le dijiste esta vez... vete o quédate?

No contestó, sus ojos en cierta manera culpables.

—Le dijiste que se pusiera en marcha, ¿no es cierto? Insistió. —¿No le diste una segunda oportunidad?

—Bueno, le dije que se fuera, pero...

Matt se quejó. —Sabía que había un pero.

—Es complicado, Matt.

—Tú lo estás complicando.

—Pero—, ella repitió, —no creo que me haya creído cuando le dije que se fuera.

—¿Debería?

—No lo sé. Estoy confundida.

—Te dejó cuando estabas lastimada. ¿Qué es confuso?

—Yo lo amaba. Dije que me casaría con él. Todavía tengo mi traje de novia colgando en el placard. ¿No le debo al menos cierta consideración?

—No, en absoluto.

—No es un asunto tan fácil, Matt, no para mí.

Matt se sobresaltó cuando el grito abrupto de Emily sonó a través del apartamento, recordándole que tenía un problema más urgente que la vida amorosa de Caitlyn. La cual no le concernía de todas maneras. Pero todavía estaba debatiendo la urgencia de sacudir un poco de razón en ella. Por lo que había escuchado, Brian no se merecía una segunda oportunidad, y Caitlyn estaba siendo muy suave.

Aunque tenía que admitir que su suavidad era una de las cosas que realmente le gustaba de ella.

—Emily está despierta—, dijo ella con una sonrisa acompañando el sentimiento. —¿Quieres un poco de ayuda? Después de desahogarme contigo, te lo debo—. Caitlyn cruzó la habitación, deteniéndose en la puerta del dormitorio. —Por cierto, eres un buen vecino.

—Sí, buen vecino—, murmuró mientras ella se iba al dormitorio para rescatar a Emily. Se preguntaba por qué de repente quería ser mucho más que un vecino. Caitlyn no era su tipo. Ella era encaje blanco y promesas. Tendría que hacer que examinaran su cabeza. Desafortunadamente, en este momento no estaba pensando con su cabeza.

## Capítulo Seis

—SÓLO piensa—, Sarah murmuró para sí misma mientras merodeaba en una puerta en la calle Séptima, justo al sur de Market, en el distrito del centro comercial de San Francisco. La estación de autobuses Greyhound estaba al otro lado de la calle. Podría caminar hasta allí y usar sus últimos veinte dólares para comprarse un boleto hacia algún lado. Pero, ¿y si no podía volver por Emily? ¿Qué pasaría entonces?

Tal vez Emily estaría mejor sin ella, la pobre bebita. No había pedido nacer en este lío, tener una horrible madre y un peor padre... y ninguna otra cosa más. Sarah estaba completamente abrumada por su situación. Se hundió en el suelo, el peso del mundo presionando sus hombros. Tenía sólo veintidós años, pero se sentía como si tuviera cien.

—Oiga, muévase—, un hombre le dijo mientras salía de la puerta de la tabaquería detrás de ella. —Está asustando a los clientes—. Le echó una buena mirada a su cara, la cual instintivamente trató de esconder detrás del escudo de su cabello. —Váyase ahora, encuentre otro lugar para dormir esta noche. Si está aquí en la mañana, lo lamentará.

Ella ya se estaba lamentando, Sarah pensó mientras se levantaba cansadamente. Se lamentaba de que hubiera nacido, se lamentaba de que los monstruos bajo su cama hubieran resultado ser reales, se lamentaba de que alguna vez hubiera creído en una promesa. Y se lamentaba aún más de que hubiera traído a un bebé a su vida. Tal vez esa era la manera en que su madre se había sentido, como que no tenía salida, no tenía posibilidad de lograrlo.

El sentimiento de que era igual que su madre hacía a Sarah morir de miedo. No quería ser así, sin embargo aquí estaba sola, su bebé se había quedado atrás con Matt, un hermano que no había visto en años. ¿Qué había hecho?

Lo único que podía hacer, se recordó a sí misma. Había sido una señal cuando vio el nombre de Matt en el periódico. Se había preguntado por él durante años, había soñado con verlo otra vez, y entonces así como nada, cuando más lo necesitaba, había visto su nombre en el diario. Había sido fácil encontrar su oficina, y cuando fue a la biblioteca para buscarlo a través del internet, su número de teléfono y dirección habían saltado ante su vista. Fue casi demasiado fácil... como si alguien hubiera preparado el terreno para que ella lo encontrara.

¿Un ángel tal vez? El pensamiento caprichoso era ridículo. No existían los ángeles. Una brisa repentina voló contra su cara; ella se estremeció, y sintió cómo se le erizaba la piel del brazo. Tal vez el estar de vuelta en San Francisco la hacía sentir como que ya no estaba sola. Ella había sido amada en esta ciudad, una vez, hace mucho tiempo. Haber vuelto había sido lo correcto.

¿Pero ahora qué? ¿Qué se suponía que iba a hacer ahora? ¿Ver la estación de autobuses Greyhound era una señal de que tenía que dejar a Emily con Matt? ¿E irse a dónde? ¿Podía ella abandonar a su bebé? ¿Qué clase de madre la hacía eso? ¿Una como su propia madre? El enloquecedor, horrible estribillo daba vueltas y vueltas en su cabeza. Intentó alejarse de él caminando más rápido, pero la seguía a través de las calles oscurecidas de la ciudad.

Mientras caminaba, envolvió sus brazos alrededor de su cintura, tratando instintivamente de protegerse de la noche y del resto del mundo del cual no podía escaparse esa noche. Había dormido a la intemperie antes, se había escondido en las sombras, rezando por sentirse segura, pero no había sido capaz de hacer eso con Emily.

Se preguntó por enésima vez si Emily estaba bien, si Matt la estaba protegiendo. Se acordaba de cómo Matt había cuidado de ella antes del incendio. Era el único padre del que se acordaba.

Su padre verdadero había muerto cuando ella tenía sólo unos meses. Su madre se había desmoronado después de eso, pero Mattie había sido tan responsable, siempre preocupándose por ella. Había parecido mayor en ese entonces, pero ahora se daba cuenta de cuán joven había sido en realidad. Era su culpa el hecho de que estuvieran separados, otra razón por la que no había encontrado el valor para hablar con él. Todavía recordaba esa mirada en su rostro mientras observaban su apartamento quemarse. En ese momento la había odiado.

Ella siempre había arruinado las cosas, pero este... este era el desastre más grande de todos. Tenía que haber una salida. Simplemente tenía que encontrar una. Pero había pasado todo el día tratando de conseguir un trabajo sin ninguna suerte. Nadie quería contratar a una mujer con la cara maltratada, poca educación y sin referencias de trabajo. El sentimiento familiar de desesperanza la envolvía como un suéter de abrigo, el cual no se animaba a sacarse.

Después de una deprimente mañana de búsqueda de trabajo, había pasado la tarde en Union Square escuchando a un músico callejero cantar blues, preguntándose por qué simplemente no podía levantarse e irse a algún lado. Pero siempre la cuestión era a dónde. Casi había elegido la licorería. Había estado parada fuera durante casi diez minutos, mirando a ese líquido dorado en la ventana, recordando cómo lo había sentido deslizándose por su garganta, haciendo que todo lo malo desapareciera.

Oh, cuánto hubiera querido un trago y cuánto temía que un trago la llevara a una botella y que nunca tuviera que estar sobria otra vez. Era un pensamiento tentador. Había pasado la mayor parte de sus años de adolescencia justo en ese lugar. Emily la había enderezado. Cuando Sarah se había enterado de que estaba embarazada, había dejado la bebida y no había tomado una gota desde entonces. Pero ahora de verdad quería un trago, lo quería tanto que hasta podía sentir el gusto.

¡No! Respirando hondo, Sarah se recordó que debía pensar con claridad, pensar en Emily. Pero tenía miedo. Se estaba poniendo oscuro, y la gente en las calles podría ser peligrosa. Se preguntó sobre un refugio. Tal vez si pudiera dormir, podría decidir qué hacer luego. ¿Pero había algún refugio? No tenía idea.

Ella caminó y caminó y caminó, perdiendo cuenta de las calles, sin estar segura de donde se estaba dirigiendo hasta que vio la torre de la iglesia. Era la señal que la había llamado la noche anterior. Siendo niña había visto la torre desde el cuarto piso del apartamento, a solamente dos cuadras de distancia. Cada domingo escuchaba las campanas sonar y a los ángeles cantar, y le habían dado esperanza. Pero ayer a la noche, mientras dormía en la iglesia, no había sentido ninguna esperanza, ni tampoco había visto ningún ángel, entonces, ¿por qué había vuelto?



Probablemente habían denunciado la ventana rota. No sería fácil volver a entrar. Todo estaría bien cerrado con llave. Aun así, Sarah permaneció en la esquina, preguntándose por qué no parecía poder alejarse. Una anciana apareció alrededor de la esquina al final de la iglesia con un gran sombrero de paja sobre su cabeza a pesar de la luna que se levantaba y el crepúsculo que oscurecía. Tenía una regadera en una mano, pero en vez de caminar hacia la franja de flores que adornaban el sendero, se dirigió hacia la acera, rociando con agua los hierbajos que crecían a lo largo del bordillo.

Sarah la observó fascinada. Había algo sobre la mujer que le parecía familiar, y un recuerdo atisbó en su inconsciente. Se encontró a sí misma moviéndose hacia adelante, pero la mujer caminó hacia el otro lado, cruzando la calle, murmurando algo para sí misma mientras se iba.

Sarah tenía escalofríos mientras la fría brisa de la noche parecía soplar a través de ella. Se volvió para irse y lo vio parado allí, mirándola.

Sobresaltada, se preguntó por una fracción de segundo si Gary había venido a buscarla. Entonces se dio cuenta que el rostro pertenecía al hombre que había conocido en la iglesia antes, un hombre con ojos grises azulados que le recordaba al cielo después del atardecer.

—Hola, Sarah—, el hombre dijo en voz baja. —Esperaba que volvieras.

—Yo... Yo no lo hice.

—Y sin embargo aquí estás.

En silencio Sarah se amonestó a sí misma por ser tan tonta. ¿Por qué no podía pensar en lo apropiado para decir en el momento adecuado?

—¿Te acuerdas de mí, no es cierto? Él continuó. —Soy Jonathan Mitchell, el pastor aquí.

—No te ves como un reverendo—, dijo ella, tomando nota de sus informales pantalones grises y su suéter oscuro. De hecho, no solamente no estaba vestido como un sacerdote, sino que sus rasgos eran demasiado lindos, con su cabello ondulado color café, y largas, gruesas pestañas que cualquier mujer hubiera matado por tener.

—¿Cómo se supone que se ve un pastor?

—Viejo.

Él sonrió. —Llegaré allí uno de estos días, probablemente más temprano de lo que me gustaría. ¿Tienes hambre, Sarah?

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Me lo dijiste antes.

¿Y él lo recordaba? Gary no había recordado su nombre las primeras veces que había dormido con él.

—Creaste una gran impresión—, le dijo a ella.

—¿Llamaste a la policía?

—No.

Vacilante se quedó mirándole. Quería creerle, pero tenía que estar mintiendo. Había forzado la entrada en la iglesia, había causado daño. ¿Por qué no llamaría a la policía? —Tengo que irme—, dijo abruptamente.

—No.

—Pero...

—Mi ayudante hace un riquísimo guisado de carne. Hay más de lo que pueda comer. Odio ver que algo se desperdicie.

Se preguntó si se estaba refiriendo a ella. Porque había una expresión en su rostro, una preocupación en sus ojos, y le daba miedo pensar que quería confiar en él. Nadie se preocupaba por ella. Debe de tener un motivo oculto. La mayoría lo tiene.

—¿Te ganas puntos por cuántas personas sin hogar sacas de la calle cada noche? Le preguntó descaradamente, una pequeña chispa de su antigua valentía callejera volviendo hacia ella.

—¿Tienes hogar?

—Sí. Vivo en una de esas mansiones en la colina.

—Entonces me parece que tendré buscar en otro lado para mis puntos—, dijo con una sonrisa seca.

—Estoy bien, sabes. Y no creo en Dios, por lo que si piensas que me vas a salvar o hacerme nacer de nuevo, puedes olvidarte de ello.

—Ya lo he olvidado. Mira, Sarah, me gustaría ayudarte. Pienso que te han lastimado y tal vez necesites un amigo.

—¿Qué obtienes a cambio?

—Tal vez pueda necesitar un amigo, también.

Sus cálidas palabras le robaron su actitud agresiva y le recordaron lo cansada que estaba y cuánto necesitaba en realidad un amigo. ¿Pero podía confiar en él? Era un extraño. Aún podría llamar a la policía. ¿Entonces, qué haría ella? Encontrarían que era una terrible madre y le sacarían a su bebé, de la misma manera en que la habían separado de Mattie.

—No puedo—. Se volvió ciegamente hacia otro lado, sus lágrimas inundando ya sus ojos.

Le agarró del brazo y la sostuvo, un agarre fuerte, masculino, que le lastimó la ya amoratada piel. Debió de ver el dolor en sus ojos, porque inmediatamente la soltó. —Hay un refugio a tres cuadras de aquí. La Casa Samaritana en la Decimocuarta y Stringer. No harán preguntas, y tendrás un lugar seguro para dormir.

Ella asintió con la cabeza, tratando de no derrumbarse delante de él.

—Quiero ayudarte, Sarah.

—¿Por qué? No soy nadie para ti.

—Pero eres alguien para otra persona. ¿No es cierto?

Sarah pensó en Emily y las lágrimas corrían por sus mejillas mientras sacudía su cabeza. —Ya no.

—No quiero que te vayas—, dijo Jonathan, sorprendiéndola con la intensidad de su voz.

Miró hacia sus ojos y vio más que un pastor; vio a un hombre. ¿Es esto lo que quería, entonces? ¿Su cuerpo a cambio de su ayuda? Ni siquiera podía imaginarse por qué querría su cuerpo. No se había bañado en días. Se veía como la imagen de un poster para mujeres abusadas. No es que un hombre necesitara una cara bonita; un cuerpo de mujer a menudo bastaba.

—No es lo que piensas—, dijo él. —No te lastimaré.

—He escuchado eso antes.

—Vuelve mañana. Sólo para hablar. Tal vez pueda ayudarte. Tal vez puedas confiar más en mí bajo la luz del día.

Quería contestar que sí, debido a que cuando miró hacia la iglesia, a la torre conocida, sintió un destello de esperanza. Tal vez era una señal después de todo.

\* \* \*

Eran casi las once, hace mucho había pasado la hora de volverse a casa, pero Caitlyn no podía conseguir levantarse e irse. El sofá era cómodo, el bebé estaba dormido y el hombre... bueno, Matt era otra cosa, estimulando sus sentidos de una manera que la hacía querer más... más de todo: su voz ronca, su olor masculino, su sonrisa irónica. Nunca había estado tan consciente de un hombre, pero aquí en su apartamento con tan pocos muebles, tan poco de todo menos él y ella, sentía una intimidad que estaba en completa contradicción con su relación.

Su amistad apenas tenía veinticuatro horas, si pudiera siquiera llamarlo amistad, más bien una relación al azar basada en circunstancias más allá de su control. Si Emily no hubiera llegado, Caitlyn no tenía dudas de que Matt se hubiera quedado por siempre en su lado del pasillo, y ella hubiera hecho lo mismo. Pero Emily había aparecido. Y también lo había hecho Matt, un hombre que todavía no podía entender.

Lo poco que le había contado sobre su entorno lo había pintado como sombrío, duro, nervioso, intenso. Sin embargo, con Emily era tierno, bueno, paciente. Se preguntaba cuál era el real Matt Winters. Y no podía evitar especular cómo sería con una mujer en la cual estaba interesado. ¿Sería apasionado e impulsivo, o lento y deliberado?

Caitlyn sintió un incómodo malestar correr a través de ella mientras miraba a Matt recoger los restos de la pizza que habían comido. Sus jeans azules le quedaban como anillo al dedo, delineando su fuerte, buen cuidado cuerpo. Tenía un estupendo trasero, pensó, suprimiendo una risita debido al camino que sus pensamientos iban tomando, un camino que no le importaría seguir con sus manos. Bueno, suficiente, se dijo con firmeza, apoyando su copa de vino sobre la mesita de la sala, delante de ella. Tenía que controlarse. No era quién para comerse con los ojos el trasero de Matt o cualquier otra parte de su anatomía.

—¿Más vino?— Matt caminó hacia ella con la botella de vino tinto que había abierto para ella al principio de la noche.

—¿Me bebí todo eso?—, preguntó con el ceño fruncido mientras le servía en su copa lo último que quedaba.

—Así parece—, dijo con una sonrisa.

—Si me termino eso, caeré dormida.

—Bueno, es esa hora de la noche.

—No te ves cansado—, observó ella.

—Soy noctámbulo y también estoy un poco alterado con mi nuevo huésped.

—Deberías tratar de dormir mientras ella está durmiendo.

—Probablemente debería, pero no tengo ganas de dormir—. Caminó de vuelta hacia la ventana, un viaje que había hecho varias veces en las últimas horas.

—¿Pensando en Sarah?

—No lo puedo evitar. Ella está allí afuera en algún lado—. Hizo señas con su mano hacia las luces de la ciudad. —La temperatura bajó hoy. Debe de tener frío.

—Tal vez está adentro.

—Eso espero. Me siento impotente. Preferiría estar allí afuera caminando por las calles que sentado en este apartamento preguntándome dónde está ella.

—Estás haciendo más que estar sentado. Estás cuidando del bebé de tu hermana. Eso es muy importante. De hecho, no puedo pensar en otra cosa que sea más importante.

Volvió su mirada hacia ella, sus ojos se conectaron con los de ella durante un largo minuto. —

Gracias. Creo que necesitaba que me lo recordaran.

—De nada. Y ni siquiera me estoy tomando de manera personal que prefieras estar en cualquier otro lado que hablando conmigo.

Sonrió por eso. —No lo quise decir de esa manera.

—No lo tomé de esa manera—. Ella dio unas palmaditas en el sofá al lado de ella. —¿Por qué no te sientas? Me estás poniendo nerviosa.

—Mi madre solía decir la misma cosa. Mattie, ¿puedes quedarte quieto por tan sólo cinco minutos?—, él la imitó.

Caitlyn sonrió por la nota de ternura inesperada en su voz. —Tú la amabas, ¿no es cierto? A pesar de todo.

La miró con shock ante su sugerencia. —No. No la amaba. ¿Cómo puedes amar a alguien que no te cuida, que te abandona?

—Porque se puede. Porque el amor no siempre tiene sentido.

—Bueno, eso es cierto—, dijo él, hundiendo sus manos dentro de sus bolsillos. —Pero yo no la amaba.

—¿Alguna vez has estado enamorado de alguien? Tú sabes, ¿perdidamente enamorado?—, le preguntó a él.

—No.

—¿Quieres pensarlo por diez segundos?

—No—, dijo con otra pequeña sonrisa.

—Qué lástima.

—¿Por qué dices eso? No se ve que el amor te haya llevado a ningún lado—. Le echó una mirada curiosa. —¿Vas a ver a Bradley otra vez?

—Brian—, dijo ella con fastidio, de alguna manera irritada por su comentario perspicaz. Aunque, ¿no había llegado ella a la misma conclusión, que el amor no era tan maravilloso como lo pintaban?

Aun así, ella se dio cuenta de que no había en realidad desistido del amor. ¿Cómo podría hacerlo? Su negocio entero estaba impulsado por dicha emoción. Si no creía en el amor, ¿cómo podría diseñar vestidos para el día más importante en la vida de dos amantes?

Tal vez ese era el problema. Tal vez esa era la razón por la que no podía dibujar más. La respuesta era de repente absolutamente obvia. No podía dibujar porque no podía sentir. Sus diseños siempre habían venido de su corazón, pero su corazón se había salido del negocio.

—Vaya, creo que acabo de tener una epifanía.

Matt levantó una ceja. —¿Sobre qué?

—Sobre mí, sobre el amor, sobre mi inhabilidad para dibujar vestidos de novia—. Ella sacudió su cabeza. —Es una larga historia, pero he tenido un bloqueo mental cada vez que intentaba diseñar algo y creo que acabo de darme cuenta del porqué.

—Puedo asumir que no estás planeando compartirlo conmigo—, dijo él después de un momento de silencio. —¿Tiene algo que ver con Bradley?

—En parte. Amé a Brian una vez, pero ha ocurrido tanto... Ya no sé realmente cómo me siento. Pero una cosa que sí sé, es que Brian va a poner a todos como locos. No esperarán a que yo me decida, me volverán loca hasta que esté convencida de que volver junto a Brian es absolutamente lo correcto y, de hecho, había sido mi idea todo el tiempo.

—¿Quiénes son ellos?— Matt preguntó, sentándose junto a ella en el sofá.

—Mi madre, para empezar. Ama a Brian como el hijo que nunca tuvo. Ya le ha dado mi número de teléfono, mi dirección y lo invitó al brunch mañana domingo. Estoy segura de que tiene intención de tenerme comprometida de nuevo para el viernes que viene y casada para la semana que sigue.

Él levantó una ceja. —¿Tu madre te alentaría a volver junto a ese idiota que te dejó en tu lecho de enferma?

—Ella no conoce toda la historia.

—¿Por qué no se lo dices?

Caitlyn se encogió de hombros, sin querer admitir que no le había contado a nadie la historia completa, ni siquiera a él. De hecho, apenas podía decírsela a sí misma. —No conoces a mi madre. Siempre quiere lo mejor para mí. Al menos eso es lo que se dice a sí misma cuando decide que es hora de arrastrarme para hacer arreglos.

—¿Qué clases de arreglos?

Caitlyn agitó su mano en el aire. —Oh, lo que sea, lo he tenido... ortodoncia, lentes de contacto, cirugía con láser en los ojos, campamento para gordos, cera caliente.

—Ay.

—Ni siquiera quieres saber lo que se siente al tener cera caliente goteando sobre tu muslo.

—No vayas ahí—, la interrumpió con una mano extendida. —Cómo las mujeres pueden hacerse eso a sí mismas, no lo entiendo. Tampoco entiendo cómo tu madre podría siquiera mirarte y ver que necesitas algo que necesita arreglarse. Te ves bastante bien para mí.

Su mirada viajó desde su rostro hacia abajo, mirando su cuerpo y hacia arriba otra vez, creando un colorado rubor en sus mejillas. Las chispas saltando entre ellos de repente se prendieron en una llama. Caitlyn no parecía poder mirar hacia otro lado que a los ojos de Matt. Ella vio sus pupilas dilatarse, observó un brillo de deseo despertarse y estirarse como un león dormido listo para abalanzarse. Y si hubiera tenido un poco de sentido común, hubiera corrido como loca, porque no tenía por qué inclinarse para adelante, ni tampoco él. Pero la distancia entre ellos se desvaneció como una nube de humo.

El aliento de Matt tocó sus labios primero, tentándola con su aroma; luego su boca cubrió la suya, llevándola a un profundo, emocionante beso que le destrozó el alma, que podría haber durado unos segundos o minutos, u horas. Caitlyn estaba tan absorta en la textura y gusto de su boca, el aroma de su piel, sus dedos corriendo por su cabello y sosteniendo su cabeza para que no se moviera, que perdió toda noción del tiempo. Fue un beso que la consumió por completo y sólo se terminó debido al estridente llanto de un bebé muy pequeño.

Se apartaron en un asombro sin aliento, sus ojos conectándose en la misma nota.

—¿Qué diablos fue eso?—Matt le preguntó.

Ella negó con la cabeza, incapaz de liberar una palabra coherente de explicación. Matt miró de ella al bebé que lloraba y otra vez a ella. —Yo...

—Tienes que atender a Emily, lo sé—, Caitlyn terminó, finalmente encontrando su voz. —Debo haber tomado mucho vino.

—¿Vas a culpar al vino?

—Estoy pensando en ello—, admitió.

Matt se inclinó para alzar a Emily del piso. —¿Qué ocurre ahora, mi corazón? ¿Hambre,

mojada, qué?

Emily le contestó con un puchero que se convirtió en llanto.

—Bien, ya entiendo. Estás enojada.

—Tal vez con hambre también. Le prepararé un biberón—, dijo Caitlyn, ansiosa de levantarse, para alejarse de Matt, para darse la oportunidad de recuperarse.

—Yo la cambiaré—, dijo él. —Ya que estamos, nos haremos cargo de ambos extremos.

Y por unos minutos se enfocaron en las necesidades de Emily, el aire erizado con electricidad, preguntas sin respuestas y deseo no satisfecho. Cuando Emily se calmó con su biberón, cómodamente acurrucada en la curva del brazo de Matt, Caitlyn decidió que era hora de irse.

—Nos vemos—, le dijo a Matt, quedándose a una distancia segura de él.

—No quieres hablar sobre ello, ¿no es cierto?

—Sólo fue un beso, nada para excitarse demasiado.

—¿En serio? ¿No te excitaste para nada? Preguntó escéptico, levantando su ceja.

Sintió la calidez cubrir sus mejillas nuevamente. —Te lo dije, fue el vino.

—No fue el vino. Fuimos tú y yo juntos, entrando en combustión espontánea. Tengo suficiente experiencia y, créeme, rara vez eso ocurre.

Ella se aclaró la voz. —Sí, bueno, podría haber una atracción...

—¿Podría haber?

—Eso no significa que tengamos que hacer nada al respecto.

—Creo que ya lo hicimos.

—Quiero decir otra vez.

—Bien, podría ponerse incómodo—, reconoció. —Normalmente no beso a mis vecinos.

—Normalmente no hablas con tus vecinos.

—Exactamente.

—Olvidaremos que ocurrió. Se lo atribuiremos a...

—Al vino—, él terminó. —Pero yo no tomé nada. ¿Entonces cuál es mi excusa?

—Estabas temporalmente loco.

—Supongo que podrías enviar a un hombre a la locura.

—Muy gracioso. Pero no soy así, Matt.

—¿Así cómo? ¿Hermosa, inteligente, sexy?

Ella tragó saliva mientras su mirada la barría nuevamente, haciéndola sentir un cosquilleo por todos lados como si estuviera tocándola. Y ella quería que la tocara. Quería que el beso se iniciara otra vez. Quería hacerlo en cámara lenta esta vez para que pudiera sentir cada segundo. Se aclaró la voz, tratando de aclarar su cabeza al mismo tiempo. —Normalmente no beso a hombres que no conozco bien, especialmente a hombres con quienes ni siquiera estoy saliendo.

—Te invité a cenar—, dijo pragmáticamente.

—Y yo te salvé de un bebé gritando—. Acomodó un mechón de cabello detrás de su oreja. —Ni siquiera es una situación romántica. No sé lo que me ocurrió.

Él le sonrió, una lenta, sensual sonrisa de complicidad que no solamente vino de su boca, sino también de sus ojos. —No es malo querer a alguien sin tener una buena razón. Los hombres lo hacen todo el tiempo.

—Bueno, no soy un hombre.

—¡Gracias a Dios!

Ella sonrió y sacudió su cabeza por el tono de burla de su voz. —No lo estás haciendo fácil.

—¿Quieres que lo haga?

—Sí.

—Está bien, fue una locura temporal.

—Y no volverá a ocurrir—, dijo ella con firmeza.

—No sé si puedo prometer eso.

—¡Matt!

—Está bien. No creo que vuelva a ocurrir otra vez.

Supuso que era lo mejor que iba a conseguir. Dio vuelta para irse.

La voz de Matt la alcanzó en la puerta.

—Cailtyn—, dijo.

—¿Qué?

—No necesitas que te arreglen. Estás bien como eres.

—No sabes ni la mitad—, ella murmuró mientras cerraba la puerta. Afuera en el pasillo se recostó contra la puerta y suspiró hondo. —Nadie lo sabe.

## Capítulo Siete

**D**ESPUÉS de un intento irregular de tratar de dormir, Caitlyn no se sintió feliz de escuchar el fuerte golpe a su puerta después de que finalmente se había quedado dormida. Los enojados gritos que siguieron sólo podrían pertenecer a una persona... Emily. Caitlyn corrió fuera de su dormitorio en su camiseta grande, golpeándose en el dedo del pie cuando salía a la sala de estar. Abrió la puerta con una palabrota en sus labios.

La camisa de Matt colgaba abierta, a sus jeans le faltaba el botón superior, como si se hubiera puesto la ropa en la oscuridad. La cara de Emily estaba roja, sudor mojaba su rostro, mezclándose con las lágrimas que corrían por sus mejillas.

Y además del barullo del llanto de Emily, Matt tenía su estéreo a todo volumen.

—¿Por qué diablos estás con esa música?

—Estoy tratando de cubrir sus gritos. No para de llorar, Caitlyn—, dijo Matt, con pánico en su voz. —Hace horas. ¿Qué vamos a hacer?

Si no hubieran sido las dos de la mañana y si no hubiera estado tan cansada, habría encontrado simpático el “vamos” en su pregunta. —Podríamos intentar darle un baño—, sugirió ella.

—¿Un baño? ¿Estás loca?

—Es sólo una idea.

—¿Quieres que la desnude y que la ponga en una tina de agua? No creo que eso la vaya a hacer feliz—, dijo agitando su mano.

El movimiento envió una onda de viento entre ellos, y por un momento Emily jadeó y paró de llorar, luego inmediatamente empezó otra vez.

—Tengo una idea—, dijo Caitlyn. —Ve a traer el edredón.

—¿Por qué?

—Sólo hazlo. Vaya, haces muchas preguntas. Y apaga esa música también.

Mientras Matt se fue, Caitlyn tomó su abrigo del armario y se lo puso. Luego se encontró con él en el pasillo, el cual estaba, menos mal, un poco más tranquilo, aunque Emily todavía estaba llorando. —¿Nos vamos a algún lado? Preguntó.

—Al tejado.

—¿Qué?

—Vamos—. Ella guió el camino hacia las escaleras al final del pasillo y hacia arriba por los escalones hasta el tejado. Abrió la puerta y salió a la azotea plana. El aire estaba bien frío y Emily se detuvo en el medio de su grito.



Caitlyn esperó un segundo, el cual se extendió a un minuto, aguantando su propia respiración y esperando, sólo esperando que algo que había leído sobre bebés y que les gustaba estar afuera, fuese cierto.

—Creo que se detuvo—, Matt susurró asombrado.

—No lo arruines. Tal vez sólo está recuperando el aliento.

Ambos, Caitlyn y Matt miraron fijamente a Emily mientras parpadeaba con sospecha hacia los dos.

—Caminemos hacia allá—, sugirió Caitlyn, dirigiéndose hacia la barandilla. Había descubierto la azotea unos meses atrás cuando su padre le dijo que encontrara un buen lugar para observar un eclipse. Desde entonces había venido unas cuantas veces para aclararse la cabeza, para empaparse de la gran vista de la ciudad o, simplemente, para alejarse de todo. Había un escalón al final de la azotea que podía convertirse en un buen banco. Caitlyn se sentó con Matt y lo ayudó a arreglar el edredón alrededor de Emily.

Era una noche despejada para variar, la niebla permanecía segura a cierta distancia en la costa. Caitlyn respiró unas cuantas veces, su pulso intentando calmarse ahora que Emily estaba en silencio.

—Esto es increíble—, dijo Matt. —Creo que se está durmiendo.

Caitlyn observó como los ojos de Emily parpadearon una vez, dos veces, luego sus párpados se cerraron con un suave suspiro.

—¿Y ahora qué? Preguntó Matt.

Caitlyn le envió una sonrisa. —No tengo idea. Me parece que tal vez podríamos volver adentro y ver si se queda dormida.

—Démosle un minuto, para asegurarnos de que realmente está dormida—. Él suspiró. —Nunca aprecié tanto el silencio como en este instante. Me pregunto si Emily lloró tanto así con Sarah. Puedo ver cómo su llanto constante puede volverte loco.

—Tal vez tiene un cólico. Una de mis amigas tenía un bebé que lloraba todo el tiempo, especialmente por la noche. Solía intentar de todo para que se calmara.

—¿Como irse al tejado a las dos de la madrugada en camión y abrigo?—, él preguntó con una sonrisa.

Caitlyn levantó su saco para envolver sus hombros. —Se supone que no tienes que mirarme.

—¿Por qué no? La vista es buena desde donde estoy sentado.

Su voz tenía una nota de apreciación genuina que envió un inesperado estremecimiento por su espalda. Tanto que había intentado olvidarse de su beso y de su atracción. Unas pocas horas después de su acuerdo, y ella ya se estaba preguntando cuán calientes serían sus labios en el frío de la noche.

—Di algo—, Matt le mandó.

—¿Como qué?

—No importa. Sólo algo para distraerme de...

—¿De qué?

—De ti.

Ella tragó saliva, en busca de algo que decir que desviara su atención de ella. La respuesta estaba arriba en el cielo. —¿Sabías que existen ochenta y ocho constelaciones que puedes ver desde la tierra?

Matt negó con la cabeza con una sonrisa irónica. —No tenía idea.

—Es cierto. Aunque las constelaciones son en cierta manera arbitrarias dependiendo de dónde estés—. Caitlyn inclinó la cabeza para atrás, estudiando las estrellas. —No es tan fácil verlas aquí en la ciudad, pero cuando te vas a las montañas lejos de las luces, puedes ver cosas que nunca te hubieras imaginado.

Matt miró hacia arriba al cielo. —No sé nada sobre las estrellas. De la forma en que crecí, era más práctico tener la vista hacia abajo, mirando por donde pisabas o con quien te tropezabas.

—Eso es triste.

Matt se encogió de hombros. —Hay muchas cosas tristes en el mundo. Oh, me olvidé... tú no sabrías sobre ellas, porque no lees el periódico.

Ella se encogió por su golpe burlón. —Me mantengo al día con lo que necesito saber, pero pienso que puedes ahogarte en las cosas malas si eso es lo único que escuchas. Es como un accidente de tráfico. No tengo que mirar cuando paso por al lado. No necesito mirar las puertas de metal destrozadas y las manchas de sangre en el suelo para darme cuenta de que algo malo ha sucedido. Pero eso es lo que las noticias nos proporcionan, cada asqueroso detalle.

—Lo cual fascina a la mayoría de la gente, por cierto. Esa es la razón por la que el tráfico se detiene completamente cuando hay un accidente. Todos quieren ver.

—Bueno, yo no.

—Tú preferirías enterrar tu cabeza bajo las sábanas.

—O, mirar hacia las estrellas—, ella le dijo. —Vamos, tienes que admitir que el universo es impresionante.

—Puede ser—, dijo de mala gana, siguiendo su mirada hacia el cielo.

—A mi padre, un profesor de astronomía, por cierto, le encantaría subirse a un cohete espacial y volar hasta la Luna. Siempre ha estado anonadado por la infinidad del espacio. Infinito es su número favorito. Es un soñador real, el profesor distraído por excelencia.

—Suenas como que has salido como él.

—Tal vez un poco en el departamento de sueños. Es gracioso, sin embargo, lo diferentes que él y mamá son. Ambos son tan inteligentes como se puede ser, pero mi madre tiene que tener el control absoluto de todo en su vida, y mi padre es como una hoja en el viento, cayéndose, luego se levanta y se va. Nunca estoy segura de cuándo se posará.

—No suena como que ha estado presente para ti—, Matt observó.

Ella se encogió de hombros. —Ama su trabajo. Al igual que mi madre. Ella es una profesora de matemáticas.

—Estás rodeada de intelectuales.

—Genios—, ella coincidió. — Todos dotados intelectualmente, Brian también. A veces, pienso que él debería haber sido realmente su hijo. Se lleva con ellos perfectamente. Casi nunca saben qué hacer conmigo.

—No creo que seas una boba, Caitlyn.

—Tal vez no una boba, pero no fui una buena estudiante. Solía soñar despierta y garabateaba sobre todos mis papeles. Mis padres se frustraban tanto conmigo. Y cuando les dije que quería concentrar mis estudios en diseño de modas, casi se desploman. Creo que cuando llevé a Brian a casa, respiraron aliviados, porque ahora podían estar conmigo pero tenían a alguien entre nosotros como un puente, un traductor, o como quieras llamarlo.

—¿Es por eso que te comprometiste con el tipo?— Matt preguntó, una nota de diversión en su voz.

—No—, dijo ella firmemente, lanzándole una mirada hostil. —Me comprometí con él porque lo amaba. El que mis padres lo amaran fue una ventaja... en ese tiempo, de todos modos. Ahora es más como una pesadilla.

—Podrías aceptarlo otra vez. Eso es lo que quiere.

—Podría. Probablemente hasta debería. ¿No odias esa palabra, *debería*? Parece impulsar mi vida. Lo que debería hacer, siempre parece más importante de lo que quiero hacer.

—El deber contra el deseo—, dijo él, enfatizando el sonido de la letra “s” en *deseo* de tal forma que la hizo estremecerse.

Es sólo el aire de la noche, se dijo a sí misma, otra mentira en la atracción creciente entre ellos. Debido a que si Brian era el deber, entonces Matt era definitivamente el deseo. Pero ella no iba a elegir entre ellos, por amor de Dios. Matt era su vecino. Ni siquiera podía llamarlo un amigo. ¿Cómo podía desear a un hombre de quien no sabía nada?

Pero ese era el problema, su entera relación había sido hasta ahora una de intensidad y profundidad inusual, diciéndose el uno al otro cosas que usualmente se reservan para los mejores amigos. ¿Por qué? ¿Por qué se sentía cómoda con él en un instante y con los nervios de punta en el siguiente? ¿Cómo despertaba Matt sentimientos en ella que Brian había tardado meses en conseguir?

—He conocido a Brian durante un largo tiempo—, dijo ella en voz alta, tratando de recordarse ese hecho. —Salimos juntos durante tres años antes de que me pidiera casarnos.

—Se mueve rápido, ¿eh?

—Algunas decisiones deberían tomarse con cuidado.

—Si tú lo dices.

—Lo digo. Y ya que nunca has estado enamorado o comprometido, pienso que tengo más experiencia que tú en este tema.

—Bueno—, dijo conforme, demasiado conforme para su gusto.

—Te estás riendo de mí.

—No. ¿Siempre te preocupas tanto de lo que la gente piensa sobre ti?

—Sí.

—No deberías.

Ella se quejó. —Ahí está esa palabra otra vez. Sé que soy un desastre, Matt. No puedo distinguir cara o cruz de mis pensamientos. Si alguien mirara dentro de mi cerebro en este instante correría gritando en la noche.

Matt se rio con fuerza. —Sh, no le des a Emily ninguna idea.

Caitlyn le sonrió de nuevo a él. —Lo siento.

—No puedes complacer a todos. ¿Por qué intentarlo?

—Probablemente moriré intentándolo. He estado rodeada toda mi vida por gente que es muy inteligente, increíblemente centrada y totalmente obsesionada por el trabajo que hacen para vivir. No ha habido mucho lugar para la flexibilidad o la comprensión—. Le echó una mirada curiosa. —Debes de ser así también, ¿no es cierto? Puedo apostar a que pasas días sin dormir o comer cuando estás detrás de una historia.

—A veces. No es una mala cosa.

—Puede ser solitario para la gente que dejas atrás.

—No dejo a nadie atrás—, dijo rotundamente. —Nunca ha habido nadie allí.

—Pero podría haber alguien algún día. No hay nada que te detenga de casarte, tener hijos. Podrías tener una familia tan grande como quisieras.

Matt echó una mirada al bebé en sus brazos, su expresión de repente sombría. —Los niños son una gran responsabilidad.

—Eso es cierto. Pero tú me pareces ser un tipo responsable.

Pensó sobre eso durante un momento. —He pasado tanto tiempo mirando hacia atrás, buscando a Sarah, buscando a la familia que una vez tuve, que no he pasado mucho tiempo pensando en el futuro. Pero...

—Pero—, ella lo instó, sintiendo una terrible necesidad de empujar el punto, aunque tenía el presentimiento de que no le gustaría su respuesta.

—Tal vez me gustaría tener hijos—, admitió. —Algún día, pero no estoy seguro de que sería un gran padre.

—Por supuesto que sí. Mira como Emily confía en ti para que la cuides.

—Sólo porque tú nos trajiste aquí al tejado. Ella estaba bastante enojada conmigo antes.

—Tuve un golpe de suerte—. Se inclinó contra sus codos y miró hacia el cielo una vez más.

—¿Y tú, Caitlyn?— Matt preguntó. —¿Cuál es tu plan de juego?

—Construir mi negocio, empezar unos diseños nuevos, tener mi propia colección.

—Entonces estás diciendo que tú también estás impulsada por trabajo—, él bromeó.

—Pienso que sí. Antes, cuando me sentaba a hacer bosquejos, perdía la noción del tiempo. Podría haber pasado un minuto o una hora. Pero el flujo creativo me ha abandonado, y no sé cómo recuperarlo. Es como si mi musa se hubiera tomado unas extensas vacaciones. ¿Te ocurrió eso alguna vez cuando escribías?

—Nunca. Las historias pasan; yo las cuento. Ahora, si estuviera escribiendo un libro tal vez me quedara trabado con qué decir luego. Pero en mi caso, simplemente cuento los hechos como ocurrieron.

—Y nada más que los hechos—, dijo ella con una sonrisa.

—Eso es cierto.

—Desafortunadamente, no puedo diseñar vestidos como Dios manda.

—Tal vez necesitas un nuevo enfoque.

—O una nueva cabeza.

—Bradley realmente te hizo una de las suyas, ¿no es cierto?

—Brian, y no fue sólo él—, ella murmuró.

—¿Entonces qué? ¿Qué pasó que se llevó tu creatividad?

Ella lo miró a sus ojos y se encontró a sí misma queriendo confiar en él. Pero las palabras no salían, no podían salir. Ella nunca las había dejado salir a la superficie, nunca las había dejado tomar vida y no podía permitir que la silenciosa intimidad de la noche la instigara a compartir los secretos que no quería compartir.

—¿Qué estás escondiendo, Caitlyn? Matt insistió.

Ella miró lejos de sus ojos que la invadían. —Nada. Lo que ves es lo que obtienes.

—¿Quieres saber lo que veo yo?

—No lo sé. ¿Quiero?

—Veo una hermosa mujer con un gran corazón que no puede resistirse a ayudar a alguien que lo necesite. Tiene un poco de mal genio, especialmente cuando alguien se retrasa un poco, pero...

—Perpetuamente se retrasa, más bien.

—Pero también puede ser dura consigo misma, y tengo un presentimiento de que está escondiendo algo, un secreto que la está carcomiendo.

Ella sintió un escalofrío ante sus palabras, palabras que pegaron muy de cerca. —Eso suena bastante misterioso—, dijo ella, forzando algo de ligereza en su voz. —Deberías escribir una novela algún día. Tienes una gran imaginación.

—¿Estoy equivocado?

—Sí.

—No lo creo.

—Bueno, creo que Emily está profundamente dormida, y podemos ir adentro.

—¿Te mencioné además que tienes la maldita costumbre de huir justo cuando las cosas se ponen interesantes?

—Gracias por el psicoanálisis. ¿Cuánto te debo?

—Cinco minutos más. No estoy listo todavía para poner a prueba a Emily.

—Es tarde, Matt.

—Está lindo aquí afuera. Pacífico. ¿Crees que esa luz que parpadea es un avión o una estrella?

—Un avión.

—Vaya. Entonces, ¿dónde está la Osa Mayor o la Osa Menor o como sea que le llamen?

—Por allá—, dijo ella, señalando la Osa Mayor para él.

—Entonces, ¿tu padre es un astrólogo?

—Es un profesor de astronomía. Los astrólogos hacen tu horóscopo.

—Oh, lo siento.

Ella le sonrió. —Pero hay todo tipo de historias increíbles ligadas a las estrellas.

—¿Historias o hechos?

Ella ignoró eso. —Mi historia favorita es la historia de la Vía Láctea. ¿Quieres escucharla?

—¿Tengo opción?

—No si quieres mi compañía.

—Bueno, escúpela.

—Tienes que prometerme que no te reirás o serás cínico.

Le echó una mirada divertida, y ella le negó con el dedo. —Esa es exactamente la expresión que no estoy buscando.

—Está bien. Me pondré serio—, dijo con un deliberado tono de voz baja. —Adelante.

—Bueno—. Ella inclinó hacia atrás su cabeza para mirar al cielo, dejando que las estrellas entretejieran su hechizo mágico sobre ella. Las tradiciones populares de su padre sobre las estrellas siempre habían encendido su imaginación. Y había un diseño en su subconsciente, un diseño de un vestido de novia con pequeñas lentejuelas brillantes que parecerían como estrellas bailando bajo la luz de la luna. Tal vez algún día ella lo dibujaría, o lo confeccionaría, pero tendría que ser para la novia correcta, alguien quien apreciara el romance puro y total.

—Estoy esperando—, dijo Matt. —¿O te has quedado dormida?

—No, sólo estoy tratando de recordar la manera correcta de contarla. Hay un par de versiones, pero esta es la correcta. Había una vez un hada tejedora que vivía en el cielo. Solía

tejer vestidos de seda para las otras hadas, pero un día se enamoró del muchacho pastor de búfalos...

—El muchacho pastor de búfalos... no suena como una buena elección para un hada.

—Sh, sh— dijo ella. —De todas maneras, el muchacho pastor de búfalos vivía en la tierra, cuidando la manada de búfalos y tocando su flauta todo el día. Durante un tiempo, el hada tejedora vivió en la tierra con el muchacho pastor de búfalos, pero fue forzada por su padre, el Emperador Jade, a retornar al cielo. Ella le rogó para que permitiera al muchacho quedarse con ellos. Su padre finalmente aceptó, pero solamente si el muchacho cuidaba de las manadas de búfalos que vivían en el cielo y ella retornaba a tejer vestidos de seda. Durante un tiempo, fueron felices, pero tan enfrascados estaban el uno con el otro que empezaron a descuidar sus obligaciones. El emperador los castigó poniendo al hada y su telar en la orilla este del río Silver y al muchacho y los búfalos en la orilla oeste. Le suplicaron que les concediera una oportunidad más. El Emperador Jade accedió de mala gana y les permitió verse una vez al año, en el séptimo día del séptimo mes. Cada año lo hacen, y están tan felices que sus lágrimas de alegría caen a la tierra. Esa es la razón por la cual las dos estrellas Vega y Altair se reúnen durante los meses de verano y a veces hay lluvia de verano, pero durante el resto del año están separadas por la Vía Láctea—. Ella volvió su mirada hacia él. —¿Qué piensas?

La cara de Matt se volvió hacia el cielo, su perfil fuerte, sexy. Entonces la miró y su corazón dio un salto.

—Simplemente prueba que los opuestos se atraen, pero no pueden vivir juntos—, dijo él.

Ella sabía que se estaba metiendo en aguas turbulentas, pero no pudo contenerse. —¿Crees que somos opuestos?

—¿Tú no? Si estuviéramos hablando de los objetos celestiales, diría que eres el rostro sonriente con ojos brillantes del sol mientras yo soy el lado oscuro, peligroso de la luna.

Ella sonrió. —No está mal dicha analogía para un hombre de la tierra, pero no estoy segura de que ninguno de nosotros sea uno o lo otro. Tú crees que me escondo de la verdad, pero creo que tú lo haces también. Quieres ser fuerte, indiferente, y cínico, pero hay una parte de ti a la que realmente le gustó mi historia romántica. Vamos, admítelo—, ella lo animó.

Le mostró una sonrisa de mala gana. —Nunca admitiría eso.

—Y yo soy mucho más sombría y peligrosa de lo que te pudieras imaginar.

—Oh, sí, mala hasta la médula, ¿eh?

—Puse monedas al parquímetro sin mover mi auto hoy, aunque se supone que no debes hacer eso.

—No me digas. Estoy en shock, señorita Devereaux.

—¿Ves?, te lo dije.

—No eres como otras mujeres—, dijo, sorprendiéndola con su comentario.

—¿Es eso algo bueno?

Sacudió su cabeza como si todavía no lo hubiera descifrado. —No estoy completamente seguro. Me temo que no me he tomado el tiempo para conocer de verdad a una mujer desde hace un tiempo.

—¿Desde hace un tiempo o nunca? Porque me temo que tu madre te la hizo de tal forma que no te sientes cómodo para dejar que una mujer entre en tu vida. No estás seguro de que puedas confiar en otra mujer.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo en el fondo de que ningún hombre te amará alguna vez más que a su trabajo?

—¿Por qué estamos siendo tan filosóficos de repente?

Él se rio. —No tengo ni idea, tal vez porque las conversaciones a las dos de la madrugada son mitad perspicacia increíble y mitad completo disparate.

—¿Pero cuál es cuál?

—No tengo idea. Me gustó tu historia, Caitlyn. Especialmente, me gustó la manera en que tus ojos se pusieron soñadores mientras la contabas.

Le pegó jugando en el brazo, con cuidado de no disturbar a Emily. —Suenas como una canción de los 50.

—Pero...— Él hizo una pausa, esperando a que ella lo mirara a sus ojos de nuevo. —Tengo que decirte, después de escuchar tu cuento, que si quisiera a una mujer, no dejaría a nadie que nos separara, ni siquiera el Emperador Jade.

El aliento se fugó de su pecho ante la repentina mirada resuelta en sus ojos.—Eh, yo, bueno...

—Bésame—, le susurró.

—No lo creo—, ella susurró en contestación.

—Un beso. Ni siquiera puedo tocarte, no con Emily en mis brazos. Sólo tu boca sobre la mía.

—¿Por qué?

—Porque te deseo.

Estaba mal, era tonto... era inevitable. Se acercó y presionó su boca contra la de él, cerrando sus ojos, perdiéndose en su calidez, en su necesidad, en la necesidad de él. El aire frío que los rodeaba sólo les hizo sentir el calor entre ellos mucho más caliente. Ella no lo tocó en ningún otro lado que en la boca, pero podía sentirlo por todas partes, en cada extremo de sus nervios, en cada parte de su cuerpo.

Se forzó a separarse de lo que con rapidez se estaba convirtiendo en una adicción. Él estaba bajo su piel. Estaba en su sangre. Se estaba convirtiendo en una parte demasiado grande de su vida, demasiado rápido.

—Ese fue el último—, dijo ella con firmeza. —Tenemos que tener sentido común.

—Eso no suena como una oración que debería ser dicha por una mujer que cree en hadas y sus amantes contrariados por las estrellas.

—Eso fue una historia. Esto es vida real—. Levantándose, dijo, —hora de ir a la cama—. Al ver el brillo que revoloteó en sus ojos, le negó con el dedo. —Ni siquiera lo menciones.

—¿Estás segura de que Emily se quedará dormida?

—No estoy segura de nada, excepto de que tengo que levantarme en un par de horas y se acabó la noche.

—Te agradezco la ayuda... otra vez—, dijo, con cuidado poniéndose de pie, para asegurarse de no mover a Emily. —Has sido un salvavidas. Sólo desearía hacer algo por ti.

Una terrible idea se le ocurrió de repente. Era imposible preguntarle algo así. Aun así... Matt sería una increíble distracción, sin mencionar a Emily. —¿Quieres de verdad ayudarme?— ella preguntó impulsivamente.

Le echó una mirada cautelosa. —Creo que sí. ¿Qué tengo que hacer?

—Ven conmigo al brunch en la casa de mis padres mañana.

—Oh, no, no lo creo.

—Me lo debes, Matt.

Él se quejó. —¿Por qué me querrías allí de todas maneras? No soy ningún intelectual.

—Puedes ofrecer interferencia. Mi madre tiene la habilidad de forzarme a hacer cualquier cosa. Necesito un bloqueador. Contigo y Emily allí, no podrá ser capaz de empujarme a los brazos de Brian.

Frunció el ceño. —Podrías simplemente decir que no. Y además, pensé que estabas considerando volver a los brazos de Brian.

—Necesito más tiempo para pensar en lo que quiero hacer. Y no has conocido a mi madre. Nadie dice simplemente no. ¿Qué dices? ¿Vendrás al brunch?

—Debería quedarme en casa por si Sarah viene a buscarme.

—Podemos dejarle una nota sobre tu puerta.

—¿Qué haremos si Emily llora todo el tiempo?

—Entonces nos iremos más temprano—, dijo ella, sintiéndose aún más optimista. —Es el plan perfecto. Mi madre no podrá presionarme contigo allí. Por supuesto, si ella piensa que Brian está fuera de juego, hay una remota posibilidad de que te considere a ti material de boda, pero...

—Pero, ¿qué?— preguntó consternado.

—Siempre puedes decir que no—, le dijo dulcemente. —Mañana verás lo fácil que es.

\* \* \*

Le estaba sermoneando al coro, literalmente, Jonathan pensó cínicamente mientras terminaba su sermón dominical para las diez personas en la iglesia y el grupo de adolescentes del coro. ¿Dónde estaban todos? Miró hacia el altar para obtener orientación. ¿Por qué estoy aquí, Señor? Preguntó en silencio. ¿Qué bien puedo hacer cuando tan poca gente viene a escucharme?, ¿a escucharte?

Las iglesias de su padre siempre habían estado llenas hasta las vigas del techo con vida, bebés que lloraban, familias de jóvenes, los fieles de siempre. Cantaban en voz alta cada himno con el coro, regocijándose en la palabra de Dios. Su padre tenía un don para crear pasión por la oración, un don que no había transmitido a su único hijo.

El bastón de la señora McInerney dio un golpazo en el piso, sacudiendo al señor McInerney del sueño al que había caído poco tiempo después de haber entrado a la iglesia. Parecía el momento propicio como cualquier otro para terminar el servicio, y con una bendición final Jonathan despidió a la congregación.

Pauline se levantó y lo siguió a la salida de la iglesia, donde se hacían las despedidas.

—Estuvo bueno, reverendo—, dijo ella, dándole unas palmadas en el hombro. —Cada domingo lo haces aún mejor.

Se sentía como un niño animado por su madre para terminar la carrera, cuando ambos sabían que la carrera hacía mucho que había terminado. —Gracias—, dijo de todas maneras, agradecido por su apoyo.

—Mary dejó un guisado para tu cena del domingo—, dijo Pauline. —Si no puedo convencerte de que te unas a mi familia...

—Estaré bien.

—No quiero pensar que vas a comer solo. Necesitas una familia, Jonathan, una esposa, hijos.

—No he tenido tiempo para todo eso. Y con mi trabajo, una mujer tendría que entender que la iglesia viene primero—. ¿Cuántas mujeres aceptarían eso? Su propia madre se había quejado



interminablemente sobre el constante desfile de gente por su casa, las llamadas tarde a la noche sobre los enfermos y aquejados, hasta que finalmente se había dado por vencida. Jonathan no pensó que ella alguna vez había aceptado el hecho de que su esposo era amado por tanta gente, mientras que ella era amada apenas por dos personas.

—Hay alguna mujer ahí afuera que entenderá tu devoción y te amará por ello—, dijo Pauline. —Eres joven. Tienes tiempo.

—Tal vez no tenga suficiente tiempo—. Y no estaba hablando sobre el matrimonio, estaba hablando sobre la iglesia. —Necesitamos una congregación.

—La gente aquí no se aventura a salir mucho, ni siquiera de día, especialmente a la iglesia. El vecindario se ha estado viniendo abajo durante años. Has venido en el momento equivocado, me temo. No sería lo peor conseguir una reasignación. Podría ser mejor para tu carrera estar en un lugar donde puedas ser reconocido por tus esfuerzos.

—Pero no sería lo mejor para el vecindario. Me siento como un fracasado—. Y él odiaba ese sentimiento.

—Algunas montañas son simplemente demasiado altas, Jonathan—, dijo ella mientras encogía los hombros agobiados por el peso del mundo.

—Para algunos hombres—, murmuró él.

—Encontrarás la manera de hacer una diferencia. Tengo fe en ti.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

Después de acompañar a Pauline a su coche, Jonathan regresó a la iglesia. Cuando entró al santuario, el sol entraba en suaves rayos brillantes a través de las ventanas, creando una luz divina, y sintió un cosquilleo en los nervios. No estaba solo. El Señor estaba con él.

—Estoy tratando—, dijo Jonathan en voz alta. —Estoy intentando salvar esta iglesia para la comunidad—. Aun cuando decía las palabras, sintió una pequeña punzada de culpa. ¿Estaba intentando salvar la iglesia por el vecindario, o estaba tratando de salvarla por él mismo? Muy en el fondo sabía que un fracaso aquí daría a todos otra razón más para preguntarse si podría estar a la altura de la reputación de su padre.

Pero cualesquiera fueran sus ambiciones personales, no podía anteponerlas a lo que estaba bien. Tenía que encontrar la manera de triunfar.

—¿Reverendo?— La voz titubeante lo hizo voltear en sus talones, aunque sabía quién era antes de que la viera.

—Sarah—, dijo suavemente. Su nombre había dado vueltas en su mente toda la noche. Se preguntaba si había encontrado el refugio y si la vería de nuevo. Había esperado que tuviera la suficiente confianza en él como para volver, y aquí estaba. Tal vez estaba haciendo algo bien.

—Yo...— Ella dudó, claramente incómoda con su necesidad. —No sé por qué estoy aquí.

—Estoy contento de que estés aquí—. Caminó hacia ella e hizo una seña hacia un banco cercano. —¿Quieres sentarte?

Sarah hizo como le pidió, deslizándose más lejos, dejando un cauteloso espacio grande entre ellos mientras él se sentaba junto a ella en el banco.

—¿Puedes decirme qué ha ido mal en tu vida? ¿Qué te ha traído tanto dolor? Le preguntó.

Ella no dijo nada durante un largo rato, su rostro se volvió hacia el piso, su largo cabello proporcionando una cortina para resguardar su expresión. Jonathan no se movió. No insistió. Esperó, pensando que la quietud de la iglesia, la fuerza espiritual de sus alrededores, le darían el

valor para hablar.

—Cometí un gran error—, dijo ella con firmeza.

—¿Qué clase de error?

—Mi bebé.

Un sentimiento de terror llenó su alma. Rezaba para no escuchar que había dañado a su hijo. Ya que, ¿cómo podría protegerla de las consecuencias de tal horrible acto?

—¿Qué le ocurrió a tu bebé?—, preguntó lentamente, tratando de no permitir ninguna emoción en su voz. No quería asustarla o amenazarla; quería su confianza.

—Lo dejé con alguien sin siquiera preguntar. No podía aguantar su llanto, y no estaba segura de que pudiera mantenerla a salvo o proveer lo que necesitaba.

Jonathan dejó salir el aire de su pecho con un sentimiento de alivio de que el bebé estuviera vivo y, esperaba él, bien. —¿Por qué no empiezas desde el principio, Sarah?

—¿Dónde es eso? Preguntó perpleja, levantando su cabeza para mirarlo.

Vio confusión en sus ojos y una desesperanza que le tocó en lo más profundo de su ser. A veces se preguntaba cómo podía aconsejar a aquellos que habían sufrido mucho más de lo que él había sufrido. ¿Cómo podría entender su dolor? ¿Cómo podía llegar hasta ellos cuando nunca había estado en ese lugar donde vivían, ese deprimente, desesperado, abandonado lugar? Era un ministro que había crecido en los barrios residenciales de las afueras, que nunca había conocido el hambre o la sed, nunca había tenido que preguntarse de dónde venía o hacia dónde iba. A veces la responsabilidad de su ministerio de la iglesia lo abrumaba con sentimientos de su propia ineptitud. Pero no podía abandonarlo. Tenía que intentar, aun si significaba luchar en vano cual elefante en una cristalería.

—Empieza donde quieras—, le dijo a Sarah, esperando que hubiera sido lo correcto para decir. Quería ayudar a esta joven mujer, quería ayudarla más de lo que nunca había ayudado a nadie.

Ella apartó su vista de él hacia el altar donde las velas del servicio todavía brillaban encendidas. De pronto pareció estar fascinada por las llamas.

—Fuego—, ella murmuró. —Pienso que todo empezó con el fuego.

—¿Qué fuego?

Ella se sobresaltó con su pregunta, un cierre bloqueando sus ojos, dejándolo afuera, y él en silencio maldijo su propia impaciencia.

—No importa—, dijo ella.

—¿Está bien tu bebé, Sarah? Eso es lo más importante. Debes decirme si tu bebé está bien.

Ella asintió con fuerza. —Ella está segura.

—¿Una niña?

—Sí, su nombre es Emily. El rostro de Sarah se ablandó con el amor que llenó sus ojos. —Es un hermoso bebé. Nunca pensé que podría tener algo tan perfecto.

Él sonrió suavemente. —Emily es un hermoso nombre.

—Solía tener una muñeca que se llamaba EmmaLou. Era mi mejor amiga. No era una muñeca en realidad, sólo un palo con una cara de muñeca en su extremo. Mattie la hizo para mí un día cuando estaba llorando porque quería una muñeca, y no teníamos nada de dinero para comprar una de verdad.

Ella se sacudió de nuevo, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura, como si tuviera

miedo de haberle dicho demasiado.

Jonathan tuvo el impulso de tocarla sobre el hombro o la mano, un gesto de consuelo, pero se contuvo, temeroso de que hasta el simple roce la hiciera escapar. Ella le hacía recordar a los animales en la granja de su abuelo, los asustadizos caballos, perros, y gatos que habían sido maltratados en otro lugar, luego rescatados por su abuelo para protegerlos en su granja. Salvar a la gente y a los animales era una tradición familiar. Su abuelo había tenido ese toque con los animales, su padre con la gente. Y Jonathan todavía estaba tratando de encontrar su toque, su camino.

—Me gustaría hablar contigo un poco más, Sarah. ¿Por qué no vienes conmigo a la casa de al lado? Podemos almorzar. Te prometo que estará rico, porque yo no lo hice.

Sarah no respondió a su sonrisa alentadora. En su lugar, se mordió el labio inferior, el cual pudo ver que ya había marcado con pequeñas ampollas rojas. —¿Alguien más estará allí?

—Sólo yo.

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué vine aquí. Parece que no puedo alejarme.

—Por eso estoy aquí, Sarah, para hablar con la gente que necesita estar aquí. Puedes confiar en mí. No te haré daño.

—No confío en nadie—, dijo ella rápidamente.

—Siento escuchar eso. ¿Vendrás conmigo de todas maneras?

Su rostro de repente se arrugó y lágrimas se deslizaron por sus mejillas en silenciosa agonía. —Estoy tan cansada y hambrienta, y tengo miedo. No sé qué hacer. No sé dónde ir.

—Puedo ayudarte con el hambre y el cansancio—, Jonathan dijo con decisión. —Y puedo prometerte que estarás a salvo—. Se puso de pie y alcanzó su mano hacia ella.

—Ven conmigo, Sarah—. Tenía que ayudarla. Tenía que salvarla. Si podía hacer eso, tal vez podría ser digno de su llamado.

Ella titubeó, luego lentamente le dio su mano. Su palma estaba fría como el hielo, y sintió helarse a su toque. Al mismo tiempo, su mano se sintió completamente bien en la suya. Ella necesitaba su calidez, y él necesitaba, Dios lo ayude, él necesitaba su alma.

## Capítulo Ocho

**M**ATT se bajó del auto de Caitlyn y se quedó mirando la gran extensión de césped prolijamente cortado que llevaba a una majestuosa casa de estilo español con estuco blanco y un techo de tejas rojas. La casa estaba en St. Francis Wood, un vecindario en San Francisco que nunca había visto. Y qué vecindario era, con grandes casas situadas en aún más grandes parcelas, un hecho inusual en una ciudad en donde la mayoría de las casas compartían paredes y patios del fondo. Pero estas casas eran diferentes, como si estuvieran desafiando a alguien a que las compararan unas con otras. Y este era el lugar donde Caitlyn había crecido.

Matt nunca había sentido en realidad una distinción de clases con una mujer antes, pero tenía que admitir que sentía como que debería usar la puerta de servicio. Le echó una mirada a Caitlyn preguntándose si ella, también, estaba dudando el haberle pedido que viniera al brunch, pero ella estaba ocupada desenganchando a Emily de su asiento infantil.

El aliento se quedó atrapado en su pecho al ver su forma femenina, agraciada con un vestido fino floreado del color de rosas rosadas. Sus piernas al descubierto, sus pies revestidos de unas sandalias de tiras finas. Era hermosa, un rayo de luz, una chica dorada. Tomó el aliento con el tan necesitado aire y se preguntó qué diablos estaba haciendo con tal muchacha.

—La tengo—, Caitlyn dijo con una sonrisa, sosteniendo el asiento infantil en el aire. —Creo que Emily ha aumentado de peso. Se siente más pesada.

—Yo la llevaré—, dijo con brusquedad, todavía enojado consigo mismo y su ridícula atracción hacia alguien completamente errónea para él.

—¿Qué dije?— Caitlyn preguntó.

Una vez más lo sorprendió con su perspicacia. ¿Nunca se perdía nada? —Nada. Pongamos nuestro show en acción.

—Está bien, pero tendrás que perder la mala cara primero.

Forzó una risa falsa en su cara. —¿Mejor?

—No mucho. Relájate, Matt. No son tan malos.

—Dime otra vez quién estará allí—, Matt dijo mientras caminaban el sendero adornado de flores.

—Mis padres, Marilyn y Colin, mi prima Jolie y sus padres, Sharon y Brady, mi tío y tía, y tal vez los Myers, sus mejores amigos.

—Y Brian.

—Sí, al menos eso es lo que dijo. Ningún otro pensó en mencionar que él tenía una invitación.

Deben de estar preparando un ataque sorpresa.

—Mi tipo de ataque favorito—. Emily hizo un pequeño gorjeo, y Matt lanzó una sonrisa a Caitlyn. —Hablando de sorpresas, dudo de que nos estén esperando a los dos. ¿No te parece que deberías haber llamado?

—Siempre hay suficiente comida como para alimentar a un ejército. No te preocupes. A nadie le importará que hayas venido conmigo.

—Oh, pienso que sí les importará. Y a ti también. Es por eso que me traje.

Ella puso una mano sobre su brazo, sus ojos color café de repente serios. —Te traje porque necesito de verdad un amigo hoy. Y mientras Jolie es mi muy querida amiga, siempre está dividida entre el compromiso familiar y la amistad. Ya que no conoces a ninguno de ellos, tendrás que estar de mi lado. Sé que no somos en realidad amigos, pero ¿tal vez puedas fingirlo por hoy?

Ella pareció insegura de su respuesta, y lo sorprendió, recordándole que esta hermosa, brillante mujer tenía sus propios demonios con los que luchar. —Estoy de tu lado, Caitlyn. Y no tengo que fingirlo.

—Gracias—. Caitlyn lo guio por los escalones del frente. Respiró hondo, entonces tocó el timbre.

—¿No tienes una llave?

—No me gusta usarla. Cuando tienen que contestar a la puerta, me hace recordar de que no vivo más aquí, y no tengo que hacer todo lo que quieren que haga.

—Cariño, si estás contando con el timbre para declarar tu independencia, pienso que tienes un largo camino por hacer.

—Es un comienzo. ¡Madre!— Ella exclamó mientras la puerta se abría para revelar a una despampanante rubia en un vestido de lino color turquesa.

Matt tuvo que detener su mandíbula de caerse abierta. Acorde a la descripción de Caitlyn, había estado esperando a alguien temible, incluso severa, pero esta mujer estaba riendo y ofreciendo a su hija un abrazo. Luego volvió sus brillantes ojos azules hacia él con genuina curiosidad.

—Hola—, dijo ella.

—Este es Matt Winters—, dijo Caitlyn. —Mi madre, Marilyn Devereaux.

—Es un placer—, dijo Marilyn. —¿Y quién es esta muñeca contigo?— Ella se acercó y respiró hondo. —Me encanta el olor de los bebés. ¿No es hermosa?

—Ella es Emily, la sobrina de Matt—, Caitlyn explicó. —Está cuidándola durante unos días.

—Qué maravilloso. Me encanta un hombre que sea bueno con los niños. Me temo que el padre de Caitlyn siempre fue demasiado distraído como para encargarlo con detalles—, dijo con una sonrisa encantadora. —Pero entren, por favor. Estamos contentos de tenerlos. Los amigos de Caitlyn son nuestros amigos.

Matt entró por la puerta principal, sintiéndose como Alicia yendo por el agujero del conejo. La casa estaba exquisitamente decorada, pisos de parquet, antigüedades, espejos... todo pasó de manera borrosa mientras caminaban a través de la sala de estar, el comedor y la habitación que daba al patio, donde una terraza de secoya abarcaba la entera longitud de la casa. El resto del grupo estaba sentado en las mesas en la terraza, bebiendo lo que parecía ser cócteles de champaña. La reunión era de personas ricas, sofisticadas y fuera de su alcance. ¿Qué diablos le diría a esta gente?

Afortunadamente, no tuvo que preocuparse por la conversación, porque Emily probó ser una increíble manera de romper el hielo. Después de las presentaciones, apoyó el asiento infantil sobre la mesa, y las mujeres en el grupo inmediatamente rodearon al bebé, cada una rogando a Caitlyn que la dejara sostener a Emily. Riéndose ella les dijo que se tomaran turnos, enviando a Matt una cálida sonrisa. Caitlyn estaba contenta de que el bebé estuviera atrayendo toda la atención y él también.

El padre de Caitlyn apenas había saludado a Matt. Colin Deveraux estaba absorto en una conversación con alguien llamado Jack Myers sobre las condiciones de temperatura en un planeta distante y un experimento a ser conducido por astronautas a bordo del cohete espacial. El hombre ni siquiera notó a las personas moviéndose a su alrededor, las otras conversaciones, el ama de llave sirviendo aperitivos, la música suave de fondo. Con razón Caitlyn había dicho que su padre vivía en otro planeta.

—Así que eres Matt—, dijo una mujer, cierta especulación sonó en su voz mientras se detuvo al lado de él.

Matt miró cautelosamente a la hermosa pelirroja de figura despampanante. Parecía ser la única mujer en el jardín que no estaba afectada por la obsesión al bebé.

—Soy Jolie—, ella le recordó. —Soy la cómplice de Caitlyn, o al menos solía serlo. Pareces haber tomado mi lugar.

—Sólo temporalmente—, dijo apresurado, sin estar seguro de que le gustara el brillo inquisitivo en los ojos de Jolie.

—Eso es una lástima. No he visto a Caitlyn sonreír así por un largo tiempo.

Él siguió su mirada, observando como Caitlyn balanceaba a Emily en sus brazos de manera tan natural como si fuera la madre de Emily. Se dio cuenta de lo buena que era con el bebé, lo bien que le quedaba la maternidad. Estaba destinada a estar casada, a ser amada. Con facilidad podía verla con un grupo de chicos corriendo alrededor de sus piernas, riendo, gritando, amándola. Y este entorno era perfecto para ella también, los jardines, el champaña, la belleza de todo. Tal vez Caitlyn tenía razón. Tal vez ella no necesitaba leer el periódico. Tal vez no necesitaba saber todo lo malo.

Puede ser que vivieran en el mismo edificio de apartamentos, pero no vivían en el mismo mundo, y no podía empezar a pensar que así era. Caitlyn no era su novia y, diablos, Emily ni siquiera era su bebé. Tenía que recordar eso, recordarlo todo, antes de que fuera arrastrado por querer que todo esto fuera suyo.

—Estoy sorprendida de que Caitlyn te haya traído—, Jolie añadió, volviendo su atención nuevamente hacia ella.

Cruzó sus brazos sobre su pecho, tratando de no verse más incómodo de lo que se sentía.

—No te preocupes, sé cuál tenedor usar.

—Uh, quisquilloso, ¿verdad? Sólo quiero decir que Caitlyn no trae usualmente posibles candidatos cerca de su madre—, dijo Jolie. —Marilyn es como un tiburón. Puede oler sangre fresca como a un kilómetro y medio.

—No soy un posible candidato.

Jolie levantó una ceja, examinándolo de tal manera que otro hombre pensaría que ella estaba interesada en él, pero tenía un presentimiento de que ella estaba más interesada por el bien de Caitlyn que por el suyo.

—Te ves como un buen candidato según yo—, ella ronroneó. —No veo un anillo de bodas.

—Eso no significa que esté disponible.

—No veo una novia tampoco.

—Eso no es de tu incumbencia. Y Caitlyn y yo somos vecinos, eso es todo.

—Lo que tú digas.

Ella no le creía, y a decir verdad, él no estaba seguro de que lo creyera tampoco. Con certeza no se explicaba por qué sentía ganas de besar a Caitlyn a cada segundo o por qué el observar a Caitlyn con Emily lo hacía sentirse protector de ambos.

—¿Por cuánto tiempo cuidarás a tu sobrina?— preguntó Jolie.

—No estoy seguro.

—Entonces tú y Emily serán una buena distracción para nuestra Caity. Le encantan los chicos, siempre le han gustado. ¿Y tú?

—Yo... yo nunca he pensado en ello.

Matt levantó la vista cuando otro hombre salió a la terraza... Brian. Tenía puesto unos pantalones y un saco sport casi idéntico al que el padre de Caitlyn estaba usando, Matt se dio cuenta. De hecho, mientras el hombre joven saludaba al mayor, podrían haberse confundido con padre e hijo. El rostro del padre de Caitlyn se iluminó cuando incluyó a Brian en su conversación. Era una reacción bastante diferente a la que Matt había recibido, aunque supuso que un astrofísico tenía más en común con Colin Devereaux que un periodista que pasaba más tiempo investigando el mundo criminal que el espacio celestial.

—Ah, esa es la razón por la que estás aquí—, murmuró Jolie. —Caity sospechó que había una trampa—. Ella asintió con la cabeza con aprobación. —Bien por ella. Mejor atacar que ir a la defensiva. ¿No estás de acuerdo?

—Ese siempre ha sido mi lema—, dijo él, decidiendo que le gustaba Jolie a pesar de su intrusión. Lo dio la impresión de ser una mujer que había visto unos pocos juegos en su vida y había aprendido la forma de ganar. También parecía ser leal a Caitlyn, aunque Matt sabía que las alianzas podían ser engañosas.

—Llegó—, dijo Caitlyn con tensión, uniéndose a Matt y Jolie, habiendo pasado con éxito el bebé a su madre. —Míralo, es el hijo pródigo que ha regresado.

—Tal vez si nos contaras todo lo que pasó—, Jolie dijo deliberadamente, —podríamos tratar a Brian como se merece.

Matt echó a Caitlyn una mirada curiosa. ¿Por qué no les había dicho a sus padres y a su mejor amiga lo devastada que había estado por la partida de Brian cuando todavía estaba en el hospital? ¿Lo estaba protegiendo? Si era así, ¿por qué? ¿Porque todavía lo amaba? ¿Porque estaba pensando en volver con él? Por alguna razón ese pensamiento disturbaba a Matt más de lo que le importaba admitir.

—Ay, qué cosa, espero que esto no sea incómodo—, Marilyn Devereaux interrumpió mientras se unía a ellos con Emily en sus brazos. —Pensé que sería lindo que tú y Brian se reunieran en un terreno neutral, Caitlyn. No sabía que traerías a otro hombre.

—Este no es un terreno neutral, madre—, Caitlyn contestó. —Y podrías haber consultado conmigo primero.

Bravo, Matt la alentó en silencio. A pesar de la actitud encantadora de Marilyn, tenía un presentimiento de que esta mujer era un lobo con piel de cordero.

—Lo siento, querida. He estado tan preocupada por ti. No has sido tú misma. Y odio ver que te dejas llevar a la deriva. Ni siquiera has sido capaz de dibujar últimamente. Y tú sabes cuánto te gusta dibujar—. Su expresión cambió a inquisitiva cuando volvió su atención a Matt. —¿Es un artista, también, señor Winters?

—Soy un periodista del Herald.

—Qué fascinante.

Él sospechaba que el hecho de que estuviera con Caitlyn era lo que lo hacía más fascinante para ella.

—¿Y eres soltero?— Marilyn continuó.

—¡Madre!— Protestó Caitlyn.

—Sólo estoy interesada, Caitlyn.

Emily empezó a retorcerse, y Marilyn Devereaux arrugó su nariz mientras los cuatro fueron de repente asaltados por un olor particular. —Oh, Dios, no exactamente propicio para el brunch.

Matt tomó a Emily en sus brazos. A decir verdad, estaba aliviado de tener que tratar con esta mujercita; al menos no le haría preguntas personales o lo examinaría como un bicho bajo el microscopio.

—¿Por qué no llevamos a Emily adentro y la cambiamos?— Caitlyn sugirió.

—Deberías hablar con Brian, Caitlyn—, Marilyn protestó. —Está intentando tanto entenderte, querida. Por favor, dale una oportunidad. Creo que sería bueno para ambos.

—Hablé con él ayer por la noche. ¿No te lo dijo?

—Me dijo que pensabas que sería mejor que estuvieran separados—. Marilyn negó con la cabeza hacia su hija. La expresión en sus ojos era de frustración y decepción. —Todavía te ama, Caitlyn. Lo siento si eso te pone incómodo—, ella le dijo a Matt, quien estaba tratando de balancear a Emily para animarla. —No es mi intención inmiscuirme en la relación que tengan tú y Caitlyn. Simplemente estoy preocupada por mi hija.

—Estoy bien—, dijo él poco después. —No se preocupe por mí.

—Caitlyn y Brian estaban comprometidos y rompieron en un tiempo muy difícil, debido a circunstancias más allá de su control—, Marilyn continuó. —Pienso que deberían hablar.

—Estoy parada aquí, madre—, Caitlyn dijo enojada.

—Puedo ver eso. Pero me gustaría verte parada por allá—. Marilyn inclinó su cabeza hacia Brian.

—Iré a traer el bolso de pañales—, dijo Matt, impaciente por alejarse.

—Iré contigo—, contestó Caitlyn. —Hablaré con Brian luego.

Matt la siguió hacia las puertas correderas que los llevaba a la habitación contigua. Estaban casi libres cuando Brian se alejó de su padre con una sonrisa cautelosa y un saludo.

—¿Te acuerdas de Matt y su sobrina, Emily?— Caitlyn dijo cortésmente.

—Sí—, Brian dijo con un movimiento de cabeza, viéndose poco complacido de ver a Matt otra vez. —Es tu... vecino.

A Matt no le gustó la forma en que dijo la palabra vecino, como si estuviera escupiendo algo desagradable. —Cariño, pienso que deberíamos cambiar al bebé—, dijo Matt, deliberadamente insinuando que Caitlyn era más para él que una vecina. No sabía por qué lo hizo, pues con certeza no tenía la intención de dar a la familia de Caitlyn la impresión errónea, pero había algo tan petulante en Brian que su instinto competitivo inmediatamente saltó a primera plana.



Caitlyn se quedó boquiabierta por sus palabras de cariño, pero Matt no esperó una respuesta de ella o de Brian. Se fue dentro de la casa y tomó el bolso de pañales de una de las mesas que estaban cerca.

—¿Qué fue eso de “cariño”? Caitlyn demandó, alcanzándolo en el vestíbulo.

—Bradley te mira como si fuera tu dueño.

—Bien, *Brian* no lo es. Y no es porque tú me hayas llamado cariño.

Ella tomó el bolso de pañales de su mano y subió las escaleras. —Vamos.

—¿No podemos hacerlo aquí abajo en algún lado?—, preguntó Matt, sin estar seguro de si quería ver más de la vida de Caitlyn. Pensándolo bien, a juzgar por el hedor del pañal de Emily, probablemente no sería una buena idea cambiarla sobre la mesa de caoba del comedor.

—Aquí adentro—, dijo Caitlyn, llevándolo a un dormitorio.

Era una hermosa habitación, paredes blancas, suaves cortinas de encaje, y una cama grande Queen size llena de suaves y esponjosas almohadas amarillas. Un lujoso sillón y una otomana que hacía juego estaban ubicados cómodamente cerca de la ventana, ofreciendo una vista de los árboles afuera. Había un despliegue de artículos femeninos en la habitación, perfumes, cajas musicales, y fotos.

—Esta es tu habitación—, dijo Matt.

—*Era* mi habitación.

Se detuvo al lado del tocador para fijarse en una fotografía de Caitlyn cuando era niña. Estaba parada al lado de un autobús con su mochila a sus pies y no podría haber tenido más de diez años.

—Esa es mi foto de gorda—, ella le dijo mientras caminaba al baño contiguo para traer una toalla.

—¿Gorda? La niña era un poco rellenita pero ciertamente no obesa.

—Mi madre me dijo que me había inscrito en este estupendo campamento en Santa Rosa—, Caitlyn dijo mientras regresaba a la habitación con una toalla, la cual extendió sobre la cama. —Resultó ser un campamento para chicos gordos. Nos alimentaban apio y zanahorias y nos hacían caminar unos dieciséis kilómetros al día. Adiós al arte, las acuarelas y los juegos de mímica que yo estaba esperando.

—No suena a que fuera divertido.

—No se suponía que fuera divertido, se suponía que fuera bueno para mí.

—Tu madre sabe lo que quiere.

—Y va tras ello a todo vapor—, Caitlyn concedió. —Puede llegar a ser un poco inflexible. Pásame a Emily.

Él le pasó al bebé y hundió las manos en sus bolsillos mientras observaba a Caitlyn cambiar a Emily en tiempo récord.

—Así está mejor, ¿no es cierto, corazoncito?— Caitlyn fijó la cinta en el nuevo pañal. —Esperemos que tu madre no trate de cambiar hasta lo último sobre ti.

—Ser colmada de atención maternal no es la peor cosa que te puede pasar—, Matt le recordó.

Una mirada de culpa destelló en sus ojos, al igual que una chispa de irritación. —Tal vez no es lo peor. No lo entenderías.

Y él no lo entendía. ¿Cómo podría cuando no había tenido atención maternal en absoluto? Desde su punto de vista, la vida de Caitlyn se veía bastante bien. —Mira tu dormitorio—, dijo él con un movimiento de su mano. —¿Quién no estaría feliz aquí? Es la habitación de una princesa,

una princesa consentida.

—¿Piensas que soy consentida?

—Pienso que tienes todo lo que querías.

Caitlyn parecía estar contando hasta diez, y la nube de tormenta que se estaba formando en sus ojos que le indicó que probablemente debería callarse. Pero nunca había sido bueno para evitar problemas. A decir verdad, quería pelear con ella. Quería recordarse que este nunca sería su mundo y que una mujer como Caitlyn nunca sería su mujer.

Tuvo que aspirar una bocanada de aire al pensar en eso, porque la verdad era que quería que ella fuera su mujer.

—Eres como el resto de los otros—, Caitlyn dijo.

No era lo que él esperaba. —¿Me estás comparando con tus padres?—, le preguntó sorprendido. —Eso es gracioso.

—¿Por qué? Eres un despiadado, criticón, sentencioso y haces comentarios sobre algo de lo que sabes poco pero te comportas como si supieras todo lo que hay que saber.

—Entonces, ¿qué estás tratando de decir? ¿Que eras la chica rica solitaria? ¿Nadie te entendía? ¿No pudiste ir a un campamento de verdad? Aun así no se compara con crecer preguntándose de dónde vendría la próxima comida. Eso es problema, Caitlyn. Eso es adversidad.

—Está bien, tú ganas. Tu madre fue peor que la mía. ¿Estás feliz ahora?

—No se trata de ganar—, él rezongó, su comentario haciéndolo sentir como si tuviera diez años de edad.

—¿Entonces de qué se trata?

—Tú y yo—, dijo con una onda enigmática de su mano.

Caitlyn se sentó sobre la cama y ajustó el zapatito de Emily. —Vas a tener que darme más que eso.

—No encajo aquí.

—Ningún hombre lo hace—, dijo ella. —Es el dormitorio de una chica. De hecho, mi madre lo diseñó así para hacer que los chicos se sintieran incómodos y que no pensarán en venir aquí a escondidas conmigo.

—Eso no es verdad.

—Es verdad—, dijo ella. —Pero tienes razón. Tuve una niñez buena. En cierta manera tuve más que lo básico. Tal vez me tocaba una caída. Tal vez el accidente fue una manera para que el destino pusiera equilibrio a la balanza—. Su rostro se puso pensativo. —Tal vez me merecía lo que me pasó porque tenía tanto y no lo apreciaba.

—Cuidado—. Nadie se merece caerse de la montaña o lesionarse. Ese no era mi punto.

—No estaba segura de que tuvieras un punto.

Él no estaba seguro tampoco. Pero no sabía por qué no pensaba que podía estar a la altura de sus padres. Por lo que él podía decir, ella era una mujer brillante, muy perceptiva, intuitiva, compasiva. Bueno, esto no estaba funcionando. Se suponía que tenía que concentrarse en lo negativo, no en lo positivo.

Ella se encogió de hombros. —Bueno, no importa en realidad. Soy quien soy, todo en mi vida me dio forma, lo bueno y lo malo. Y francamente, me he preocupado demasiado por lo que la gente piensa de mí, así que lo que sea que pienses de mí... que así sea. No me voy a disculpar—. Ella levantó su vista hacia él y sacudió su cabeza. —No puedo creer las conversaciones profundas

que tenemos. ¿Tú no sabes lo que es una conversación amable? ¿En la cual hablas sobre el tiempo y el juego de béisbol y quién está saliendo con Jennifer Aniston?

—¿Quién *está* saliendo con Jennifer Aniston?

—Eso está mejor.

Se sentó en la cama al lado de Emily, quien estaba mirando encantada a un par de animales de peluche sobre el tocador de Caitlyn. Se preguntaba qué tipo de dormitorio tendría Emily. Uno como éste, esperaba. Qué hipócrita que era, condenó a Caitlyn por tener lo que cada niña debería tener, lo que él querría darle a su propia hijita.

Ese pensamiento le pegó como un puñetazo en el estómago. Quería su propia hija. Quería un dormitorio como éste en su casa. Quería fotografías sobre el tocador, marcas de altura sobre la entrada, animales de peluche sobre la cama.

—¿Qué estás pensando? Preguntó ella, una nota curiosa en su voz.

Ni muerto le contaría. —Nada.

—Creo que deberíamos volver abajo.

—En un segundo.

—¿Cómo? ¿No estás listo para enfrentarte a mis increíbles y maravillosos padres? ¿Comer brunch en vajilla de porcelana y beber cocteles de champaña? ¿No dijiste que tenía todo? ¿Entonces, por qué la duda?

—Enfrentarse a tu madre es un poco como ir ante el pelotón de fusilamiento—, admitió él.

—¿Mi hermosa madre?— Caitlyn preguntó con asombro burlón. —¿En serio?

—Bueno, admitiré que el tener cosas materiales no lo es todo—, concedió. —Pero siempre pensé que me gustaría intentar ser rico e infeliz en vez de pobre e infeliz. Al menos podría quemar al sol mis tristezas mientras estoy navegando en un yate en vez de contar cucarachas corriendo bajo mi cama.

—No hay ninguna cucaracha en tu apartamento ahora. De hecho, puedo apostar que te ganas la vida bastante bien... un tipo soltero, un buen trabajo, sin muebles. ¡Oh, Dios mío! Apuesto a que hasta tienes una cuenta en el banco—. Puso una mano sobre su boca horrorizada.

—Una pequeña, tal vez—. Le gustaba el hecho de que ella podía devolvérselas en el acto, que sus palabras duras no la habían enviado a estar malhumorada todo el día, lo cual había ocurrido con muchas de las mujeres con las que había salido con el pasar de los años. No es que alguna vez se hubiera permitido hablar tan libremente y tan abiertamente. Pero había algo sobre Caitlyn que lo hacía sentir como que podía ser él mismo.

—Y tienes un lindo coche, también—, dijo ella con una creciente sonrisa. —Sí, realmente estás sufriendo estos días.

—Tal vez esté un poco solo.

—Bueno, estar solo no es un gran problema, una real adversidad, Matt, es solamente estar solo. Puedes superar eso. Búscate un gato.

Él se rio fuerte. —Ahora lo estás disfrutando, ¿no es cierto?

—Mucho.

Emily dio un pequeño gorjeo, como si ella también, lo estuviera disfrutando.

Matt sacudió la cabeza. —Debería haber sabido que se confabularían contra mí. Después de todo, ambas son mujeres.

—¿Caitlyn? La voz de Brian los agarró desprevenidos. Estaba parado en la entrada, con el

ceño fruncido extendiéndose a través de su cara mientras asimilaba su aspecto íntimo y agradable sobre la cama. —¿Estoy interrumpiendo?

—No—, dijo Caitlyn.

—Sí—, dijo Matt.

—Contaba con que pudiéramos hablar por unos minutos antes de que el brunch sea servido—, Brian replicó.

—Estoy escuchando.

—¿Solos?— Envío a Matt una mirada deliberada.

—No le puedo pedir a Matt que se vaya. Es un invitado.

Al oír sus palabras, Matt se puso más cómodo sobre la cama, ignorando la mirada de disgusto de Brian. Probablemente los debería dejar solos, pero no tenía ganas de hacerlo. El tipo era un imbécil y no se merecía un segundo del tiempo de Caitlyn.

—Está bien—. Brian respiró hondo, luego continuó. —Pensé sobre lo que dijiste ayer, sobre mis comentarios impulsivos en el hospital después de tu accidente. Me doy cuenta ahora de cuán profundo debí haberte herido, lo cual debió haberte influenciado después cuando la beca de investigación apareció. Lo siento mucho. No puedo retirar mis palabras, pero desearía que pudiera.

Matt vio a Caitlyn humedecer sus labios y se preguntaba si en realidad estaba creyéndose toda esta cagada. Maldición. Sus ojos estaban húmedos como si estuviera por llorar, como si estuviera por saltar de la cama y dar a Brian un gran beso de reencuentro. ¿No podía ver que el tipo la quería de vuelta porque estaba sana y hermosa? ¿Qué pasaría si la vida los noqueara otra vez? Ella no podría ser capaz de contar con este hombre.

—Tal vez deberías dejarnos solos—, Caitlyn dijo a Matt.

Antes de que pudiera decirle que no iba a irse a ningún lado, Emily emitió un llanto agudo. Buena chica, Matt pensó con una pequeña sonrisa, mientras Caitlyn inmediatamente ponía su atención al bebé.

—¿Qué ocurre, corazoncito?— Caitlyn alzó a Emily y la acurrucó en sus brazos.

—¿Puedes tomarla por un minuto?— Brian dijo con impaciencia a Matt. —Ella es tu sobrina, ¿no es cierto?

—Tiene hambre—, Caitlyn dijo a Matt. —Conozco ese llanto.

—¿No puede alimentarlo él?— Brian preguntó.

—A Emily le gusta que Caitlyn le dé el biberón—. Matt dijo.

—No creo que eso sea verdad—, Caitlyn replicó, pero no dejó al bebé. En su lugar, se volvió hacia Brian y le dijo, —aprecio lo que estás diciendo, pero no es ni el tiempo ni el lugar para tener esta discusión.

Matt frunció el ceño. ¿No se daba cuenta de que su afirmación estaba dejando la puerta abierta para futuras conversaciones? Brian, también, interpretó sus palabras de esa manera, sus ojos se iluminaron con optimismo.

—¿Considerarías al menos encontrarnos para comer un día de esta semana, aunque fuera sólo por viejos tiempos?

—¿Por qué no me llamas?— Caitlyn se paró y caminó hacia la puerta, deteniéndose en frente de Brian. —Sé que por fuera debo verme como la chica que solías amar, pero la verdad es que esa chica se ha ido y no volverá. El año y medio que pasó me cambió para siempre. Mejor piensa

en ello. Hay una posibilidad de que no me quieras de vuelta.

—No lo creo, Caitlyn. Pero déjame que te conozca ahora. Eso es todo lo que estoy pidiendo.

—Yo... yo pensaré en ello—, dijo ella mientras se iba del dormitorio.

Matt siguió a Caitlyn a la cocina en la planta baja, queriendo sacudir un poco de sentido común en ella. Era ridículo el dar al idiota otra oportunidad. La había dejado una vez. Eso debería ser suficiente para decirle que no era un hombre de fiar.

—¿Por qué dejaste la puerta abierta?— Él demandó mientras entraban en la cocina.

Por suerte, estaban solos, la cocinera o quienquiera se había ido a la terraza a servir aperitivos.

Caitlyn le envió una mirada de desconcierto. —¿Qué puerta? ¿Esa puerta? Señaló la puerta de la cocina.

—No, la puerta de tu relación. Deberías haberlo cortado por lo sano. En su lugar, le diste esperanza.

Se encogió de hombros sin poder hacer nada. —Estuve comprometida con ese hombre. Todo lo que quiere ahora es un almuerzo. No sabía qué otra cosa decirle.

—¿Qué te parece, “Lárgate, Jack”?

—No podía hacer eso.

—Por amor de Dios, Caitlyn, el hombre te dejó en una silla de ruedas. ¿Cómo puedes permitir que vuelva a tu vida así, sin más?

—Estoy tratando de no hacerlo.

—Mejor inténtalo con más fuerza. Porque en este momento te garantizo que te llamaré para reservaciones de una cena.

—Simplemente no quiero herirlo sin necesidad.

—Eres demasiado... buena—, dijo escupiendo la palabra como si tuviera un gusto repugnante.

—¿Crees que soy demasiado buena? Ella se vio más contenta que enojada.

—No te lo dije como un cumplido. No deberías dejar que la gente saque ventaja de ti.

—Oh, ¿quieres decir como cuando alguien golpea a mi puerta y me pide que lo ayude a cuidar a un bebé?

—¿Por cuánto tiempo me tirarás eso en la cara?

Caitlyn consideró la pregunta. —Durante un tiempo, creo.

Esa sonrisa maliciosa aumentó su presión sanguínea un poco. Cómo desearía que estuvieran solos... sin bebé, sin familia, sin antiguos novios cerca... entonces podría borrar esa sonrisa de la cara a su propia manera. No pudo resistirse a humedecer sus labios y vio a Caitlyn seguir su movimiento con un par de ojos que se abrieron más grandes.

—¿Qué estás haciendo?— le preguntó, una nota de jadeo en su voz.

—Nada.

—Eso no es nada—, dijo ella. —Te lamiste los labios como si estuvieras pensando en...

—¿En qué?

—Tú sabes.

—¿Por qué no me lo dices?

—En besarme. Si ese es el caso, mejor deja de pensarlo.

—¿Y empiezo a actuar? Estoy de acuerdo—, dijo él, moviéndose con rapidez hacia ella para robarle un corto pero apasionado beso que dejó su boca con un cosquilleo.

—Eso fue...

—Tienes problemas para terminar tus oraciones—, le dijo con voz ronca.

—Demasiado corto—, terminó ella.

Sacudió su cabeza sin poder creerlo. —Eres una de las pocas personas que no dice lo que yo espero que digas.

—Tomaré eso como un cumplido. Y de paso, voy a tomar lo de demasiado buena como un cumplido, también.

Emily empezó a llorar, recordándoles que todavía tenía hambre y que mejor se pusieran a trabajar. —Yo la agarraré. Tú puedes preparar el biberón—, dijo Matt, alzando al bebé.

—¿Qué ocurre aquí?— Jolie preguntó mientras entraba a la cocina.

Caitlyn se sonrojó. Matt lo vio. También lo hizo Jolie.

—Sólo preparando a Emily su biberón—, dijo Caitlyn rápidamente.

—¿En serio? Jolie le envió a ambos una mirada pensativa. —Ustedes tres se ven como una familia, ¿sabían eso?

—No lo somos—, Caitlyn replicó.

—No, no lo somos—, Matt hizo eco, pero tenía un presentimiento escandaloso de que quería que fueran exactamente eso.

## Capítulo Nueve

—¿A dónde vamos?— Caitlyn preguntó a Matt mientras manejaba a través de las calles de San Francisco según sus indicaciones, haciendo giros que inexplicablemente los estaba llevando lejos de su edificio de apartamentos.

—Quiero mostrarte algo—, Matt dijo secamente.

Ella le echó una mirada, pero él estaba mirando por la ventana, repiqueteando sus dedos contra un muslo. Había estado silencioso durante el brunch, también. De hecho, después del beso en la cocina se había alejado de ella, manteniendo en todo momento la distancia entre ellos.

Había sido fácil para él hacerlo, su madre había puesto a Brian al lado de Caitlyn y a Matt al otro lado de la mesa. La conversación había sido cuidadosamente manipulada por su madre también, mientras Marilyn discutía lo más importante del año de Brian en Boston, acentuando cada punto positivo para beneficio de Caitlyn.

*¿Se había dado cuenta Caitlyn de que su informe de investigación había ganado un importante premio? ¿Que había sido buscado por ambas universidades, la de Stanford y la de California? ¿Y no estaba orgullosa Caitlyn por todo lo que había logrado?*

Caitlyn se las había arreglado para asentir con la cabeza y murmurar apropiadamente, lo único que la había salvado era lo avergonzado que estaba Brian. Le hizo recordar al hombre que una vez había amado, un hombre que podía ser intelectualmente arrogante pero también atractivamente humano.

Ella sabía que Matt pensaba que era una idiota por siquiera considerar darle a Brian otra oportunidad. Pero sólo sabía parte de la historia. Ese era el problema. Todos sabían sólo una pequeña parte de la historia, y ella no era lo suficientemente valiente como para contárselo todo a ellos.

—Dobla a la derecha en el próximo semáforo—, dijo Matt.

—¿Qué estás planeando mostrarme?—, ella preguntó, aliviada de tener otra cosa en qué pensar. Concedido, se estaba convirtiendo rápidamente en la reina de la negación, pero como Scarlett en su novela favorita, *Lo que el viento se llevó*, pensaría en eso mañana.

—Ya verás.

—¿Cómo está Emily?

—Bien dormida—. Matt miró hacia el asiento de atrás, donde habían puesto el asiento infantil de Emily. —Me parece que le gustan los autos.

—Tendrás que acordarte de eso la próxima vez que se despierte a las dos de la madrugada.

—Así que, ¿ahora voy a tener que manejar alrededor de la ciudad en medio de la noche?

—O tendrás que pasar mucho tiempo sobre el techo.

Él sonrió, y ella sintió un bienvenido alivio por la camaradería entre ellos que había regresado. Mientras conducían por el bajo Market hacia el distrito de teatros y el área conocida como Tenderloin, Caitlyn notó el número creciente de gente sin hogar en las calles, el grafiti en las paredes de los callejones, el gradual deterioro de los vecindarios.

—Difícil de ver todo color rosa por estos lados, ¿no es cierto?— Matt preguntó, un tono cortante de vuelta en su voz. Su perfil estaba grabado en piedra, sus ojos escondidos detrás de un par de anteojos para sol que no delataban nada. —Dobla a la izquierda en la próxima cuadra.

Manejó por una calle del vecindario lleno de viejos y baratos edificios de apartamentos bien juntos unos de otros.

—Estaciona aquí—, dijo él, mirando fijamente a un edificio al otro lado de la calle. Caitlyn estacionó el coche y apagó el motor. —¿Quién vive aquí?

Él tragó saliva, el pulso en su mandíbula latía a toda máquina. —Yo solía vivir aquí.

El hogar de su niñez. Debería haberlo imaginado. —¿Crees que Sarah está aquí?

—No. He pedido a mi investigador que se fijara todos los días, a cada hora prácticamente. Ella no ha vuelto.

Caitlyn se quedó en silencio durante unos pocos minutos. —¿Por qué estamos aquí?

—Ya que vi donde creciste, pensé que te podría devolver el favor.

Ella pensó en eso.

—¿Otra delicada línea en la arena? ¿Crees que soy una esnob al igual que privilegiada?

—Creo que eres una chica del otro lado de las vías.

—Las vías no pasan por esta ciudad.

—Sé lo que quieres decir.

—Sé que pones demasiada importancia en las circunstancias. Ninguno de nosotros fuimos responsables por el lugar donde crecimos o cómo crecimos.

Se volvió en su asiento para mirarla. —Aun así, no puedes imaginarte cómo fue crecer aquí.

—¿Por qué no me lo dices?

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres? Ella miró hacia el edificio de apartamentos. —¿Cuál ventana era la tuya?

Durante un momento ella no pensó que contestaría, luego dijo, —Cuarto piso, última ventana al final. Allí es donde Sarah se sentaba y miraba a las estrellas. Era como tú. Pensó que había una respuesta que se encontraba en los cielos.

—¿Has vuelto adentro?

—No. ¡Dios, no! ¿Por qué querría hacer algo así?

—Tal vez para ver si las cosas han cambiado. Tal vez para ver si tú has cambiado.

—Yo he cambiado. Este lugar es el mismo.

—¿Cómo lo sabrías si no has estado adentro?

—Lo sé.

—Pero hubo un incendio. Deben haber remodelado. ¿No quieres ver lo que han hecho?

—No.

—No puedes convencerte de entrar, ¿no es cierto?



—Lo he intentado—, admitió de mala gana. —Mi última memoria de este edificio es que estaba mirando al humo emanando por las ventanas y las llamas saltando en largos, monstruosos dedos, tratando de aspirarnos de vuelta adentro.

Caitlyn sintió un escalofrío correr por su espalda al oír sus palabras. Sólo podía imaginarse a un muchacho con su hermana, solos, observando su único hogar quemarse. —¿Dónde estaba tu madre al momento del incendio?

—No tengo idea.

—¿Cómo se inició el incendio?

—No lo sé.

Estaba mintiendo. Por alguna razón, el hombre que amaba la verdad, estaba mintiendo. ¿Por qué?

—Oh, Dios mío—. Dijo ella, saltando a la más lógica conclusión. —Sarah inició el incendio, ¿no es cierto?

—No.

—Sí. Estás mintiendo para protegerla. Sé que es la verdad porque no puedes mirarme y decirme que no es cierto, ¿puedes?

Él miró fijamente hacia fuera de la ventana, luchando con la pregunta en un agonizante silencio.

—Sarah estaba fascinada con el fuego—, dijo finalmente. —Mi madre solía prender velas por la noche y dejaba que Sarah las prendiera a veces porque... porque ella no podía mantener su mano quieta lo suficiente como para prender un fósforo. Era algo que hacían juntas. Pero a veces Sarah agarraba los fósforos cuando mi madre no estaba en casa. Creo que prendía las velas esperando a que trajeran a mi madre de vuelta.

—Y sin embargo, una noche causaron un incendio.

—La acusé de arruinar lo poco que nos quedaba en nuestras vidas. Maldita sea, Caitlyn—. Las líneas en su rostro se tensaron con culpa. —Era una niña, y le grité como un lunático. Y ella simplemente me miró con sus grandes ojos oscuros y dijo que lo lamentaba. Nunca la volví a ver después de eso. Nunca tuve la oportunidad de decirle que no quise decirle eso.

Caitlyn no sabía qué decir. Algunas cosas no podían retirarse o volverlas a hacer.

—¿Te asombra que haya dejado a su bebé frente a mi puerta y corrido como loca?— preguntó amargamente. —Probablemente ella todavía no puede enfrentarme.

Caitlyn se preguntaba si eso era verdad. ¿Había Sarah dejado a Emily con sólo una nota porque no podía enfrentar a su hermano? ¿Debido a algunas palabras enojadas que se dijeron más de una década atrás? Caitlyn no podía creer que Sarah hubiera dejado a su bebé con un hombre en quien no confiaba completamente, lo cual haría cualquier enojo por su parte ilógico.

—No creo que ese sea el caso—, dijo ella lentamente. —Pienso que lo que sea que causó a Sarah dejar a Emily contigo tiene más que ver con quien es ella ahora que con quien eras tú en ese entonces.

—Tal vez quien ella es ahora se debe a quien era yo en ese entonces.

¿Cómo podía discutir con un hombre que era tan bueno con las palabras? —Pienso que deberías hacer lo que normalmente haces... consigue los hechos primero, luego decide.

—¿Cómo sabes lo que normalmente hago?—, preguntó de mal humor.

—Bueno, me imaginé que eso es lo que la mayoría de los buenos periodistas hacen, y creo que

me dijiste que eras un buen periodista—. Ella le ofreció una sonrisa aduladora. —Vamos Matt. Sabes que no podrás ser capaz de encontrar sentido a esto hasta que no encuentres a Sarah. Hasta entonces tienes que ser objetivo.

—No puedo ser objetivo sobre esto. Y no estoy seguro de que encuentre a Sarah. Han pasado tres días. ¿Dónde diablos está?

Matt de repente se enderezó en su asiento. Ella siguió su mirada, pero no vio nada que pudiera haberle crispado los nervios. —¿Qué pasa?

—Esa mujer, la que tiene un sombrero de paja y lleva una regadera. ¿La has visto?

—¿Dónde?— preguntó ella.

—Estaba allí mismo—. Él señaló hacia la calle. —¿Cómo puedes no haberla visto?

—Te estaba mirando a ti. ¿Quién era ella? ¿Alguien que conoces?

Él dudó. —Probablemente no. Es que mi madre solía regar las plantas de nuestro apartamento con una regadera antigua. A veces, pensé que se ocupaba más de las plantas que de nosotros. Diablos, tal vez lo hizo—. Se encogió de hombros. —Este lugar me pone loco. Sigo buscando a las personas que solían estar aquí. El puesto de periódicos del señor Maloney estaba en la esquina hacia allá al lado de la licorería, pero se ha ido ahora.

Matt señaló a otro escaparate abandonado en la cuadra. —Ese era un club de blues. Solía estar acostado en mi cama a la noche por las ventanas abiertas y escuchaba la música. Hacía parecer como que había algo bueno en el vecindario. Estoy seguro de que era un antro de drogas. Había peleas y sirenas estruendosas después de la medianoche. Pero yo sólo escuchaba el saxofón.

Caitlyn casi podía oírlo también, había pintado la escena tan vívidamente. —¿Matt?

—¿Qué?

—Dime otra vez. ¿Por qué estamos realmente aquí?

Inquieto cambió de posición en su asiento. —Las cosas se estaban poniendo fuera de control en la casa de tus padres.

Ella se tensó, sintiendo que prefería hablar del pasado de él más que del suyo. —¿Así que pensaste que esto me asustaría?

—Sé que querías un intermediario entre tú y Brian, pero tus amigos y tu familia empezaron a preguntarse sobre nosotros, pensando que tú y yo éramos algo más. Y no lo somos.

—Lo sé—. Simplemente no estaba segura de que le gustaba escuchar que lo dijera con tanta certeza, como si no hubiera una posibilidad de que fueran algo más. Bueno, eso era algo ridículo de sentir, se dijo con firmeza. Ya estaba lo suficientemente confundida con Brian, ¿cómo podría tirar a otro hombre en la mezcla? La actitud de Matt era perfecta. No tendrían ningún malentendido entre ellos.

Por supuesto, había esa cosa física que incluso ahora estaba tornando el aire en corriente eléctrica que fluía una y otra vez entre ellos en la intimidad del auto. Caitlyn estaba intensamente consciente de lo cerca que Matt estaba de ella, sólo una palanca de velocidades automática entre ellos, apenas unos 30 centímetros. Podía tocarlo si quisiera. Él podía tocarla a ella... no es que él quisiera.

—Sé que hoy estabas solamente ayudándome, nada más—. A pesar de sus despreocupadas palabras, sabía lo fácil que había sido fingir que Matt y Emily eran algo más. Ya se había involucrado demasiado y se había encariñado con ambos, pero no podía hacerle saber eso a Matt.

No quería poner sus sentimientos bajo su responsabilidad. —Está bien, de verdad. No tienes que preocuparte. Sé donde están las líneas.

—Algo me dice que no sabes cómo colorear dentro de las líneas.

—Puedo si tengo que hacerlo. Pero a veces obtienes un mejor resultado si no pintas según los números. Se llama ser imaginativo y creativo, y el resultado puede ser fabuloso.

—O puede ser un desastre. Me gustas— dijo él con voz ronca, encontrándose con sus ojos. — Ese no es el punto, sabes.

Oh, Dios. Si él iba a ser bueno, actuar despreocupada iba a ser mucho más difícil.

—Pensé que traerte aquí te haría ver cuán lejos estamos. Pero lo único que puedo pensar en este momento es en lo cerca que estás sentada de mí y cuánto más cerca quiero que estés.

Caitlyn tragó un desesperado aliento. Luego él se acercó, y su ritmo cardíaco se detuvo abrupta y terriblemente mientras puso su dedo bajo su barbilla y le volvió la cara hacia él. Ella pensó que la iba a besar, pero le sorprendió cuando solamente le sacó los anteojos para sol.

—No puedo ver lo que estás pensando—, dijo él.

—Podría decir lo mismo sobre ti—. Ella le sacó sus anteojos antes de darse cuenta de cuán perturbadora su mirada sería sin ninguna barrera entre ellos. Cara a cara, había aún una mayor conexión, una que parecía imposible de romper.

—¿Qué voy a hacer contigo?—, él murmuró.

—No tengo idea. Sigues diciendo que no seremos más que amigos, pero seguimos acercándonos para ser más que amigos.

—Hablas demasiado.

—¿Y tú me vas a detener?

—Oh, sí—. No era un hombre de ignorar un desafío, la boca de Matt llegó a la de ella antes de que tuviera una oportunidad de reconsiderar su impulsivo reto.

Matt besaba con la misma brutal honestidad con la cual hablaba, sin dejar que se retirara o se contuviera cuando su educación de buena chica luchaba con su desesperada necesidad de deslizar su lengua dentro de su boca y saborearlo. Y cuando Matt puso sus manos sobre sus hombros, atrayéndola más cerca en un abrazo, todo lo que podía pensar era acercarse a todo ese calor.

—Dios—, dijo unas palabrotas cuando la soltó, sus alientos salían rápidos y entrecortados, empañando el coche en el medio de la tarde. —Lo que me haces. Podría olvidarme de todo.

Caitlyn se recostó, de repente dándose cuenta de cuánto se había olvidado, como el hecho de que estaban estacionados en una calle muy transitada con un bebé durmiendo en el asiento de atrás al cual le hubiera gustado saltar con Matt.

—Bueno, eso fue...— Ni siquiera podía decir lo que fue... ¿Divertido? ¿Salvaje? ¿Estúpido? ¿Todas las anteriores?

—Sí, sin duda lo fue. ¿Quieres hacerlo otra vez?

Su pulso pegó un salto en respuesta, pero se forzó a sí misma a negar con la cabeza. —No.

—Claro. ¿Podrías abrir una ventana? Hace calor aquí.

Caitlyn arrancó el motor para que pudiera acceder al elevalunas, inundando el auto con aire fresco. Durante un momento simplemente se quedaron sentados allí y respiraron tranquilamente hasta que la tensión entre ellos empezó a disiparse.

—Podríamos simplemente ir a casa—, Caitlyn finalmente sugirió, rápidamente dándose cuenta de que su uso de la palabra casa no había hecho las cosas necesariamente más fáciles. Saltó con

otra sugerencia. —O podríamos hacer lo que siempre hago cuando no sé qué hacer.

—¿Y qué sería eso?

—Ir de compras.

Él se quejó. —Odio ir de compras, especialmente con una mujer.

—Bien, estás de suerte, porque no solamente irás de compras con una mujer sino que comprarás para una mujer. En serio, Matt, Emily necesita algo de ropa. Siempre la cambiamos con la misma ropa una y otra vez. Y estaba pensando tal vez...

—No voy a comprar una cuna.

El hombre era increíble para leer su mente. —Bueno, qué te parece un moisés o una de esas cunas portátiles, para que Emily tenga un lugar más cómodo para dormir.

—No se quedará lo suficiente como para necesitar muebles.

—¡Matt!

—Está bien, un par de ropitas. Siempre podemos dárselas a Sarah cuando vuelva, pero no te entusiasmes tanto.

—¿Yo? ¿Entusiasmaarme? Ni siquiera lo soñaría.

\* \* \*

—¿Cuánto hace desde que has comido?— Jonathan preguntó a Sarah cuando empujó su plato vacío. Había engullido su comida como si tuviera miedo de que desapareciera antes de haber tenido lo suficiente.

Lo miró sintiéndose culpable ante la pregunta y murmuró, —Un tiempo.

—Está bien, sabes. A todos les da hambre. Todos necesitamos comer—. Descansó sus codos en el mantel blanco que cubría la mesa del comedor. —¿Qué más necesitas, Sarah? ¿Aparte de la comida?

Una docena de emociones revolotearon en sus ojos en los segundos que continuaron a su pregunta. Finalmente, sacudió su cabeza, la desesperanza asentándose sobre su rostro.

—¿Quién te lastimó?— Él sabía que su pregunta era abrupta, pero tenía un presentimiento de que darle mucho tiempo a Sarah para pensar sería un error.

—Yo... no puedo decirte.

—Sólo el nombre.

Ella consideró sus palabras pensativamente, y él se dio cuenta de que nunca había conocido a alguien tan intensamente seria y tan desesperadamente triste, ya que había dolor en sus ojos, en cada movimiento de su boca, cada pequeño movimiento de sus párpados. Tenía el presentimiento de que la tristeza había venido antes que los moretones.

—Gary—, dijo abruptamente.

—¿Y qué es Gary para ti? ¿Un novio? ¿Un esposo? Sus ojos se dirigieron a su mano, pero no había anillo en su dedo y no había indicación de que hubiera habido uno. No podía detener el repentino cosquilleo de alivio que corrió a través de él. Se forzó a sí mismo a recordarse que esto no era personal, era trabajo, su trabajo. Sarah era simplemente un alma perdida que él necesitaba salvar.

Sarah pareció confundirse por la pregunta. De hecho, se veía completamente atónita. No por primera vez, rogó para que no estuviera bajo el efecto de las drogas. En su experiencia el poder del Señor no podía siempre superar el poder de los narcóticos.

—Dijo que me amaba.

—La violencia no es amor—, Jonathan dijo con cuidado.

—Gary no me pegó antes. Simplemente se enojó tanto cuando dije que no podía...— Ella se detuvo de repente. —No importa.

—¿Qué no podías hacer?

—Nada.

—Tuvo que ser algo importante—. Hizo una pausa, esperando para que continuara, pero se quedó en silencio. —¿Alguna vez rezas?

—No.

—¿En serio? ¿Ni siquiera de vez en cuando, solo por si alguien te escucha?— Él le sonrió para tranquilizarla. —No me enojaré de todas maneras, solo estoy curioso.

—Hace mucho solía rezar, pero nadie estaba escuchando.

—Estoy escuchando ahora, por si quieres hablar.

Permaneció en silencio durante tanto tiempo que estaba por darse por vencido cuando finalmente habló, lentamente, con voz entrecortada. —Gary dijo que era una mala madre. Y tenía razón. El bebé siempre estaba llorando. Yo no le gustaba mucho a ella. Pero yo... yo la amaba como nunca amé a nadie—. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Tienes que creerme.

—Te creo. ¿Qué te pidió Gary que hicieras, Sarah?

—No puedo contarle. He dicho demasiado ya.

—¿Pero tu bebé está seguro con alguien de confianza?

Sabía que le había preguntado antes, pero tenía que estar seguro. Si el bebé estaba bien, él podía tomar este tiempo antes de llamar a alguien. Era una racionalización poco sólida, pero la hizo de todas maneras, ya que había algo especial sobre Sarah que lo afectaba profundamente. ¿Y qué harían unas pocas horas en el proyecto total de las cosas? Si podía ayudarla, se sentiría como que había hecho algo significativo. Se le ocurrió que el que él se sintiera mejor no era tan importante como la salud mental de Sarah, pero no podía detenerse a examinar sus intenciones.

Sarah inspiró aire lloriqueando, sus frágiles hombros temblando. —Ella está con alguien que puede cuidarla, probablemente mejor de lo que yo pueda hacerlo. Salí igual que mi propia madre, totalmente sin valor. Siempre supe que era como ella, pero no supe cuánto hasta que tuve a Emily.

—¿Tu madre no los apoyó?

Sarah sacudió su cabeza. —Ni siquiera estaba con nosotros la mayor parte del tiempo. Se iba y me dejaba con mi hermano, incluso cuando era un bebé. Decía que me amaba, pero me odiaba también.

—No creo eso.

—Oh, es verdad. Sé que es verdad, porque ella...— Su voz se perdió. —Bueno, simplemente lo sé.

Jonathan dejó pasar eso. —Aún puedes ser una madre para tu hija, Sarah. Puedes recibir ayuda.

—¿De quién?

Él quería gritar, *¡De mí!*, pero se forzó a detenerse. Estaba aquí para ofrecer consejo y guía espiritual, no para meterse y resolver problemas, especialmente cuando no tenía una idea real de cuán graves eran los problemas de Sarah. Era una jovencita confundida quien obviamente llevaba una vida dura e incierta, ¿pero había más? ¿Estaba ella demasiado débil para cuidar de un hijo?

¿Era una enferma mental? ¿O simplemente estaba cansada y abrumada?

—Hay ayuda allí afuera—, dijo él. —Servicios sociales, asistencia social, hogares de transición...

Sarah inmediatamente negó con la cabeza. —He estado en hogares de acogida. La gente allí lo hace por el dinero. No les importan los niños.

—No son todos así. No has conocido a mucha gente buena en tu vida, ¿no es cierto?— Él no esperó por su respuesta, tomando una decisión impulsiva. —Bueno, creo que yo puedo hacer algo por ti.

—¿Qué quieres decir?— preguntó ella cansada.

—Podría usar un poco de ayuda hoy. Tu ayuda, si quieres.

—No sé hacer mucho.

—Tú puedes hacer esto.

Ella lo miró con dudas. —¿Por qué quieres que te ayude?

—Porque el acto de dar te hace sentir mejor y al mismo tiempo alguien más se siente mejor.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más seguro de algo en mi vida—. Él hizo una pausa, alcanzando a través de la mesa su mano para cubrirla con la de él. —En mi línea de trabajo, te das cuenta que la vida se hace un paso cada vez. ¿Puedes hacer eso por mí, Sarah? ¿Puedes tomar un paso cada vez?

—¿Vas a sostenerme de la mano?— Ella preguntó suavemente.

Sus ojos se encontraron con los de él, y sabía que tenía que soltarla, pero no pudo.

## Capítulo Diez

—**N**O necesitamos un cambiador—. Matt puso los ojos en blanco mientras Caitlyn pasaba su mano por la suave superficie de un cambiador de roble, que también serviría de cómoda. —O un cochecito—, añadió él cuando los ojos de ella se iluminaron al ver un moderno cochecito al otro lado del pasillo. Tenía que frenarle las riendas, se dio cuenta, mientras la seguía con Emily en sus brazos a través de la tienda para bebés atestada de gente.

—Mira, este es uno de esos cochecitos para llevar cuando haces jogging—, Caitlyn dijo encantada, deteniéndose frente a un jogger de tres ruedas. —Puedes correr con Emily. Dijiste que no habías podido correr desde que Emily llegó aquí. Esto sería perfecto.

—Ella no estará conmigo tanto tiempo. Y no creo que Sarah corra.

—¿Cómo lo sabes? ¿Oh... no es esa la ropita más hermosa?— Caitlyn corrió por el pasillo y sacó un vestidito color rojo vivo un poco más grande que la mano de Matt. —Tiene un gorrito que hace juego. Tienes que comprar este.

—Esto fue un gran error—, dijo él, frunciendo el ceño ante su desenfrenado entusiasmo. Con Emily acurrucada contra su pecho y Caitlyn a su lado, se sintió como que era parte de una familia: un esposo, una esposa y un bebé. Pero ellos no eran una familia, y no podía olvidarse de ello. —Mírate—, dijo deliberadamente, finalmente consiguiendo la atención de Caitlyn.

—¿Qué? Estoy bien.

—Estás fuera de control.

—Es un vestidito hermoso—, dijo ella, poniéndolo en el carrito. —Pañales, necesitamos pañales—. Ella dio la vuelta en la esquina y tiró varios paquetes en el carrito, seguidos por toallas húmedas, biberones, fórmula, baberos, medias, un par de pijamas, una manta, una cuna portátil y una cinta color rosa para el pelo que Caitlyn no pudo resistir. Para cuando llegaron al último pasillo, el carrito estaba rebosando de artículos que Caitlyn insistió que necesitaban.

—Sabes que no soy un hombre rico—, le dijo a ella.

—La mayoría está en liquidación.

—Y la mayor parte no lo necesitamos. Yo no lo necesito—, se corrigió. —Ella no lo necesita—, dijo, finalmente encontrando el pronombre correcto.

Caitlyn simplemente le ofreció una sonrisa que le dijo que ella podía ver a través de él. Para distraerla, él se detuvo y miró hacia los estantes, determinado a encontrar algo más que no necesitaban, para que ella se quedara embobada con eso y enfocara su atención en cualquier lado menos en él. Es ahí cuando lo vio, un enorme oso color chocolate con suave piel de peluche y ojos

negros que le hacía recordar a Sarah.

—A Emily le encantaría ese oso—, dijo Caitlyn.

—Es más grande que ella—, replicó con brusquedad.

—Ya crecerá—. Caitlyn tomó al oso del estante y lo sentó sobre la creciente pila, desafiándolo a sacarlo de allí.

—Está bien—, dijo con un muy sufrido suspiro.

—Oh, por favor, no me engañas.

—No sé de lo que estás hablando.

—Estoy hablando de la veta sentimental que corre por tu espalda.

—Estás viendo cosas de color rosa otra vez, Princesa.

—Y tú eres un terrible mentiroso. ¿Por qué no admites que no te importaría dar a este dulce oso un pequeño abrazo?— Caitlyn se inclinó y puso sus brazos alrededor del oso, sus ojos se iluminaron con una traviesa alegría.

Trató con fuerzas de no sonreír, pero era una imagen de fotografía con su largo cabello dorado y sus cálidos ojos color café. —Tengo mis brazos llenos como están—, dijo él, ajustando a Emily sobre su hombro.

—Puedo tomar a Emily.

—Ella es mi responsabilidad.

—Qué bueno de tu parte recordarlo cuando es conveniente—, dijo secamente. —Te lo recordaré la próxima vez que tenga un pañal con caca.

Matt se rio a carcajadas, pensando en cuánto tiempo había pasado desde que se escuchó a sí mismo reír. No le admitiría eso a ella. Era una cosa confesar un poco de lujuria a una mujer, pero un gusto genuino sería ir muy lejos.

—Deberías hacer eso más a menudo—, Caitlyn le dijo. —Y tal vez elegir ropas de colores más vivos. Usas mucha ropa negra.

—Me gusta el color negro. Hace juego con mi humor.

—Es deprimente—, dijo ella, empujando el carrito hacia una de las cajas.

—Eso es lo que somos yo y el periódico, deprimentes.

Ella le hizo una cara mientras se detenían al final de una fila larga. —La vida es demasiado corta para pasar la mayor parte de ella pensando en lo negativo.

—Pero ayuda el estar informado. Puedes hacer mejores elecciones, evitar situaciones costosas, peligrosas.

—¿Como abrir tu puerta a medianoche cuando un hombre anuncia que hay un bebé en el pasillo.

Él se quejó. —Ahí está otra vez.

—¿Y cómo el haber leído el diario hubiera evitado que yo abriera mi puerta?

—Podrías haber leído sobre los peligros de dejar pasar a un extraño a tu casa.

—¿Y en dónde estarías entonces? Yo te lo diré—, dijo ella, sin esperar una respuesta. —Estarías solo, comprándole un entero guardarropa negro, estoy segura.

—Está bien, tú ganas—. Él arrugó su nariz cuando un asqueroso olor lo asaltó. No sabía por qué las mujeres se enloquecían con el olor a bebé. Por lo que él podía decir, sólo había un olor inconfundible, y con certeza no era a rosas.

—Uuh—, Caitlyn dijo con el ceño fruncido. —Parece que es hora de recordarte que Emily es



tu responsabilidad.

—Tengo que pagar por todo esto.

—Es un dilema, ¿no es cierto?

—Me vas a hacer pedírtelo, ¿verdad? Bien. ¿Me ayudarías por favor a cambiar el pañal de Emily?

—Sí, lo haré, ya que me lo pediste tan bien. La llevaré al auto.

—Creo que queda un pañal en el bolso de pañales—, él le dijo. —Si no vas a tener que esperar a que pague por éstos.

—Creo que queda uno. Agarraré un periódico a la salida y lo extenderé sobre el tapizado—, dijo ella con una sonrisa traviesa. —¿Ves?, sabía que los periódicos eran buenos para algo.

—Recuérdame que te diga cuán importantes son los vestidos de novia para la seguridad nacional.

—Sólo estaba bromeando. Vaya, relájate. Y tal vez los vestidos de novia no sean tan importantes para la seguridad nacional, pero sí suman al producto nacional bruto—. Ella tomó a Emily de sus brazos. —Y aún más importante, hacen a la gente feliz. Y eso no tiene precio.

Matt todavía estaba sonriendo aun después de que ella se fue. Una sonrisa tonta, sin duda, a juzgar por la forma en que la cajera lo miró como si fuera un loco. Y tal vez lo fuera. Emily y Caitlyn estaban revolucionando su mundo. Sólo deseaba que no se sintiera tan bien al respecto, porque si sabía algo, era esto: si algo parecía muy bueno para ser verdad, probablemente lo era.

\* \* \*

Caitlyn no se había divertido tanto en mucho tiempo. Después de terminar sus compras, Matt las había dejado a ella y Emily en casa, mientras se había ido a comprar algo para la cena. Caitlyn se había puesto cómoda en el apartamento de Matt, y después de guardar las cosas del bebé, le había dado un baño a Emily en su nueva bañera.

A Emily le encantaba el agua, sonreía y gorjeaba cada vez que Caitlyn le goteaba chorros de agua sobre su cuerpo. Para cuando había terminado, Caitlyn estaba tan mojada como Emily. Ambas estaban desilusionadas cuando Caitlyn decidió que ya era suficiente y la envolvió en una toalla de felpa y la acostó en el medio de la cama de Matt. Acababa de terminar de vestir a Emily en uno de sus suaves y calentitos pijamas nuevos, cuando escuchó la puerta principal abrirse.

Caitlyn caminó hacia la sala de estar con una sonrisa radiante y le ofreció a Matt un frívolo, —Hola querido, llegaste.

La expresión del rostro de Matt le dijo a Caitlyn que probablemente había ido demasiado lejos al ponerse cómoda. Ella lo sabía también. Cada segundo de la tarde, una voz dentro de ella le decía que se estaba involucrando demasiado, disfrutando demasiado, perdiendo la vista del hecho de que este bebé, este hombre, no eran de ella para que se los quedara. Pero había ignorado esa vocecita, concentrándose en el aquí y ahora en vez de en el futuro. Desafortunadamente, el futuro parecía haber llegado en la forma de un hombre con mala cara.

Caitlyn empujó un mechón mojado de cabello de su rostro. —Tomamos un baño—, dijo ella.

—Puedo ver eso. Sólo por curiosidad, ¿en realidad mojaste a Emily?

—Le gusta salpicar. De hecho, es un bebé que ama el agua. Deberías llevarla bajo la ducha la próxima vez que tomes una. Probablemente le encantaría sentir el agua sobre su... su cabeza—, Caitlyn añadió con retraso, de repente consciente de que su mente había imaginado a Matt desnudo

bajo la ducha, y qué imagen era. —O puedes simplemente continuar con la bañera.

Matt no dijo nada para aliviar su incomodidad. En su lugar, su mala cara fue reemplazada por una pequeña sonrisa jugando en la esquina de su boca. —Tal vez puedas unirte a nosotros bajo la ducha.

Ella se aclaró la voz. —No lo creo.

—Pero has sido de tanta ayuda. ¿Por qué detenerte con sólo... redecorar?— Su mirada barrió el apartamento, notando cómo había desplegado todo, inclusive había puesto el oso grande sobre el sillón favorito de Matt.

—Si no te gustan las cosas, puedes cambiarlas.

Matt caminó hacia la mesa del comedor y apoyó la bolsa de comida china. —¿Alguna vez alguien te ha dicho que donde sea que vayas, el caos parece seguirte?

—No quería revisar tus cajones—, dijo defensivamente, —o hubiera guardado las cosas.

—Tal vez hubiera querido que revisaras mis cajones—, dijo él con un guiño del ojo.

—¡Matt, el bebé!— ella dijo con indignación fingida, poniendo su mano sobre el oído de Emily.

—Si se queda por mucho más tiempo, escuchará cosas mucho peores.

—Sabes, eres mucho más lindo cuando sonríes.

Él negó con la cabeza sin poder creerlo. —¿En realidad piensas antes de hablar?

—¿Qué? ¿Se supone que no tengo que notar que tu rostro adquiere ese brillo radiante cuando algo te divierte?

—No tienes que hacer un comentario sobre todo lo que ves. Y los hombres no brillan. Ni tampoco son lindos.

—Tú brillas y eres lindo. Y estoy de buen humor, por lo que no lo arruines—. Ella descansó su barbilla sobre la cabeza de Emily, encantada de cómo se sentía el bebé en sus brazos.

La expresión de Matt se ablandó mientras los miró a ambos. —No tienes que sostener al bebé a cada segundo.

—Me gusta tenerla.

—La estás malcriando.

—No puedes malcriar a un bebé, especialmente uno que no tiene a su madre.

—Emily está muy feliz según veo. Eres una buena sustituta.

Caitlyn respiró hondo, una vez más se le recordó que esto era todo muy temporal. —Es cierto. Bueno, tal vez la bajaré para que podamos comer.

—Buena idea. Nunca se sabe cuánto durará la tranquilidad—, añadió mientras sacaba la comida. —Traje pollo chow mein, carne de cerdo agridulce y una variedad de otras cosas. No estaba seguro de lo que te gustaría.

—Está bien—. Caitlyn puso a Emily en su asiento, el cual ahora estaba adornado con un colorido móvil, dándole al bebé algo para mirar. De hecho, los ojos de Emily inmediatamente se fijaron en los ositos colgantes, permitiendo a Caitlyn alejarse sin siquiera un pizca de protesta.

Caitlyn casi lamentaba el hecho de que Emily estuviera tan feliz. Sin la distracción de un bebé, eran solamente ella y Matt, no en el sentido de una pareja, por supuesto, aunque sí parecían tener una muy inconveniente y potente atracción el uno por el otro. Pero eso era sólo una cuestión de química. No era como si tuvieran una conexión emocional. No era como si tuvieran algo en común... además de Emily.

Caitlyn simplemente tenía que mantener las cosas tranquilas y dinámicas, informales. Sólo serían dos vecinos que compartían la cena, nada más, nada menos. Podía hacerlo. Hacer otra cosa, imaginarse cualquier otra relación con Matt, sería tonto y peligroso para su corazón. Ya era bastante malo el hecho de que ella había perdido la cabeza por Emily; no podía permitirse enamorarse de Matt, también.

Ella se sentó a la mesa mientras Matt sacaba los platos y cubiertos de la cocina e inspiró el aire unas cuantas veces para calmarse. Sólo la cena, se recordó a sí misma, dándose cuenta de que la palabra cena sonaba en realidad bastante bien. Había un ruido en su estómago que no podía ser ignorado.

—¿Palillos o tenedor?— Matt le preguntó, sosteniendo para que viera ambos.

—Tenedor.

—Ahora, eso me sorprende. Te hubiera pensado como del tipo de los palillos, romántica versus práctica.

—O hambre versus tratar de impresionar—, ella replicó mientras empezó a servir la comida en su plato. Los deliciosos aromas de jengibre y de soya la hicieron respirar hondo. —Esto huele maravilloso.

Matt se sentó frente a ella, pero en vez de tomar su propio tenedor, la observó comer un bocado. —Me sorprende lo poco que se necesita para hacerte feliz.

—Después del accidente me di cuenta de que tienes que disfrutar de los pequeños momentos, porque a veces eso es todo lo que tienes. Por ejemplo ahora, en este lugar en este mismo momento, estoy feliz—. Ella se encogió de hombros. —En cinco minutos tal vez no lo esté, pero ahora me siento bien, entonces lo estoy disfrutando.

Matt levantó su tenedor y comió un bocado de la carne de cerdo.

—Mientras dudo si desbarato tus planes... ¿te mencioné que hay un ramo de rosas rojas colocado afuera de la puerta de tu apartamento? Y antes de que preguntes, no, yo no las envié. De hecho, no pude evitar echar un vistazo a la tarjeta. Estaba puesta a la vista.

—¿Husmeaste entre mis rosas?

—La letra era inmensa.

—¿Brian?—, ella preguntó, un nudo formándose en el estómago.

—Aparentemente lo lamenta más ahora que lo lamentó hoy más temprano.

Caitlyn bajó su tenedor. —¿No podrías haber esperado hasta después de la cena para contarme sobre las flores?

—El tipo no se da por vencido; le concedo eso. Por supuesto, ahora encajas mejor en sus planes que el año pasado.

—¿Qué hubieras hecho de manera diferente? Digamos que las posiciones fueran al reverso. Tú estás en una silla de ruedas, y tu prometida tiene una fabulosa oportunidad de trabajo. ¿Le dirías que se olvide, que se quede a tu lado sin importar lo que le costaría profesionalmente?

—No, no lo haría, porque soy tan noble como lo eres tú—, dijo él. —Pero si ella se fuera, probablemente pensaría que no me amaba tanto como yo la amaba. Aprendí hace mucho tiempo atrás que no puedes hacer que la gente se quede. No puedes hacer que te amen y no puedes hacer cambiar su modo de pensar, no en lo que respecta a las cosas que son importantes para ellos, las cosas que quieren más de lo que te quieren a ti.

—¿Estás diciendo que la carrera de Brian era más importante para él que yo?

—Diablos, sí, eso es lo que estoy diciendo. ¿No piensas de la misma manera? ¿No es esa la razón por la que no te has tirado de vuelta en sus brazos?

—Esa es parte de la razón—, ella concedió. —Aunque, no es sólo el hecho de que se hubiera ido. Cuando pienso en él, pienso en todo el dolor. Es como la última cosa que comes antes de tener una infección en el estómago. Irán juntos por siempre.

—Linda analogía mientras estamos comiendo—, dijo secamente. —Pero entiendo tu punto. No puedes pensar en Brian sin pensar en la silla de ruedas.

—Exactamente. Sé que no es justo. Pero ahí lo tienes—. Ella hizo una pausa, sintiendo la necesidad de explicar aún más. —También sé que una parte de mí quería que Brian se fuera. Fue más fácil para mí cuando él no estaba. Ya no tuve que preocuparme por él, por cómo se sentía, si estaba pasando demasiado tiempo en el hospital, si odiaba la manera en que me veía, si estaba a mi lado sólo por lástima. Esa es la razón por la que sueno tan ambivalente en cuanto a querer culparlo por irse, dado que sé en mi corazón que de alguna manera lo empujé para que se fuera. No sé si puedes entenderlo. Todo es tan blanco y negro para ti, pero yo veo todas las gamas de grises. Tal vez pienses que estoy loca.

Matt llegó con su mano al otro lado de la mesa y cubrió la de ella. —Pensé que no ibas a preocuparte más por lo que la gente pensara.

Ella suspiró. —Es un hábito que todavía tengo que romper. ¿Sabes ese dicho sobre ser de otro planeta? Siempre he sentido que yo era así, crecí diferente en comparación a otros alrededor mío.

—Tal vez la gente a tu alrededor eran los de otro planeta. Después de todo, tu padre ni siquiera parece estar en este planeta a veces, y tu madre tiene tanto empuje por lo que quiere, que no comprende lo que tú quieres. Y Brian, bueno, no me hagas empezar...

Ella lo miró con asombro. Nunca lo había considerado desde ese ángulo. —Pero todos son brillantes, exitosas personas, admiradas por muchos.

—Tú también lo eres. Brillante y exitosa.

Ella hizo caso omiso a su cumplido. —No en realidad.

—Tienes tu propio negocio. Tienes tu propio apartamento. Vives tu propia vida. ¿Sobre qué tienes que disculparte?

Ella dudó, sintió las palabras que empezaban a bullir en su interior, palabras que no podía en realidad compartir. Afortunadamente, el teléfono sonó, en efecto rompiendo las confidencias que iban en aumento entre ellos.

Matt contestó el teléfono con voz seria y un simple, —Winters—. Sus próximas palabras la sacudieron con fuerza. —¿Tienes una pista?

La pregunta causó que Caitlyn se pusiera de pie también. La llamada tenía que ser sobre Sarah. Oh, Dios. ¿Y, si habían encontrado a Sarah? Caitlyn miró a Emily, que dormía tranquilamente en su asiento infantil, y fue asaltada por la repentina necesidad de agarrarla y ponerla a salvo. ¿Pero, a salvo de quién? ¿De su propia madre? ¿Cómo podía hacer eso?

Matt agarró un pedazo de papel y anotó algo. —Tal vez debería ir allí, también, a hacer unas preguntas—. Hizo una pausa, luego asintió con su cabeza. —Está bien. Esperaré a tu llamada.

Caitlyn retorció sus dedos, con un sentimiento de tensión elevarse dentro de ella. Era todo lo que podía hacer para no decir nada hasta que Matt colgara el teléfono, luego las palabras se escaparon de ella. —¿Encontraron a Sarah?

Los ojos de Matt resplandecían de contento. —Una mujer de cabello negro largo se registró en

un refugio en San Francisco ayer por la noche bajo el nombre de Sarah Vaughn.

—¿Crees que es ella?— preguntó tensa.

—Vaughn era el apellido de soltera de mi madre.

Caitlyn envolvió sus brazos alrededor su cintura, sintiendo frío. Se suponía que esto era buena noticia. Entonces, ¿por qué no se sentía bien? —¿Qué va a pasar ahora?

—Blake me asegura que Sarah no está en el refugio ahora, pero tiene un asistente que estará allí esta noche en caso de que ella regrese. Blake también buscó su nombre en la computadora y encontró una dirección en Berkeley. Ahí es donde se encuentra ahora. Dice que nadie está en casa, pero que me llamará tan pronto como alguien vuelva—. Sus ojos resplandecían con esperanza renovada. —Nunca he estado tan cerca, Caitlyn. Estoy tentado a manejar hasta allí ahora mismo.

—Estoy segura de que Blake llamará tan pronto como sepa algo.

—¿Pero y si Sarah lo ve y echa a correr? No estoy seguro de que deba arriesgarme a ello.

—No puedes llevar a Emily—, Caitlyn dijo con brusquedad.

—Claro que sí. Le encanta andar en coche.

—No.

Matt levantó una ceja sorprendido. —¿Por qué no?

Caitlyn tragó saliva, de repente forzada a encontrar una explicación para su acto de reacción refleja, una basada en la lógica y no en la emoción. Finalmente, dijo, —Por la razón que sea, Sarah no quería a Emily con ella. No creo que debas volver a llevar a Emily a un lugar que Sarah dejó.

Él titubeó. —Tal vez tengas razón.

—Por supuesto que la tengo. Deberías dejar que tu investigador investigue. Estoy segura de que te llamará tan pronto como Sarah aparezca, si lo hace—. Caitlyn se alejó de sus inquisitivos ojos y se detuvo frente a la ventana. Ella sabía por qué no quería que Matt se llevara a Emily y se fuera, y sus razones eran puramente egoístas. A pesar de haberse dicho a sí misma ciento de veces que no se involucrara, ella lo había hecho.

—Emily volverá con su madre, Caitlyn—, Matt dijo suavemente por detrás de ella. —Tú sabes eso. Es lo mejor para ella. Un bebé necesita de su madre.

—¿Una madre que la dejó en el pasillo?

—No sabemos por qué hizo eso.

—No estoy segura de que me importe el por qué—. Un minuto después, ella sintió sus manos sobre sus hombros y no pudo evitar el recostarse contra el pecho de Matt. —Lo siento—, ella susurró. —Sé que quieres que esté contenta porque estás tan cerca de encontrar a Sarah, pero recién ahora me doy cuenta de que tan pronto como Sarah regrese, Emily se va.

—Realmente te encantan los niños, ¿no es cierto?

Él no sabía ni la mitad. —Sí—, es todo lo que dijo.

—Has sido grandiosa con Emily—. Le dio la vuelta para que lo mirara. —Te prometo una cosa. No devolveré a Emily hasta que hablemos sobre por qué Sarah la dejó conmigo.

—Tienes que hacer eso, Matt, aun cuando sé que estás muriendo por ver a Sarah. No puedes dejar que tus sentimientos del pasado se apoderen de tu sentido común. No puedes permitir que la reunión con Sarah sea más importante que el bienestar de Emily.

—Eso no pasará—, él replicó, su rostro tan serio como el de ella. —Emily es mi preocupación principal. Sé lo que es ser criado por una madre que no debería ser una madre. No

dejaré que Emily crezca en tal situación. Pero quiero dar a Sarah una oportunidad de explicarse, porque si pueden estar juntas, deberían estarlo.

Antes de que ella pudiera contestar, el teléfono sonó otra vez. —Mejor contesta—, Caitlyn dijo, alejándose de él. —Podría ser Blake.

El teléfono había despertado a Emily, quien empezó a lloriquear y a estirarse. Mientras Matt tomó la llamada, Caitlyn levantó al bebé. Cambiarle el pañal de Emily y prepararle su biberón le dieron a Caitlyn la oportunidad de poner las cuestiones bajo perspectiva. Para cuando Matt colgó el teléfono, ella estaba convencida de que podía mantenerse a flote. Con sus emociones encerradas y seguras nuevamente, se sentó sobre el sofá y puso el biberón en la boca de Emily.

—¿Era el investigador? Ella preguntó.

—No, mi editor, David Stern—. Matt pateó al oso fuera de su sillón y se sentó, observando a ambos por un largo minuto. —Tienes un toque natural con los bebés.

—Es fácil cuando tienes un biberón en la mano.

—Es más que eso, y tú lo sabes. Tienes...— Su voz se perdió, y ella se preguntó lo que estaba pensando.

—¿Tengo qué?

—Mucho para dar—, dijo él de una manera misteriosa. —La mayoría de la gente se siente más cómoda tomando que dando.

—¿Cuál eres tú? ¿Uno que da o uno que toma?

—Eso es fácil, uno que toma.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Bueno, para empezar, si fueras uno que toma, pienso que tendrías muchos más muebles.

Él sonrió por lo que dijo e inclinó su cabeza. —Tienes razón. Hablando de tomar, ¿quieres que tome a Emily?

—No, estoy bien—. Ella mimaría a Emily por unos minutos, luego diría buenas noches y se iría a casa. Mañana, volvería a recuperar su vida normal. —Pero puedes traerme una galleta de la suerte.

—Trato—. Matt se levantó y tomó la bolsa de galletas de la suerte. Le dio una y se sentó a su lado.

Ella quebró la galleta con una mano, con cuidado de no empujar el biberón fuera de la boca de Emily. Luego sacó el pedazo de papel blanco y se rio con fuerza.

—¿Qué?— Matt preguntó.

—“Cuando la fortuna golpea, deberías abrir la puerta.”

—Pensamientos para la vida diaria—. La sorprendió acercándose a ella y dándole un rápido beso en los labios.

—¿Por qué hiciste eso?

—Te dije que era uno que toma. Tus manos estaban ocupadas. Se me ocurrió que esa era la fortuna golpeando a mi puerta.

—Oh—. Ella hizo una pausa, su boca todavía con un cosquilleo. —Mis manos todavía están ocupadas.

Los ojos de Matt se oscurecieron mientras contestó su deseo no expresado con un beso. Este beso era cálido, tierno, gratificante, como una larga, refrescante bebida después de un largo,

caluroso día. Caitlyn podía sentir la pasión cuidadosamente controlada entre ellos mientras solamente sus bocas se encontraban en una promesa de más... algún día, pero no hoy.

Cuando Matt se retiró, rozó el cabello de su cara con una suave caricia. —Sabes, ¿esos momentos de los que habías hablado, cuando todo parece perfecto? Creo que este podría ser uno de ellos.

—Creo que podrías tener razón—. Sólo deseaba que este momento pudiera durar por siempre.

## Capítulo Once

SARAH miró hacia afuera, por la ventana en la minivan de la iglesia mientras Jonathan estacionaba frente a otro edificio de apartamentos. Era el décimo al que iban desde que habían empezado a entregar cenas un poco después de las cuatro. Ella había empezado a perder la cuenta. Tenía que admitir que el llevar comida a la gente que no podía salir de su casa la había ayudado a apartar de la mente sus propios problemas por un rato. Ella estaba aún un poco sorprendida de que hubiera gente como Jonathan que en realidad hacía esto. Con certeza, a nadie nunca le había importado lo suficiente como para traerles algo de comer a ella y Mattie, ni siquiera cuando habían tenido tanta hambre.

Sarah no quería que Emily supiera alguna vez el tipo de dolores de hambre que te carcomían hasta que en realidad empezabas a considerar la posibilidad de atrapar y comer una de las cucarachas que corrían por tu apartamento. Si ella podía protegerla de ese tipo de vida, ¿no sería bueno? ¿No significaba que el haberla abandonado era lo correcto?

—¿Lista para una más?— Jonathan preguntó, interrumpiendo sus pensamientos.

Ella asintió. —Seguro.

—Has sido de gran ayuda hoy—, dijo él.

—No he hecho nada más que desenvolver algunos platos.

—Algunas personas no hacen ni siquiera eso.

Ella le envió una mirada pensativa. —Eres un buen hombre. Creo que debes ser bendito o algo, ¿eh?

Él le sonrió. —Todos somos benditos, Sarah. Incluso tú.

—No estoy segura de eso.

—Yo sí. Desearía poder encontrar las palabras para hacerte creer. Ese siempre ha sido mi problema más grande, encontrar las palabras adecuadas.

Sarah lo miró, le llamó la atención el cansancio en su voz.

—¿Qué bien puede hacer un pastor que no puede encontrar las palabras adecuadas para predicar?— él preguntó.

No sabía lo que él quería que dijera. Pero al mismo tiempo, ella nunca había sido buena con las palabras tampoco.

—Pensé que en un determinado momento en el camino encontraría las palabras, que Dios me las enviaría, no para ayudarme a mí, sino para ayudar a la gente alrededor mío, a los que debo servir. Pero no ha ocurrido, y tal vez puede que sea muy tarde.



—¿Qué quieres decir?

—Hay una posibilidad de que cierren la iglesia si no puedo incrementar el número de gente en los servicios del domingo. Los bienes inmuebles en este área han aumentado notablemente, y el terreno donde la iglesia se encuentra tiene mucho valor. La iglesia podría venderlo y usar el dinero para cubrir otros programas, unos en los que podría alcanzar a más personas de las que la iglesia vacía está alcanzando.

—Pero no pueden destruir la iglesia—, Sarah se quejó, sin siquiera escuchar el resto de su explicación. Todo lo que sabía era que ellos no podían cerrar su iglesia. Ella le agarró la manga y la retorció con sus dedos. —Tienes que detenerlos.

Él la miró sorprendido. —Es sólo una posibilidad. Y estoy tratando de hacer algo al respecto. ¿Estás bien?

Ella miró hacia su mano e inmediatamente lo soltó.

—¿Por qué te importa si derriban la iglesia?—, preguntó, enviando hacia ella una mirada pensativa.

—No me importa—, dijo ella, y él no le creyó. ¿Y por qué debería hacerlo después de su reacción? Era simplemente que la iglesia, la torre, eran unas de las pocas cosas en su vida que todavía permanecían, que significaban algo.

—Sí te importa. Mírate, estás sonrojada en las mejillas y hay fuego en tus ojos. Me gusta.

Sarah miró hacia otro lado. No podía creer que le había mostrado que le importaba algo. Era una lección que había aprendido temprano en su vida. Nunca digas a nadie que quieres algo, porque eso es lo que te sacarán cuando quieran herirte. Igual que su madre le había sacado las velas...

Ella miró por la ventana hacia el edificio de apartamentos cercano, tan parecido al edificio en el que ella había crecido, el cual estaba sólo a unas pocas cuadras. ¿Había una niña en algún lugar adentro, en uno de los pisos altos, que miraba por su ventana por la noche y veía una torre de la iglesia y sentía esperanza? ¿Qué vería ella si derrumbaban la iglesia? ¿Cómo se sentiría entonces?

—¿Sarah? Dime lo que te está aquejando.

—Solía vivir por aquí.

Jonathan esperó pacientemente para que ella continuara. Eso era algo que ella apreciaba de él. No se apresuraba a dar respuestas o empezar una discusión. Gary siempre dijo que ella era lenta, pero Jonathan no le hacía sentirse de esa forma. Le hacía sentirse tranquila.

—Solía arrodillarme al lado de mi ventana por la noche y podía ver la torre de la iglesia. A veces la luna la iluminaba, y pensaba que Dios o los ángeles me estaban enviando una señal de que todo estaría bien. Las únicas veces que no podía ver la torre era cuando llovía o cuando se levantaba la niebla. Entonces simplemente me metía bajo la frazada y esperaba a que la mañana llegara para que pudiera verla de nuevo, para que todo estuviera bien.

—Me alegra que la iglesia te haya llamado cuando más lo necesitabas.

—Pero si derriban la torre, ¿qué le pasará a esa niña o a ese niño que vive allí arriba?— Ella señaló hacia el edificio. —¿Qué verán cuando miren por la ventana?

Ella vio en los ojos de Jonathan la misma preocupación, el mismo temor. —No sé si soy lo suficientemente bueno como para salvarla, Sarah.

—Pero eres bueno—. Ella sabía eso con una certeza que no podía explicar. —Mira lo que has

hecho hoy, llevar comida a toda esa gente que no podía salir.

—Necesito hacer más. Necesito llenar la iglesia cada domingo con gente que quiere alabar al Señor.

—La gente por aquí probablemente no piensa que tiene mucho que alabar. Sin ánimo de ofender.

—No hay problema. Sé que es difícil ver a Dios en lugares como este—. Él suspiró. —Tal vez sea imposible. Podría estar golpeando mi cabeza contra una pared. Espero que si sigo apareciendo, ofreciendo una mano de ayuda, tal vez no me vean sólo a mí cuando venga, sino también a Dios. Eso suena idealista, lo sé.

—Eso suena lindo.

—Bueno, lindo no entregará la última de nuestras cenas del domingo. ¿Puedes aguantar un viaje más?

—Creo que sí.

Sarah siguió a Jonathan dentro de un edificio de apartamentos, por el pasillo poco iluminado que olía a humo de cigarrillo y cerveza, cuyos olores le eran intensamente familiares. Una pequeña niña, apenas de dos años, jugaba sola fuera de la puerta medio abierta. Dentro, Sarah podía escuchar sonidos de una discusión. Se preguntaba si alguien sabía que la niñita con la cara sucia estaba fuera del apartamento.

De repente se sintió asaltada por los conocidos sentimientos de temor, incertidumbre, y soledad. Ella no quería criar a Emily en un lugar como este. No quería ver a su hija gateando sobre una alfombra sucia en un lugar donde a nadie le importaba nada ni nadie.

El pasillo del edificio de Matt había oído a limpio. El alfombrado se había sentido suave bajo sus pies y no había grafitis sobre las paredes, solamente cuadros lindos. Ese es el tipo de lugar al cual Emily pertenecía. De repente, la confusión de los días pasados se había ido. Sarah sabía exactamente lo que tenía que hacer.

\* \* \*

—Sé exactamente lo que tengo que hacer—, Brian le dijo a Caitlyn cuando ella contestó a la puerta el lunes por la mañana temprano.

Apenas despierta, Caitlyn parpadeó rápidamente, tratando de despejar su cabeza. Brian era la última persona que había esperado encontrar en su pasillo. Había asumido que el fuerte golpe en su puerta se debía a Matt. Ella se cubrió con la bata de felpa para taparse, claramente consciente de la camiseta nada sexy debajo, sin mencionar el desastre de su cabello enredado que instintivamente trató de acomodar.

—Sé lo que tengo que hacer, lo que tenemos que hacer—, Brian repitió, viéndose demasiado despierto en sus Dockers color habano y su camisa polo blanca.

—¿Qué hora es?—, ella preguntó confundida.

—Son las siete y media. Pero eso no es lo importante. Tengo una proposición para hacerte.

—Tal vez podrías volver más tarde, cuando esté despierta.

—No lo creo. Has abierto tu puerta, y considero eso una victoria. Este es el momento perfecto.

—¿Perfecto para qué?

—Para reencontrarnos, me gustaría llevarte a desayunar. ¿Qué te parece Nini's? Sé que te encantan las omelettes de verduras y prometo no decir una palabra si pides papas grasientas.

—¿Nini's? Caitlyn de repente se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que había ido al café cerca de la universidad. De hecho, no podía recordar...

—No he estado en Nini's desde antes del accidente—, dijo lentamente.

Brian parecía sorprendido. —¿En serio? Pero te encanta ese lugar.

¿Le encantaba? ¿O era él a quien le gustaba? ¿O era a su madre? Ella había ido allí desde siempre. Sin embargo, una vez que se escapó de sus padres y Brian, no había pensado en ir allí ni siquiera una vez. Era una revelación extraña pero parecía significar algo; ella simplemente no podía descubrir qué.

—¿Qué dices?— Brian insistió. —Tu madre me dijo que normalmente no vas al negocio antes de las diez los lunes.

Caitlyn en silencio maldijo la amabilidad de su madre. —Eso es verdad, pero...

—No puedes evitarme por siempre.

Tal vez no por siempre, pero estaba esperando por al menos un día más.

—Necesitamos resolver esto, Caitlyn, enfriar los ánimos, para que podamos continuar hacia adelante. Mi madre me dio un libro sobre relaciones entre mujeres y hombres, y puedo ver que hemos tenido un problema de comunicación en el pasado.

—¿Crees que puedes entenderme después de leer un libro?—, ella le preguntó. Estaba tan emocionada como divertida por su plan.

—Creo que el libro ya me ha ayudado. Tengo que admitir que, a veces, has sido en cierta manera un misterio para mí.

Un misterio que nunca había intentado mucho resolver, pensó cínicamente. Aun así, lo estaba intentando ahora, y ella suponía que debería sentirse halagada por el esfuerzo.

—¿Por qué ahora, Brian? ¿Por qué el repentino interés en descubrir lo que me mueve?

—Porque te quiero de vuelta en mi vida.

—¿Por qué? ¿Qué extrañaste de nosotros?

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Bueno, extrañé esto—. Puso sus manos en su cintura y la atrajo contra él, plantando un determinado y firme beso en sus labios.

Caitlyn estaba tan sorprendida y desorientada por su repentina acción que no se retiró inmediatamente. Su cerebro estaba tratando de registrar a Brian, su beso, su sentimiento... ¿sentir qué? Había pasado mucho tiempo desde que había sentido sus besos. Pero había cierta familiaridad en su abrazo que le hizo preguntarse muy en el fondo si todavía quedaba algo para salvar.

Entonces una puerta se cerró con fuerza, y Caitlyn se separó de Brian como una adolescente culpable. El rostro de Matt estaba sombrío y acusador mientras los miraba a ambos. —Tal vez deberían encontrar un dormitorio—, dijo él secamente.

—Matt, yo...— Caitlyn no sabía qué decir, tampoco sabía por qué se sentía como una amante culpable. Qué le importaba a Matt a quién ella besaba o dónde lo besaba. —¿Qué quieres de todas maneras?

—Escuché un ruido. Pensé que tal vez Sarah...

—Ella no está aquí.

—Bueno, no permitas que los interrumpa—. Dio un paso atrás hacia su apartamento y dio un

portazo una vez más.

—¿Qué diablos es su problema?— Brian preguntó, un inusual enojo en sus ojos normalmente calmos. —Continúas diciendo que son vecinos, pero eso pareció más que vecinos para mí.

—Estás imaginando cosas—, dijo ella, aún mirando hacia la puerta de Matt. ¿Oh no? Había habido cierta mirada en los ojos de Matt, una mirada que nunca había esperado ver... posesividad. ¿Por qué? Apenas quería que fueran vecinos, ni mucho menos algo más.

—Déjame llevarte a desayunar o al menos déjame entrar—, Brian dijo. —Podríamos tener algo de privacidad.

Lo último que ella quería era privacidad, no cuando se sentía confundida e insegura sobre lo que quería hacer a continuación. Ella necesitaba café y una ducha y su ropa puesta. Entonces podría tratar con Brian... y Matt también, si vamos al caso.

—No puedo hacerlo ahora—, ella replicó decidida. —Tienes que darme más tiempo.

—Ya hemos tenido mucho tiempo a como estamos—, se quejó.

—Otro día no hará diferencia. Dejé todo atrás cuando te fuiste de la habitación del hospital, Brian, y el que yo te dijera que te fueras o quisiera que te fueras no cambia el hecho de que te fuiste, y que me quedé sola, y dolió—. Su voz temblaba mientras recordaba los detalles vívidos del dolor de ese largo, y solitario día. —Dolió mucho. Sé que las cosas se ven para ti mejor ahora. Estoy caminando. Estoy saludable. Estás de vuelta en la ciudad. Por lo que piensas, por qué no volver a estar juntos... toma dos, como dicen. Pero esta no es una película. No podemos simplemente volver a intentar y tener la misma emoción que tuvimos antes.

—Podemos intentar—. Brian tomó su mano en la de él. —Tal vez no será como era antes. Tal vez será mejor.

—¿Qué lo haría mejor?

Él parecía confundido por su pregunta. —¿Qué quieres decir?

—¿Qué crees que quieres sacar de una relación conmigo?

—Sólo te quiero a ti. Eso es lo que quiero—. Él hizo una pausa, el ceño fruncido asentándose sobre sus rasgos faciales mientras miraba a sus ojos. —Esa no es la respuesta correcta, ¿no es cierto?

—No hay respuesta correcta...

—Debería haber traído ese maldito libro conmigo.

—¿Así puedes usarlo como un diccionario, traduciendo mis palabras para ti?

—Si hablaras en español simple, sería fácil para mí. Admitiré que soy un hombre de números. Las palabras son mucho más complicadas—. Él le apretó su mano. —¿Por qué no me dices lo que quieres? ¿Por qué no empezamos por allí?

—Quiero que ya supieras lo que quiero—, dijo ella, en silencio admitiendo que no era muy razonable, pero era como se sentía.

Él dio un suspiro. —Eso era lo que me temía. Mira, iré a leer el capítulo siete de nuevo, pero volveré, porque una cosa que he aprendido es que cuando dices vete no significa siempre vete. Por lo que aún cuando has dicho que no para ir a desayunar, no asumiré que significa que no quieres otra invitación. Es así, ¿no es cierto?

Esta vez fue Caitlyn la que suspiró.

—No importa—, dijo él. —Volveré.

Caitlyn lo miró caminar por el pasillo. De alguna manera ella pensaba que no se suponía que

las relaciones fueran tan difíciles.

\* \* \*

—Ya basta—, Matt le dijo a Emily mientras forcejeaba con su pie que pateaba en un pijama amarillo. —Saldremos de aquí. No continuaré sentado esperando a que algo pase. Voy a hacer que algo pase.

La espera lo estaba volviendo loco. Sin mencionar el llanto. Emily lo había tenido despierto durante la mitad de la noche. Si no hubiera encontrado una manera de tapar el llanto de medianoche, probablemente hubiera sido desalojado. Su vecino de abajo había presentado una queja a las tres de la madrugada sobre la música.

Intentó llevar a Emily al tejado después de eso, pero no había sido lo mismo sin Caitlyn susurrando historias sobre amantes con mala suerte en su oído. No es que hubiera necesitado esa tontería, se dijo a sí mismo. Pero Emily había parecido menos encantada ante el cielo nocturno también. Finalmente, la puso en el auto y la llevó a dar vueltas durante una hora hasta que finalmente se quedó dormida alrededor de las cinco, lo cual lo dejó a él cansado y de mal humor.

No tenía celos, decidió. Definitivamente no estaba celoso. Esa escena en el pasillo no le había molestado lo más mínimo.

Matt cerró el último botón a presión de su pijama y la alzó para que lo mirara. Ella le ofreció una sonrisa torcida, y sintió su enojo de a poco filtrarse. Por lo menos esta mujer no tenía intenciones ocultas. No podía decir lo mismo de Caitlyn... besándolo a él la noche anterior, besándolo a Brian esta mañana... ¡Será veleta!

¡Será ridículo! Él no tenía ningún derecho sobre Caitlyn. Ella podía besar a quien quisiera, y suponía que su ex comprometido tenía probablemente más a favor en cuanto a derechos que un vecino que apenas había conocido unos días antes.

Pero eso no detuvo a Matt de sentirse especialmente enojado. Brian era un imbécil. Y Caitlyn debería hacer que examinaran su cabeza por darle una segunda oportunidad. ¿Qué más tenía que ver? Matt apostaría como mínimo veinte dólares que el tipo tenía algún otro motivo por quererla de vuelta ahora. Todavía no lo había descubierto, pero lo haría. Y entonces se lo diría a Caitlyn.

*¿Por qué? Una pequeña vocecita en su cabeza preguntó. ¿Por qué decirle? ¿Por qué no dejarla volver con él? Entonces no tendrás que preocuparte por ella. Se casará y tendrá hijos y vivirá feliz para siempre. Y con certeza no puede hacer eso contigo, porque no estás listo para sentar cabeza. ¿Así que, por qué no la dejas que vuelva con su novio?*

Porque no podía. Era la única respuesta que tenía.

Un golpe indeciso en la puerta hizo volver su cabeza con anticipación. Sosteniendo a Emily con un brazo, abrió la puerta, sin estar seguro de a quién quería ver más, a Sarah... o a Caitlyn.

—Hola—, dijo Caitlyn. Todavía tenía puesta su bata, aún se veía deliciosamente despeinada y dormida, haciéndolo pensar en cómo se vería en su cama con su largo cabello rubio desparramado sobre la almohada.

Él se aclaró la voz. —¿Qué quieres?

Ella se enderezó ante su irritado tono de voz. —Café. ¿Tienes un poco?

No era lo que él esperaba, pero inclinó su cabeza hacia la cocina. —Es fuerte.

—Gracias a Dios—, ella murmuró, yéndose hacia la cocina.

Él cerró la puerta detrás de ella y la siguió a la cocina, recostándose contra la encimera

mientras se servía café en una taza negra y tomaba un largo, gratificante sorbo.

—¿Mejor? Preguntó.

—Un poco. Fuiste un estúpido, sabes.

—He sido peor.

—¿Se supone que eso lo hace aceptable?

—Me sorprendiste.

—Bueno, Brian me sorprendió a mí.

—¿Entonces lo besaste?

—De hecho, él me besó a mí—. Ella puso la taza sobre la encimera. —¿Por qué te importa?

—No me importa. Te dije que pensé que Sarah estaba afuera.

Ella lo miró fijamente. —¿Hubo alguna noticia de tu investigador?

—Al menos hace una hora ella no había vuelto al refugio o al apartamento.

—Tal vez no está planificando volver.

—Tal vez no, pero es la única pista que tengo.

Emily empezó a retorcerse, y Caitlyn inmediatamente la tomó.

Matt dejó al bebé en sus brazos, sintiendo una inesperada ola de ternura mientras Caitlyn abrazaba al bebé contra su pecho. Esta era la forma en que debería ser... un hombre, una mujer, un hijo que ambos amaban. Trató de sacudir el pensamiento de su cabeza. Pero no se iba. De hecho, la voz en su cabeza regresó, más fuerte que nunca antes.

*Podrías tener esto, Matt. Podrías tener a Caitlyn y a Emily. Los tres podrían ser una familia, la familia que siempre has querido.*

Caitlyn le envió una mirada rara, y él esperó que no pudiera leer su mente. —¿Entonces, qué quieres?—, preguntó con brusquedad. —Aparte del café.

Ella levantó una ceja. —No quiero nada.

—¿Entonces por qué estás aquí?

—No me gustó como ocurrieron las cosas en el pasillo.

—Bueno, últimamente nada ha ido bien en ese maldito pasillo. Cada vez que abro mi puerta veo algo que no quiero ver.

—Yo, también— dijo ella con fastidio.

Sintió su mal humor aumentar junto con su pasión y todo el resto en su cuerpo. Esta mujer lo volvía loco, y quería que parara.

—Entonces, ¿van a volver juntos tú y tu amante?

—No.

—¿Por qué no? ¿No se ha postrado lo suficiente todavía?

—¿Estás buscando una pelea?

—Tal vez lo estoy.

Caitlyn caminó hacia la sala de estar, con cuidado puso a Emily en su asiento infantil antes de volver a mirarlo. —¿Con guantes o sin?

—Sin.

—Está bien—. Ella puso sus manos sobre sus caderas. —Adelante, saca lo que sea de tu pecho.

—Deberías aceptar a Bradley de vuelta.

—¿Por qué haría eso?

—Porque es perfecto para ti. Rosas ayer a la noche. Besos en la mañana. ¿O vinieron con algo más, diamantes tal vez?

—Me pidió que fuéramos a desayunar juntos, no es que sea de tu incumbencia.

—Desayuno, perfecto. Bien pensado. Si las cosas van bien, pueden pasar el resto del día juntos.

—Dije que no.

—¿Por qué? Pensé que lo querías de vuelta. Pensé que dijiste que era tu culpa por haber actuado como una mártir, que él no tenía nada de culpa.

—No dije eso exactamente.

—Bueno, no importa. Porque ya sea que digas sí hoy o mañana, ambos sabemos que al final vas a decir que sí.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque vas a ceder—, Matt replicó, desesperadamente tratando de convencerla a ella como también a sí mismo. —Bradly es inteligente, constante, probablemente una persona habitualmente puntual. Apuesto a que escribe poesía.

—No lo hace—, ella dijo bruscamente, fuego chispeando en sus ojos. —Y su nombre es Brian.

—Tus padres lo aman. Se integra bien. Diablos, probablemente lo amas también. Es el tipo de hombre que fuiste criada para amar.

—Estás tan lleno de mierda. No sabes cómo fui criada.

—Fuiste criada para querer estabilidad, para votar a los Republicanos, tener una cuenta de ahorros, nunca leer el periódico. Con Bradley, puedes tener todo lo que siempre quisiste... la casa en el barrio residencial, un esposo, un hijo...

—Detente ahí mismo—, dijo ella, su rostro rojo de ira. —Tú y tu actitud de sabelotodo. No sabes lo que quiero o a quién quiero.

—Sé lo que quieres—, él la interrumpió. —Puedo verlo cada vez que tocas a Emily. Aparece una mirada en tus ojos que es increíblemente maternal. Naciste para ser madre. Y pienso que Bradley estaría muy feliz de convertirte en una.

—Bueno, no puede convertirme en madre; nadie puede—, se quejó.

—¿De qué diablos estás hablando?— Sus palabras no tenían sentido para él.

—No puedo tener hijos, Matt. Nunca podré tenerlos. Querías saber cuál es mi gran secreto... ahí lo tienes. ¿Estás feliz ahora?

—¿Qué?— No podía creer lo que estaba escuchando.

—No me hagas decirlo de nuevo.

No, no era posible. No estaba bien. Caitlyn nació para ser madre. Lo sabía en lo más profundo de su ser. —Dios, Cait, no lo sabía...— Se sintió como un completo cerdo. Nunca había tenido la intención de herirla, nunca había querido ver tanto dolor en sus ojos. Pero sus condenados celos lo habían hecho decir cosas que no debería haber dicho.

—Sólo cállate. Has dicho lo suficiente. Más que suficiente.

Él tiró de su brazo mientras trataba de irse.

—No te vayas. Hablaremos sobre esto.

—No quiero hablar sobre esto. *Nunca* querré hablar sobre esto.

—Ellos no lo saben, ¿no es cierto? ¿Ni Brian o tus padres o tus amigos? No se lo has dicho.

Las lágrimas llenaron sus ojos. —No serían capaces de aceptarlo. No podrían aceptarme a *mí*.

¿No lo entiendes, Matt? Cuando Brian dijo que yo estaba dañada, tenía razón. Sólo que no sabía lo acertado que estaba—. Bajó la vista a su mano sobre su brazo. —Déjame, Matt. Por favor, déjame ir.



## Capítulo Doce

—**N**O te dejaré ir—, dijo Matt con firmeza. —No de esta manera.

Caitlyn trató de soltar su brazo, pero el agarre era fuerte como una tenaza. Ese era el problema con Matt. Nunca la soltaba. Nunca la dejaba atrás. Era como una sanguijuela, ella pensó disgustada, le chupaba hasta la última gota de sangre. —¿No, de qué manera? Ella preguntó. —¿Qué crees que podrías decir que hiciera una diferencia?

—Podría empezar diciendo lo siento.

—No es tu culpa—. Le tomó de sorpresa la amabilidad de su voz y sintió el enojo empezar a disolverse. Trató desesperadamente de agarrarse del poco control que le quedaba. Desearía nunca haberle dicho la verdad, porque tal y como lo había esperado, las palabras habían creado un tren de carga con emociones llenas de ira, dolor y desesperanza, haciéndole perder el equilibrio sobre sus pies.

La debilidad en sus piernas la hizo balancearse, y Matt reaccionó agarrándola del otro brazo y empujándola hacia el sofá más cercano. Se sentó a su lado, envolvió su brazo sobre su hombro y la atrajo hacia su pecho, ubicando su cabeza bajo su barbilla.

Su abrazo era un cálido capullo de fuerza, seguridad, y consuelo. Sus hombros eran fuertes, su pecho ancho, y pensó que tal vez, sólo tal vez, si ella no se movía, él podría hacer que todo desapareciera. Matt le acarició la espalda, sin hablar, sin preguntar, sólo dejándola recuperar el aliento. No hizo que desapareciera el dolor, pero la estaba haciendo sentir mejor. Sólo por un momento había sido capaz de compartir la carga que había estado llevando y la hizo sentir más liviana.

Finalmente, se recostó. Ajustando su bata, se acordó de que todavía no había tomado una ducha, su cabello estaba todo enredado, sus pies descalzos, las lágrimas manchaban su rostro y probablemente tenía ojos rojos, hinchados. Nunca había sido linda al llorar. Adiós a ponerse un escudo. Con Matt parecía desnudar su cuerpo y alma centímetro a centímetro.

—¿Estás bien?— Los ojos de Matt buscaron los suyos para ver la verdad.

—Estoy pensando en ir de vuelta a la cama y empezar de nuevo la mañana, en digamos... veinte años.

—No tenía ni idea, Caitlyn. Sabía que estabas escondiendo algo, pero no esperaba eso. Siento haber dicho lo que dije.

—No importa.

—Sí importa. Te herí—. Se veía enojado consigo mismo. —No tenía derecho a hacer eso.

Francamente, estaba enojado porque estabas besando a Brian, y parecía que iban a volver juntos. Y no me gustó.

—¿No te gustó?

—No—, él admitió.

Ella retuvo el aliento ante la mirada en sus ojos, sintiendo una poderosa atracción entre ellos. Bajó la vista hacia sus manos, al tercer dedo donde una vez había usado el anillo de otro hombre. ¿Cómo podía considerar aceptar a Brian de vuelta en su vida cuando tenía una reacción tan fuerte hacia Matt? ¿Pero cómo podía aceptar a ninguno de ellos en su vida cuando no podía tener hijos? Ella sabía que Brian quería hijos. Y Matt seguro que también. Había visto sus instintos paternos florecer con Emily, y un hombre a quien le importaba tanto encontrar a su hermana... que quería reunir la poca familia que tenía otra vez... era un hombre que necesitaba tener sus propios hijos.

—¿En qué estás pensando?— Matt preguntó. —¿Además de pegarme en la cabeza con algo pesado?

Ella le envió una sonrisa temblorosa. —Eso suena bastante atractivo. ¿Tienes una de esas sartenes de hierro?

—Lo siento.

—No estoy enojada contigo, Matt. Simplemente que no puedo creer que finalmente haya dicho esas palabras en voz alta. Creo que nunca las había dicho donde alguien pudiera escucharlas.

—¿Por qué? ¿Por qué no se lo has dicho a tu familia?

—Porque es muy difícil—, dijo ella con un encogimiento de hombros por la impotencia.

—Ellos te aman. El saber que no puedes tener hijos no cambiaría eso—, Matt argumentó.

—El haber pasado un domingo a la mañana con mis padres no te hace un experto sobre ellos.

—Fue lo suficiente para mí para ver que quieren lo mejor para ti.

—Que son matrimonio e hijos, los cuales no puedo tener. Ese es el problema.

—No todos los hombres quieren hijos.

—Brian sí. Es el último del linaje de su familia. Me ha dicho un montón de veces lo ansioso que sus padres están de verlo con un hijo que continuara el apellido.

—Podrías adoptar.

—No sería lo mismo.

—Mira, no voy a discutir el caso de Brian. Pero para ser justo, el tipo tiene el derecho a saber la razón real de por qué lo dejaste ir. Porque esa es la razón por la que le pediste que se fuera, ¿verdad?

Ella titubeó, sabiendo que no tenía sentido andar con rodeos cuando Matt veía todo de igual modo. —Después de que se fue, era más fácil, debido a que no tenía que pensar en ello todos los días. La boda se había suspendido. El problema de los hijos era una cuestión discutible.

—Deberías decírselo ahora.

—Sé que debería. Pensé en decírselo cientos de veces, especialmente desde que ha vuelto a la ciudad. Sé que si le digo que no puedo tener hijos probablemente dirá que lo siento pero que ya no puede estar con alguien como yo. Y ese será el final.

—Tal vez sea el final, pero deberías evitar de atribuirle palabras que tal vez no diga. ¿Y tus padres? ¿Qué pasará con ellos?

—Les causaría dolor, Matt. Piensa en ello. Nunca tendrán nietos—, dijo ella apasionadamente. —Soy hija única. Yo soy todo. No habrá más pequeñitos alrededor de nuestro arbolito de

Navidad. Y mi madre, quien nos ha vuelto locos tratando de arreglar cada detalle que tengo mal, no podrá arreglar esto. Eso la hará volverse loca.

—Esa no es toda la verdad. Intenta otra vez.

—Oh, por amor de Dios, tú y la jodida verdad—. Ella sacudió su mano salvajemente en el aire. —Algunas cosas no necesitan compartirse con todo el mundo. No estoy causando dolor a nadie con este secreto.

—Estás causando dolor a la gente que dices amar. Ellos no entienden por qué estás actuando de la manera en que lo estás haciendo. Deben sentir que estás guardando algo. La falta de confianza les dolerá más que la verdad.

Él la estaba haciendo sentir como una tonta, y no solamente tonta, sino también cruel e indiferente. —Le estás dando la vuelta todo esto—, dijo ella con confusión.

—¿Lo estoy? Él acunó su cara con sus manos y miró fijamente a sus ojos. —No creo que estés guardando este secreto para proteger a nadie más que a ti. Si lo dices en voz alta, se hará verdad, ¿no es cierto, Caitlyn? Y es por eso que no lo puedes decir, porque no serán tus padres los que no lo pueden aceptar, eres tú, ¿verdad?— Él preguntó, dándole una pequeña sacudida.

—Sí—, ella confesó. —Soy yo. No quiero que sea la verdad—. Empujó sus manos de su cara y se paró mientras sus ojos se llenaron de lágrimas de enojo y dolor. —Cuando era una niña lo único que soñaba era crecer y casarme y tener hijos. Me sentía sola como única hija con padres que siempre estaban en el trabajo. Solía inventar familias en mi cabeza con muchos niños para que no me sintiera tan sola. Jugaba a la casita y hacía que todos los otros jugaran a la casita conmigo hasta que se aburrieron tanto que no vinieron a jugar más. Y cada vez que jugamos a la casita, yo era la madre—. Ella se señaló a sí misma. —Yo. Yo era la madre.

Su voz se quebró. —Pero nunca podré ser madre, y simplemente... me rasga el corazón cada vez que lo pienso, y cuánto más lo hace decirlo en voz alta. No solamente soy una mentirosa, Matt. Soy una cobarde. ¿Es eso lo que quieres que diga? Porque esa es la verdad, toda la verdad. Y si quieres gritarlo para que todo el mundo lo escuche, no puedo detenerte.

Matt se paró para enfrentarla. —No se lo voy a decir a nadie.

—¿En serio? ¿No es eso lo que haces en el periódico? ¿Desnudar a alguien, atarlo en un poste y dejar que todo el mundo lo mire?

Vio como empalideció bajo su ataque, pero no frenó su ira que se estaba escapando junto a su buen juicio. No debería tener que defenderse a sí misma. Ella era la víctima, no la villana.

—Eso no es lo que hago, y tú lo sabes.

—Sé que piensas que estuve equivocada al no contarle a Brian. Y tú eres el Robin Hood de la verdad, entonces ¿por qué no corres y se lo dices?

—Porque no es mi secreto.

—Cuentas los secretos de las personas todos los días.

—No de las personas que me importan.

En estado de shock ante sus palabras, se olvidó de lo que iba a decir a continuación. —¿T-t-te importo?— Ella tartamudeó.

Él dudó, luego dijo, —Así es—. Se acercó hacia ella, rasurando la distancia entre ellos a sólo un aliento. —No me importa un comino Bradley o tus padres, sino solamente tú...— Entrelazó sus manos por sus cabellos y atrajo su cara hacia la suya. —Tú—.

—¿Qué?—, susurró ella.

—Te has convertido en una persona importante para mí.

—¿Ah sí?

Él le contestó con un beso lleno de pasión que arrastró hasta la última veta de enojo de ella. Y cuando él empezó a alejarse, ella lo atrajo otra vez, un deseo avivado por la sangre que bombeaba por sus venas y la necesidad de tomar algo de él. Él era tantas cosas que ella no era... fuerte, valiente, brutalmente honesto, y ella necesitaba esos rasgos. Tal vez mientras tomaba, le daría algo a cambio como compasión, ternura, entendimiento de la fragilidad que los hacía a ambos humanos.

Entonces el teléfono sonó, una vez, dos veces, con persistencia, hasta que no pudieron ignorarlo más.

Matt gimió. —Tendré que desenchufar esa maldita cosa—. Plantó un último beso sobre su boca antes de alcanzar el teléfono.

Todavía temblando, Caitlyn regresó hacia el sofá abombada. Emily dormía tranquilamente en su asiento, durmiendo el sueño de ángeles mientras la vida de Caitlyn se estaba desentrañando. ¿Por qué no podía ella tener ese tipo de paz? ¿Por qué no podía dormir sin querer algo, sin arrepentirse de algo, dos emociones que nunca estaban lejos?

Matt colgó el teléfono, sus ojos ardían de contento. —Alguien está en el apartamento de Sarah.

—¿Sarah?

—No—. Él frunció el ceño. —Un tipo. Pero usó una llave, así que...

—Así que debe conocer a Sarah.

—Espero que sí.

—¿Va a hablar Blake con él?

—Sólo si trata de irse antes de que yo llegue. Puede ser que esta sea mi mejor oportunidad de encontrar a Sarah. Tengo que irme.

Ella asintió con la cabeza. —Cuidaré de Emily por ti. Puede venir al trabajo conmigo. Todas esas novias que sueñan con bebés la van a adorar.

Sus ojos se oscurecieron. —¿Y tú? ¿Cómo te vas a sentir?

Caitlyn titubeó, decidiendo que no había más necesidad de tener secretos ni verdades a medias entre ellos. —Me voy a sentir como me he sentido en los últimos días... como su madre.

Él frunció el ceño. —No puedo pedirte que lo hagas. Ahora que sé...

—Tú no me lo estás pidiendo. Yo me estoy ofreciendo. Es muy tarde para que me retire. Sabía cuando saqué a Emily de su asiento infantil el viernes por la noche que me iba a enamorar de ella—. Caitlyn envió a Emily una mirada tierna. —Y así fue. ¿Qué importarán unas cuantas horas más?

Matt no le dio una respuesta. Ni ella. Haría lo que pudiera para traer a Sarah de vuelta. Y Caitlyn lo ayudaría, aun si el regreso de Sarah significaba que Emily se tendría que ir.

\* \* \*

Matt todavía estaba pensando en Caitlyn cuando manejó a través del Puente de la Bahía hacia Berkeley. Se dio cuenta de que había empujado más de lo que debería haberlo hecho. Tenía un problema con retirarse de una situación una vez que estaba metido más de medio cuerpo. Y Caitlyn le había permitido hacerlo. Ese hecho lo hacía tanto estar complacido como enojado. Nunca había compartido tantas confidencias con ninguna persona, mucho menos con una mujer que sólo había conocido por unos días.

Pero había algo sobre esta mujer que lo llamaba, una rara conexión que nunca había experimentado con nadie más. Y él la había martillado como un ariete, acosándola a que le dijera un secreto que ella no quería compartir. Y qué secreto horroroso. Nunca había esperado que esa mirada triste en sus ojos estuviera atada a algo tan trágico.

Había pensado que Caitlyn era una chica de oro... hermosa, inteligente, graciosa, rica... una mujer que lo tenía todo. Solamente que no tenía todo y nunca lo tendría. No habría un hijo con su sonrisa, o su cabello, o sus increíbles ojos. La verdad lo destrozaba. Estaba simple y llanamente mal. Y él quería... Dios lo ayude... él quería arreglarlo.

Tal vez Caitlyn tenía razón. Tal vez el decirle a sus padres los dejaría con el mismo sentimiento inútil de querer tratar de arreglarlo pero ser incapaz de poder hacerlo.

Matt tomó la salida de la Avenida University, siguiendo las direcciones que Blake le había dado por teléfono y tratando de concentrar su atención en la tarea en mano.

No había nada que pudiera hacer ahora para ayudar a Caitlyn, pero tal vez había algo que podía hacer para ayudar a Sarah. Sus ojos se entrecerraron mientras manejaba más lejos de la Avenida Universidad y paralelamente hacia la autopista. El vecindario no era de lo mejor, y le hizo preguntarse qué tipo de vida Sarah había llevado durante los años que habían estado separados. Había esperado que por su bien hubiera sido adoptada por una familia típica de barrio residencial con una gran casa y sábanas limpias y un vecindario seguro. Tenía el terrible presentimiento de que eso no había ocurrido.

Cuando dobló la esquina, Matt pudo ver a Blake en su Jeep Cherokee color verde bosque estacionado cerca de la intersección. Después de estacionar su propio coche, caminó por la calle hasta el Jeep y se deslizó en el asiento de pasajero. El auto olía a tacos, y a juzgar por los envoltorios de comida rápida apiladas en el asiento trasero, Blake había pasado las horas de aburrimiento de su guardia comiendo. No es que el hombre mostrara un gramo de grasa en su cuerpo musculoso. Con sus cuarenta y pico, y con su casi dos metros de altura y unos noventa kilogramos, Blake, un ex infante de marina con un par de ex esposas y un ex problema de alcohol, no era un hombre con quien podían meterse. Matt lo había conocido mientras cubría una historia política en Washington, unos diez años atrás, y con el tiempo Blake había conducido varias investigaciones para él, inclusive la larga búsqueda de Sarah.

—No ha salido—, dijo Blake, sus ojos fijos en el apartamento de la calle.

—¿Cómo se veía?

—Un punk. Delgado, cabello grasiento, camiseta sin mangas, jeans azules cayéndose del culo. Ya sabes como se ve.

Desafortunadamente, lo sabía. Matt se sentía más deprimido a cada instante. —¿Esto era realmente donde Sarah vivía? ¿Y quién era este tipo? ¿Un amigo? ¿Un amante? ¿Un hermanastro? No sabía qué posibilidad lo disturbaba más.

—Vamos—, dijo Matt con decisión. —Estoy cansado de esperar.

—Tú y yo, ambos—. Blake se bajó del auto con Matt y caminaron por la cuadra al edificio de apartamentos que Sarah había llamado aparentemente su hogar. Su apartamento estaba en el segundo piso con un adhesivo que decía “Cuidado con el perro” en la ventana. Matt no se creyó eso ni siquiera por un segundo. Golpeó la puerta. No hubo respuesta. Golpeó de nuevo... más fuerte.

La puerta se abrió de repente con un resonante, —Mierda.

El tipo que los miraba tenía puestos unos jeans holgados, colgados por debajo de su entrepierna, un bóxer amarillo sobresalía en su cintura. Su pecho delgado estaba descubierto excepto por un tatuaje de una serpiente a través de su abdomen. A juzgar por la mirada perdida en sus ojos, estaba o volado, o con resaca, Matt no podía decidir cuál.

—Estamos buscando a Sarah—, Matt dijo.

Su mirada aburrida, distante se agudizó de alguna manera ante la información. —¿Quiénes son ustedes?

—Somos amigos.

—Sarah no tiene ningún amigo.

—¿Dónde está ella?

—No sé, ni me importa.

—Bueno, te va a tener que importar—, Matt lo empujó y entró en el apartamento. Era un agujero, botellas de cerveza, botellas de vino, humo tan espeso que apenas se podía ver.

—¿Qué mierda estás haciendo, loco?— El tipo preguntó. —No puedes simplemente entrar aquí y...

Sus palabras fueron interrumpidas cuando Blake lo empujó contra la pared, una mano rodeando su garganta. —Él quiere saber dónde está Sarah, y tú se lo vas a decir.

—Ella no está aquí—, dijo jadeando. —Suéltame.

—¿Dónde está ella? ¿Cuándo fue la última vez que la viste?— Matt preguntó.

Cuando no contestó, Blake dijo, —tal vez si aprieto puede que salga.

—Ella se fue hace un par de semanas—, dijo el tipo apurado. —Eso es todo lo que sé, loco.

—Entonces no te importará si miro un poco, ¿no es cierto?— Matt no esperó una respuesta y se dirigió al dormitorio.

—No está ahí.

No, no estaba, Matt se dio cuenta, pero había algo más elocuente adentro... un moisés barato ubicado al lado de la cama. Su estómago se dio vuelta. ¿Habían Sarah y Emily realmente vivido en este lugar de mala muerte? Caminó hacia el moisés y vio una vieja manta adentro, nada más.

Se volvió y tomó nota del resto de la habitación, una cama doble con sábanas enredadas, ropas por todos lados y luego vio algo en el piso, algo que él recordaba vívidamente, un pequeño corazón dorado en una cadena fina. *Sarah*. La levantó, su pulso acelerado con los recuerdos. Le había dado el collar para su quinto cumpleaños. No era más que una baratija de farmacia, pero le había encantado.

Respirando hondo, se dijo con renovada determinación que se lo devolvería a ella, que la encontraría y haría que todo estuviera bien otra vez. Caminó hacia el tocador y revisó los cajones, descubriendo tres papeles sueltos sobre una pila de ropa interior. Todos tenían un nombre en común, Sarah Vaughn.

El primero era un recibo de sueldo de Laree's Hair Salon en San Francisco, el segundo una cuenta por una visita prenatal del Hospital Oakland County y el tercero era un horario de autobús para viajar a través del área de la bahía. Los metió a todos en su bolsillo y volvió a la sala para encontrar a Blake buscando por un escritorio mientras el amigo de Sarah fumaba un cigarrillo y actuaba como que no le importaba una mierda. Diablos, tal vez ni siquiera estaba actuando.

—¿Cómo te llamas?— Matt preguntó.

—John Smith.

—Muy original.

El tipo lo miró con desdén, y Matt tuvo que resistir las ganas de atravesar con su puño la boca pedante de John Smith. —¿Cuándo viste a Sarah por última vez?

—No me acuerdo. ¿Para qué la quieres? No es buena para nada.

—Sólo la quiero. Si vuelve, dile que llame a su hermano.

El tipo ni siquiera parpadeó. —Ella no tiene ningún hermano.

Matt le quedó mirando. —¿Qué pasó con el bebé?

—Muerto—. Y sonrió de manera repugnante. —Probablemente Sarah está muerta también.

Matt se lanzó hacia él, pero Blake lo atajó. —No lo hagas, hombre—, dijo él, sacándolo del apartamento.

—No deberías haberme detenido—. Matt se liberó del agarre de Blake mientras llegaban a la acera.

—Verte arrestado por denuncia de asalto no nos ayudará a encontrar a Sarah. Te estaba provocando. Tú lo sabes. Ahora, ¿qué encontraste en la habitación?

—Sarah había estado definitivamente allí—. Matt sacó el collar. —Esto era de ella.

—¿Algo más?

Matt le pasó la cuenta del hospital y el horario de autobuses. ¿Por qué no te llevas esto? Yo verificaré el recibo. Necesito hacer algo. No puedo simplemente sentarme y esperar.

Blake asintió con la cabeza. —Por casualidad, ¿notaste las marcas de rasguños sobre los brazos de nuestro amigo? Parecía que una mujer con largas uñas se cruzó con él.

Matt se sintió enfermo. Apenas había mirado al tipo, tan concentrado que había estado en encontrar algo de Sarah. —Si él la lastimó, lo voy a matar.

—Bueno, tenemos que encontrarla primero.

—Tiene que estar bien—, Matt dijo, tratando de convencerse a sí mismo. Pero lo único que podía recordar eran las palabras del imbécil cuando se iba: *Probablemente Sarah está muerta también.*

## Capítulo Trece

SARAH merodeaba fuera de la entrada a la oficina de la casa de Jonathan. Dos hombres estaban con él; Jonathan se los había presentado como miembros del consejo. Se habían ido de vuelta directamente a la oficina, sus expresiones muy serias, y mientras los minutos pasaban, sus voces subieron de tono. Se preguntaba qué estaba mal. Esperaba que no hubiera puesto a Jonathan apuros. Pero mientras escuchaba, no parecía que estuvieran hablando de *ella*.

—Ayer los números fueron desesperantes—, uno de los hombres dijo. —Pauline me dijo que tuviste siete personas en los bancos.

—Creo que eran diez—, Jonathan dijo con calma.

—Estás predicando a nadie, Jonathan, y no es que te culpemos a ti, pero no podemos mantener la iglesia abierta por los pocos que vienen—, el otro hombre dijo.

—¿Por qué no? Pienso que un alma es tan importante como veinte. Y, por cierto, creo que el Señor está de mi lado en esto.

Sarah sintió sus labios curvarse en una pequeña sonrisa ante el tono seco de Jonathan. Bravo por él, pensó. Se estaba defendiendo. A los miembros del consejo no les hacía gracia.

—El presupuesto no está de tu lado. No quiero discutir contigo. Esto es definitivo. Te daremos dos semanas más para encontrar la forma de llenar esta iglesia el domingo. Si no lo puedes hacer, entonces la cerraremos. No quiero que pienses que te culpamos a ti por todo esto. De hecho, hay una hermosa iglesia en South Bay. El Reverendo Davis está planificando jubilarse el mes que viene. Creemos que tal vez te integrarías bien allí.

Sarah atrapó su labio inferior con sus dientes mientras captaba las palabras. Iban a enviar a Jonathan a otro lugar.

—Dos semanas no es suficiente tiempo. Apenas tuve tiempo de conocer a esta comunidad. Todavía tengo trabajo que hacer.

—Puedes atar los cabos sueltos que te queden en las próximas semanas. Esta iglesia en South Bay es hermosa... diez coros, grupos de mujeres, cenas picnic, eventos para recaudar fondos y una congregación que viene cada domingo llueva o truene. Es una maravillosa oportunidad para un ministro joven.

—Me gusta aquí. Esta comunidad necesita una iglesia.

El otro hombre habló con una voz brusca. —Si necesitaran tanto una iglesia, aparecerían los domingos y agradecerían a Dios por tener una.

Sarah frunció el ceño. Estos dos hombres no parecían nada religiosos para ella. Estaban



hablando de la iglesia como si fuera un supermercado que no estaba vendiendo suficiente pan.

—No es tan simple—, Jonathan contestó. —La pobreza en el vecindario cobra un precio. Algunas de las personas aquí tienen dos trabajos y el domingo lo único que quieren hacer es dormir.

—Exactamente. No necesitan ninguna iglesia.

—Por supuesto que sí. Y también la necesitan sus hijos.

—Intentaste empezar un grupo de jóvenes. Nadie vino.

—Estas cosas llevan tiempo. He estado aquí menos de un año.

—Lo siento, Jonathan. Simplemente se nos ha terminado el tiempo. Todo lo que podemos darte son dos domingos más. Háblalo con tu padre. Tal vez te pueda ayudar.

Sarah escuchó las sillas moverse, y volvió como una flecha a la sala de estar antes de que pudieran agarrarla escuchando cerca de la puerta. Su pulso estaba acelerado y tenía problemas para recuperar el aliento. No se había dado cuenta hasta este momento lo dependiente que se había convertido de Jonathan y su iglesia.

Él había sido tan bondadoso con ella. La noche anterior le había ofrecido una cama en la habitación de huéspedes en vez de forzarla a irse al refugio. Por una fracción de segundo se había preguntado cínicamente si le pegaría una visita tarde a la noche, pero simplemente le dijo buenas noches con una sonrisa suave que estaba empezando a darle calidez tanto como el ver cualquier torre de iglesia y ella había dormido en paz por primera vez en mucho tiempo.

Cuando se había levantado a la mañana, había encontrado una pila de ropa limpia fuera de su puerta, nada lujoso, simplemente jeans azules, una camiseta y algo de ropa interior, pero había apreciado el gesto. Después de tomar una ducha y cepillarse el cabello, se había sentido casi normal otra vez.

Jonathan le había hecho panqueques para el desayuno, diciéndole que su ama de llaves no vendría hasta la tarde, pero él podía arreglárselas con Bisquick, un par de huevos, y un poco de leche. Los panqueques estaban espectaculares, los mejores que nunca había comido. El resto de la mañana se había esfumado ya que le había dado mandados para hacer: un viaje a la oficina de correos y a la tienda de artículos para oficina para comprar unas carpetas de archivo.

Jonathan le había hecho sentir que ella era importante, como si tuviera algo de valor. Sarah quería mantener ese sentimiento vivo. Quería creer en las buenas cosas que había dicho en vez de las malas que seguían corriendo por su cabeza, diciéndole que no podía hacerlo, no podía lograrlo, no podía ser nada.

*Tal vez podía cuidar de Emily. Tal vez podía ser una buena madre.*

Aun cuando un rayo de esperanza intentaba mover sus alas y empezar a volar, rápidamente moría. No tenía educación, ni trabajo o dinero, ningún lugar para vivir, y parecía que la iglesia y Jonathan ya no estarían más en unos pocos días. Ni siquiera tendría un amigo entonces. Estaría de vuelta donde había empezado... en la nada.

La puerta principal de la casa se abrió. Una mujer afroamericana caminó por el pasillo. Era la misma mujer que había visto con el reverendo ese primer día, la que la había mirado a sus pechos y se había dado cuenta de que tenía un bebé. Sarah tímidamente cruzó sus brazos sobre sus pechos, aunque ya habían dejado de tener leche y se habían aplastado de la manera en que siempre habían sido, otro recuerdo de su fracaso para ser una madre.

La mujer levantó una ceja cuando vio a Sarah parada en la habitación. —Bueno, volviste. ¿Te

sientes mejor?

—Sí.

—Eso es bueno. ¿Dónde se encuentra el Reverendo Mitchell?

—Está en una reunión.

Los labios de la mujer se juntaron mientras fruncía el ceño y miraba hacia el pasillo. —¡Oh, qué cosa! Ellos vinieron temprano.

Sarah se preguntaba si la mujer se estaba preocupando sobre Jonathan o la iglesia o tal vez sólo por su propio trabajo. Parecía servir un propósito, aunque Sarah no estaba segura de cuál.

—¿Necesitas algo?—, preguntó la mujer.

Obviamente, ella se preguntaba por qué Sarah estaba parada en la sala de estar. —Jonathan, quiero decir el Reverendo Mitchell me pidió que esperara.

—Ya veo. Puedes sentarte si quieres.

—Oh, está bien—. Sarah se sentó en el sofá. Tímidamente apretó sus manos juntas mientras Pauline la miraba desde el pasillo.

—Mi nombre es Pauline—, la mujer dijo inesperadamente. —Si puedo serte de ayuda, avísame.

—Estoy bien.

—¿Qué le pasó a tu bebé?

Le sorprendió a Sarah el abrupto cambio de tema. Aparentemente, ahora que se conocían por nombre, Pauline quería más información. —Ella está con unos amigos.

—No pareces del tipo que tendría muchos amigos.

Sarah no sabía qué decir en respuesta. Dudaba que Pauline creyera algo de lo que tenía que decir.

—Espero que tomes cualquier ayuda que el Reverendo Mitchell te ofrece—, Pauline dijo. —No es nada fácil allí afuera en la calle. Podrías escaparte de una mala situación solamente para encontrarte en una peor. Bueno, pega un grito si necesitas algo.

Sarah asintió con la cabeza y dejó salir un suspiro de alivio cuando estuvo sola otra vez. La reunión en la otra habitación todavía estaba en progreso. Demasiado inquieta para quedarse sentada, Sarah se puso de pie, caminó rápidamente hacia la puerta principal y se deslizó fuera de la casa tan silenciosamente como pudo. Se le ocurrió que siempre se estaba yendo, siempre escapando, siempre tratando de huir de sus problemas, igual como su mamá. ¿Pero dónde se iría luego? Esa fue la pregunta que la acosaba mientras caminaba por la acera.

Tal vez debería ir a casa de Mattie, a ver si podía encontrar a Emily. Sólo el pensar en su bebé hizo que su estómago se contrajera en un hambriento anhelo. Cómo quería acunar a Emily otra vez, tocar su suave cabecita, susurrarle que todo estaría bien, de la forma en que lo había hecho cada noche cuando yacía en la cama, su mano presionada sobre su estómago, sintiendo los piecitos del bebé patear y moverse dentro de ella.

Sarah jadeó ante el torrente de emociones que la golpearon. El sofocante dolor le robó el aliento de su pecho y puso una mano sobre su corazón, preguntándose si alguna vez dejaría de doler. Intentó decirse a sí misma que no importaba si ella tuviera dolor, siempre y cuando su bebé no lo tuviera.

Mientras inhalaba largas, calmantes bocanadas de aire y debatía entre irse y quedarse, vio a la mujer con la regadera otra vez. Estaba a casi una cuadra de ella, su gran sombrero de paja le

tapaba su rostro. Sarah de repente tuvo el impulso de alcanzarla. Había algo tan familiar sobre la mujer, la manera en que caminaba, la forma en que se concentraba tan intensamente cuando regaba, y aun así no podía ser verdad. Era imposible, ¿no es cierto?

Sarah corrió por la calle, casi tan temerosa de alcanzar a la mujer como estaba de perderla.

\* \* \*

—Creo que te ves perfecta en un vestido sin tirantes, algo simple, elegante, sofisticado—, Caitlyn murmuraba mientras estudiaba a la mujer delgada frente a ella. Por primera vez en mucho tiempo, sus dedos le picaban por un bloc de bosquejos y un lápiz. Pero no estaba cerca de su mesa de dibujo. En su lugar estaba parada delante de un perchero de vestidos que venían de cada diseñador top del país, recordándole que sus sueños habían estado colgados por tanto tiempo.

—Ninguno de estos está bien—, Danielle Slawson replicó. —Y no quiero lo que todo el mundo tiene.

Caitlyn no pensaba que mucha gente lo tenía, pero así era el mundo.

—Me gustaría mi propio vestido, algo hecho sólo para mí. ¿Conoces algún diseñador con quien pudiera trabajar?

Caitlyn titubeó. Si decía que sí, tal vez tendría que diseñar un vestido y ella no había completado un dibujo desde antes del accidente. ¿Y si no podía hacerlo?

—Veo algo con una larga fila de pequeñas perlas sobre mi espalda, encaje intrincado, pero nada demasiado voluminoso o común—, la mujer dijo con una nota de nostalgia en su voz. —Sabes, he esperado treinta y ocho años para encontrar al hombre perfecto para casarme. No quería conformarme con el segundo mejor y con certeza no quiero quedarme con el vestido que no sea el mejor.

Caitlyn sintió algo dentro de ella moverse por las palabras sinceras de Danielle. Ella se preguntaba si no había alcanzado una solución de compromiso en el pasado, si Brian no había sido demasiado fácil. Se deslizó dentro de su vida como uno de la familia. Ella había sido inocente, había querido lo básico: alguien que la amara, alguien que le prometiera que nunca estaría sola, alguien que escondería todo lo malo para que no tuviera que verlo. Pero Brian la había dejado para que enfrentara las cosas malas por sí sola, y se había convertido en una mujer que quería más que lo básico.

—Quiero que todo en la boda sea real y honesto y no del perchero—, Danielle añadió, causando que la atención de Caitlyn se volviera al asunto a mano. Sonrió disculpándose. —Sé que me estoy dejando llevar. Mis amigas apenas lo pueden creer. Siempre había sido una mujer de carrera profesional, pero Travis me hace sentir toda empalagosa por dentro.

Caitlyn le ofreció una sonrisa. —Deberías dejarte llevar. Casarse es una de las cosas más importantes que alguna vez harás. Deberías tener tu boda exactamente de la forma en que quieres. ¿Me permitirías diseñarte un vestido para ti?— Caitlyn le preguntó impulsivamente mientras Danielle empezaba a darse vuelta.

Se veía sorprendida. —¿Puedes hacer eso?

—Me parece que sí. Puedes aprobar el diseño y estar involucrada en cada paso de él. Pero ya que tenemos algo de tiempo, me gustaría intentar y presentarte algo que te encante.

—Eso sería fabuloso. ¿Cuándo podemos empezar?

—Ya tengo unas ideas. ¿Por qué no te presento algunos bosquejos y, si te gusta la idea básica,

podemos hablar sobre precios y plazo de entrega, te parece?

—Suena perfecto. Esto será grandioso. Sabía que este era el lugar correcto para venir. Tenía un buen presentimiento sobre ello. Otro derivado de esta cosa llamada amor... buenos presentimientos. Solía planificar todo. Ahora, estoy trabajando por instinto.

—Intentaré mantener la racha de buena suerte—, Caitlyn dijo.

—Grandioso. Te llamaré la semana que viene.

Caitlyn la despidió, luego caminó hacia el frente de la tienda, donde Jolie estaba llevando cuenta de los recibos mientras Emily estaba sentada cerca en su asiento infantil. Gracias a Dios, Emily había sido un melocotón de bebé toda la mañana, gorjeando y sonriendo y felizmente yendo de novia en novia, cuando con nostalgia habían pedido sostenerla.

—¿Te estás portando bien?— Caitlyn preguntó mientras alzaba a Emily.

—Estoy muy bien—, Jolie replicó con una sonrisa. —Oh, quieres decir Emily. Ella es perfecta. Tú, sin embargo, dejaste ir a alguien sin hacer una venta—. Ella inclinó su cabeza hacia Danielle que se iba. —Pensé que tenías un pez en el anzuelo con ella.

—Pensé que diseñaría un vestido para ella en vez de venderle uno del perchero—, Caitlyn dijo de manera informal, como si no fuera gran cosa, como si no fuera el avance que habían estado esperando.

Los ojos de Jolie casi saltaron de sus cuencas. —¿No puede ser! ¿Puedes hacerlo de verdad?

—Espero que sí—, dijo Caitlyn con fervor. —Mis dedos de hecho tenían un cosquilleo mientras estaba hablando con ella. Quería dibujar algo en ese mismo instante y lugar.

Jolie alcanzó bajo el mostrador y sacó un papel. —Bueno, diablos, empieza.

Caitlyn se rio. —Eh, presióname un poco.

—Sólo que estoy encantada de que estés considerando la idea. Tienes tanto talento, Caitlyn. Odio ver que estás desperdiciando ese talento.

—Vaya, frénate un poco. Dije que lo intentaría. No sé si tendré éxito—. El miedo ya se estaba infiltrando en su mente. ¿Y si nada le venía? ¿Si su mano se congelaba con el lápiz? La mujer no quería el segundo mejor. Ella quería el mejor vestido de novia y Caitlyn le acababa de decir que le haría uno cuando de hecho no tenía idea de si podía.

—Puedes hacerlo—, dijo Jolie, leyendo su mente. —Has cambiado en los últimos días. De hecho, lo noté ayer a la mañana en el brunch cuando estabas tirada encima de Matt.

—Yo no estaba tirada encima de él.

—No es un crimen el que te guste otra persona.

—No creo que Brian o mis padres estuvieran de acuerdo contigo.

—Ellos no están viviendo tu vida. Confía en tus instintos.

Caitlyn estaba emocionada por la lealtad sin límite y el apoyo de Jolie. —Eres una gran amiga—. Ella hizo una pausa, mirando alrededor de la concurrida tienda, sabiendo que este no era el momento de compartirlo pero segura de que lo haría pronto.

—Quiero hablar contigo sobre algunas cosas.

—Cuando quieras, Cait. No me debes ninguna explicación—. Su mirada se suavizó mientras estudiaba a Caitlyn y a Emily. —Estás loca por ese bebé, ¿no es cierto?

—Intenté mantener mi distancia, pero no funcionó.

—Gran sorpresa. Supe en el segundo que te vi con ella que te enamorarías de ella. ¿Qué vas a hacer cuando su madre vuelva?

Caitlyn suspiró. —Le diré adiós, creo.

—No creo que sea tan fácil.

—No tendré opción. Si vuelve, por cierto.

—¿Qué quieres decir?

—Es posible que no vuelva—. Caitlyn se sintió culpable cuando las palabras salieron de su boca. Matt la odiaría por perder la fe en Sarah, pero Caitlyn no se podía imaginar cómo una mujer podía dejar su bebé durante tantos días sin una palabra. Ya fuera que algo le había pasado a Sarah o que no estaba bien como para ser una madre. Ninguno de los dos escenarios era bueno para el futuro de Emily. A menos que el futuro de Emily fuera con Matt. Él podría ser un buen padre, Caitlyn pensó, sintiendo un ola de tristeza levantarse y agarrarla de la garganta. Ese era el problema con la verdad. No solamente dolía una vez. Dolía una y otra vez, cada vez que pensaba en ello.

—¿Qué pasa con Emily si su madre no vuelve?— Jolie preguntó.

—No lo sé. Creo que Matt tal vez la críe.

Jolie asintió, su expresión pensativa. —Eso tendría sentido. ¿Tú...? No importa.

—¿Qué?

—¿Cómo te sentirías... criando el bebé de otra persona?

Caitlyn tragó saliva, sabiendo en su interior que esa sería la única manera en que podría criar a un hijo.

—No lo sé—. Desvió la vista de la mirada inquisitiva de Jolie. —Pero este bebé será la responsabilidad de Matt, no la mía.

Caitlyn levantó la vista mientras el tema de su conversación entraba en la tienda. Cuando sus ojos se encontraron, ella sintió una inevitable sacudida de deseo golpear su cuerpo, haciendo que su corazón latiera con fuerza y sus palmas sudaran. El haber compartido su peor secreto con este hombre solamente había hecho más profunda la intimidad entre ellos.

Jolie se aclaró la voz mientras la mirada entre Caitlyn y Matt continuaba por demasiado tiempo. —Gusto de verte otra vez, Matt—, dijo ella deliberadamente.

Él se sobresaltó, mirando hacia Jolie por primera vez. Caitlyn sintió una pequeña ráfaga de placer que por un segundo Matt solamente había tenido ojos para ella.

—Espero que Emily no haya causado demasiados problemas—, dijo él.

—Ella ha sido un melocotón—, Jolie replicó. —Pero toda esta charla de bebés está haciendo doler mi útero, por lo que me voy de vuelta a trabajar.

—¿Tuvieron suerte?— Caitlyn preguntó a Matt cuando estaban solos.

—Un poco. El apartamento es un agujero, bebidas alcohólicas por todos lados, probablemente drogas si buscas lo suficiente—. Su boca se arrugó de disgusto. —Y había un moisés al lado de la cama.

—¿De Emily?— Caitlyn susurró consternada, odiando la idea de que el bebé en sus brazos había dormido una vez en tal lugar.

—Creo que sí. No puedo creer que Sarah vivía allí. Aunque por qué estoy sorprendido, realmente no lo sé. No es que ella haya crecido en un palacio.

—¿Te dijo algo el hombre que vivía allí?

—Ni siquiera su nombre verdadero, pero eso no debería ser muy difícil de averiguar. Junté unos papeles que Sarah dejó atrás.

—Entonces estabas en el lugar correcto.

—Me temo que sí.

—No entiendo algo, Matt. Sarah sabe donde estás, aun si tú no sabes donde está ella. ¿Por qué no vuelve para buscar a Emily?— Caitlyn no pudo evitar expresar la pregunta, aunque ella sabía que haría a Matt ponerse incómodo. Bueno, que se aguante. Él había jugado béisbol con ella temprano esta mañana sobre decir la verdad. Tal vez él necesitaba decirse la verdad a sí mismo.

—No puedo contestar eso—. Matt levantó una mano mientras ella empezaba a interrumpir. — Sé lo que vas a decir, pero no lo hagas, ¿sabes?

Ella titubeó, pero no era tan dura como él. Ya podía ver la preocupación y duda en sus ojos y ella no podía añadirle a eso. —Está bien, me callaré por ahora. Creo que te corresponde meter tu cabeza en un hoyo de vez en cuando.

Matt extendió los brazos para tomar a Emily y Caitlyn puso al bebé en ellos, sintiendo que él necesitaba un abrazo más que ella.

—¿Te ha vuelto loca hoy?— preguntó.

—No, ha estado perfecta.

Levantó una ceja. —¿Perfecta? ¿Nuestra Emily?

Ella sintió otro retorcimiento desgarrador en su estómago por el uso de la palabra *nuestra*, pero trató de no mostrarlo. —Creo que las mañanas son mejores para ella; duerme mucho.

—Ni me lo cuentes. Es el medio de la noche lo que no le gusta. Creo que debes querer que me la lleve a casa.

Caitlyn suspiró ante la palabra *casa*. Sin importar lo que decía, sin importar lo tranquila que ella trataba de actuar, aun así estaba permitiéndose ser arrastrada más y más adentro de la vida de él, hasta que dudaba que sería capaz de salirse por sí misma. Y él la querría afuera tarde o temprano. Ella no dudaba eso. Esta fantasía que estaba viviendo llegaría a su fin. Sarah regresaría. Emily se iría con su madre y Matt volvería a ser simplemente su vecino, alguien a quien pasaría ocasionalmente en el pasillo, no alguien a quien besaría o con quien compartiría historias bajo la luna en el techo. No podía hacerse a la idea de que alguna vez habría algo más.

—No te olvides de evitar a la señora Pederman—, ella dijo mientras él ponía a Emily en su asiento infantil.

—Lo intentaré. ¿Cuándo regresarás a casa?

—Puedo irme temprano. Los lunes son usualmente tranquilos. Y tengo un bosquejo en el cual tengo que trabajar—. Ella le ofreció una sonrisa resplandeciente. —Dije a una novia que trataría de diseñar un vestido para ella y creo que podría ser capaz de hacerlo. No sé lo que ha cambiado. En realidad, eso no es verdad. Sí sé lo que ha cambiado.

—La verdad te hará libre—, citó con una sonrisa. —Sólo piensa en lo que podrías llegar a dibujar cuando finalmente se lo digas a tus padres y a Brian.

Ella le hizo una cara. —No te pases.

—Ni soñaría con hacerlo.

—¡Ja! Eso es todo lo que haces.

—Nunca he obtenido nada por ser paciente—. Se inclinó hacia ella y presionó un cálido beso contra sus labios.

—¡Matt!

—Se me ocurrió que no ibas a besarme primero—, dijo sin disculparse.

—No estaba planificando besarte para nada.

—Esa es la diferencia entre nosotros. No me gusta planificar. Me gusta vivir el momento.

Ella sintió un escalofrío correr por su espalda mientras el brillo en sus ojos tomó un nuevo significado.

—Escucha, mi editor, David, y su esposa, Jackie, están esperando un bebé—, él continuó. — Les gustaría conocer a Emily y nos han invitado a cenar.

—Oh, bueno, suena bien. No tendrás que cocinar.

—Ni tampoco tú.

—Ellos no quieren conocerme a mí.

—Sí, lo quieren. David específicamente dijo que quería conocer a la mujer que me había llevado a una tienda de bebés.

Caitlyn se sintió ridículamente complacida por su invitación. No era una cita. Ni siquiera estaba cerca de ser una cita, pero se sentía bien, mejor que bien. Y ella no estaba pensando en examinar ese sentimiento ni un poco más de cerca.

—¿Vendrás?— Matt preguntó.

—Claro.

—Bien—. Colgó el bolso de pañales por su hombro. —Por cierto, David y Jackie pensaron que deberían tener un poco de práctica con el bebé mientras tienen la oportunidad. Se han ofrecido a cuidar a Emily por una noche, así puedo dormir un poco...— Él sonrió maliciosamente a Caitlyn. —O, no, dependerá si tengo una mejor oferta.

\* \* \*

Una mejor oferta... Las palabras todavía corrían por la mente de Caitlyn varias horas después mientras se ponía un elegante e informal vestido suelto negro. No tenía idea si los amigos de Matt eran del tipo que se vestían para cenar y quería integrarse de cualquier forma.

Por supuesto, lo que sea que fueran sus amigos o no, no debería afectar su elección de ropa interior, pero las palabras de despedida de Matt... *una mejor oferta...* con certeza le habían hecho considerar la nueva ropa interior de seda. No es que Matt fuera a ver su ropa interior. Ellos no tenían esa clase de relación. Eran amigos, sólo amigos, se dijo a sí misma firmemente mientras echaba una última ojeada al espejo de su dormitorio y vio una mujer que se había vestido elegantemente para un hombre, un hombre muy especial.

¿A quién diablos estaba engañando? Ella se sentía atraída por Matt de una manera que era mucho más amistosa que una amistad necesitaba serlo. De hecho, ella estaba loca por él, lisa y llanamente. Y cada vez que la besaba sólo la hacía querer hacerlo otra vez, por más tiempo y más lentamente, una y otra vez.

Ella puso una mano sobre sus mejillas calientes mientras daba la espalda al espejo, de alguna manera avergonzada por su propia lujuria. Nunca se había considerado a sí misma una persona apasionada. Su vida sexual no había sido abrumadora. Mientras Brian había sido atento y generoso, en retrospectiva no había sido tan difícil dormir en la cama con él sin tener sexo. De hecho, habían pasado muchas noches compartiendo el mismo espacio sin hacer el amor. ¿Por qué? Se preguntaba ahora. ¿Por qué no había estado abrumada con necesidad y deseo?

Tal vez porque no se había dado cuenta de cuán fuertes pueden ser esas emociones. Porque Brian nunca le había hecho desearlo tanto como deseaba a Matt. Suspiró, otra verdad asomando su

horrible rostro. Y lo peor era que Matt ni siquiera lo intentaba en su mayor parte. Oh, seguro, unos pocos besos tentadores aquí y allá, pero él tenía efecto sobre ella solamente con entrar en la habitación. Y esa sonrisa literalmente hacía que sus rodillas se aflojaran. ¿Esto era amor, entonces?

No, no podía ser. No debería ser. Era demasiado confuso y perturbador. Esto no era tranquilo y seguro. Esto daba miedo y..., era excitante... y hermoso. Tal vez era solamente lujuria. Eso es, pura, auténtica lujuria. Había escuchado sobre esto antes. Simplemente no lo había experimentado hasta ahora. Pero todos sabían que la lujuria no era amor. No se podía comparar a ambos, ¿verdad?

Antes de que una respuesta se pudiera registrar en su cerebro, escuchó a Matt golpear la puerta. Tomó su cartera y caminó a la sala de estar, su pulso ya se encontraba al límite, y no había siquiera abierto la puerta todavía. Ella estaba en problemas, graves problemas.

—Por primera vez, estás a tiempo—, dijo ella, luego se detuvo en seco, horrorizada al encontrar otro visitante inesperado en su pasillo.



## Capítulo Catorce

—MAMÁ. ¿Qué estás haciendo aquí?— Caitlyn preguntó.

Marilyn Devereaux estaba parada en la puerta vestida con un traje negro y una blusa de seda blanca. Su traje de poder, ella gustaba llamarlo, el que reservaba para cenas del profesorado de la universidad. Caitlyn sintió el corazón hundirse en su estómago. Marilyn quería algo, y Caitlyn tenía un presentimiento que su madre no se iría hasta que lo obtuviera.

—Vine a hablarte, por supuesto—, Marilyn replicó. —¿Puedo entrar?

—Justo estoy por salir.

—Puedo ver eso—. Las cejas de Marilyn se entretejieron en un pensativo ceño fruncido, como si el atuendo de Caitlyn de repente hubiera tirado sus planes por la borda. —¿Vas a ir a ver a Brian?

—No.

—Oh. Bueno, no te sacaré mucho tiempo.

—Está bien—. Caitlyn dio un paso hacia atrás y dejó entrar a su madre al apartamento, sintiéndose un poco como un niño a quien se le había agarrado con su habitación hecha un desastre.

—¡Madre mía!, Marilyn exclamó. —Esto se ve más como un taller clandestino que un apartamento.

—Ya que yo soy la que está sudando con el trabajo, me parece que está bien.

—Jolie me dijo que la clientela está aumentando y que la tienda es muy exitosa. Debes estar orgullosa.

—Estoy orgullosa por ambas, Jolie y yo. Aunque, todavía lo estamos tomando día a día. No queremos sentirnos demasiado seguras, pero en general se ve bien.

Marilyn tomó un retazo de encaje y le pasó los dedos pensativa. —Eres tan diferente a mí—, ella reflexionó. —Nunca estuve interesada en coser. Ni siquiera puedo coser el dobladillo de un par de pantalones. De hecho, pocas de las destrezas femeninas me vienen de manera natural. Gracias a Dios por las amas de llaves—, dijo con una rápida sonrisa.

—No viniste a hablarme sobre amas de llaves, ¿verdad, mamá?— De alguna manera Caitlyn tampoco pensaba que había venido a hablar sobre el tema de su casamiento.

—No. Quería hablarte sobre Brian.

Caitlyn suspiró, sabiendo lo que se aproximaba. —Sé como te sientes, mamá. Sé que tú y papá adoran a Brian.

—Solías adorarlo también. Y vi el cuidado que tuviste al planificar tu boda, diseñando tu vestido, las invitaciones que elegimos juntas.

—¿Cuál es tu punto?

—Sé que estabas enojada con Brian cuando se fue para aceptar su beca de investigación. Pensaste que estaba dando más importancia a su carrera que a ti... de la manera en que tu padre y yo lo habíamos hecho.

Caitlyn no podía creer que su madre estuviera admitiendo eso.

—No soy estúpida—, dijo Marilyn, mirándola a los ojos. —Sé que no soy la madre que querías. Me acuerdo cuando solías visitar a Stacey Dempsey. Solías describir los bocados que hacía la señora Dempsey después de la escuela una y otra vez, hasta el cansancio. Y los almuerzos que la señora Dempsey hacía para Stacey siempre estaban en contenedores Tupperware con carne asada y zanahorias y todas las cosas pequeñas que hacían un almuerzo especial, inclusive notas tontas de su madre. Y la señora Dempsey hacía disfraces de Halloween y hacía de voluntaria en la escuela y hasta hacía sus propias velas. Querías tanto ser su hijita. Yo estaba terriblemente celosa.

—No creo que esa sea la verdad—, Caitlyn dijo, de alguna manera insegura y cautelosa de las extrañas ganas de reflexionar de su madre. Nunca habían compartido confidencias durante los años; su madre había estado demasiado ocupada para tener tales conversaciones. De hecho, ella estaba sorprendida de que su madre siquiera recordara a la señora Dempsey.

—Oh, sí era verdad, seguro—. Querías que fuera el tipo de madre que no sabía cómo ser.

—Sospecho que no tuviste la hija que querías, tampoco.

—Desearía arreglar esta brecha entre nosotras, querida.

—Sé que sí. Siempre quieres arreglar todo.

—Ha sido peor desde el accidente—, Marilyn continuó. —Nada de lo que dije era lo correcto. Y después de que Brian se fue, te volviste aún más distante. Desearía que hubieras visto a un terapeuta. Aunque no es demasiado tarde.

—Un terapeuta no me haría sentir diferente sobre Brian, porque la verdad es...— Caitlyn titubeó, dándose cuenta de cuán grande era el lugar que la verdad había terminado por abarcar. —La verdad es que me siento diferente sobre mí misma y lo he sido desde el accidente.

—Eres la misma, Caitlyn, más hermosa que nunca. Hasta las cicatrices han desaparecido. Nadie lo sabría.

—Pero yo lo sé. Y no lo puedo barrer bajo la alfombra incluso si es lo que el resto de ustedes quiere hacer.

—No queremos hacer eso. Sólo queremos que continúes con tu vida.

—He continuado con mi vida. Simplemente que no lo estoy haciendo de la manera en que te gustaría ver. Pero, ¿sabes qué, madre?, está bien, porque no escucho la misma sintonía que tú.

Marilyn se veía confundida. —¿Qué tiene que ver esto con música?

Caitlyn sonrió, sintiéndose mucho más segura de sí misma de lo que se había sentido en años, tal vez porque por primera vez en su vida no estaba tratando de defenderse a sí misma. —Marcho a un ritmo diferente al tuyo, papá, y Brian. He intentado siempre seguirles el ritmo, pero no puedo. Acabo de darme cuenta de que está bien. Eres una gran Marilyn Devereaux. No necesitas un clon. No tengo que ser como tú.

—Nunca quise que fueras como yo.

—¿Ah no? ¿Por qué todos los arreglos, entonces? ¿Los esfuerzos extremos que tomaste para

hacerme mejor?

—Sólo quería que fueras lo mejor que pudieras ser.

Caitlyn miró a los ojos de su madre y vio que realmente creía lo que estaba diciendo. —Tal vez ese era tu motivo, pero tus arreglos siempre me hicieron sentir como un trabajo feo en progreso. Cuando tenía un problema tenía miedo de decírtelo, porque sabía que criticarías cualquier elección que hiciera.

Marilyn negó con la cabeza asombrada. —Todos estos años te has sentido así, y ¿nunca dijiste nada al respecto?

—Lo intenté miles de veces.

—Bueno, no lo intentaste lo suficiente.

Caitlyn se sonrió exasperada. —¿Te escuchaste a ti misma?

Marilyn empezó a hablar, luego se detuvo. —Oh, eso no salió bien, ¿no es cierto?

—No.

—Bueno—. Su madre asintió. —Pienso que fue bueno que tuvimos esta pequeña charla. —Se volvió con la cabeza cuando escuchó un golpe en la puerta.

Matt, Caitlyn se dio cuenta consternada. Había esperado deshacerse de su madre antes de que Matt llegara.

—¿Quién es?

—Matt.

—¿Tu vecino? ¿Vas a ir a una cita con tu vecino?

—No es una cita, sólo una cena con unos amigos.

Matt golpeó con más impaciencia esta vez, y Caitlyn se acercó para abrir la puerta.

Ya se sentía intranquila con la llegada de su madre, pero el ver a Matt limpio después de una ducha con el cabello mojado y mejillas recién afeitadas, con un aroma a algo deliciosamente sexy, le llevó el resto de su aliento. Sin mencionar que este tosco y atractivo hombre estaba cargando un bebé en sus brazos, un bebé vestido todo de rosa y con un moño un poco torcido en la cabeza que Matt había obviamente intentado poner.

Una sonrisa complacida se extendió en el rostro de Caitlyn mientras se acercaba para enderezar la cinta. —Se lo pusiste aunque pensaste que era tonto para ella usar el moño cuando no tenía mucho cabello.

—Bueno, a ti te gustó—, dijo él con voz ronca. —Y esta es la primera noche que sale a pasear.

—Es tan hermosa.

—Tú también—. La mirada de Matt cambió cuando miró más allá de Caitlyn. —Oh, no me había dado cuenta de que tu madre estaba aquí. Hola, señora Devereaux.

—Hola Matt. Por favor llámame Marilyn.

—Marilyn—, él saludó.

Un silencio cayó entre ellos... un silencio incómodo, Caitlyn pensó.

—Puedo esperarte—, Matt dijo. —Sólo golpea mi puerta cuando estés lista.

—Estoy lista ahora.

—Sí, ella está lista—. Marilyn se acercó lo suficientemente a Matt para acariciar la cabecita de Emily. —¿Dónde dijiste que está que su madre?

—Eh, mi hermana tuvo que irse por unos días.

—Espero que tu hermana no sufra por su ausencia. Los hijos tienen una manera de culpar a sus padres por todo lo que les va mal en la vida—. Marilyn miró hacia Caitlyn. Puede que hayas pensado que no te necesitaba en mi vida o no te quería porque no eras perfecta. De manera extraña, me he sentido de la misma forma—. Dejó que captara las palabras durante un momento, luego dijo, —Pero sin importar lo que pienses, Caitlyn, te quiero, y eso nunca cambiará.

Caitlyn sintió una humedad sospechosa en sus ojos mientras miraba a su madre decir adiós e irse por el pasillo. Quería contestarle algo, pero las palabras no salieron.

—No es demasiado tarde—, Matt dijo. —La puedes alcanzar en el ascensor.

Caitlyn debatió la idea, luego sacudió su cabeza. —No esta noche.

—¿Le dijiste...

—No eso. Pero otras cosas—. Ella inhaló el aire y forzó una sonrisa en su cara. —Vamos a cenar.

—¿Te he dicho que te ves increíblemente sexy esta noche?

—Mencionaste algo como hermosa, pero no creo que haya escuchado sexy.

—Sexy y hermosa. Por cierto, no te sorprendas si mis amigos tratan de ser casamenteros. Al igual que tus padres, les gustaría verme feliz en pareja con una mujer.

Caitlyn estaba empezando a pensar que le gustaría ver lo mismo... sólo que no en pareja con cualquier mujer, sino con ella.

\* \* \*

Jonathan no podía creer que Sarah lo hubiera dejado sin una palabra de despedida. Había interrogado a Pauline como un fiscal, sabiendo que estaba exagerando por la expresión atónita de su rostro. Pero no podía cesar de sentir que al perder a Sarah estaba perdiendo una preciosa parte de sí mismo que tal vez nunca volvería a recuperar.

Había pasado toda la tarde buscando a Sarah en vez de considerar la probable transferencia y el cierre de la iglesia. Ahora eran casi las siete, se estaba poniendo oscuro, y estaba sentado en la sala de estar de su casa que se sentía tan fría como su corazón. ¿Por qué no podía conservar las cosas? ¿Por qué no podía hacer que la gente hiciera lo que él quería que hicieran? ¿Por qué no podía encontrar las palabras apasionadas correctas para persuadir?

Su mirada se dirigió a la fotografía sobre la repisa, su madre y su padre en el día de su boda. Era una foto que nadie quería más que él.

Su madre había dejado a su padre justo después del décimo tercer cumpleaños de Jonathan, diciendo que no podía ocupar el segundo lugar después de Dios por el resto de su vida. Y debido a que Jonathan era casi un adolescente, ella pensó que sería lo mejor si él vivía con su padre y la visitaba durante los fines de semana. Había querido protestar, pero su padre había estado de acuerdo con el arreglo, y Jonathan no había encontrado las palabras para persuadirlos de otra manera.

Ahora estaba por perder la iglesia que había aprendido a amar porque todos pensaban que sería mejor para él ir a otro lado. Y si no hablaba, si no decía que no, estaría en South Bay en menos de un mes, dejando atrás este vecindario y los amigos que había hecho aquí sin una iglesia, sin un ministro y tal vez sin un amigo. ¿Pero era lo suficientemente fuerte como para luchar por la iglesia que servía? ¿Podría encontrar el argumento correcto para convencer al consejo de que la iglesia necesitaba permanecer abierta?

Y Sarah... ¿Dónde se había ido? ¿Por qué se había ido cuando le había pedido que esperara?

No sabía por qué le importaba tanto esta mujer. Bueno, tal vez lo sabía. Tal vez veía en ella un poco de sí mismo, falta de confianza en sí misma, un gran corazón, pero la incertidumbre de cómo usar dicho corazón. Miró hacia el techo y rezó, —Señor, podría usar un poco de ayuda aquí. ¿Cómo puedo ayudar a Sarah si no la puedo mantener cerca de mí?— Hizo una pausa. —Tal vez no tenga que ayudarla. ¿Es eso? ¿Ha venido a mi vida por alguna otra razón?

Ni siquiera Dios parecía hablarle en estos días, Jonathan pensó con una depresión que oprimía su corazón. Pero al mismo tiempo, el Señor probablemente no tenía mucha paciencia para la autocompasión, ni tampoco Jonathan. Estaba actuando como si tuviera que salvar a la iglesia él solo y por sí mismo. Se le ocurrió que esa no era la manera en que debía ser. La única manera de salvar la iglesia era que la gente de la comunidad lo hiciera, y él no se lo había pedido. La respuesta estaba de repente obviamente clara, tan fuerte en su cabeza que se preguntaba si otra persona había hablado, una voz más grande tal vez, pensó, dirigiendo otra mirada al techo. —Gracias—, murmuró.

Jonathan se paró y alcanzó el teléfono. Tal vez no podía inspirar a una multitud, pero podía influenciar a la gente una a una. Marcó el número de Martina Petrovka, una de las pocas practicantes leales que tenían.

—Hola, Martina—, dijo cuando escuchó la distintiva voz con acento en el otro extremo de la línea. —Necesito un favor.

—Lo que necesite, Reverendo Mitchell.

—Necesito que llames a todas las personas que conoces— empezó, su voz con fervor creciente con cada palabra que decía, hasta que Martina estuvo casi tan contenta por el desafío como él mismo. Sólo tenía dos semanas para mejorar las cosas. Bueno, el Señor había creado el mundo en siete días. De seguro él podía salvar una pequeña parte de ese mundo en los próximos catorce.

El timbre sonó por toda la casa, encendiendo otra chispa de esperanza en su corazón. Abrió la puerta y emitió el nombre que había estado en sus labios todo el día. —Sarah.

—Jonathan—, dijo ella, llamándolo por su nombre. De repente, ya no eran pastor y laica, eran hombre y mujer.

\* \* \*

Caitlyn nunca había estado tan consciente del contacto con un hombre como en esta noche. Había empezado con la mano de Matt sobre la parte baja de su espalda mientras la hacía pasar a la casa de los Sterns, luego los roces de sus manos mientras tomaba a Emily de sus brazos, la caricia de sus dedos sobre sus muslos para tranquilizarla mientras se sentaban uno al lado del otro a la mesa durante la cena.

Cada vez que la tocaba, un pequeño cosquilleo tonto corría por su espalda. No podía evitar que su pulso se acelerara cuando él le sonreía, no podía evitar que su corazón se detuviera cuando se reía o sonreía. Sólo esperaba que ningún otro lo hubiera notado.

—¿Caitlyn?

Ella se sobresaltó, de repente consciente de que todos en la mesa la estaban mirando. Tanto que quería pasar desapercibida. —¿Me perdí algo?

—No estás comiendo tu postre—, dijo Jackie. —¿Está bien?

—Está bien. Sólo estaba pensando en ...— Caitlyn le echó una mirada rápida a Matt, quien tenía una pequeña sonrisa burlona en el borde de la boca, y se le ocurrió que todos esos inocentes roces podrían haber sido deliberados. —Sólo estaba pensando en la hermosa vajilla de porcelana en tu vitrina—, ella mintió.

—Era de mi madre—, Jackie replicó. —Nos dio el juego completo a mí y David cuando nos casamos. Parte de la tradición “algo viejo”. Ella dijo que estaba más que feliz de pasarme las cenas de familia a mí, y entonces me correspondía tener los platos, también.

—Son hermosos. Y me gusta el hecho de que te los han pasado. Hace al juego más especial.

—Oh, estoy de acuerdo. Debes de saber mucho sobre casamientos, Caitlyn. Apuesto a que tendrás una boda espectacular cuando te cases.

Caitlyn se encogió, viendo a Jackie y David intercambiar una mirada conspiratoria.

—Ese es el problema con la gente casada—, Matt interrumpió. —Quieren que todo el resto se case para que puedan compartir su miseria, quiero decir su felicidad.

—Muy gracioso—. Jackie le hizo una cara. —El casamiento no significa miseria. David y yo somos inmensamente felices. ¿No es cierto?

—Eh, sí—, David dijo, enviándole una mirada molesta. —Eso que estás pateando es mi pierna, en caso de que no lo hayas notado.

—Claro que es tu pierna. Dile a Matt lo feliz que eres.

Matt se rio. —No te preocupes. Está escrito por toda tu cara, amigo.

—Soy feliz—. David le dio una sonrisa tierna a su esposa. —Nunca pensé que sería tan feliz. Aunque recibo montones de moretones en mi espinilla cuando tenemos invitados a cenar.

Jackie se inclinó sobre la mesa para besarlo. —Te lo compensaré luego.

—La mejor parte de las peleas maritales—, David dijo con un guiño en la dirección de Matt.

—Te contaré un secreto. No tienes que estar casado para tener sexo—, Matt dijo secamente. —A pesar de lo que nos hayan dicho en la clase de educación física.

Caitlyn agarró su cuchara y tomó un bocado de su postre mientras la conversación fluía a su alrededor. El dulce de mousse de chocolate y crema batida se deslizó por su garganta cual deleite celestial. —Esto es fantástico.

—Una receta de mi madre—, dijo Jackie. —Me alegro que te guste.

—Me encanta.

—A mí también. He estado comiendo demasiado del mismo en los últimos nueve meses—. Descansó la mano sobre su panza embarazada. —Lo único bueno es que ahora tengo una pequeña mesa para atrapar todas las migas que se caen de mi boca.

Caitlyn se quedó mirando la panza de Jackie y un persistente dolor creció en su abdomen. ¿Por qué no podría haber perdido la necesidad de tener hijos junto a la habilidad de hacerlo?

—Entonces, ¿qué te parecen los Giants?— Matt preguntó, cambiando de tema con una deliberación que no engañó a Caitlyn ni por un segundo. Una agradable calidez se extendió a través de ella cuando se dio cuenta de que había visto su incomodidad y actuó al respecto sin siquiera preguntar. Esa era la gran diferencia entre Matt y Brian. Brian necesitaba un libro para entenderla. Todo lo que Matt tenía que hacer era mirarla.

—No vamos a hablar sobre deportes—, Jackie interrumpió. —Esta es una cena de fiesta. ¿Quieres escuchar los nombres que hemos elegido para nuestro bebé?

—Oh, querida, ellos no quieren escuchar eso—, David protestó.

—Abigail si es una niña y Matthew si es un varón—, Jackie dijo.

Matt se veía asombrado. —¿Vas a llamar a tu hijo por mí?

—No es por ti. Es por, eh, es por el tío de David, Matt—, Jackie dijo con voz entrecortada, interpretando correctamente una mirada deliberada de su esposo.

—Es sólo una coincidencia—, dijo David.

Matt no parecía creer a ninguno de los dos, y Caitlyn no lo podía culpar. Ambos eran patéticamente transparentes.

—¿Cómo se conocieron ustedes tres?— Caitlyn preguntó, decidiendo que era hora de salvar a Matt de un poco de incomodidad.

—Salvé la vida de Matt—, David replicó.

—Corrección, yo salvé su vida—, Matt dijo.

Caitlyn miró a Jackie, quien gimió. —Esto podría continuar durante las próximas tres horas, créeme. La versión corta es que se encontraron en un bar. Alguien insultó a una mujer. Matt le dio un puñetazo al tipo. El tipo le quiso dar un puñetazo a Matt y golpeó a David por accidente.

—Yo lo golpeé justo a tiempo para salvar a Matt de quedar derribado—, David añadió.

—Entonces yo lo salvé al tirar al tipo sobre el bar.

—Y se hicieron mejores amigos—, Jackie terminó. —En realidad, descubrieron que ambos eran periodistas, y David le dio un trabajo a Matt en el periódico, y el resto es historia.

—Excepto que Matt casi hizo que me despidieran de mi trabajo por negarse a revelar una fuente—, David dijo malhumorado. —Ahora que lo pienso, no me has causado nada más que problemas.

—Te encantan los problemas.

—Eso es cierto—, David estuvo de acuerdo, una sonrisa apareció en su cara. —Todo lo que puedo decir, Caitlyn, es que Matt es el tipo de persona que puede darte un tremendo dolor de cabeza, pero cuando necesitas a alguien para respaldarte, no hay nadie mejor.

—Gracias, creo—, Matt replicó con sequedad.

Caitlyn sonrió. —Créeme, ya he tenido que reponer mi suministro de aspirinas desde que Matt golpeó a mi puerta el viernes pasado.

—Sin mencionar taponos para los oídos—, Matt añadió cuando Emily dejó salir un grito de aflicción. —Hablando de Roma...

—Ella es sólo un bebé—. Caitlyn rescató a Emily de la frazada que habían extendido sobre el piso para que pudiera patear y estirarse fuera del confinamiento de su asiento infantil. —Está mojada.

—Claro que lo está. Toma como un marinero con tres días de licencia—, Matt dijo.

—¿Puedo cambiarla?— Jackie preguntó. —De hecho, ¿podemos hacerlo David y yo? Necesitamos practicar.

—Habla por ti misma—, David dijo, pero se levantó y siguió obedientemente a su esposa fuera de la habitación.

Caitlyn se sentó al lado de Matt y miró su plato de postre con sospecha. —¿Comiste un bocado?

—No—. Una pequeña mancha de chocolate sobre su labio superior lo convirtió en un mentiroso.

Ella le pasó el dedo por la comisura de su boca y la limpió y se lo mostró para que viera la

evidencia. —¿En serio?

—Me atrapaste—. Entonces la agarró de su muñeca y levantó el dedo hacia su boca para poder lamer al chocolate.

Caitlyn contuvo la respiración mientras una sacudida de deseo arrasó a través de ella. Su lengua acarició el dedo mientras lo chupaba entre sus labios en un movimiento tan erótico que ella sintió el calor elevarse a través de su cuerpo, cada nervio encendiéndose con fuego y lo último que ella quería hacer era apagar ese fuego. No, quería poner otro leño y hacer que las llamas fueran aún más altas.

—C... creo que se ha ido—. Ella se forzó a soltarse.

Los ojos de Matt se habían oscurecido a un peligroso color negro. —Tienes mejor gusto que el chocolate.

Ella tragó saliva, no estaba acostumbrada a ver tal lujuria expuesta en la expresión de un hombre. —Oh, Matt, ¿qué estamos haciendo?

—Lo que no estamos haciendo es lo que me molesta. ¿Quieres ir a casa conmigo?

—Bueno, tú maneja— dijo ella, esforzándose para obtener claridad.

—Eso no es lo que quise decir, y tú lo sabes.

—¿Crees que es buena idea?

—Probablemente no—, él admitió, robándole un beso en la comisura de su boca, luego en el otro lado, finalmente deslizándose y abriendo su boca para cubrirla con un beso que envió la pequeña duda que le quedaba fuera de su cabeza. —Te deseo—, él añadió con la honestidad que era tan propia de él.

—Se supone que no tienes que decir cosas como esas—, dijo ella de alguna manera sin aliento.

—¿Por qué no? ¿Porque las palabras te causan miedo? ¿Porque no puedes correr y esconderte de ellas?

—Bueno, técnicamente, podría correr y esconderme, pero...

—Pero no puedes moverte. Conozco el sentimiento, Caitlyn. Me arrastra por completo cada vez que te veo.

—Es una locura. Unos pocos días atrás no nos conocíamos. Ahora estamos pasando cada segundo juntos. Para un hombre que no quería saber el nombre de su vecina, tu actitud ha cambiado por completo.

—Hace mucho que pasamos de ser solamente vecinos, Caitlyn.

—¿Qué pasará cuando se termine? ¿Podremos ser capaces de pasar uno al lado del otro en el pasillo, y decir “hola” de vez en cuando?

—No lo sé. En este momento, no estoy pensando en otra cosa que no sea bajar el cierre de tu vestido y ver si tus pechos saben tan ricos como tu dedo.

Se quedó boquiabierta. Nunca había estado con un hombre que expresara sus intenciones tan audazmente. Y no podía creer lo mucho que le gustaba, cuán excitada estaba por una simple oración. Ni siquiera se estaban tocando, y ella estaba envuelta en llamas.

Se aclaró la voz, tratando de recuperar su juicio. —La mayoría de las personas dirían esas cosas con las luces apagadas.

—Puedo apagar las luces, pero no cambiaré como me siento... o como te podría hacer sentir.

Caitlyn miró en sus ojos y vio su promesa. —No sé qué decir.



—Sólo dime lo que quieres.

—¿Tengo que hacerlo?— Ella susurró. —¿O tú ya lo sabes?

## Capítulo Quince

—¿QUÉ quieres de mí?— Sarah preguntó a Jonathan mientras estaba parada en el medio de su sala de estar. No sabía por qué seguía regresando, por qué sus pies no parecían moverse en otra dirección que hacia él. ¿Quién era este hombre y por qué no parecía poder dejarlo? Intentó irse toda la tarde, siguiendo a la mujer con el sombrero de paja hasta mitad de camino al otro lado de la ciudad, luego la había perdido justo a la vuelta de la esquina del apartamento de Matt. Era extraño como la mujer la había llevado hasta allí, casi como si hubiera sabido que allí era donde Sarah necesitaba ir.

Había permanecido al frente el edificio de Matt, había visto a Matt darle un beso a Emily en la mejilla cuando la había sacado del auto. Emily no había estado llorando. Había estado feliz, más feliz de lo que Sarah la recordaba haber estado nunca.

Había hecho lo correcto en haber dejado a Emily con Matt. Su bebé estaba en buenas manos, saludable, feliz. Sarah podía irse ahora con una conciencia limpia. Solamente que no podía irse. Porque el haber visto a Emily otra vez había convertido el terrible dolor en su alma en un dolor punzante y cortante.

Había querido correr hasta Matt y tomar a Emily de sus brazos y prometerle que nunca la dejaría de nuevo. Pero había esperado demasiado, y él se había ido dentro del edificio. Había perdido su valor entonces, imaginando lo que posiblemente podía decir. *Hola, ¿cómo estás? ¿Cómo has estado en los últimos trece años? No te importa que dejé al bebé sin siquiera preguntarte, ¿no es cierto?*

¿Cuán ridículo hubiera sonado eso? Hubiera sonado como una locura... loca como su madre. Matt la hubiera mirado una vez y habría visto el parecido. Y entonces, ¿qué hubiera hecho ella? Y tal vez Matt pensaría que Emily se volvería loca también. Pero su bebé no lo haría, porque no crecería de la forma en que ellos lo habían hecho. Ella tendría una vida mejor... una vida con Matt.

—¿Sarah?

Un momento pasó antes de que Sarah se diera cuenta de que Jonathan estaba hablando con ella.  
—¿Qué?

—Me preguntaste qué quería de ti. La respuesta es nada.

—¿Qué quieres tú?

Se había arrinconado ella sola. —No lo sé.

—Sí, lo sabes. Sólo que tienes miedo de decirlo en voz alta. En realidad, sí quiero algo. Quiero que confíes en mí. Quiero que no guardes tus palabras, que te sientas lo suficientemente

libre como para ser tú misma.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

Él sonrió. —No hay mejor momento como el presente para averiguar. Por lo que, dime lo que quieres.

—Quiero la familia de la tarjeta de Navidad—, dijo ella impulsivamente, las palabras salieron de su boca antes de que pudiera frenarlas. —La que tiene la fogata prendida y los niños colgando las medias de navidad y el gato jugando con la cinta sobre el regalo de navidad. Mattie me dio una tarjeta como esa una vez—. Matt era el único que le había dado algo. Trató de agarrar el collar que usualmente estaba en su cuello, se acordó de que lo había dejado atrás en su escape desesperado de Gary.

—¿Por qué no puedes tenerlo?

—Porque gente como yo no tiene cosas así.

—Cuando miras al espejo, ves limitaciones, pero cuando yo te miro, Sarah, veo posibilidades—. La calidez en sus ojos le sacó el frío de sus huesos. Y cuando Jonathan la llevó hacia el sofá, no pudo resistirse.

Se sentaron en silencio durante unos momentos. Sarah agradecía que él no se apresuró a hablar. No podía pensar cuando las cosas iban tan rápido. Necesitaba tiempo para que todas las palabras se ubicaran en su cabeza en el orden correcto. Una de sus maestras había dicho que tenía un problema de aprendizaje, pero no podía recordar el nombre del mismo. No es que importara. Había muchas razones por las que no había terminado la escuela y ninguna de ellas tenía que ver con su cerebro.

—Dime sobre este Mattie del cual hablas con tanto cariño—, Jonathan dijo.

—Él es mi hermano. Mi hermano mayor.

—¿Dónde vive?

Ella se puso tensa, todavía no estaba segura de cuánto podía confiar en él. Pero cuando miró a sus ojos alentadores, sabía que si alguna vez iba hacer un intento con un hombre, este era el hombre.

—Vive aquí en la ciudad—, contestó ella.

—¿Por qué no fuiste con él cuando Gary te lastimó?

—Lo hice. Él es el que tiene a mi bebé.

Una luz de entendimiento vino a sus ojos. —Ya veo.

—No, no lo ves. Dejé a Emily en el pasillo con una nota. No le di a Mattie una oportunidad de decir no. Simplemente la dejé. Ahora sabes la terrible madre que soy.

—¿Está segura con Matt?

—Sí.

—Entonces no eres una horrible madre. Déjame preguntarte esto, ¿hubiera ella estado segura contigo?

—No lo sé. Ella lloraba todo el tiempo. Me sentía tan impotente. Y Gary no podía aguantarlo. Habló con unos amigos suyos y encontró un abogado que nos pagaría diez mil dólares por entregarle a Emily—. Su boca tembló, y se mordió el labio inferior para parar de llorar. —Dije que no vendería a mi bebé, pero Gary dijo que no necesitaba mi permiso porque era el padre del bebé y yo no era una buena madre. Podía encontrar a gente que pudiera atestar eso si trataba de detenerlo. Y había una parte de mí que le creía, que yo era una mala madre.

—Sarah, no, eso no es verdad. Protegiste a tu hija. Fue lo correcto, lo valiente.

—¿Pero qué voy a hacer ahora? No tengo una educación. El único trabajo que tuve era de muchacha de champú en un salón de belleza. Si no me quedo con Gary, ¿quién va a pagar por todo? Me siento tan cansada, tan abrumada. No creo que pueda hacer esto yo sola.

—Sh-sh—, dijo, poniendo un dedo sobre sus labios. Luego sus manos se deslizaron a sus hombros y ella estaba de repente descansando la cabeza sobre su pecho. —Ya no estás sola.

Oh, cómo quería creerle, quería cerrar sus ojos y verse llevada a un hermoso sueño donde un hombre y una mujer y un hijo vivían por siempre felices.

—Puedo ayudarte si me lo permites—, le dijo.

Levantó su cabeza para mirarlo. —¿Por qué querrías hacerlo?

—Porque así lo deseo.

—¿Esa es tu razón? Pensé que dirías porque Dios quiere.

—Bueno, probablemente lo quiere. En realidad, no estoy seguro si fuiste enviada para que yo te ayude o para que tú me ayudes a mí.

—¿Yo? ¿Cómo podría ayudarte yo?

—No eres la única que se siente impotente para cambiar las cosas. Y no eres la única que se siente sola a veces.

—Pero eres un pastor. Tienes a Dios como compañía.

Se rio. —A veces, las conversaciones son más bien de uno solo.

Ella le envió una sonrisa tentativa. —Creo que es verdad.

Él puso su mano en al costado de su rostro, con suavidad sus dedos delinearon el moretón que estaba desapareciendo alrededor de su ojo. Un segundo después bajó la mano mientras fruncía el ceño, culpable. —Lo siento.

Jonathan se paró abruptamente y se paseó alrededor de la habitación. Tomó una fotografía sobre la repisa, luego se sentó otra vez.

—¿Quién está en la foto?—, ella dijo, preguntándose por qué de repente parecía estar tan incómodo.

—Mis padres en el día de su boda.

—¿Puedo verlo?

Él dudó, luego agarró la foto y se la dio.

—Tu madre es bonita. Se ve feliz.

—Lo estaba entonces. No duró. Se divorciaron cuando tenía trece.

—No pensé que los pastores podían divorciarse.

—Está mal visto, pero mi padre es un predicador tan increíble que puede hacer casi que la gente se olvide de lo que quiere que se olviden y recuerden lo que quiere que recuerden.

—Lo haces sonar como si fuera Dios.

—¿Sí?— Jonathan cambió de posición sus pies, luego tomó la foto de sus manos y la puso sobre la repisa. —Hablemos sobre ti.

—Ya te dije todo.

—No sobre tus padres. Cuéntame sobre tu padre.

—Murió cuando era un bebé.

—¿Y tu madre?

—No estaba casi con nosotros. Mattie solía cuidarme. Luego nos separaron en hogares de

acogida después de un incendio en nuestro apartamento. Nunca lo volví a ver después de eso. Ni siquiera sabía dónde estaba hasta hace unos pocos días, cuando agarré el periódico y vi su nombre. Pensé que era una señal.

—Necesitas hablar con él, Sarah. Decirle que estás bien. Decirle lo que pasó con Gary.

Ella negó con la cabeza. —No puedo hacer eso.

—¿Por qué no? Extrañas a tu bebé, ¿no es cierto?

—Tanto—, ella dijo, una lágrima derramándose de un ojo. Se secó pero fue rápidamente seguida por otra y otra. Algunos días pensaba que podía ahogarse en sus propias lágrimas.

Jonathan le pasó un Kleenex de la caja al extremo de la mesa. Se secó las mejillas. —Lo siento.

—No tienes que disculparte por amar a tu bebé o por querer que esté contigo—. Su mirada fue tan penetrante que traspasó su corazón.

—La quiero, pero tengo miedo.

—¿De Gary?

—Y de mí misma. Ves...— Ella retorció el pañuelo de papel en sus dedos, preguntándose cuánto debería contarle, pero no pudo frenar las palabras que salieron directamente de la parte más temible de su mente. —Mi madre estaba loca. La mayoría de la gente pensó que estaba solamente ebria, pero yo sabía que no era verdad. Y me temo que yo podría estar loca también.

—No creo que estés loca, Sarah—, Jonathan dijo mientras se sentaba a su lado.

—No me conoces lo suficiente como para decir eso.

—Sé que las personas que están locas son usualmente las últimas en saber—, dijo sin rodeos. —¿Alguna vez tu madre dijo que estaba loca?

—No. Nunca dijo eso. Pero lo estaba. Decía cosas que no tenían sentido, y las cosas que hacía... Bueno, ya no quiero hablar de esto—. Se puso de pie, los recuerdos la pusieron inquieta, haciéndola sentir que quería huir otra vez. Porque había estado corriendo de ellos toda su vida.

—Tienes que hablar sobre tu pasado. Tienes que sacar tus miedos de las sombras, inundarlos con la luz, para que ya no te causen miedo.

Se preguntó si podría ser así de fácil. Muy en el fondo no lo creía. Este hombre no había visto lo que ella había visto, no había vivido lo que ella había vivido. Él quería creer que había algo de bueno en todos, pero ella sabía que algunas personas no eran buenas.

—¿Alguna vez has herido a alguien, Sarah?— Él continuó, sus ojos fijos en ella. —¿Lo has hecho? Mírame, diablos.

Se sobresaltó por la primera mala palabra que había escuchado salir de sus labios. Se volvió para mirarlo.

—¿Alguna vez has cometido un crimen?— preguntó.

—No.

—¿Has tomado drogas?

—No. Nunca consumí drogas. Lo juro. Solía beber cuando estaba en la secundaria pero lo abandoné tan pronto como quedé embarazada. Y no he bebido nada desde entonces.

—Porque estabas preocupada por lastimar a tu bebé. Eso suena bastante inteligente para mí. No creo que estés loca, Sarah. Creo que tienes miedo. Tienes veintidós años y has tenido una vida dura hasta ahora. En este momento, tienes un bebé y no tienes forma de cuidar de él, no tienes casa o trabajo. Si no tuvieras miedo, habría algo que está mal contigo—. Se puso de pie y caminó hacia

ella, poniendo sus manos sobre sus hombros. —No somos nuestros padres, Sarah. No por lo bueno, no por lo malo. Me ha llevado mucho tiempo aprender eso.

—Algunas cosas son hereditarias.

—Y muchas cosas no lo son. Créeme, desearía tener el fuego de mi padre, su pasión, su habilidad de hacer que las cosas ocurran, pero no lo tengo. Y sucede que me veo igual que él, también—, añadió con una sonrisa. —Tal vez ves a tu madre en el espejo, pero ella no está allí, tú estás.

Ella quería creerle, quería sentirse mejor, pero era difícil deshacerse del miedo. —Después de que tuve a Emily, ella lloraba todo el tiempo, y no podía hacerla parar. Intenté acunarla, cantarle, darle de comer. Pero ella odiaba amamantar, me odiaba. Se hacía cada vez más difícil levantarme de la cama para cuidarla. Estaba tan cansada, y Gary no ayudaba. Sólo decía que era hora de dejarla. Casi me había convencido, pero entonces no pude... no pude dejarla ir. La quiero —, dijo ella apasionadamente, sabiendo que era la única verdad que podía expresar libremente. —La quiero tanto. Pero tengo que hacer lo que es correcto para ella, lo cual significa dejarla ir, pero entonces la extraño tanto que no puedo aguantarlo—. Puso una mano sobre su corazón. —Duele aquí, Jonathan. Duele más fuerte que nunca—. No podía evitar la agonía en su voz, porque ahora que la represa se había abierto, estaba inundada de arrepentimiento por haber dejado a Emily. El bebé era lo mejor que le había pasado en su vida entera. —Dime qué puedo hacer. Por favor dime qué hacer.

—No puedo decirte qué hacer—, Jonathan dijo lentamente. —Pero tengo una idea.

—¿Cuál?

—Estos sentimientos que tienes de depresión y miedo, ¿los tenías antes de que Emily naciera?

—Algunas veces, pero empeoraron cuando estaba llorando todo el tiempo. No sabía que los bebés podían ser tan difíciles o que me sentiría tan abrumada.

Él asintió con la cabeza. —Ven conmigo.

—¿Dónde... a la iglesia? Porque el rezar no me ha llevado a ninguna parte.

Él le sonrió, una sonrisa que le decía que todo se pondría bien. —La oración te trajo aquí—, dijo él. —Pero ahora tienes que venir conmigo a la oficina, a mi computadora.

—¿Tu computadora va a ayudarme?— Preguntó llena de dudas.

—Un poco de fe puede hacer maravillas.

\* \* \*

—Emily no parará de llorar—, Caitlyn dijo a Matt mientras esperaban en la sala de los Stems a que Jackie y David pusieran a Emily a dormir para que se pudieran ir. —Sé que quieren ayudarte, pero Emily no los conoce. No podemos dejarla aquí esta noche.

—Tienes razón. Emily ni siquiera nos quiere a nosotros una vez que llegan las altas horas de la noche.

—Fue bueno de su parte el ofrecerse...

—Pero la deberíamos llevar a casa con nosotros.

A Caitlyn le gustaba el hecho de que no había nada de duda en su voz, ni una pizca de irritación debido a que no podía tener la noche de descanso que había esperado.

David salió del dormitorio con una mirada molesta en su rostro. —Dios mío, ese bebé puede llorar. No tenía idea que una cosita como esa podría hacer tanto ruido.

—Ni me lo cuentes—, Matt dijo, caminando hacia el dormitorio.

—Yo iré—, Caitlyn dijo mientras ponía una mano sobre su brazo. —Mejor habla con David sobre algunas de las alegrías de ser padre antes de que decida cancelar todo.

—Ey, ¿puedo hacer eso?— David preguntó.

Caitlyn sonrió mientras entraba en el dormitorio y vio a Jackie desesperadamente intentando acunar a Emily para sacarla de su mal humor. —¿Quieres que la cargue?

—Creo que será lo mejor—, Jackie dijo, más alivio en su voz que disgusto. —Creo que no se acomoda bien con mi panza embarazada. No puede ponerse cómoda. Y David no sabe cómo sostenerla. Actúa como si fuera una pelota de fútbol y está esperando a un receptor para pasarla.

Caitlyn tomó a Emily y puso al bebé en su posición favorita, la cual era contra el pecho de Caitlyn, la cabeza de Emily acomodada bajo el mentón de Caitlyn. Su llanto se tornó en sollozos, luego en gemidos, después en suspiros de alivio mientras el agotamiento la hacía dormirse.

—Vaya, tienes el toque mágico—, Jackie dijo, sus ojos preocupados mientras estudiaban a Caitlyn y el bebé. —¿Qué estábamos pensando David y yo? No podemos cuidar de un chico. No sabemos nada sobre bebés. ¿Qué pasa si nuestro bebé no nos quiere? ¿Qué pasa si hacemos algo mal?

—No lo harán, y aprenderás sobre tu propio bebé muy rápidamente. Empezarás a distinguir entre llantos de sufrimiento y simples gritos por estar molesta.

—¿De veras lo crees?

—Sí, absolutamente. Y no creas que Matt y yo somos expertos. Emily llora con nosotros todo el tiempo. Pregunta a Matt qué hicimos ayer a la noche para que se durmiera.

—¿Qué?

—Dimos vueltas a Emily en el coche durante una hora hasta que se durmió.

—Eso no está exactamente haciéndome sentir mejor.

—Lo siento; simplemente no quería que pensaras que eras tú. A Emily no le gusta la noche. Se vuelve irritable. Pero estoy empezando a descubrir lo que le pone más contenta.

—Tiene suerte de tenerte.

—Suerte de tener a Matt. Yo simplemente lo estoy ayudando.

—Matt tiene suerte de tenerte a ti. Aunque se ha encariñado a este bebé como nunca me lo hubiera esperado. La forma en que la mira, la forma en que le habla... me sorprende.

—A mí, también—, Caitlyn admitió. —Nunca pensé que un hombre y un bebé podrían ser tan hermosos juntos, pero Matt y Emily... a veces me quitan el aliento.

Jackie sonrió de manera cómplice, y Caitlyn tenía el presentimiento de que había sido demasiado entusiasta. —Estoy hablando objetivamente, por supuesto.

—Por supuesto.

—Vas a ver lo que estoy hablando cuando por primera vez David se duerma con tu bebé en sus brazos.

—Estoy ansiosa. A veces parece que tarda una eternidad.

Caitlyn sintió un torrente de emociones mientras observaba a Jackie frotar su panza con un gesto de ternura. Se preguntaba qué se sentiría al tener un bebé dentro de su cuerpo, sentir sus pies y manos golpeándola, saber que estaba dando vida a un ser humano. Pero ella nunca sabría eso. Su cuerpo siempre sería estéril. Qué horrible palabra era esa, como un reseco desierto mortal, donde nada podía crecer, nada podría vivir. ¿Qué tipo de persona la hacía eso?

Lógicamente, ella sabía que era una buena persona, que el tener un bebé no daría validez a eso o dejaría de hacerlo. Pero aún sentía como que le estaba faltando algo importante. Y de alguna forma, de alguna manera, tenía que encontrar el propósito y el significado del resto de su vida, en sus otras relaciones, debido a que cualquiera que fuera la versión de familia con la cual terminara, nunca sería la que ella siempre había querido. Y tendría que aceptarlo de esa manera.

Ese sentido de conformidad había crecido en los minutos y las horas desde que había compartido su secreto con Matt. No sabía en realidad por qué. Pero el decirlo en voz alta le había hecho enfrentarlo de una forma en que no lo había hecho antes. Era el primer paso. Ahora simplemente necesitaba hacer el siguiente y así continuar. Pero no hoy. Tal vez mañana o en algún momento en el futuro.

—Nunca pensé en Matt como un hombre de familia—, Jackie musitó, su mirada todavía fija en Emily, quien se había quedado dormida. —Solía pensar que nunca sentaría cabeza. Era más seguro para él tener una mujer diferente cada viernes por la noche que tener la misma dos semanas seguidas—. Jackie se detuvo, de repente viéndose culpable. —Eso que he dicho no fue muy inteligente, ¿verdad?

—No importa. Matt y yo somos sólo amigos—. Caitlyn dijo las palabras automáticamente, aunque Jackie no parecía inclinada a creerlas. Por supuesto, a ella misma le costaba decirlo, pero eso no tenía nada que ver.

—Él te mira cuando tú no lo estás mirando—, Jackie dijo.

—¿En serio?— Caitlyn no pudo detener ese irresistible cosquilleo que corrió por su espalda con dicha información.

—Sí, en serio. A ti te gusta él, ¿no es cierto?

—Claro, me gusta, pero...

—No te preocupes, no te estoy preguntando tus intenciones. Pero Matt es un gran tipo, y sé que muy adentro quiere en realidad una familia propia. Tuvo una niñez difícil, muy poco amor o apoyo, y ha pasado la mayor parte de su vida adulta concentrado en su carrera, lo cual lo ha hecho un gran periodista, pero no estoy segura de que haya hecho mucho en cuanto a su soledad. Y pienso que está solo. Actúa como que no le importa, como que es el proverbial trotamundos, pero nunca rehúsa una invitación nuestra a cenar, y desde que me quedé embarazada ha estado tan interesado y preocupado. Sin duda que me gustaría verlo rodeado por una esposa e hijos propios.

Caitlyn tragó saliva mientras una imagen de Matt sentado en el sofá con un par de chicos sobre su regazo apareció en su cabeza.

—Lo siento—, Jackie dijo rápidamente. —Te acabo de poner incómoda, ¿no es cierto? Yo y mi boca grande.

—Está bien, en serio.

—Soy un poco protectora en cuanto a Matt concierne. No quiero verlo lastimado. Realmente ya ha tenido más que su parte correspondiente de dolor.

—Me contó un poco sobre su niñez—, Caitlyn admitió. —Pero me temo que estoy en mayor peligro de ser lastimada por Matt que viceversa.

—No estés tan segura. El corazón de un hombre se puede romper, también, sin importar lo que digan. De hecho, pienso que somos las más fuertes de los dos sexos. Mírame. En tres semanas, voy a empujar un bebé de tres kilos y medio fuera de mi cuerpo. ¿Qué hombre podría hacer eso?

Caitlyn se rio. —No conozco a ninguno.



—¿Hablando sobre mí?— Matt preguntó mientras él y David entraban en la habitación.

—Tenemos mejores cosas que hacer que hablar de ustedes—, Jackie mintió. —Lo siento porque en realidad no podemos darte esta noche libre. Creo que Emily quiere a Caitlyn.

—Bueno, todos quieren a Caitlyn—, Matt replicó.

Caitlyn sintió un torrente de calor fluir a través de sus mejillas por la mirada de sus ojos. ¿No se daba cuenta de que estaba dando a sus amigos la impresión equivocada? ¿No se daba cuenta de que le estaba dando a ella la impresión equivocada? —Estoy segura de que Emily probablemente te tendría a ti cargándola igual de rápido—, Caitlyn dijo. —Le gusta el pecho grande y fuerte de Matt.

—A todas las mujeres les gusta—, replicó con una sonrisa. —Pero no voy a cargar a Emily. La regla número uno es nunca molestes a un bebé dormido.

—¿Debería escribir esto?— David preguntó. —No sabía que había reglas reales para ser padres.

—Es la pura verdad—, Matt replicó.

—¿Cuál es la regla número dos?— preguntó Caitlyn.

—Nunca contestes a una mujer cuando te pregunta cual es la regla número dos.

David se rio. —Eso va junto con nunca respondas a una mujer cuando te pregunta si se ve gorda.

—Ja, ja—, Jackie dijo, pasando el brazo alrededor de la cintura de su esposo. —Sólo tienes que saber la respuesta correcta, encanto.

—Te ves increíblemente delgada, hermosa y me vuelves loco de deseo—, David replicó.

—Ah, te he enseñado algo—. Jackie le plantó un succulento beso sobre su mejilla.

Eran tan perfectos juntos, Caitlyn pensó con nostalgia, y en unas pocas semanas tendrían un bebé para completar la familia. El pensamiento la cortó como un cuchillo. ¿Cuándo se terminaría? ¿Cuándo dejaría de mirar a las familias felices y preguntarse, por qué yo? Cuando la real pregunta era, ¿por qué yo no? ¿Qué le hacía tan especial? Nada. Era como cualquier otra persona. Había tenido un accidente. No era la culpa de nadie, excepto tal vez su propia culpa. Y tenía que encontrar un modo de vivir con ello.

—Vamos a casa—, Matt dijo suavemente, poniendo su brazo alrededor de ella y de Emily.

Eran una familia, Caitlyn pensó de repente. Los tres eran una familia. Su cuerpo se tensó con un deseo imposible... un deseo de que durara. Pero, ¿dónde dejaría eso a Sarah? ¿Y dónde dejaría eso a Matt? Ellos eran la familia verdadera, Matt, Sarah, Emily. Caitlyn era la intrusa, la que no pertenecía, pero ella quería ese deseo de todas formas.

—Vamos a casa—, ella accedió. Tal vez no tendría un mañana, pero todavía tenía esta noche. Y si su accidente le había enseñado algo, era que cada momento contaba.

## Capítulo Dieciséis

EMILY todavía estaba dormida cuando Caitlyn y Matt se detuvieron frente a sus respectivas puertas. El silencio que había crecido entre ellos en el coche camino a casa se había extendido y profundizado. Ya no era cómodo sino tenso, nervioso, lleno de preguntas no hechas, deseos no respondidos.

—¿Crees que Emily se quedará dormida?— Matt preguntó mientras abría la puerta con la llave.

—Probablemente. Estuvo despierta toda la noche.

—Eso no significa nada.

—Voy a mantener mis dedos cruzados por ti.

—¿Eso significa que no te quedarás?

Ella le miró a sus ojos y nerviosamente se humedeció sus labios, llevando la atención de él a su boca, lo cual fue un gran error. Porque entonces pensó en besarlo. Y ella estaba intentando en no pensar en eso.

—Bueno, ya que tienes a Emily...— Su voz se perdió, sabiendo que era sólo una excusa. Emily era una bebida pequeña y estaba bien dormida. Si se hablaba de acompañantes, ella no era ninguna.

Matt empujó su puerta para que se abriera. —¿Escapándote otra vez, Caitlyn?

—Lo dudo. Ni siquiera me estoy moviendo—, dijo ella a la defensiva.

—Pero en unos pocos segundos estarás al otro lado de la puerta con la cadena cruzada.

—¿Dónde quieres que esté?

—Sabes donde quiero que estés, desnuda, debajo de mí, sobre mí, alrededor de mí.

Ella resopló con fuerza, los extremos de sus nervios encendidos por su respuesta directa. —Dios, Matt, ¿cómo puedes decir cosas así?

—Es la verdad—. Su mirada se posó en ella. —Pero tienes miedo de la verdad, ¿no es cierto?

—No—, dijo ella, aunque tenía un poco de razón. No tenía sólo miedo a la verdad, tenía miedo a la forma en que se sentía sobre él, como que estaba en arena movediza, hundiéndose sin la esperanza de ser salvada.

—Te toca a ti, Caitlyn. Sabes donde encontrarme—. Entró a su apartamento y cerró la puerta.

—Buenas noches—, murmuró enfadada. —Me divertí mucho. Gracias por la invitación.

Se quedó allí durante un largo minuto mirando la puerta cerrada. No era la forma en que había esperado que las cosas terminaran. Como mínimo, pensó tal vez un beso sobre la mejilla, un

“Gracias por una hermosa noche”, una sonrisa. Pero no. Matt tuvo que hablar. Bueno, podría esperar una eternidad para que ella actuara.

Ella abrió la puerta con su llave y entró a su apartamento. Tiró su cartera sobre la mesa y se sacó los zapatos de tacón. Irse a la cama sería una buena decisión, se dijo a sí misma. El único problema era que no se sentía cansada, más bien excitada, nerviosa, frustrada. Matt la había estado calentando toda la noche sólo para ignorarla ahora. ¿Por qué? Porque él quería que ella fuera por él.

Bueno, ella podía hacer eso si quisiera. ¿Pero quería hacerlo? Matt no sería fácil. No jugaría acorde a las reglas. No la dejaría esconderse bajo las sombras, donde ella se sentía más cómoda. Probablemente no se quedaría de su lado de la cama. No es que ella estuviera planificando ir a la cama con él. ¡Santo cielo! ¿Qué locura sería esa?

Loca de amor... ahí estaba esa palabra molesta de nuevo. No era amor, era lujuria. Bueno, tal vez le gustaba un poco, pero eso era todo. Luego recordó la forma en que le había preguntado sobre su día más temprano, había escuchado sobre sus planes de diseño para el vestido de casamiento de Danielle, y nunca se había visto aburrido. Y pensó en cómo le había ayudado con la silla en la cena y había cambiado de tema cuando ella se había sentido incómoda, los pequeños roces posesivos que la hicieron sentir protegida... No le gustaba solamente un poco. Le gustaba mucho.

Demasiado. Tenía un presentimiento de que este hombre podría herirla mucho. También tenía un presentimiento de que este hombre podría ser espectacular.

—Oh, Matt, ¿por qué tuviste que dejarme la iniciativa a mí?—, ella susurró.

Brian la hubiera besado o le hubiera dicho buenas noches. No hubiera dejado esta indecisión entre ellos. Pero Brian no estaba aquí. Estaba en su casa leyendo un libro, tratando de averiguar cómo la podría recuperar. Como si un libro pudiera explicar sus acciones; ni siquiera ella podía explicar sus acciones. Ni tampoco podía explicar como un solterón solitario con un montón de tosquedad le había robado por completo su sentido común y lo había reemplazado con un irresistible deseo.

Esto no era ella... esta mujer que quería desnudarse y hacer el amor apasionada y salvajemente con el hombre sexy al otro lado del pasillo. Ella no era salvaje o apasionada. ¿O lo era? La mujer antes del accidente con certeza no había sido esas cosas. Pero esos eran los días de inocencia, cuando felizmente anticipaba que todo terminaría por ser feliz para siempre. Ahora sabía que tenía que encontrar su propia felicidad... aun si no duraba para siempre. Se preguntaba qué diría el libro de Brian con respecto a eso.

Por supuesto, Matt no necesitaba ningún libro. Sabía exactamente qué botones presionar. Probablemente sabía lo que ella estaba pensando en este momento, sin duda considerándola como alguien que no podía tomar una decisión, no podía tomarse un riesgo, una pequeña niña que no podía decirle en la cara que quería a un hombre. Bueno, ella se lo demostraría.

Abriendo la puerta rápidamente, encontró a Matt recostado contra la entrada de su apartamento.

—¿Qué te llevó tanto tiempo?—, él arrastró las palabras.

—Eres demasiado fastidioso como para dormir contigo—, ella replicó, porque odiaba tanto como le encantaba el hecho de que podía leer su mente.

—No estaba planificando en dormir—, dijo él con una sonrisa sexy.

Ella abrió su boca para hablar pero nada le salió. Había tal mirada depredadora en sus ojos, que se debatía entre correr de vuelta hacia su apartamento y cerrar la puerta, o hacer los tres pasos que quedaban para cerrar la brecha entre ellos.

—Sin dudas que estamos pasando demasiado tiempo en el pasillo—, dijo él. Le hizo señas con el dedo para que se acercara. —Ven aquí.

Y ella fue, que Dios la ayudara. Directa a sus brazos, directa a su beso. Sus brazos la rodearon mientras él exploraba su boca con una barrida de su lengua. Tenía gusto al chocolate que habían comido antes, deliciosamente picante, peligrosamente adictivo, y sus brazos treparon alrededor de su cuello, manteniéndolo cerca mientras ella deliberadamente aplastaba su cuerpo contra el suyo.

—Eh, Caitlyn, todavía estamos en el pasillo—, murmuró sobre su boca.

—¿Y?— Ella lo miró directo a los ojos. —Te deseo, Matt, aquí mismo, ahora mismo. ¿Qué dices?

El pulso en su garganta dio un salto al oír sus palabras, y ella sintió una oleada de poder femenino.

—Eh..

—¿Quieres la verdad, Matt? Aquí la tienes—. Ella respiró hondo y lo miró directo a los ojos. —Quiero hacerte el amor. Pero hay una parte de mí que en realidad teme que al final de esto esté enamorada de ti. Y no te va a gustar, y probablemente no me va a gustar tampoco.

—No puedo hacerte promesas, Caitlyn—, dijo él con una voz ronca.

—No te estoy pidiendo ninguna. No tengo mucho para ofrecer a un hombre... no para un futuro a largo plazo de todas maneras.

—Tienes más que suficiente para ofrecer a cualquier hombre—. La atrajo hacia dentro de su apartamento y la apoyó contra la puerta, luego la besó hasta que ella no podía pensar con coherencia. Sus manos corrieron entre sus cabellos, atrapándola en una apasionada prisión del cual ella no quería escapar. Sólo quería más, más de su boca, más de sus manos sobre su cuerpo, más de él.

Caitlyn abrió su camisa, extendiendo sus manos a través de su abdomen, corriendo sus dedos por los finos pelos negros sobre su pecho.

Matt gimió. —Más espacio, cariño, ni siquiera estamos en el dormitorio.

A pesar de su protesta, Caitlyn sintió el cierre de su vestido negro llegar al final de su espalda y un segundo más tarde su vestido yacía en el piso alrededor de sus tobillos, dejando a la vista la ropa interior sexy que había elegido antes. Gracias a Dios por un poco de cautela.

Matt levantó su cabeza y la miró.

Ella seguía agarrada de sus brazos, tratando de mantenerlo cerca, pero él no se iba a ir a ningún lado, sólo la estaba mirando, su mirada yéndose de su boca a sus pechos, luego a su ombligo y más abajo...

—Vaya—, murmuró.

Ella sonrió. —¿Eso es lo mejor que puedes decir? Tal vez tenga que traerte un diccionario.

—Tal vez tengas que conseguirme oxígeno—, dijo con un gemido, llenándose las manos con sus pechos, sus dedos pulgares acariciando los pezones, convirtiéndolos en tiernos, pulsantes puntos que demandaban aún más atención. Su boca presionó sobre sus labios, luego cayeron sobre su mejilla, su lengua deslizándose sobre su mandíbula, bailando hacia el borde de la oreja, su aliento enviaba escalofríos desde su cabeza hasta los dedos de los pies. Y luego le sacó los

tirantes de su sostén, desenganchando el broche frontal, sus labios, su lengua frotando contra el valle entre sus pechos, haciendo círculos cada vez más cerca, mientras lamía su camino lentamente hacia el corazón de ella, su boca finalmente cerrándose sobre su pecho en un beso de deseo, posesión...

Caitlyn ansiosamente presionó su cuerpo contra el suyo, sus jeans rozaban bruscamente contra sus muslos, excitándola aún más ante la evidencia de su dureza. Ella bajó la mano a su cintura, al botón a presión de sus jeans.

—Sí—, Matt murmuró, dejando su pecho para plantar un beso rápido sobre sus labios antes de tomar su mano y llevarla a través de la habitación. Ella se tambaleó detrás de él, nada firme en su paso, pero ella no necesitó de sus pies cuando la tiró a la cama King-size en el medio del dormitorio. Atontada, simplemente se quedó allí, observándolo mientras se quedaba parado al final de la cama, su respiración irregular levantaba su pecho hacia arriba y hacia abajo. Era todo un hombre, alto, fuerte, musculoso. Y su corazón dio un salto cuando alcanzó sus jeans y lentamente desabrochó un botón.

Uno a uno los botones se abrieron como en cámara lenta, cada clic dándole una oportunidad de correr... o no. Ella se levantó sobre sus codos, apenas consciente de que sus senos estaban desnudos y no tenía puesto otra cosa que una pequeña bikini negra. Estaba fascinada con Matt, por la manera en que la estaba observando, por la vista que estaba revelando. Nunca había visto a un hombre desvestirse antes, y con certeza ninguno con tal deliberada calma.

Se bajó los jeans hasta las rodillas, junto con los calzoncillos, no dejando nada a la imaginación. Y no es que su imaginación hubiera podido esculpir tal apuesto espécimen.

—Ahora tú—, dijo con voz profunda, haciéndole seña con su cabeza hacia su ropa interior.

Ella titubeó, pensando que sería más fácil si él la desvestía. Pero entonces se dio cuenta de lo que se trataba esto, de elecciones, de verdad. Quería que viniera a él sin esconder nada. Ella levantó sus caderas y se sacó las bragas. —¿Es así como me quieres?

—Es una de las formas—, dijo mientras se dirigía a la cama y cubría su cuerpo con el de él. —Pero estoy dispuesto a recibir a sugerencias.

Le encantaba como se sentía su piel contra la de ella, sus manos en su cabello, su dureza presionando contra sus muslos, y lo deseaba tanto que no pensaba que podía esperar un segundo más.

—¿Por qué no entras?—, ella invitó mientras su boca se perdía contra su oreja.

—¿Qué te parece un poco de juego previo?—, él preguntó, sus dedos deslizándose hacia arriba de su muslo.

—¿No hemos estado jugando toda la noche?—, ella preguntó con un suspiro mientras su pene se presionaba contra su centro caliente.

—Quiero que estés lista—, él susurró.

—Estuve lista hace tres días.

Él la miró en los ojos y dijo, —me vas a matar.

—Lo voy a intentar.

Él se estiró por encima de ella, abrió el cajón de su mesita de luz y sacó un preservativo. Su mano temblaba mientras rompía el paquete, y era el pequeño temblor lo que le dijo que esto era el destino, ya que Matt estaba tan nervioso y necesitado como ella.

Caitlyn puso su mano sobre la de él y le sonrió. —Déjame hacerlo—. Ella lo presionó hacia

atrás y le deslizó el preservativo, luego montó sobre sus piernas. Sus manos se movieron de su cintura a sus caderas mientras ella lo tomaba dentro de su cuerpo, deleitándose al pasar la última barrera que había entre ellos.

Se movieron juntos en una deliciosa fricción, sus pechos contra el de él, su boca contra la suya. Cada movimiento causó que sus músculos se pusieran más y más tensos, hasta que explotó con placer, su grito se mezcló con el de él mientras se encontraron en la culminación.

Matt puso su mano alrededor de su cuello y atrajo su cabeza contra la curva de su hombro. — No te muevas.

—No estaba planeando hacerlo.

—Bien. Porque no me voy a ir hasta que me eches.

Caitlyn suspiró con placer satisfecho. Echarlo era lo último que quería hacer.

\* \* \*

Matt se despertó, desconcertado al principio por el fragante aroma femenino que lo rodeaba. Luego se dio cuenta de que Caitlyn estaba acurrucada a su lado, su cabeza descansando sobre su pecho, su brazo tirado por encima de su cintura, una de sus piernas entrelazada con la de él.

Ella era toda una mujer y toda de él... el pensamiento le vino inesperadamente, impactándolo con la verdad. Quería que ella fuera de él, solamente de él. ¿Cómo había ocurrido? Había dormido con otras mujeres antes y no se había despertado con esta necesidad posesiva de mantenerla cerca por el resto de la noche. De hecho, era él el que se levantaba y se vestía en el medio de la noche y se iba a su casa, a su propia cama. Pero esta vez Caitlyn estaba en su cama, y él no quería irse.

Le había tocado de una forma en que nunca se había imaginado, no solamente sexo físico increíble, sino sexo mental también. Lo había hecho reír. Lo había hecho temblar. Lo había hecho querer más. Maldita sea.

Lo que había dicho ella... que tal vez se enamoraría de él después de dormir juntos. Bueno, tenía el presentimiento de que ella no iba a estar enamorada sola. ¡Dios! ¿Qué estaba pensando? Él no estaba enamorado. Estaba... bueno, no sabía lo que estaba, pero enamorado... ¿Qué era el amor de todas maneras? Siempre había sido una emoción efímera en su vida en el mejor de los casos. No sabía como manejarlo y de seguro no sabía como mantenerlo.

—¿Estás despierto?— Caitlyn preguntó con voz suave mientras levantaba su cabeza de su pecho.

Sólo deseaba que las sombras no fueran tan oscuras. Quería verla, de verdad verla. Tendrán que hacer el amor bajo el sol para que pudiera observar cada expresión cruzar sus ojos. Sin esconder nada de él. Esta mujer que había vivido con secretos había desnudado su cuerpo y su alma para él. Y tal presente lo honra de una manera en que nunca se hubiera imaginado.

—Estoy despierto—, replicó, aunque no era necesario, porque ella estaba sonriendo en sus ojos con un amor que lo dejó sin aliento. Al menos él pensaba que era amor. Tal vez era simplemente la secuela de haber tenido buen sexo. ¿Cómo podía estar seguro?

Su mano se deslizó por su muslo, y él se mordió su labio inferior. —No empieces algo que no puedes terminar, cariño.

—¿Quién dice que no lo puedo terminar?

—Aparentemente, Emily—, dijo con un gemido mientras el bebé empezaba a llorar. —Debe

de ser la hora elegida—. Echó una mirada al reloj del dormitorio. —Dos de la madrugada. Justo a la hora prevista.

Caitlyn se rio. —¿Quieres que la cargue?

—¿Lo harías?

—Pero estoy desnuda.

—Yo también.

—Me gustaría más verte a ti caminar desnudo a través de la habitación. Me excita.

—Caitlyn, hay un bebé en la otra habitación. ¿Dónde está tu sentido del decoro?

—Lo dejé en el pasillo—. Ella lo besó en la mejilla y se sentó para que él pudiera levantarse de la cama.

La escuchó silbar en apreciación por su obvia excitación. Ese era el problema con ser un hombre, no había donde esconderse. Implacablemente se puso los jeans, el grito desgarrador de Emily le ayudó a desinflar su libido. Y para cuando llegó a su cuna, la cual había puesto en la sala de estar, estaba bajo control de nuevo.

Caitlyn se reunió con él un segundo después, tenía puesta una de sus camisetas. En silencio agradable, ella preparó un biberón mientras él cambiaba a Emily, y le llamó la atención lo lindo que se sentía todo, lo normal, como si fuera una familia. Él se sentó en el sillón y acomodó sus piernas sobre la mesa mientras ponía el biberón en la boca de Emily. Caitlyn se sentó al lado de él y descansó su cabeza sobre su hombro.

—Esto es lindo—, dijo ella.

—¿No estás cansada?

—En realidad no. ¿Y tú?

—Estoy bien—. Era una descripción extremadamente modesta. Estaba mejor que bien, mejor de lo que había estado en toda su vida. Tenía a Caitlyn. Tenía a Emily. Lo tenía todo. Hasta este momento no había sabido en realidad lo mucho que quería tenerlo todo.

—¿Quieres que me vaya a casa?— Caitlyn preguntó unos momentos después, su voz sonó un poco insegura.

—¿Quieres irte a casa?

Ella dudó. —Quiero quedarme.

—Entonces quédate—. Quédate para siempre si quieres.

Un momento después, volvieron a la cama y la siguiente vez que Matt se despertó los rayos del sol se derramaban a través de su ventana, el aroma a tocino se asomaba desde la cocina y podía escuchar a Caitlyn hablando con alguien. Se tambaleó fuera de la cama, tomó su bata del gancho del baño y se fue a la sala de estar.

Caitlyn estaba sentada en el sillón, un bloc de dibujo apoyado sobre sus rodillas. Emily estaba jugando con el móvil colgado de su asiento infantil, el cual estaba cuidadosamente apoyado sobre la mesita de la sala cerca de Caitlyn. Era la escena de un libro de cuentos, pensó, preguntándose cómo esta escena en particular habría de pasar en su supuesto apartamento de soltero.

Caitlyn levantó la vista y lo vio parado allí. Una sonrisa de placer, de intimidad, de consciencia se extendió a través de su rostro. Una mirada de ella y todo su cuerpo se tensó. Recordaba cada beso, cada roce, cada increíble momento que había pasado entre ellos y lo quería hacer todo otra vez.

—Buenos días, dormilón—, dijo ella con una sonrisa.

—Oh, Dios, eres una de esos.

—Contenta como el arrendajo azul en la mañana—, ella asintió. —Emily y yo ya hemos desayunado, pero te dejé un poco de huevos y tocino calentitos para ti. ¿Tienes hambre?

Tuvo el repentino y desesperado sentimiento de que debería decir que no, que de alguna manera debería detenerlo todo antes de que empezara a creer que en realidad podía tener todo esto. Aparentemente, Caitlyn sintió que algo andaba mal, porque la sonrisa desapareció de sus ojos.

—Me pasé de la raya, ¿no es cierto? Lo siento. Cuando estoy feliz, tengo ganas de cocinar y comer...— Su voz se perdió en disculpa. —Creo que no estás tan contento. Cuando dijiste que me quedara, probablemente sólo quisiste decir hasta la mañana, ¿verdad? Y esperabas que cuando te despertaras me habría ido.

—No—. Se pasó la mano por su cabello. —No. Quise decir que te quedaras cuanto quisieras. No estoy totalmente despierto todavía, eso es todo.

—¿Estás seguro?— Sus ojos le suplicaban que fuera honesto. —Porque esto se siente extraño para mí, también. No me he despertado al lado de un hombre en mucho tiempo. No estoy segura de cómo actuar.

—No quiero que actúes conmigo. Sólo sé tú misma.

Ella se paró, dejando el bloc de dibujos sobre la mesa. —¿Puedo traerte el desayuno? Y no tienes que preocuparte. No me escabullí y fui a elegir un anillo de bodas mientras estabas dormido, esperando plantarlo en los huevos revueltos como sorpresa para ti.

—¿Me veo preocupado?

Ella asintió. —Oh, sí.

—Lo siento.

—Son sólo huevos. No hay ninguna intención oculta.

Él le ofreció una sonrisa de disculpa. —Entonces comeré un poco de huevos.

Mientras Caitlyn desapareció en la cocina, Matt tomó el bloc de dibujos y estudió el vestido que había dibujado. No sabía nada sobre vestidos, especialmente vestidos de boda, pero le gustaban las líneas marcadas, el balanceo de la falda... y más que nada, le gustaba que Caitlyn había dibujado algo.

Caitlyn salió de la cocina con un plato de comida y un vaso con jugo de naranja. Lo apoyó sobre la mesa de la sala. —Aquí tienes.

—Gracias—. Tenía en su mano el bloc de dibujo. —¿Este es el vestido que estás diseñando para esa novia?

—Sí. ¿Qué te parece?

—Luce como un vestido.

—Eso está bien, ya que estaba tratando de dibujar un vestido.

—No sé nada sobre esto. Pero dime esto, ¿se sintió bien?— Vio la luz de respuesta en sus ojos.

—Se sintió maravilloso, como las frías capas de invierno derritiéndose en el verano. Es como si hubiera tenido tanta ropa puesta, que me perdí a mi misma. Pero lentamente estoy regresando—. Ella hizo una pausa, sus ojos se encontraron con los de él. —Tuviste algo que ver con esto, sabes.

—Siempre he sido bastante bueno para sacar la ropa—, replicó suavemente.

—Lo he notado. Por cierto, tú roncas.



—No es cierto.

—Sí, lo haces, pequeños lindos ronquidos, hasta casi podrías hacer una melodía con ellos. Estaba por ponerme a cantar junto a ellos, pero no quería despertarte.

Le frunció el ceño, no sintiéndose del todo cómodo con la intimidad entre ellos. Una cosa era hacer el amor a una mujer, otra cosa era compartir chistes en la mesa de desayuno. —Bueno, tú hablas.

—No es verdad.

—Pequeñas palabritas que no tienen sentido.

Ella se rio. —Siempre y cuando no esté desahogando todo en mi sueño, no tengo problemas con ello. No es que haya algo que todavía no hayas escuchado—. Y luego ella lo sorprendió al tirar sus brazos alrededor de su cuello y presionar un beso contra sus labios. —La pasé genial ayer por la noche, en caso de que no lo hayas notado.

—Yo también.

—Me voy a mi apartamento para vestirme e irme a trabajar. Puedes tener tu espacio, orientarte, fingir que nada cambió ayer por la noche. Pero no te pongas demasiado cómodo, porque voy a regresar.

—Estoy contando con ello—, dijo, sorprendiendo a ambos con su respuesta.

Ella se detuvo en la puerta. —¿No tienes miedo de que te pediré demasiado de ti?

—¿No tienes miedo tú de que te pida demasiado?

—Tengo miedo de que no me pidas nada. Eres un hombre muy autosuficiente.

—Solía serlo—, murmuró mientras ella se iba de la habitación. —Solía serlo.

## Capítulo Diecisiete

—¿**R**EALMENTE crees que tengo depresión posparto?— Sarah preguntó, trabándose un poco con las palabras. Jonathan estaba sentado a su lado en el sillón, los papeles que habían imprimido de internet estaban extendidos ante ellos sobre la mesa de la sala. Habían pasado la mayor parte de la noche hablando sobre el tema.

—Es una posibilidad—, dijo Jonathan. —¿Qué piensas?

Ella nunca había escuchado que el tener un bebé causara a alguien ponerse triste, pero con certeza se sentía como muchas de las mujeres en los artículos que habían leído. —No estoy segura.

—Si tu depresión está relacionada a la fluctuación de tus hormonas, ello podría explicar el por qué te has sentido tan abrumada desde que Emily nació, especialmente si es un bebé difícil de cuidar.

Sarah sintió una semilla de esperanza echar raíz y crecer. Tal vez no era como su madre. Tal vez no estaba loca o era mala. Tal vez podía cuidar de su bebé.

Jonathan puso su mano sobre su muslo, y ella se deleitó por el acercamiento que estaba creciendo entre ellos. Se habían separado unas pocas horas durante la noche para conseguir dormir un poco, pero de otra manera habían estado juntos cada segundo. Nunca había conocido a un hombre que se interesara tanto sobre sus problemas, que quería con tantas ansias ayudarla cuando no tenía nada que ganar.

—Creo que deberías hablar con una amiga mía—, Jonathan continuó. —Su nombre es Karen Harte y ella es una siquiátra. Ahora, no me mires con esos ojos. Ella es una amiga, no una enemiga. Crecí con ella y confío completamente en ella. Además de eso, tuvo un bebé hace seis meses. Si hay alguien va a entender cómo te sientes, es ella.

—Pero no tengo nada de dinero—, dijo ella.

—Me encargaré de tu primera consulta. Pensaremos en algo después de eso.

Sara titubeó. ¿Cómo iba a contarle sus problemas a una completa extraña? Una voz en su interior le recordó que ya había contado sus problemas a un completo extraño, ¿por qué no a dos? Y si ella de verdad tenía algo de lo cual podía curarse, tal vez... —Está bien—, ella dijo, tomando su primera decisión en semanas. Ese paso por sí sólo la hizo sentir mejor, como que estaba tomando control sobre algo. —Iré a verla.

—Bien. La llamaré ahora mismo.

—¿Ahora mismo?

—No hay nada mejor como el presente—. Le lanzó una sonrisa mientras salía de la habitación y se iba por el pasillo a su oficina.

Sarah juntó los papeles en una pila ordenada, de nuevo complacida con su habilidad de realizar la simple tarea. Había pasado tanto tiempo desde que había sentido que sus pies estaban bajo ella, como que podía pararse sin balancearse. Lo probó sólo para asegurarse, y era verdad. Se podía poner de pie. Podía estrechar sus brazos por encima de su cabeza. Podía... sonreír.

Sarah sintió la sonrisa extenderse a través de su rostro y no podía detenerla. Ni tampoco lo quería. Este sentimiento era mejor del que había estado cargando los últimos dos meses, en realidad, más tiempo que eso, los últimos trece años, desde que ella y Mattie se habían despedido. Dejó salir un suspiro mientras se dejaba caer de vuelta en el sillón.

—Está arreglado. Te encontré una cita para el jueves por la mañana a las ocho—, Jonathan dijo, volviendo a la habitación.

—¿Tan rápido?— ella preguntó alarmada.

—Sí, así de rápido.

—Oh—. Ella bajó la vista hacia sus manos, sintió su mirada permanecer sobre ella. En realidad no sabía lo que Jonathan veía cuando la miraba y tenía miedo de preguntar. Había algo que estaba creciendo entre ellos y, probablemente, estaba mal. Era un pastor, y ella alguien que simplemente necesitaba su ayuda. Ellos no eran... no podían ser nada más. Pero era extraño tener una amistad con un hombre. En su experiencia lo único que un hombre había querido de ella era tener sexo.

—¿Sarah?— Jonathan preguntó.

Ella levantó la vista hacia sus ojos azules y sintió el corazón saltar a su garganta. La niebla en su cabeza parecía haberse levantado, dejando entrar toda clase de sentimientos.

—Tengo un favor que pedirte—, dijo. —Sé que piensas que soy desinteresado, pero soy humano.

Entonces sí quería algo de ella. Tenía sentido. La había ayudado. Ahora quería cobrarse. Ella se levantó y empezó a desabotonarse su blusa.

Se quedó boquiabierto. —¿Qué estás haciendo?

—Haciéndote un favor.

Puso su mano sobre la de ella. —No. Eso no es lo que quise decir.

—¿No lo es?— ¿Entonces no la quería? Se sintió horriblemente avergonzada.

—Quiero decir lo quiero, pero no lo haría—, dijo misteriosamente. —No puedo.

Levantó su barbilla con su dedo. —Eres una mujer muy atractiva. No creas que no lo he notado.

—No tienes que decir eso.

—Es la verdad. Pero soy un pastor y tú estás en problemas. No sacaré ventaja de eso. Quiero que confíes en mí, y no serás capaz de hacer eso si...— Su voz se perdió mientras parecía perderse en sus pensamientos. —Tienes unos ojos increíbles—. Negó con la cabeza. —Lo siento. ¿Dónde estábamos?

—No ibas a sacar ventaja de mí—, ella dijo, sintiendo un placer tímido por la mirada en sus ojos.

—Correcto. No haré eso.

—Te creo.

—Bueno. Entonces. Ahora, de vuelta al favor... Sabes que los miembros del consejo están planificando tomar una decisión acerca de cerrar la iglesia en la próxima semana más o menos. Bueno, tengo un plan—. Hizo una pausa, ofreciendo una sonrisa irónica. —Se me ocurrió que he estado rezando por un milagro en vez de intentar hacer que ocurra uno. Puede que no sea bueno con las misas, pero soy bastante bueno cara a cara. Y he ayudado a montón de personas en el transcurso del año pasado, buenas personas. Pienso que querrán saber que la iglesia puede llegar a cerrarse, que tal vez tenga que irme.

Ella sonrió ante la mirada no tan de pastor en sus ojos. —Quieres que se sientan culpables.

—Los quiero en mi iglesia este domingo, cualquiera que sea su motivación. Ese es el primer paso. Luego intentaré que sigan viniendo. Porque no solamente yo los necesito a ellos. Ellos se necesitan unos a otros y necesitan a esta iglesia.

—¿Qué quieres que haga?

—Que me ayudes a hacer llamadas telefónicas y me digas que no abandone cuando me desanime.

Jonathan estaba tan encantadoramente inseguro. No era un rasgo que hubiera visto alguna vez en un hombre. La mayoría sabía exactamente qué hacer y cuándo hacerlo.

—Puedo hacer eso—, dijo ella.

—Y un último favor.

Ella lo miró cautelosamente esta vez, notando el cambio de tono en su voz.

—Quiero que hagas una llamada.

—¿Yo? ¿A quién debo llamar?— Ella sabía la respuesta aun antes de que lo dijera.

—A tu hermano. Tienes que hablar con él, decirle que estás recibiendo ayuda y que extrañas a tu hija.

—La extraño de verdad—, ella susurró. —¿Pero qué dirá él?

—No sabremos hasta que lo llames—. Tomó su mano en la de él. —Estaré justo aquí a tu lado. Ya no estás sola.

Sarah respiró hondo y caminó hacia la oficina con él. Esperó mientras ella marcaba el número que ya había memorizado. El teléfono sonó una vez, dos veces, tres veces, luego el contestador tomó la llamada.

—No está allí—, ella susurró.

—Deja un mensaje.

Sarah escuchó el “bip” pero, ¿qué podría decir en treinta segundos que tuviera sentido? Colgó sin decir una palabra. —Llamaré otra vez—, le dijo a Jonathan defensivamente.

—Sé que lo harás, porque eres una buena madre.

—Si continúas diciendo eso, tal vez empiece a creérmelo.

—Y deberías hacerlo. Hay otro lugar que quiero mostrarte hoy, también. Es un hogar de transición para madres e hijos que están intentando empezar de nuevo por la razón que sea.

—No querrían a alguien como yo.

—Sarah, eres exactamente el tipo de persona que quieren. Pero no te forzaré a hacer nada. Sólo quiero mostrarte que hay opciones y que hay ayuda allí afuera.

—¿Crees en realidad que Emily y yo podemos estar juntas otra vez?

—Lo creo—, dijo con una pasión en su voz que no podía negarse.

Jonathan pensó que no tenía el poder de persuadir. Pero la acababa de convencer de creer en

el futuro, algo que no había podido hacer durante mucho tiempo.

\* \* \*

Matt estacionó frente al Salón de Belleza Laree en el centro de Sacramento y apagó el motor. El salón estaba en un centro comercial al lado de una tienda de artículos de segunda mano y una tienda de rosquillas. No tenía idea de lo que Sarah había estado haciendo en Sacramento, el cual estaba a una hora y media en coche desde San Francisco, pero él tenía un recibo de sueldo para probar que ella había estado allí en algún momento del año pasado. Era la mejor pista que tenía y esperaba que valiera la pena el haber ido hasta allá.

Matt echó una mirada a Emily, quien estaba entreteniéndose haciendo burbujas con su boca. Tomó el borde de su manga y le limpió su mentón.

Ella intentó de empujar su mano con sus pequeños deditos, pero él simplemente sonrió. —Sé que crees que eres la jefa, pero yo lo soy. Y Caitlyn dice que te saldrán sarpullidos en tu mentón si está siempre mojado. No sé cómo sabe eso, pero le creo. Ella es inteligente, sabes. Sin mencionar que es hermosa. Sexy—. Su cuerpo se tensó ante el recuerdo de la noche anterior. —Simplemente maravillosa, de hecho.

Emily hizo otra burbuja, y él sonrió. Nunca había pensado que se pondría tan bobo por los niños, pero este bebé lo tenía así, probablemente una razón por la que no había podido dejarla con alguien que la cuidara. ¿Cómo podía dejarla con alguien a quien no conocía? No podía, entonces le dijo a David que necesitaba unos pocos días más de descanso y decidió que manejaría a Sacramento. Por lo menos estaba haciendo algo en vez de estar sentado. Y a Emily le había gustado el paseo.

La sacó de su asiento infantil y automáticamente le revisó su nalguita para ver si estaba mojada. Era asombroso como cosas que no había anticipado hacer la semana pasada se habían convertido en hábito para él, como revisar si el bebé tenía el pañal mojado. Afortunadamente, estaba seca. Entonces se bajó del auto con Emily en sus brazos y caminó hacia la entrada del salón.

Habían cinco mujeres en el salón: dos estilistas, una recepcionista, y dos clientes. Las cinco se volvieron para mirarlo el minuto que la puerta sonó. Se aclaró la voz, sintiéndose incómodo en el ambiente definitivamente femenino.

—¿Le gustaría un corte?— La mujer detrás del mostrador preguntó.

—En realidad, estoy buscando a alguien que se llama Laree.

—Eh, Laree—, ella llamó a la estilista que acababa de llevar a su cliente a la parte de atrás del salón donde estaban los secadores de cabellos. —Te quiere a ti.

Laree, una morena de aspecto cansado con un mechón rubio a un lado de su cabello, se acercó con una toalla en sus manos y una expresión cautelosa en sus ojos.

—¿Puedo ayudarlo?— Ella preguntó.

—Espero que sí. Soy el hermano de Sarah Vaughn. ¿Te acuerdas de Sarah?

Laree ni siquiera parpadeó. —Claro, me acuerdo de Sarah. ¿Por qué?

—Estoy buscándola.

—Ella no está aquí.

—¿Sabes dónde podría estar?

—No.

Matt se forzó a sí mismo a ser paciente. Laree parecía estar escondiendo algo; sólo tenía que descifrar lo que era. Pero necesitaba algo con lo cual hacer un intercambio... más bien alguien. — Esta es el bebé de Sarah, Emily—, dijo él. Era un riesgo compartir la información pero él la tomó de todas maneras.

El rostro de Laree cambió por completo. —¿Este es el bebé de Sarah?— Ella se acercó. —Es hermosa—. Se frunció el ceño a través de sus rasgos. —¿Por qué la tienes tú?

—Porque Sarah la dejó conmigo. Ella quería que Emily estuviera segura. Pero ahora quiero asegurarme de que Sarah está segura. Para poder hacer eso tengo que encontrarla. Y sé que trabajó aquí unos seis meses atrás.

—Ella trabajó aquí—, Laree admitió. —Pero se fue sin avisar. Me imaginé que la banda de Gary consiguió una actuación en algún lado. No me gustaba el tipo, pero Sarah no lo quería dejar, especialmente después de que se quedó embarazada.

—¿Viste si alguna vez la lastimó?

—No físicamente, pero tenía una horrible lengua. Sarah simplemente tomaba lo que fuera que dijera como si ella pensara que se lo merecía. Espero que esté bien, pero no sé dónde está.

—¿Te acuerdas con exactitud cuándo se fue? Me ayudaría a determinar algunas fechas.

Laree pensó sobre su pregunta, luego asintió. —Fue a mediados de febrero, justo después del día de San Valentín. Lo recuerdo porque fue el día en que el camión de bomberos bloqueó nuestra entrada de autos, y Sarah tuvo que encontrarse con Gary en la calle porque no podía estacionar el coche en el estacionamiento. Esa es la última vez que la vi.

La boca de Matt se sentía seca. ¿Otro incendio? Tenía que ser una coincidencia. Pero entonces se recordó la fascinación de Sarah con las velas y los fósforos y la piel del brazo se le puso de gallina. —¿Dónde ocurrió el incendio?

—En la tienda de rosquillas de al lado.

Por supuesto, eso era fácil de explicar, rosquillas, hornos, fuego.

Matt trató de hacer caso omiso a la sensación de intranquilidad que continuaba aferrándose a él. —¿Sabes cómo comenzó?

—Creo que alguien tiró un cigarrillo prendido en la basura. ¿Por qué?

—Sólo preguntaba. Así que esa es la última vez que viste a Sarah. ¿Ella no renunció o te dijo dónde se iba?

—Sólo desapareció. Su bebé es sin duda bonita—, dijo Laree. —Espero que Sarah vuelva pronto.

—Yo también—. Matt salió del salón, deteniéndose para mirar a la tienda de rosquillas al lado. Se veía recién pintada, toda evidencia de un incendio completamente borrada, igual que había sido borrado en el viejo edificio de apartamentos, como si nunca hubiera pasado. Pero Matt no podía borrar el incendio de sus recuerdos. Y se preguntaba cómo se debía haber sentido Sarah cuando vio las llamas saliendo del negocio de al lado. ¿Había entrado en pánico? ¿Había corrido? ¿Había sido la responsable?

Una parte de él quería creer en su hermana, en las buenas cosas que recordaba de ella. Otra parte de él le decía que enfrentara los hechos: Sarah era igual que su madre, una fracasada. Se había escapado de su bebé. Y probablemente no iba a regresar. E incluso si volvía, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que se fuera de nuevo? ¿Qué clase de vida podía darle a Emily?

Sus brazos se tensaron alrededor del pequeño bebé en sus brazos. Tenía que protegerla. ¿Pero

protegerla de su madre? ¿Podía realmente hacer eso? No había podido proteger a Sarah de su propia madre. Y miren cómo terminó eso.

Matt abrió la puerta del auto y acomodó a Emily en su asiento infantil. Para cuando se deslizó detrás del volante, Emily estaba empezando a quejarse por el biberón que había empacado antes. Lo sacó del bolso de pañales y se lo puso en la boca. Afortunadamente, no le importaba si el biberón estaba o no tibio. Mientras con una mano sostenía el biberón, Matt abrió su celular y marcó a información para que le dieran el número de teléfono de Caitlyn. Sabía que no debería llamarla al trabajo o a ningún lado. Pero cuando el número apareció, la operadora marcó el número por él. Un segundo después escuchó a Caitlyn decir, —Devereaux's.

—Soy yo—, dijo él.

—Hola yo.

Su voz bajó un poco, recordándole de lo ronca que le había hablado la noche anterior, diciéndole lo bien que él se sentía, lo bien que ella se sentía. Tragó saliva, intentando recordar la razón por la que llamó.

—¿Estás bien?— preguntó ella.

—Estoy bien. Estoy en Sacramento. Encontré el salón de belleza donde Sarah solía trabajar.

—¿Te dieron alguna información nueva?

—En realidad no—. Titubeó, sin estar seguro de por qué se sentía obligado a confiar en ella. Había cargado con historias de grandes ramificaciones en su cabeza durante días, semanas, meses sin necesidad de compartirlas. —Hubo un incendio en la tienda de al lado—, soltó. —El día que Sarah se fue. Nunca más volvió.

—¿Qué clase de incendio?— Caitlyn preguntó suavemente.

—Fue en una tienda de rosquillas. No tuvo nada que ver con Sarah.

—Claro que no. Un incendio en la cocina podría haber ocurrido en cualquier lugar, Matt.

—Sí. Pienso que solamente quería que me dijeras eso. Quiero creer en ella, Caitlyn. Quiero creer en esa dulce niña cuya imagen llevo en mi cabeza.

—Deberías. Inocente hasta que se pruebe culpable, ¿te acuerdas?

—Lo estoy intentando. Sólo que no me gusta cómo las piezas del rompecabezas se están juntando. La manera en que la gente habla de Sarah, me hace recordar cómo solían hablar sobre mi madre.

—Sarah no es tu madre.

—Tal vez lo es—. Odiaba decir eso, odiaba siquiera pensarlo, pero no se podía detener a sí mismo.

—No digas eso, Matt. Tienes que mantener la fe, por Emily si no es por ti mismo. ¿Cómo está ella, por cierto?

—Bien. Está tomando el biberón y pateando con sus pies en el aire. Oh, grandioso, ahora está babeando leche por el costado de su cuello—. Alcanzó con su manga y trató de limpiarlo. Matt podía escuchar a Caitlyn reírse en el otro lado de la línea. —No es gracioso—, le dijo.

—Sí, lo es. Eres tan lindo con ella—. Hizo una pausa. —Mejor vuelvo a trabajar. Jolie me está echando una mirada de odio.

—¿Puedo tocar a tu puerta luego? Tal vez necesite pedir prestada una taza de azúcar.

—Tengo suficiente azúcar para ti, dulce—, dijo ella mientras se reía. —Adiós.

Matt se rio para sí mismo mientras cortaba la llamada. Ya se sentía mejor y aún más

determinado en encontrar a Sarah. Con ese pensamiento, marcó un segundo número.

—Tengo otro trabajo para ti—, dijo con tono de eficiencia cuando Blake contestó. —Quiero que averigües lo que puedes encontrar sobre Kathleen Vaughn Winters. Eso es correcto, Kathleen, mi madre—. Se sintió extraño al decir la palabra madre. No lo había dicho en mucho tiempo, no había sentido la necesidad de una madre o el amor de una madre. Pero ahora... ahora estaba pensando en ella otra vez, preguntándose si la desaparición de Sarah podría de alguna manera estar relacionada a su madre.

—Me dijiste que no te importaba dónde estaba tu madre—, Blake le recordó.

—He cambiado de opinión. Es la única conexión que tengo con Sarah. Es probablemente una apuesta arriesgada, pero mira si puedes encontrar algo sobre ella. Oh, y por cierto, empieza a revisar salones de belleza en San Francisco. Sarah solía trabajar de muchacha que lava el cabello. Tal vez está haciendo eso ahora.

—Lo haré.

Matt cerró el teléfono celular y se volvió hacia Emily. —¿Lista para ir a casa, muchachita?

Emily le mostró una sonrisa llena de babas. Matt tomó un momento para alzarla y hacerla eructar, luego la puso de vuelta en el asiento infantil con una eficiencia que nunca hubiera soñado que tendría. Sólo demostraba que nunca se podía decir nunca.



## Capítulo Dieciocho

CAITLYN abrió con fuerza la puerta de su apartamento esa tarde mientras Matt venía por el pasillo. —Finalmente volviste. Era hora—. Ella lo agarró del brazo, arrastrándolos a ambos, él y Emily, a su apartamento. —¿Qué te retrasó? Me llamaste horas atrás.

—Me detuve en el periódico—, Matt le explicó con una mirada burlona en sus ojos. —¿Ha pasado algo?

Caitlyn tomó el asiento infantil de su mano, plantó un beso rápido sobre la mejilla de Emily, luego la asentó en el piso e hizo retroceder a Matt contra la puerta. —Sí, algo ocurrió—. Ella le sonrió sin poder evitarlo. —Te extrañé—. Ella presionó sus manos sobre su pecho y se puso de puntillas para besarlo, un hambriento beso, lleno de anhelo que ni siquiera podía empezar a decirle cuánto lo había extrañado.

Matt deslizó sus brazos alrededor de ella y la atrajo con fuerza contra él, devorando su boca con una intensidad exigente que había esperado de él. No era un hombre que hacía las cosas a medias, especialmente cuando se trataba de besar a una mujer.

—¿Mejor?— Le preguntó unos minutos después.

—Un poco—, dijo ella sin aliento.

—¿Me das otra oportunidad?

Le hubiera dado una docena si Emily no hubiera empezado a quejarse. Caitlyn miró por encima de su hombro para ver la boca de Emily haciendo pucheros de desesperación. —Pienso que está celosa.

Matt se rio. —Pienso que tiene olor. No quería cambiarla en mi auto—, Matt dijo, rescatando a Emily de su asiento. La sostuvo lejos haciendo una mueca. —¿Quieres relevarme?

—Y arruinar el lazo afectivo entre ustedes dos... ni lo sueñes—. Pero ella sí lo siguió a través del pasillo hacia su apartamento y se quedó parada mientras cambiaba a Emily. Cuando terminó, se sentó en el sillón y frotó su mano sobre el estómago desnudo de Emily, consiguiendo un susurro de placer.

Caitlyn no la podía culpar. El hombre tenía manos mágicas. Pero ese era otro tema. En este momento, a pesar de su reacción entusiasta a su beso más temprano, parecía estar un poco distraído. —¿Encontraste algo más?

—En realidad no.

—No sueñas muy seguro.

Él se encogió de hombros. —Probablemente sólo otra coincidencia.

—¿Qué es otra coincidencia?

—Cuando estaba en el periódico David estaba siguiendo una sospecha de incendio provocado en un edificio de apartamentos en el Tenderloin. Se había visto a una mujer irse de la escena.

Caitlyn frunció el ceño. —¿Qué estás tratando de decirme, Matt? ¿Crees que Sarah está prendiendo fuego por toda la ciudad?

—No quería decir eso en voz alta.

—¿Pero eso es lo que crees?

Se pasó una mano por su pelo. —¿Cómo puedo pensar eso? Es una locura. Nunca he sido uno que cree en coincidencias.

—Tal vez necesitas más información sobre el incendio para asegurarte de que no tiene nada que ver con Sarah.

—Tal vez—, él concedió. Levantó a Emily y la puso sobre una colcha en el piso. Luego se paró y caminó hacia la ventana. —Odio esto, Caitlyn. Odio no poder saber. Odio el no tener el control sobre cuándo y si Sarah volverá por Emily.

—Ya lo sé—. Ella se acercó por detrás de él y deslizó sus brazos alrededor de su cintura, descansando su cabeza sobre su espalda mientras lo abrazaba contra ella. Deseaba poder arreglar esto para él. Y el pensamiento la sobresaltó. Ella nunca había sido la que arreglaba, sino la que era arreglada, sin embargo aquí estaba...

—Gracias por no decir que todo estará bien. Odio las obviedades que no significan nada—, dijo.

—Yo también—. Y simplemente lo abrazó más fuerte, feliz de que la había dejado entrar a su vida, no solamente en su cama. Ella sabía que no estaría satisfecha con nada menos. Aunque no le podía decir eso. Se suponía que la de ellos era una relación informal. ¿Entonces por qué no se sentía informal sobre él?

Incluso ahora su abrazo estaba cambiando de cómodo a caricia, el aire entre ellos daba cosquilleos con un sentido de expectativa mientras Matt se daba vuelta, y la atraía con fuerza contra su pecho.

—Acabo de recibir una descarga eléctrica de ti—, murmuró.

—No deberías frotar tus pies contra la alfombra.

—No lo recibí por mis pies sino por tus pechos. Quiero sentirlos otra vez contra mi piel sin nada entre nosotros.

Caitlyn tragó saliva ante la información. —Son las cinco de la tarde.

—¿Y?

—Todavía está claro.

—Así es—, él acordó, sosteniéndola un poco a distancia para que pudiera mirarla. —Quiero verte en la luz, Caitlyn. Quiero ver tus ojos cuando terminamos juntos, cuando no puedes aguantar más.

—Eres realmente bueno para esto del juego previo.

—Ni siquiera te estoy tocando todavía.

—Y no tienes que hacerlo—, ella susurró. —La forma en que hablas, me haces sentir con ganas de...

—¿De qué?

—De sacarme toda la ropa—, ella confesó.

—Yo te ayudo.

Su corazón saltó contra su pecho mientras se preguntaba si realmente tenía el valor para hacer esto. —Eh, Emily—, dijo ella, de repente recordando que no estaban exactamente solos.

En unísono se dieron vuelta para mirar al bebé.

—Dormida—, Matt dijo triunfante, un destello pícaro apareció en sus ojos. —A veces la niña tiene el buen sentido de ser oportuna.

—Si lo hacemos otra vez, no será una relación de una noche—, ella le advirtió. —¿Has considerado eso?

—Nunca se me ocurrió que sería una relación de una noche—, replicó con un tono más serio. —Y tampoco lo hiciste tú.

No había humor entre ellos ahora, solamente una pasión silenciosa, resuelta.

—Todo en lo que pude pensar hoy fue en ti—, Caitlyn dijo. —Nunca había sido tan rápido para mí antes.

—Eh, espera un segundo—, dijo él con una indignación burlona.

Ella sonrió. —No quise decir eso. Quise decir nosotros, el ir a la cama juntos, y no solamente para hacer el amor, sino para compartir tanto de nosotros. Sabes más de mí que gente que he conocido toda mi vida.

—Y tú sabes más sobre mí. Pero creo que deberíamos dejar de hablar y empezar...— Él terminó sus palabras con un beso que hizo a Caitlyn finalmente entender la expresión “volverla loca de amor”. Ella se vio envuelta en la textura y gusto de su boca, el tacto de sus manos, la belleza de su fuerza masculina y su cuerpo duro contra su cuerpo suave. La hacía sentir hermosa, femenina, querida... incondicionalmente. No había pretensiones, solamente anhelo puro que era la emoción más honesta que ella alguna vez había sentido. Esta vez fue ella la que tomó su mano y lo guió a la habitación.

Se sacaron sus ropas rápidamente, desnudándose uno al otro con sonrisas de deleite y gemidos de placer mientras sus manos deambulaban sin restricciones.

—Eres un hombre tan hermoso—, ella le dijo, corriendo sus manos a lo largo de los músculos de su pecho.

—Éstas son hermosas—, replicó, acunando sus pechos en sus manos, moldeando las tiernas protuberancias con sus dedos. —Y ésta es una boca hermosa—. Delineó sus labios con la punta de su lengua mientras sus manos se deslizaban hacia abajo. —Y esto es hermoso...

—Sh-sh—, ella susurró, tomando posesión de su boca. —Hazme el amor, Matt. Y juntos se hundieron en el colchón suave, sus cuerpos fundiéndose tan profundamente que Caitlyn tenía el presentimiento de que se había perdido a sí misma en algún lado dentro de él.

\* \* \*

Un tiempo después Matt escuchó a Emily moverse y sabía que no podrían pasar las próximas horas en la cama como le hubiera gustado. Aunque dudaba que unas pocas horas más con Caitlyn fueran suficientes. Necesitaba días, semanas, meses, incluso años.

Le sorprendía el querer estar con alguien tan seguido. Siempre había guardado su privacidad. Permitir entrar a cualquiera había sido peligroso los primeros años e inaceptable en los últimos. Pero la llegada de Emily había abierto las puertas a su pasado, y las paredes que había estado levantando por más de una década se estaban poco a poco despedazando.

Tenía que agradecerse a dos mujeres, a Caitlyn y a Emily. Tal vez debería añadir a Sarah, también. Ya que si ella no hubiera dejado a su bebé con él, nada de esto hubiera pasado. Caitlyn se hubiera quedado de su lado del pasillo.

Pero ella no estaba al otro lado del pasillo, estaba acostada a su lado, en la que ya estaba aprendiendo era su posición favorita, un brazo y una pierna sobre su cuerpo, como si lo quisiera mantener cerca aun mientras dormía. Algunos hombres lo podrían haber visto como necesidad, como algo excesivo, pero a él le gustaba. Nunca nadie había querido mantenerlo cerca, protegerlo mientras dormía. Pero esta pequeña, femenina mujer tenía más corazón que muchos. Tal vez demasiado corazón.

Sabía que estaba loca por Emily. Y estaba empezando a darse cuenta lo difícil que sería para ella dejar ir a Emily.

*Tal vez no tenga que dejar ir a Emily.*

El pensamiento le pegó en la cabeza como un mazo. No había querido considerar la posibilidad de que Sarah no regresara. ¿Pero y si no lo hacía? ¿Y si él tenía que criar a Emily?

*Tal vez no tenga que dejar ir a Caitlyn tampoco.*

¡Vaya! No podía empezar a pensar de esa manera. Un par de noches de sexo estaban lejos de ser una relación permanente. Y de seguro que quería tener una familia algún día, ¿pero ahora? No estaba listo. Por lo menos no había pensado que estaba listo. Las cosas estaban cambiando. Él estaba cambiando.

Emily dio un pequeño grito desde la sala de estar, interrumpiendo sus pensamientos. Era su grito para despertarse, Matt se dio cuenta. Estaba empezando a ser capaz de distinguir entre despertarse, estar mojada y querer comida. Otra señal de que no era el mismo hombre que conocía cada marcador de cada juego de deporte que existía, sino uno que estaba prestando atención a los matices suaves del llanto de un bebé.

—¿Está despierta?— Caitlyn murmuró, moviéndose al lado de él.

—Creo que sí.

—Yo la buscaré—. Ella se sentó, un frío le golpeó el cuerpo mientras ella se levantaba de la cama.

Se hubiera quejado, pero la vista era demasiado buena para dejarla pasar. Caitlyn intentó tímidamente esconder su desnudez mientras se ponía sus pantalones negros y su suéter de color rosa, pero sus rápidos movimientos sólo lo hicieron sonreír. Ya había delineado cada centímetro de su cuerpo con su lengua. Ya no eran extraños. La falta de naturalidad de Caitlyn le recordó que en muchas maneras ella era tan inocente. Debería estar protegiéndola... protegiéndola de él.

Pero protección era lo último en su mente mientras observaba el movimiento de su cabello por debajo de los hombros, salvaje y enredado por sus dedos. Cuando ella lo miró, sus ojos color café todavía estaban brillantes, su rostro todavía sonrojado por haber hecho el amor.

—Me estás mirando—, ella le dijo.

—Ningún juez en esta tierra me condenaría. Vuelve a la cama.

—Después—, dijo ella mientras se reía. —Emily no espera a ningún hombre.

Matt se acostó y se quedó mirando el techo después de que ella se fue de la habitación. Podía escucharla hablar a Emily y pensó cuánto le gustaba este momento, este sentido de satisfacción, este sentimiento de paz de que todo era como debía ser.

Se estaban convirtiendo en una familia, los tres. No podía negarlo. Se estaba enamorando... de

Caitlyn, de Emily, de la idea de ser el hombre en sus vidas.

—¿Matt?— Caitlyn lo llamó, luego apareció en la puerta con Emily en sus brazos. —Alguien está golpeando a mi puerta. ¿Podrías preparar a Emily su biberón mientras voy a atender?

Ya estaba fuera de la cama y poniéndose sus jeans para cuando ella terminó de hablar. Poniéndose su camiseta, tomó a Emily de los brazos de Caitlyn mientras ella se iba hacia el pasillo. La escuchó hablar con alguien a través de la puerta medio abierta. Sus voces se escucharon más fuertes, luego el sonido de música siguió.

Después de preparar el biberón para Emily, salió al pasillo para encontrar a un hombre joven, con un ramo de claveles rojos en una mano, cantando a Caitlyn.

—*Perdóname, Cait, por hacerte esperar, te amo de verdad, no me hagas llorar. Estaré aquí con pasión, al final de mi canción.*

Caitlyn miró a Matt con asombro y vergüenza en sus ojos. —No quiere parar.

—Eh, amigo—, Matt dijo. —¿De qué se trata esto?

El hombre se puso de pie y le dio a Caitlyn el enorme ramo de flores y una tarjeta. —Que tengas un buen día.

Caitlyn abrió la tarjeta. —“El capítulo tres dice que no me olvide de enviar regalos para mostrar cuánto me importas. Todavía te amo, Caitlyn. Llámame, Brian”— ella leyó en voz alta.

—¿Capítulo tres?— Matt preguntó.

—Está leyendo un libro para tratar de entenderme.

—Debería haber guardado su dinero. Nadie te podrá entender por leer un libro.

Ella levantó una ceja. —¿Es eso un cumplido o un insulto?

Se rio. —Es un cumplido. Eres única.

Ella no sonrió. —¿Qué voy a hacer? Creo que está en camino.

A Matt no le gustó su pregunta o el tono de indecisión en su voz. ¿Qué otra cosa había que hacer que llamar a Brian y decirle que ella ya no estaba interesada en él, que amaba... bueno, tal vez no amaba pero le gustaba, como mínimo, que estaba teniendo sexo con otra persona.

—¿Qué quieres hacer tú?— Le preguntó de alguna una manera lacónicamente.

—No lo sé.

—Bueno, diablos, si tú no lo sabes...— Dijo airado, volviendo a su apartamento.

Ella lo siguió en la habitación. —¿Cuál es tu problema?

—Yo no tengo un problema. Tú eres la que tiene un problema.

—Estás enojado.

—Estoy bien. Sólo voy a dar a Emily su biberón y voy a prender la televisión para mirar el partido. Tú puedes hacer lo que quieras—. Matt se sentó en el sillón con Emily en sus brazos y prendió la televisión. Quería que Caitlyn se sentara a su lado, preferentemente después de que tirara las flores de Brian en la basura. Quería que pusiera su cabeza sobre su hombro y jugara con los dedos de los pies de Emily mientras ella tomaba su biberón. Quería que ellos estuvieran tan cerca como lo habían estado quince minutos atrás. Quería a Brian fuera de su vida.

Caitlyn continuó dando vueltas a las flores en su mano. —Necesito llamar a Brian, para decirle que no venga.

—Está bien, lo que sea—. Él levantó el volumen.

—¿No quieres saber lo que le voy a decir?

—No en realidad.

—¿Puedo volver?— Caitlyn preguntó.

—Haz lo que quieras—. Golpeó su cabeza contra el sillón después de que se fue. Qué idiota que era. ¿Y si ella no quería volver? ¡Mierda! ¿Qué haría entonces?

\* \* \*

Caitlyn entró a su apartamento e inmediatamente tomó el teléfono, pero no marcó en ese instante; todavía estaba pensando en Matt. ¿Estaba celoso? ¿Enojado porque no había tirado las flores de Brian? ¿Era esa la razón por la que había actuado como un idiota? ¿No sabía acaso que era mucho más complicado que simplemente tirar las flores en la basura?

Ella no quería herir a Brian. Estaba intentando con mucho empeño hacer las cosas bien y había algo simpático en sus esfuerzos. Para un hombre que se había dedicado por completo a sus intereses intelectuales, era de alguna manera gratificante para Caitlyn tener a Brian de repente dedicándose a ella. Sabía muy en el fondo, sin embargo, que era un poco tarde. Pero le debía algo a Brian; le debía el decirle la verdad.

Antes de que pudiera marcar el número, hubo un golpe en la puerta. Brian. Respiró hondo y la abrió.

Él inclinó su cabeza hacia el teléfono en su mano. —¿Me estabas llamando a mí?— Brian preguntó con una sonrisa optimista.

—De hecho, sí.

—Te dije que estaba en camino. Tengo un presentimiento de que si no te recupero ahora, no te tendré de vuelta nunca más.

—Mejor entra—. Ella se hizo a un lado para que pudiera entrar a su apartamento. —¿Quieres sentarte?

—Estaba pensando que debería arrodillarme.

—Brian...

—Espera, antes de que digas nada—. Sacó un pequeño estuche de terciopelo de su bolsillo. —Esto es para ti.

Ella sabía lo que era; sabía exactamente lo que era. Y no lo quería. No podía recibirlo. —No puedo.

—Por favor—, dijo él. —Sólo ábrelo.

Después de un momento, ella tomó el estuche de su mano y lo abrió. Ella esperó ver el anillo que le había devuelto a él dieciocho meses atrás, pero este era uno diferente. El otro anillo había sido de estilo antiguo para una chica tradicional. Este diamante tenía por lo menos dos quilates, un corte princesa, un estilo que enfatizaba lo grande que el diamante era. Era moderno, sofisticado, caro y tan erróneo como el otro lo había sido.

—Sé que has dicho un montón de veces cuánto has cambiado—, Brian dijo. —Entiendo eso. No estoy tratando de volver al pasado; estoy tratando de ir hacia adelante... contigo. Es por eso que te compré un nuevo anillo, uno que haga juego con el nuevo nosotros—. Hizo una pausa, sus ojos estaban ansiosos. —¿Lo hice mal?

—Es hermoso—, dijo ella, ya que era un anillo espectacular. A cualquier mujer que estuviera bien de la cabeza le encantaría este anillo. Y si ella hubiera estado locamente enamorada de él, le hubiera gustado también.

—¿Puedo ponerlo en tu dedo?

Ella cerró la cajita.

—Me parece que no— dijo decepcionado.

—Necesitamos hablar. Por favor, siéntate.

Se sentó en un extremo del sillón; ella se sentó en el otro.

—Quiero que sepas que realmente aprecio todo el esfuerzo que has puesto en tratar de que nuestra relación vuelva a encaminarse, pero no he sido del todo honesta contigo—, dijo ella.

—Hay otra persona—, él interrumpió. —Eso es, ¿no es cierto? Tu vecino, Matt.

—No, eso no es de lo que estoy hablando—. Ella titubeó, preguntándose si tenía el valor de hacer esto. Había sido diferente decírselo a Matt; sabía que el secreto se quedaría con él. Pero una vez que se lo dijera a Brian estaría al descubierto. Sus padres tendrían que saber. Jolie tendría que saber. Y Caitlyn tendría que vivir el resto de su vida con todos sabiendo que no podía tener hijos. La mirarían con lástima. Cuidarían de sus palabras o se fijarían en sus acciones cuando algún bebé estuviera cerca.

—Lo que sea—, Brian dijo. —Puedes decírmelo. No cambiaré lo que siento por ti.

—Pienso que tal vez sí—. Ella se forzó para mirarlo a los ojos. —Después del accidente, me dieron malas noticias. No le conté a nadie, porque me causaba demasiado dolor y no podía hablar sobre ello, por lo que traté de no pensar en eso.

—¿Estás enferma?— Él preguntó cautelosamente.

—No exactamente. No puedo tener hijos, Brian. Cuando se aplastó mi pelvis, todo adentro se dañó, de una manera irrevocable. No podré quedarme embarazada o tener un hijo.

Él la miraba inexpresivamente como si las palabras no se hubieran registrado. —Debe haber algo que puedan hacer—, dijo lentamente. —No puedo creer que no haya nada que puedan hacer. ¿Has hablado con tu madre? ¿Has visto a especialistas?

Ella lo cortó antes de que se pusiera más loco. —Tuve una segunda opinión, Brian. Y no hay nada que mi madre pueda hacer que yo no haya hecho ya.

—Pero Caitlyn, hay tantos avances científicos nuevos. Puede ser que haya algo que no hayas considerado. Necesitamos investigar las posibilidades, hablar con especialistas, ir a internet.

—Brian, por favor. Ya he considerado las posibilidades.

—Pero no eres un científico. Sin ánimo de ofender, Caitlyn, pero esta es mi área. Déjame hablar con algunas personas sobre esto. Déjame obtener una copia de tu archivo médico—. Él hizo una pausa, viéndose confundido. —¿Por qué no me dijiste esto antes? Me podrías haber escrito o llamado o hasta venido a Boston, si vamos al caso.

—Porque no quería lidiar con ello. No quería hablar sobre ello. No quería escuchar todas las sugerencias que acabas de arrojarme. Fue más fácil después de que te devolví el anillo y te fuiste a tu beca de investigación. Ya sabía que habíamos terminado.

—No habíamos terminado. Nunca pensé que habíamos terminado.

—Pero ahora ya lo sabes. No puedo darte un hijo. ¿No lo entiendes?

Sus palabras quedaron pendientes entre ellos durante un largo tiempo.

—Entiendo lo que estás diciendo, pero...

—Crees que estoy equivocada. Crees que puedes arreglar esto. No puedes hacerlo. Finalmente estoy empezando a aceptar la verdad. No puedo tener un hijo propio y sé que tú quieres tener hijos. Es por eso que no puedo aceptar este anillo—. Ella presionó la cajita en su mano. —No puedo casarme contigo, Brian.

Él negó con la cabeza confundido, viéndose de igual manera que ella se había sentido dieciocho meses antes, como si le acabaran de tirar la alfombra de debajo de sus pies. —¿Y si... y si dijera que eso no importa?

—Pero sí importa. ¿Por qué dirías lo contrario?

—Nunca pensé en casarme con otra persona que no fueras tú. Nuestras familias son perfectas juntas. No puedo imaginarme comenzar todo de nuevo con alguien más. Somos buenos juntos, Caitlyn. Nos integramos bien a la vida el uno del otro. Debe de haber una manera de salir de esto.

—Sé que es difícil de comprenderlo; me ha llevado mucho tiempo hacerlo. Pero tienes que entender una cosa antes de que te vayas. Nuestra relación se ha acabado.

—¿Estás diciendo que ya no me amas? ¿O me estás dando una manera fácil de salirme?

Ella pensó sobre su pregunta. —Cuando recién nos conocimos, yo era una chica joven, apenas salida de mi adolescencia. Me encantaba el hecho de que hablaras el lenguaje de mis padres. El traerte a casa me hacía sentir inteligente y aceptada y en el centro de las cosas, de una forma en que nunca me había sentido antes. Te hacías cargo de las cosas. Tomabas decisiones por nosotros. Francamente, retomaste exactamente donde mis padres lo habían dejado. Estaba feliz de ir directamente de vivir con mis padres a vivir contigo. Luego el accidente ocurrió, y todo cambió. Me di cuenta de que cosas malas podían ocurrirme y nadie podía arreglarlas. El haber vivido con el dolor, la rehabilitación y la incertidumbre acerca de volver a caminar otra vez me hizo ver la vida de una manera diferente. Finalmente, el saber que no podía tener hijos me hizo cambiar para siempre.

Ella respiró hondo mientras las palabras se derramaban de ella. —Maduré, Brian. Maduré de una manera que nunca me hubiera imaginado. No tuve opción. Tuve que aprender a cuidarme sola y a pararme sobre mis propios pies, y tuve que pensar sobre lo que quería de la vida y cómo quería conseguirlo. Creo que la mayoría de los hombres en este mundo quieren tener a sus propios hijos. Y sé que eres uno de ellos. Tener una familia siempre ha sido algo importante para ti y tus padres. No puedo robarte eso. Y no dejaré que te sacrifiques por mí.

—Es mi decisión. Deberías habérmelo dicho antes. Deberías haberle dicho a todos.

—Me estaba escondiendo. Matt me hizo darme cuenta de que no era justo...

—¿Matt?— preguntó sorprendido. —¿Le dijiste a Matt? Le dijiste a tu vecino que conociste la semana pasada y no podías decírmelo a mí?

Ella se aclaró la garganta, dándose cuenta de su error. —Simplemente se me escapó.

—Claro que sí—. Brian se puso de pie. —Esto es toda una sarta de tonterías, Caitlyn. No estás pensando en mí. Estás pensando en ti misma. Quieres al tipo que vive al otro lado del pasillo—. Un brillo de disgusto apareció en sus ojos. —¿O es que quieres el bebé de él? Eso es, ¿no es cierto? Ya tiene una familia hecha, sólo está esperando a que entres y asumas el rol de madre.

—El bebé pertenece a su hermana—, dijo con tensión, sabiendo que lo que él estaba diciendo no era verdad. Ella se sentía atraída por Matt. Le importaba Matt. No tenía nada que ver con Emily. Bueno, tal vez un poco, pero no de la manera en que él lo hizo sonar, como si lo estuviera usando a Matt, como si ella esperara que fueran una familia.

—¿Qué quieres que haga, Caitlyn? ¿Quieres que me vaya? ¿O quieres que me quede y vea si podemos hacer funcionar esto? Me gustaría tener hijos. Voy a admitir eso. Tal vez no acepte el hecho de que no puedas tener ninguno. Pero tal vez lo haré. Nunca lo sabremos si no nos das una oportunidad.



—Una cosa que no voy a hacer es compartirme con otro hombre. Tienes que decidir a quién quieres. Yo te amo. Tú solías amarme. ¿Quieres tirar todo eso por una aventura amorosa? ¿Por un hombre y un bebé que no te pertenecen?

Dio tiempo a que ella captara sus palabras. —¿O quieres intentarlo de nuevo conmigo? Te puedo prometer que no te voy a dejar otra vez. No pondré mi trabajo por encima de ti. No fuiste la única que cambió el año pasado. Me di cuenta cuando llegué a Boston de que había dejado algo importante detrás... tú. Fue el error más grande que cometí en mi vida. ¿Entonces, qué vas a hacer?

## Capítulo Diecinueve

**M**ATT estaba acostado en su cama y miraba al techo. Eran las cinco y diecisiete del jueves por la mañana. Habían pasado más de veinticuatro horas desde que Caitlyn se había ido de su cama para llamar a Brian, y no había escuchado una palabra de ella desde entonces. Nunca había anticipado que permanecería alejada por tanto tiempo.

Se sentía mejor estando al aire libre, haciendo algo en vez de esperar, entonces había pasado la mayor parte del miércoles manejando por su viejo vecindario con Emily atrás, esperando ver a alguien, tal vez a Sarah, no lo sabía.

Pero había esperado toda la noche, con la esperanza de escuchar a Caitlyn golpear la puerta. Había esperado escuchar sus pasos en el pasillo, pero había pisado ligero o nunca había venido a casa, porque no había escuchado nada. Tal vez se había ido con Brian. Tal vez Matt había echado a perder lo mejor que le había ocurrido en su vida.

Emily empezó a llorar, y él se fijó en la cuna portátil, la cual había movido a su dormitorio. Había estado llorando a ratos durante toda la noche. Ya le había dado dos biberones y le había cambiado el pañal, hasta le había proporcionado una pequeña incursión por el tejado, pero nada había ayudado. Era un grito diferente esta noche, no tanto un sollozo enojado sino uno de incomodidad. Diablos, tal vez hasta extrañaba a Caitlyn, también.

Matt se levantó y caminó hacia la cuna, levantando a Emily mientras empezaba a llorar seriamente. Allí es cuando se dio cuenta de lo colorada que estaba. Su cabeza estaba caliente y transpirada... demasiado caliente, pensó. No hacía tanto calor esa noche, y sólo llevaba puesto una pequeña camiseta con su pañal. Se preguntó si tendría fiebre.

Llevándola hacia la sala de estar, empezó a revisar entre la pila de cosas que Caitlyn le había convencido de que comprara. En efecto, había un termómetro para bebés. Leyó las instrucciones, aliviado cuando una de las opciones era poner el termómetro bajo el brazo del bebé. A Emily no le gustó mucho, pero se las arregló para obtener una lectura, casi cuarenta grados Celsius. Su corazón empezó a latir aceleradamente. Emily no estaba solamente molesta; estaba enferma. ¡Maldición! ¿Por cuánto tiempo habría estado enferma?

Estaba fuera de la puerta y había cruzado el pasillo antes de que tuviera tiempo de reconsiderar si Caitlyn estaba en casa o no. Emily continuaba sollozando, y cuando Caitlyn no contestó la puerta, Matt sintió una oleada de ansiedad. ¿Qué iba a hacer? ¿A quién debería llamar?

Estaba por entrar en pánico cuando Caitlyn abrió la puerta, tenía puesto una bata corta y tenía una mala cara. —¿Qué quieres?

—Está enferma—, dijo él.

La expresión de Caitlyn cambió de inmediato a una de preocupación mientras tomaba a Emily en sus brazos. —Oh, Dios mío, está con mucha fiebre.

—Cuarenta grados. —¿Qué deberíamos hacer?

—Yo... no lo sé.

—Tienes que saberlo.

—Bueno. Está bien. Ella no tiene un pediatra que yo sepa. Y es... ¿qué hora es?

—Un poco después de las cinco.

—Me parece que tendremos que llevarla a la sala de emergencias.

—¿Vendrás conmigo?

—Claro que sí. Sólo déjame ponerme un poco de ropa, y tú también.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que tenía puesto nada más que unos calzoncillos. Volvió rápidamente a su apartamento, bajó a Emily por un segundo mientras se puso algo de ropa. Agarró un biberón mientras salía por si le daba hambre. Pero no parecía interesada en chupar el biberón, lo cual solamente lo hizo preocuparse más.

Caitlyn se encontró con él en el pasillo con unos jeans y una sudadera. —Tú manejas y yo cuidaré de Emily.

El viaje cruzando la ciudad hasta el hospital más cercano fue tenso. Emily continuó llorando intermitentemente. Ni el viaje en el coche ni el aire fresco la calmaron. Finalmente, llegaron a la sala de emergencias. Matt estacionó el auto, luego puso una mano sobre el hombro de Caitlyn mientras ella empezaba a bajarse.

—Tiene que ser nuestro bebé—, dijo él.

—¿Qué?

—Emily es nuestra hija. Somos el Señor y la Señora Winters, y esta es nuestra hija, Emily—, dijo deliberadamente. —Si no tenemos la autoridad para que reciba tratamiento, vamos a pasar por todo tipo de trámites burocráticos.

—¿Qué hacemos sobre el seguro?

—Les daré la información sobre mi seguro. Para cuando se den cuenta de que no tiene cobertura, será más tarde en el día, y entonces les escribiré un cheque.

Caitlyn asintió. —Entiendo. Llévemola adentro.

Su apuro por conseguir ayuda para Emily fue retrasado por una sala de emergencias llena. Pasaron casi cuarenta y cinco minutos en la sala de espera, luego otros treinta en la sala de examinación. La espera estaba volviendo loco a Matt. Quería localizar a un médico y traerlo a la sala, para que Emily pudiera dejar de sufrir, porque sí parecía que estuviera sufriendo, sus ojitos lo miraban para que la ayudara. Y él no sabía qué hacer.

—Se pondrá bien—. Caitlyn pacientemente acariciaba la espalda de Emily. —Estoy segura de que no es nada.

Él quería creerle. Si algo le pasaba a Emily mientras él la estaba cuidando, nunca se lo perdonaría. Miró su reloj. —Pasada las siete. ¿De qué sirve llamar a esto la sala de emergencias si no te tratan como si fuera una emergencia?

—La enfermera dijo que la temperatura de Emily es casi treinta y nueve, lo cual no es tan malo para los bebés.

Matt no estaba convencido. —Probablemente dice eso para que no te quejes.

—Matt, siéntate—. Caitlyn se recostó contra la pared con un suspiro.

—¿Estás bien? ¿Quieres que tome a Emily?

—Se está por dormir ahora. No la molestemos.

—No podría haber hecho esto sin ti.

—Claro que sí.

—Bueno, me alegra que no tuviera que hacerlo—. Se sentó a su lado en el banco. —Eres una mujer increíble, Caitlyn. En caso de que no lo haya mencionado.

—Vaya diferencia que hace un día—, dijo ella secamente.

—Siento lo de la otra noche. No sé lo que me pasó.

—¿No?

—Bueno. Saltaste de mi cama y te fuiste con Brian—, dijo de malhumor. —Eso es lo que me pasó.

—No salté de tu cama. Emily estaba llorando y luego el telegrama musical llegó, y sabía que no podía simplemente dejar las cosas como estaban.

—Entonces, ¿hablaste con Brian?

—Sí.

—¿Y?

Ella dudó. —No entremos en eso ahora.

Por un momento pensó en forzar el tema, pero luego cambió de opinión. ¿Qué podía ofrecer a Caitlyn en cuanto a una relación? No sabía lo que iba a pasar con Emily, si Sarah volvería o si tendría a una criatura para criar. Si Sarah no volviera, tendría que criar a Emily por sí solo. Porque la amaba, se dio cuenta, mirando fijamente a su cabecita. Amaba a Emily. Y mientras levantaba la vista para mirar a los ojos de Caitlyn, tenía un presentimiento de que la amaba a ella también.

—¿Estás bien?— Ella preguntó.

—En realidad no.

—¿Quieres hablar de ello?

—No en este momento.

—Bueno—. Ella se acercó en el banco y descansó su cabeza sobre su hombro. —Entonces, simplemente estaremos juntos, tú y yo y Emily.

—Sí, tú y yo y Emily—, él murmuró. Qué gran familia podrían ser. Había demasiadas variables... Sarah, de un lado; Brian del otro. Pero por ahora sólo abrazaría a Caitlyn y pensaría sobre todo el resto mañana.

\* \* \*

Jonathan llegó al estacionamiento del hospital un poco después de las siete y media. —¿Lista?— Le preguntó a Sarah. Sonrió ante su postura rígida. Estaba sentada en el asiento del acompañante con sus dedos entrelazados firmemente, su cabello peinado prolijamente en una coleta. Al menos los moretones estaban desapareciendo y la mirada de terror de sus ojos había desaparecido.

Habían estado ocupados los últimos dos días, hablando con tantos feligreses como pudieron encontrar. Entretanto, habían pasado algo de tiempo en el hogar de transición donde Sarah había conocido a otra madre joven que estaba intentando recuperarse. Había empezado a darse cuenta de que no era la única mujer que había estado completamente abrumada por las responsabilidades

de ser madre.

—Todavía no estoy segura sobre ver a un siquiatra—, dijo ella finalmente. —¿Qué pasaría si el médico cree que estoy loca, también?

—Entonces tendrás que enfrentarlo.

—No podré recuperar a Emily si me encierran.

—No tienes a Emily ahora—, suavemente le recordó. Sabía que Sarah extrañaba a su bebé, que se sentía dividida entre hacer lo que era mejor para Emily y lo que era mejor para Sarah. Que había puesto el bienestar de Emily antes que el suyo, le había dicho cuánto quería a su hija. Proteger a un niño era el trabajo más importante de una madre y, a su modo de ver, Sarah había hecho lo que tenía que hacer. Ahora necesitaba ayuda para volver a reencaminarse, de modo que pudiera recuperar a Emily en su vida. Todavía le perturbaba el hecho de que no hubiera tenido contacto con su hermano, pero un paso cada vez, se recordó.

Sarah suspiró pero aún no hizo ademán de abrir la puerta del auto. —¿Realmente crees que podría ser una buena madre?

Por primera vez vio una mirada de esperanza en sus ojos y le complació. —Lo creo.

Su boca lentamente floreció en una sonrisa, y le movió el corazón de una manera que nunca había imaginado. Tal vez si ella sonriera más a menudo se acostumbraría a ello. Tal vez no haría que le diera un vuelco el corazón o que su estómago se diera vuelta. Seguía diciéndose a sí mismo que esto era su trabajo, el de ayudar a las personas, pero se estaba volviendo más personal con cada día que pasaba.

—Nunca he conocido a nadie que creyera en mí—, le dijo a él. —No sé por qué lo haces tú.

—Eres joven e inteligente y tienes un buen corazón. Este es el principio de tu vida, Sarah, no el medio o siquiera el final. Hay mucho por delante para ti.

—Lo haces sonar como que todo estará bien.

—Tal vez no todo, pero si Dios quiere, con un poco de apoyo y algunos amigos, los tiempos duros serán más fáciles de sobrellevar. Ya no estarás sola.

Ella tomó aliento para armarse de valor. —Bueno. Estoy lista.

—Vámonos—. Jonathan salió del coche y caminó con ella por la puerta principal del hospital. Sentía confianza en que su amiga sería capaz de dar a Sarah tranquilidad. Y luego tal vez él podría hacer el resto, conseguirle un lugar para vivir y reunirla con su bebé. Se preguntaba si Emily tenía los ojos hermosos de su madre, la sonrisa increíble de su madre.

\* \* \*

Emily vomitó sobre toda la manga del médico. Matt desvió la vista mientras el médico se tragaba una palabrota y se iba hacia el lavabo para limpiarse el daño. Mientras se secaba, levantó su tabla médica e hizo unas notas. —Tiene una infección en el oído—, dijo.

—¿Es eso serio?— Matt miró a Caitlyn, quien tenía a Emily en sus brazos ahora que la examinación había terminado.

—Es muy común en los bebés—, replicó el médico. —¿Tiene ella alergias a algún antibiótico?

—Eh...— ¿Cómo sabría él si ella tenía alguna alergia? ¿Qué pasaría si decía algo equivocado?

—Ella no ha tomado antibióticos todavía—, Caitlyn dijo rápidamente. —¿Hay alguno que sea

suave para empezar?

—Claro. Amoxicilina debería solucionar esto. Tienes que darle la medicina hasta terminar el tratamiento. Y luego debes llevarla a su pediatra en más o menos dos semanas y asegurarte de que todo está normal de nuevo. Si hay problemas antes de eso, ve a ver al pediatra.

Matt asintió mientras tomaba la receta del médico. —¿Eso es todo?

—Eso es todo—, el hombre mayor dijo con una sonrisa cómplice. —¿Primera hija?

—Así es.

—Se acostumbrarán. Tengo tres hijos en casa. Siempre se enferman en el medio de la noche. Puedes darle un poco de Tylenol para bebés para el dolor. Pero en unos pocos días el antibiótico debería encargarse de la molestia. ¿Alguna pregunta?

Matt negó con la cabeza.

—Excelente. Que tengan un buen día.

—Que tenga un buen día—, Matt hizo eco cansado. —Ya debe ser de día, ¿eh?

—Casi las ocho—, Caitlyn dijo, mirando al reloj sobre la pared, el cual había estado haciendo tic tac tan lentamente en las últimas dos horas. —¿Estás listo para irte de aquí?

—Más que listo.

Caminaron por el pasillo hacia la entrada de la sala de emergencia. Fue en ese instante cuando Matt vio algo que lo tomó completamente desprevenido. Fue simplemente un destello al final del pasillo, pero un destello familiar.

—Espera un segundo—, dijo abruptamente.

—¿Qué pasa?

—Creo que vi a alguien—. Corrió por el pasillo que llevaba hacia la parte principal del hospital. Era ella; la anciana con el sombrero de paja y la regadera. Él estaba muy lejos como para ver su rostro, pero tenía un terrible presentimiento de que sabía quién era.

\* \* \*

Quince minutos con la amiga siquiátrica de Jonathan ya había hecho sentir mejor a Sarah. La mujer, Karen Harte, era una persona con quien era fácil hablar, muy comprensiva, y tenía fotos de su bebé por todo su escritorio. Cada vez que Sarah miraba una, pensaba en Emily, preguntándose cómo habría cambiado en la semana que había pasado, si habría parado de llorar, y si habría empezado a sonreír.

—Extrañas a tu bebé—, la Dra. Harte dijo con comprensión.

—Tanto—. Sarah sintió la emoción oprimir su pecho. A veces pensaba que se moriría si no tocaba o sostenía a Emily en sus brazos otra vez. Pensó que podría cortar la conexión entre ellas simplemente al dejarla, pero el vínculo era más fuerte que nunca.

—La relación de madre e hijo es muy poderosa—, continuó la Dra. Harte.

—Eso es lo que más me preocupa, que mi madre pueda haberme pasado su locura, quiero decir, su enfermedad mental, a mí.

—Ese no es un temor poco común, Sarah. Pero no toda enfermedad mental es hereditaria. Y al igual que con otras predisposiciones, tales como el alcoholismo y la obesidad, un individuo puede hacer elecciones conscientes para evitar tales riesgos. El ser capaz de entenderte a ti misma, conocer tu fortaleza y tu debilidad, puede jugar un gran papel para tener una vida mental saludable.

—Pero dejé a mi bebé igual que mi madre me dejó a mí—, Sarah discutió, aún sin estar segura de que podía creer lo que el médico le estaba diciendo.

—El tener un bebé puede ser abrumador, especialmente cuando no tienes ninguna ayuda. Los cambios físicos en tu cuerpo, la falta de sueño, pueden causar estragos con tu salud mental. Lo que me gustaría sugerir es que nos veamos otra vez, para hablar un poco sobre tu pasado y sobre tu futuro, tal vez. Desafortunadamente, mi calendario de trabajo de hoy está lleno, pero si quisieras hacer una cita para los próximos días, podríamos empezar a explorar algunas de tus preocupaciones a un nivel más profundo. ¿Qué piensas?

—No tengo dinero—, dijo Sarah de manera cortante. —Jonathan dijo que cubriría por hoy, pero no le puedo pedir que lo haga otra vez.

—Lo entiendo, Sarah. Estás en una situación difícil. Pero me gustaría hablar contigo otra vez. Entonces, por qué no hacemos una cita para una sesión más, y luego tal vez pueda guiarte a la dirección correcta para recibir ayuda adicional.

—¿De verdad haría eso?

—Por supuesto—, replicó la Dra. Harte con una sonrisa. —No me convertí en una siquiatria solamente por el dinero—. Ella hizo una pausa. —Mi abuela estaba enferma, Sarah. Sé lo que es tener a alguien con enfermedad mental en la familia y cómo afecta a esa persona. Tú eras una niña a merced del comportamiento errático de tu madre. Y tomaste medidas para proteger a tu hija de una situación similar. Creo que el hecho de que tomaras esas medidas dice bastante en cuanto a tu salud mental.

—Espero que tenga razón.

—¿Dónde está tu madre ahora, Sarah?

—No lo sé.

—Es una lástima. Tal vez sería bueno para ti hablar con ella de nuevo. A veces los monstruos que creamos en nuestra mente son mucho más poderosos de los que realmente existen. Por favor, haz una cita al salir, Sarah. Me gustaría verte otra vez.

—Está bien. Gracias—. Sarah se levantó y caminó hacia la puerta. Mientras decidía hacia qué lado ir, logró ver a una mujer, la misma mujer que había visto en la iglesia. ¿Qué diablos? Caminó rápidamente por el pasillo. Tenía que alcanzarla. Tenía que sacarle el sombrero y mirarle a los ojos.

\* \* \*

Jonathan levantó la vista mientras un hombre llegaba al área de recepción y miraba impacientemente alrededor de la habitación, luego a Jonathan.

—Disculpe—, dijo. —¿Vio a una mujer con un sombrero de paja pasar por aquí hace un segundo?

—No, he estado leyendo. No he visto a nadie.

El hombre dejó escapar un suspiro. —Gracias de todas maneras.

—Por nada.

Jonathan miró hacia su revista y hojeó ociosamente a través de una media docena de hojas de noticias sobre negocios. Acababa de cerrar la portada cuando Sarah apareció en la sala de entrada del hospital. No estaba sonriendo, y sintió una repentina preocupación. ¿Había hecho mal en traerla aquí, alentándola para que hablara con el médico? La mayoría le hubiera dicho que

encaminara a Sarah en dirección a los servicios sociales y dejara que ellos se encargaran de sus problemas. Y esas personas tal vez hubieran tenido la razón.

—¿Estás bien?— Le preguntó mientras se ponía de pie.

Ella asintió, de alguna manera distraída. —¿Viste a una mujer pasar por aquí? Ella estaba cargando una regadera y...

—¿Y llevaba puesto un sombrero de paja?

—Sí—. Sus ojos se iluminaron. —¿La viste?

—No.

—¿Pero cómo lo...

—Un hombre acaba de venir y me hizo la misma pregunta.

—¿En serio?— Sarah miró alrededor de la habitación de igual manera en que el hombre lo había hecho. Jonathan sintió un extraño escalofrío correr por sus brazos. Era el tipo de sentimiento que tenía cuando las cosas no podían explicarse.

—Me pregunto dónde se fue—, murmuró Sarah.

—No lo sé. Nunca la vi.

—¿Pero la has visto... cerca de tu iglesia?

—No me acuerdo de nadie con esa descripción.

—Ha estado allí dos veces la semana pasada, regando los hierbajos a lo largo de la acera y el bordillo. Tiene puesto un montón de ropa, como alguien que vive en la calle—, Sarah añadió.

—No la recuerdo.

—¿En serio?

—No. ¿Cómo te fue en la reunión con la Dra. Harte?

—Bien—. Ella le sonrió cálidamente. —Es muy buena. Quiere verme otra vez, y dijo que no me va a cobrar.

—Aun si te cobrara, encontraríamos la forma, Sarah.

—Estoy empezando a creer que podrías encontrar la forma de hacer cualquier cosa.

Él sintió una oleada de una emoción inexplicable. La confianza en su voz le dio una renovada fe en sí mismo. Tenía un presentimiento de que Sarah estaba haciendo tanto para él como él estaba haciendo por ella.

—¿Podemos hacer una parada camino a casa?— Ella le preguntó mientras se volvían hacia la puerta.

—Seguro. ¿Dónde quieres ir?

—Quiero ir a la casa de Matt—. Ella lo miró directo a los ojos. —Quiero ver a mi hermano y a mi bebé.



## Capítulo Veinte

—SÉ que debes estar exhausta—, Matt dijo mientras encendía el auto y salía del estacionamiento del hospital.

—¿Pero...?— Caitlyn preguntó, sintiendo que había más sobre su afirmación de lo que parecía. De hecho, había estado actuando raro desde su misteriosa carrera a través del hospital.

—Me preguntaba si harías una pequeña parada conmigo.

—¿A dónde?

—De vuelta al viejo edificio de apartamentos.

Caitlyn lo estudió pensativa. Su rostro estaba tenso. El alivio que había sentido al saber que Emily simplemente tenía una infección de oído se había esfumado. Algo había pasado en el transcurso, y ella no sabía lo que era. —¿Dónde fuiste?— Ella le preguntó. —¿En el hospital, cuando te fuiste tan apresuradamente?

—Pensé que había visto a alguien que conocía. ¿Te acuerdas de ese día cuando estábamos sentados en el coche fuera del viejo edificio de apartamentos?

—Claro.

—¿Y había una mujer que estaba caminando por la calle con una regadera, y dije que ella me hacía recordar a alguien?

Caitlyn asintió. —Sí.

—Bueno, tengo el extraño presentimiento de que podría ser mi madre.

Los ojos de Caitlyn se agrandaron de la sorpresa. —¿En serio?

—Sí, y lo que es aún más extraño es que la vi en el hospital. Es por eso que me fui, pero desapareció antes de que pudiera encontrarla—. Tamborileó con sus dedos impacientemente contra el volante mientras se detenía ante la luz roja. —¿Por qué estaba en el hospital, Caitlyn? ¿Por qué estaba en mi viejo edificio? ¿Por qué la sigo viendo?

—No tengo idea—, replicó ella, aunque tenía un presentimiento de que todas sus preguntas eran retóricas.

—Tal vez está conectada con Sarah. Tal vez están juntas. Tal vez me están observando o algo. ¡Maldita sea! Desearía poder saber lo que está pasando.

—Entonces quieres volver a tu viejo vecindario y, ¿hacer qué?

—No estoy seguro. Suena una locura, y sé que estás cansada. Sólo deberíamos ir a casa.

—No me molesta ir contigo. Emily se ha dormido después de que le dimos la medicina de muestra, y no tengo que ir a trabajar por un rato.

Se volvió con la cabeza para sonreírle. —Realmente te lo agradezco. Sé que podría dejarte, pero... suena ridículo... estoy un poco preocupado de volver allí solo.

—¿Preocupado?— Ella repitió con una sonrisa. —Te estás muriendo de miedo.

—Es tan obvio, ¿eh?

—Sí.

—¿Cómo me conoces tan bien?

Ella negó con la cabeza, preguntándose exactamente lo mismo. —No lo sé, Matt. Simplemente te conozco.

—Y eso te asusta un montón, ¿no es cierto?

—Tal vez un poco.

—¿Alguna vez me vas a contar lo que le dijiste a Brian la otra noche?

—Le dije que no podía tener hijos, de una.

—¿Cómo se lo tomó?

—Tenía un montón de sugerencias en cuanto a maneras en las que podía tratar el problema.

—Estoy seguro de que probablemente sean válidas.

—Sin duda lo son. Brian tiene una mente científica y ve posibilidades ilimitadas en cuanto se refiera a la ciencia. Siente que en estos días nada es imposible para los avances médicos.

—Suena como que aún quiere estar contigo.

—Lo dijo.

—¿Qué piensas tú?

—¿No es esa la calle en la cual se supone que debes doblar?

Matt dobló como le indicó. —Si quieres ir de vuelta con él, diablos, no tengo nada que decir al respecto. Quiero decir, tú y yo estábamos solamente...

—¿Solamente qué?— Ella demandó, sin gustarle su tono.

—No sé exactamente. Lo que sé es que solías estar enamorada de este tipo, y no quiero estar en tu camino.

—¿Entonces estás siendo noble? ¿Diciéndome que me vaya porque crees que es para mi bien?

Él le dirigió una mirada sombría cuando se dio cuenta de su punto. —No estoy actuando de la forma en que tú actuaste cuando le dijiste a Brian que se fuera.

—Claro que sí. Te estás haciendo el mártir, tal como lo hice yo.

Podía decir por la expresión en su rostro que él sabía que ella tenía razón. Caitlyn solamente deseaba que le dijera cómo se sentía realmente con respecto a ella. Pero ya que a ella misma le costaba hacer lo mismo, no podía juzgarlo por permanecer callado. Era todo demasiado rápido. Su mente no podía seguir el ritmo de los cambios constantes; necesitaba pensar, tal vez hasta dormir unas cuantas horas y despejar su cerebro.

—Aquí llegamos—, Matt dijo, entrando a un estacionamiento frente al edificio. Apagó el motor, su mirada barrió la cuadra larga. —Sé que no podría haber vuelto aquí tan rápido, ya que acabo de verla en el hospital.

—Podría si tuviera un coche o si alguien la llevara.

—Es verdad—. Repiqueteó sus dedos contra el volante. —¿Por qué no puedo entrar allí, Caitlyn? ¿Por qué no puedo entrar a ese maldito edificio, subir esas escaleras e ir por el pasillo?

—¿Te ayudaría si Emily y yo vamos contigo?

—Sé que Sarah no está aquí. Sé que mi madre no está aquí.

—Pero los monstruos bajo la cama todavía están allí—, dijo ella suavemente.

Él volvió su cabeza, sus ojos llenos de incertidumbre. —Los monstruos nunca estaban bajo la cama, Caitlyn. Ellos... quiero decir *ella* estaba allí mismo, frente a mí.

Ella puso una mano sobre su muslo. —Iré contigo. Haremos una pequeña caminata, tú, yo y Emily. Iremos tan lejos como quieras, tan despacio como quieras.

Después de un momento de duda, él asintió con la cabeza. —Está bien.

Caitlyn se bajó del auto y esperó a que Matt y Emily se reunieran con ella. Caminaron hasta la puerta principal y luego entraron. Matt se detuvo un rato, su mano buscó la de Caitlyn en el interior oscuro. Ella apretó sus dedos alrededor de los de él y juntos se volvieron hacia las escaleras.

\* \* \*

Mientras Sarah caminaba con Jonathan por el pasillo hacia el apartamento de Matt, ella repitió en su mente cada segundo de su último viaje. Ella había llamado a Matt desde un teléfono público en la esquina para asegurarse de que estuviera en su casa. Entonces se metió en el edificio y había tomado el ascensor hasta su piso. Esa había sido la parte fácil. Poner a Emily en el piso, ajustar su manta alrededor, decir adiós, esa había sido la parte difícil.

Sarah sintió el dolor retornar mientras se acercaban a la puerta de Matt, mientras ella miraba fijamente el lugar donde había dejado a Emily, el lugar que estaba ahora vacío. Tenía el repentino, horrible presentimiento de que su hija podría haberse perdido de ella para siempre.

—No puedo—, murmuró ella.

—Sí, puedes—. Jonathan tomó su mano temblorosa con su agarre sólido y reconfortante. —Tuviste el valor de dejarla. Ahora debes tener el valor de pedirla de vuelta.

—¿Eso es lo que debería hacer?

—Depende de ti.

Sarah levantó su mano y, después de otro pequeño momento de duda, golpeó fuertemente a la puerta. Cuando no hubo respuesta, golpeó aún más fuerte. Ya que había de repente una necesidad ardiente dentro de ella de abrazar a su bebé de nuevo.

\* \* \*

—Sólo golpea—, Caitlyn dijo a Matt mientras estaban parados en el pasillo fuera del viejo apartamento.

—¿Por qué? No hay nadie adentro, lo sé.

—¿No te gustaría echarle una mirada?

—¿Qué voy a decir?

—Oh, por amor de Dios. Pensé que eras el intrépido periodista que investigaba, quien iba a lugares donde otros hombres temían ir.

Él le mostró un ceño fruncido enojado. —Esto es diferente.

—No lo es. Estás investigando la desaparición de tu hermana. Este es el lugar donde solía vivir. Tiene sentido que entres a verlo. Tal vez ella regresó. Tal vez ella golpeó a la puerta. Tal vez la persona dentro se acordará o sabrá algo.

—¿Cómo sabes tanto siendo una diseñadora de vestidos de novia?

—Tengo buena imaginación.

—Sí bueno, la mía está trabajando tiempo extra ahora. Me siento como si tuviera dieciséis de nuevo.

—No los tienes—, dijo ella suavemente. —Mira a Emily. Ella debería recordarte que estás hecho un adulto ahora, y también Sarah. Quien quiera o lo que sea que te lastimó en este apartamento ahora ya no está.

Ella tomó el asiento infantil de su mano. —Vamos, Matt. Golpea.

Levantó su puño y golpeó. Caitlyn contuvo la respiración, de repente preocupada de que su consejo tal vez estuviera completamente equivocado, de que Sarah pudiera estar adentro, o su madre. ¿Quién sabía? Y si estaban, y vieran a Emily... Agarró con más fuerza el asiento de Emily. Bueno, alguien tendría mucho que explicar antes de que ella entregara a esta inocente bebé.

No hubo respuesta. Ambos volvieron sus cabezas mientras unos pasos se acercaban por el pasillo. Era una mujer, se veía cansada y desconfiada.

—¿Qué están haciendo aquí?— Ella preguntó.

Caitlyn no sabía qué decir. Se sentía como si la hubieran atrapado con su mano en el tarro de galletas.

—Solía vivir aquí—, dijo Matt.

—¿Desde cuándo? He sido la administradora aquí durante diez años y no me acuerdo de ti.

—Hace más tiempo que eso. Hubo un incendio...

—Oh, sí, escuché sobre el incendio, unos niños estaban jugando con cerillas y casi quemaron todo el lugar—. Sus ojos se entrecerraron. —El fuego se inició en ese apartamento. ¿Fuiste tú quien lo inició?

—No.

—Mm—. Ella no se veía como que le creyera.

—¿Puede decirme quién alquila el apartamento ahora?— Matt preguntó.

—Nadie. Ese apartamento ha estado vacío durante las tres últimas semanas.

Caitlyn vio una luz encenderse en los ojos de Matt. —¿Puede decirme quién lo alquiló antes? — Preguntó.

—Una mujer mayor.

—¿Se acuerda de su nombre?

La mujer pensó durante un minuto, luego preguntó cautelosa. —¿Por qué quieres saberlo? No quiero tener problemas aquí.

—Estoy buscando a mi hermana.

—Esta mujer no podría ser tu hermana. Ella tenía unos sesenta, si no estoy equivocada.

—¿Y su nombre?— Preguntó impaciente. —¿Se acuerda de su nombre?

Caitlyn se preguntó si no estaba presionando demasiado, y luego se dio cuenta. Él pensaba que el apartamento había sido alquilado por su madre, la mujer con el sombrero de paja, la que seguía viendo por todos lados.

—Katherine Vance—, dijo la mujer. —Sí, ese era el nombre.

—¿Está segura? ¿No era Kathleen Vaughn?— Preguntó tensamente. —Son bastante parecidos.

—No. Estoy bastante segura de que era Vance.

—¿Usaba un sombrero de paja? ¿Solía llevar una regadera?

—No era muy sociable. No sé lo que vestía.

Caitlyn podía ver que Matt estaba frustrado con las respuestas cortas de la mujer. —Ya que el

apartamento está vacío—, ella interrumpió. —¿Cree que podríamos ir adentro?

La mujer dudó. Hasta Matt se veía sorprendido por su sugerencia. Pero Caitlyn no vaciló. Matt eran tan aficionado a enfrentar la verdad, bueno, aquí estaba su oportunidad de enfrentar su pasado también.

—¿Por qué no?— Dijo la mujer. Sacó un anillo grueso lleno de llaves. —Sólo cierren la puerta cuando salgan.

Matt miró fijamente la puerta medio abierta, sin hacer ademán de abrirla.

—Puedes hacerlo—, Caitlyn le dijo. —Simplemente pon un pie delante del otro—. Le dio un suave empujón en su espalda y finalmente entró por la puerta.

\* \* \*

Volver a entrar al apartamento en el cual había vivido con su madre y su hermana resultó ser una de las cosas más duras que había hecho. Lo primero que vio cuando entró por la puerta fue su pasado, el sillón azul de su madre apretado contra la pared, manchado con licor y quemaduras de cigarrillo, el viejo aparato de televisión, la vieja y destartada mesita de la sala frente al sillón. Sobre la mesa había docenas de velas de todo tipo de medida y forma, velas que su madre y Sarah prendían cada noche. Y luego había plantas, llenando cada esquina de su apartamento.

Matt parpadeó para que se fueran los recuerdos. En realidad, el apartamento estaba completamente vacío, una alfombra color verde apagado que obviamente se había instalado cuando remodelaron, cuadrados de color más claro de pintura donde cuadros solían estar colgados, ganchos vacíos colgados desde el techo. En una esquina había una cocina y un fregadero en lo que parecía ser la cocina. Al lado de eso había un pequeño baño y una puerta a un dormitorio donde su madre y Sarah solían dormir.

No era una habitación grande. Ni siquiera era una habitación que causara miedo. Estaba simplemente destartada, de la misma forma en que lo había sentido todos esos años atrás. Dejó salir el aire que había estado conteniendo mientras se daba cuenta de que no había nada para él aquí, absolutamente nada. Era un alivio en cierta forma. Uno que ni siquiera podía explicar.

Matt miró a Caitlyn, quien había puesto el asiento infantil de Emily sobre el piso pero estaba parada protectivamente cerca. Los ojos color café de Caitlyn estaban llenos de preocupación, bondad, compasión, todos los sentimientos que esperaba de ella. No lo criticó; le gustaba eso. Se sentía como que podía ser sí mismo, tal vez por primera vez en su vida. Ya que aquí estaba Caitlyn parada justo en el medio de su pasado, la única mujer que había permitido entrar a su vida de tal manera.

Caitlyn abrió sus brazos para él, y él se acercó para abrazarla, enterrando su cabeza en su cabello de dulce aroma, encantándole como se sentía su cuerpo amoldándose al suyo. Ella era perfecta para él... simplemente perfecta. Y aquí en esta fría, oscura habitación, Caitlyn lo rodeaba con una cálida luz, prometiendo un futuro en el cual nunca se había permitido creer. Pero aquí con ella, casi lo podía ver.

*Te amo.* Las palabras saltaron a su cerebro. Casi pensó que las había dicho en voz alta, pero luego Caitlyn estaba hablando, saliéndose de sus brazos, y sabía que esas palabras permanecían encerradas a salvo en su corazón.

—Estaba pensando que tal vez hay una pista en este apartamento—, Caitlyn dijo, caminando hacia la ventana. —Algo nos trajo aquí hoy, pero, ¿qué es?

Él negó con la cabeza, tratando de despejar la nube de amor fuera de su cerebro. No podía creer que casi le había dicho que la amaba. Se habían conocido hacía una semana. Una semana, por amor de Dios. ¿Cómo podía amar a alguien tan rápido? ¿Cómo podía siquiera confiar en alguien tan rápido?

—Matt, ¿me estás escuchando?

—Lo siento. ¿Qué dijiste?

—¿Dónde dormías?

—Sobre el sillón. Sarah y mi mamá en el dormitorio.

—¿Qué era que me dijiste sobre ella?— Caitlyn chasqueó los dedos. —Ya me acuerdo. Solía arrodillarse al lado de la ventana de su dormitorio y miraba las estrellas en la noche—. Caitlyn caminó hacia el dormitorio. —Ven aquí—, ella lo llamó.

Matt tomó el asiento infantil de Emily y lo llevó con él al dormitorio. No podía dejar el bebé de Sarah sola, no en este lugar.

—¿Qué encontraste?— Por lo que podía ver, la habitación estaba completamente vacía.

Caitlyn estaba parada al lado de la ventana. —Mira hacia afuera y dime lo que ves.

Matt le echó una mirada incrédula, pero se unió a ella en la ventana. —Veo el edificio al otro lado de la calle y el letrero de la licorería, algunas nubes.

—Esfuézate más. Mira más allá del edificio. Mira más allá de tus recuerdos. Matt, y piensa en lo que Sarah se acordaría.

Se preguntó en lo que ella estaba tratando de decirle. Enfocándose en la vista fuera de la ventana, trató de concentrarse en cada detalle, y ahí es cuando la vio, el sol destellando sobre la brillante punta blanca. Era la torre de la iglesia más cercana, y mientras la miraba, podría haber jurado que un rayo de luz iba desde la punta directamente hasta el cielo.

—Sarah creía en ángeles—, Caitlyn dijo.

—Oh, Dios mío—. Un repentino escalofrío corrió por su espalda. —Sé adónde tenemos que ir—. Matt echó un último vistazo por la ventana y vio lo que había llevado a Sarah a la ventana cada noche de su vida. Era esperanza.

## Capítulo Veintiuno

LE llevó a Matt solamente unos minutos encontrar la iglesia que habían visto desde la ventana de Sarah, pero en esos pocos minutos Caitlyn sintió una docena de emociones diferentes. Estaban tan cerca de encontrar a Sarah ahora. Sólo el hecho de haber estado en el apartamento donde Sarah había vivido, mirando por la ventana donde ella se había arrodillado noche tras noche, había hecho sentir a Caitlyn que Sarah estaba a un paso de distancia. Y Caitlyn no estaba segura de que quisiera encontrar a Sarah. Eso cambiaría todo.

Se volvió en su asiento para mirar a Emily, quien se estaba despertando con un bostezo. —Está despierta—, le dijo a Matt mientras buscaba un lugar para estacionar cerca de la iglesia. —Sabes lo que eso significa.

—¿Tenemos algún biberón preparado?

—No. Tal vez deberíamos irnos a casa. Emily no se siente bien, y no quiero que tenga hambre aparte de todo lo demás.

Matt frunció el ceño, obviamente sin poder decidir entre encontrar a Sarah y cuidar de Emily.

—¿Qué más da otra hora?— Caitlyn preguntó. —Además, no hay ningún lugar para estacionar. Podemos volver más tarde.

Frenó ante la señal de pare en la esquina. —Estamos justo aquí. Nos llevará sólo un minuto preguntar si alguien ha visto a Sarah—. Hizo una vuelta en U y estacionó en un lugar que bloqueaba la entrada de autos que llevaba a la casa situada al lado de la iglesia. —Ya vuelvo.

—Matt—, dijo ella en protesta.

Se detuvo a medio camino de la puerta y la miró. Sus ojos mostraban comprensión pero determinación. —Tengo que hacer esto, Caitlyn. Sólo me llevará un minuto.

—No si encuentras a Sarah. Eso te llevará más de un minuto.

—Trataremos con eso si ocurre.

—¿Estás seguro de que quieres encontrarla?— Las palabras impulsivas dejaron su boca antes de que pudiera frenarlas.

—Es mi hermana. Es todo lo que me queda de mi familia.

—Tienes a Emily. Amas a Emily. Sé que sí. Puedo verlo en tus ojos. ¿Has pensado en lo que pasará si tienes que devolver a Emily a Sarah?

La miró por un largo rato, el pulso en su cuello latía rápidamente. —Puedo amar a Emily como su tío.

—¿Qué pasa si Sarah toma a Emily y se escapa de nuevo? ¿Qué pasa si no ves a ninguna de

las dos nunca más?

—Ese es un riesgo que tengo que correr.

—Bueno, yo no quiero tomarlo.

—Sé que esto es injusto para ti, Caitlyn—. Suspiró, cambiando su mirada de ella a la iglesia.  
—Pero esto es lo correcto. Emily necesita a su madre.

Caitlyn parpadeó para hacer desaparecer la humedad que llenaba sus ojos. Tenía razón. Emily necesitaba a su madre. Todos los niños necesitaban a su madre. Con certeza, no necesitaban a una sustituta.

—¡Mierda!— Matt maldijo. —No quiero hacerte daño, Caitlyn.

—Sólo vete—, dijo ella sin emoción. —Estaré bien.

Se veía como que quería discutir, pero Emily empezó a quejarse, y ambos sabían que no tenían mucho tiempo. —Ya vuelvo.

Caitlyn se dio vuelta y vio que Emily estaba por despertarse, sus ojitos se entrecerraban por la luz brillante del sol. Bueno, con razón estaba llorando. La pobrecita probablemente estaba confundida en cuanto a dónde estaba, con quién estaba. Su vida hasta ahora había sido puro caos. Se merecía más que eso. Emily se merecía un buen hogar, padres que estuvieran presentes para ella, padres como ella y Matt.

Caitlyn no pudo evitar que el pensamiento pasara por su mente, aunque sabía que era egoísta. Ella no quería el hogar para Emily; lo quería para ella misma, y no solamente la casa, sino el marido, el bebé y hasta incluso el perro.

Ella extendió su brazo sobre el asiento y jugó con los deditos de los pies de Emily. Era una criatura tan perfecta, tan intacta, tan inocente, tan hermosa. Su vida era una página vacía en la cual podía dibujar lo que sea que quisiera. Las posibilidades eran interminables.

Caitlyn quería esas posibilidades otra vez para ella misma. Ella no quería las líneas que le decían que no podía ir aquí o no podía ir allá. Quería los espacios abiertos, las elecciones libres, sin limitaciones. Ella quería lo que tantas otras mujeres daban por sentado... hijos. Le rompía el corazón el hecho de que no pudiera tenerlos.

La ira inundó su alma como un maremoto arremetiendo en la playa y llevándose todo sobre ella. No se había permitido sentir el enojo, la amargura, la tristeza... y no lo quería sentir ahora, pero no pudo evitarlo. Quería un bebé propio. Lo quería más que cualquier otra cosa en su vida.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas en un río implacable hasta que no podía ver más, y por eso no notó que Matt había regresado hasta que cerró la puerta con fuerza y la atrajo en sus brazos.

—Está bien. Todo estará bien—, murmuró. —No estaba aquí. Nadie contestó a la puerta.

—Lo siento. Lo siento—, ella repetía sin esperanzas mientras intentaba recomponerse.

—No tienes nada por qué disculparte. Te mantuve despierta durante la mitad de la noche. Te he arrastrado por toda la ciudad para buscar a alguien que ni siquiera conoces. Yo soy el que lo lamenta.

Ella se recostó contra su asiento y se secó los ojos y las mejillas con la parte posterior de su mano. —No eres tú. Soy yo. Quiero lo que no puedo tener y creo que acabo de darme cuenta lo mucho que lo quiero.

Él asintió con la cabeza, sus ojos llenos de compasión.

—No es justo, Matt. No es justo que no pueda tener hijos, y sin embargo aquí está este



hermoso bebé que tu hermana parece no querer. ¿Por qué puede ella tener hijos, pero yo no? Siento si eso hiere tus sentimientos, pero es la manera en que me siento.

—Tienes el derecho. Lo que te pasó es trágico. Desearía poder hacer que desapareciera, pero no puedo.

—Sí, ya lo sé.

—Vamos a casa. Podemos preparar un biberón para Emily y dormir un poco.

Caitlyn asintió con la cabeza mientras Matt encendía el motor. Ella quería irse a casa, a un hogar con Matt y Emily. Tal vez Sarah podría simplemente perderse.

\* \* \*

Matt sabía que estaban cerca de encontrar a Sarah. Sus instintos siempre habían sido buenos, y en este instante le estaban diciendo que Sarah estaba cerca. El haber visto la torre desde la ventana de Sarah le había hecho recordar de cuántas veces ella había hablado de ángeles estando cerca. Tenía sentido que si estaba buscando un refugio, se fuera a la iglesia. Fue desafortunado el hecho de que nadie contestara la puerta. Pero tendrían que volver en algún momento y también lo haría él.

Mirando hacia Caitlyn, se dio cuenta de la tensión en su rostro, la preocupación en sus ojos, la rigidez de sus hombros. Estaba pensando en perder a Emily. Para Caitlyn, no se ganaría nada por encontrar a Sarah.

Para él era diferente. Tendría a su hermana de vuelta, su familia de vuelta. Era lo que siempre había querido, lo que había pensado que había perdido para siempre, pero ahora estaba cerca de alcanzarlo.

Pero mientras él ganaría una familia, Caitlyn perdería al bebé que había aprendido a amar. Eso no parecía estar bien tampoco. Se preguntaba por qué no podían suceder dos cosas buenas seguidas, por qué siempre tenía que ser una buena y una mala.

No había duda de que Caitlyn había tenido un trato injusto. ¿Y por qué ella? Era un tesoro, una madre por naturaleza. Sus hijos lo hubieran pasado genial. Hubieran tenido suerte de tenerla como madre. Pero no iba a haber hijos. No, a menos que ella se casara con alguien que ya tuviera un hijo, una familia ya hecha.

Ellos hubieran sido una hermosa familia, Caitlyn, Emily, y él. Tal vez...

No, no podía pensar de esa manera. Sarah era la madre de Emily. Tenía que encontrarla. No podía dejar de tratar de reunirlos, sin importar el costo para Caitlyn o para sí mismo. Pero una cosa era segura, se aseguraría de que Sarah podía cuidar de Emily antes de que la dejara ir. Por el infierno, de ninguna forma Emily iba a crecer con la misma horrible incertidumbre que él y Sarah habían tenido con su propia madre inestable. No dejaría que eso pasara. Porque Emily era lo más importante y era su bienestar lo que tenía que considerar sobre todo lo demás.

Quince minutos más tarde, estacionó el coche al frente del edificio de apartamentos que había empezado a sentir más como su hogar desde que había descubierto a Emily y Caitlyn. Siempre se había mudado un montón, con cuidado de no sentar cabeza. Pero estaba empezando a querer echar raíces, empezando a desear cosas tales como estabilidad y consistencia, como despertarse con la misma mujer cada mañana y decir buenas noches a la misma mujer cada noche. Y tal vez ver a un bebé sonreír cuando lo viera a él, o escuchar a un pequeño niño llamarlo papá.

Negó con la cabeza, tratando de desalojar los pensamientos perturbadores. Ya que había

aprendido hace mucho tiempo atrás que amar o querer algo o a alguien era simplemente una garantía de que ese algo o alguien desaparecería.

Caitlyn dejó escapar un suspiro que se convirtió en un bostezo.

—Debes estar exhausta—, dijo él.

—Lo estoy—, ella estuvo de acuerdo.

—¿Vas a ir a trabajar?

—Tal vez más tarde. ¿Y tú? ¿Irás de vuelta a la iglesia?

—Sé que quieres que diga que no, pero...

—Pero no puedes dejar ningún rincón sin revisar. Lo entiendo—. Ella le ofreció una sonrisa a medias. —Sé que estuve disgustada allá por un segundo. Y ya que eres tan fanático de la honestidad, tendré que decirte que tal vez vuelva a pasar, tan pronto como encuentres a Sarah, y tan pronto como tenga que decir adiós a Emily. Pero trataré de controlarlo. Esto no es tu problema. Es mío, y de alguna manera encontraré una forma de lidiar con ello.

—Desearía que no tuvieras que lidiar con ello.

—Yo también. Las cosas hubieran sido mucho más fáciles si no hubieras golpeado a mi puerta la semana pasada.

—Más fáciles, sí, ¿pero mejor?— Cuestionó, preguntándose si ella estaba arrepentida de haberse involucrado con él al igual que con Emily.

Sus ojos se oscurecieron. —No mejor, solamente más fácil. Sabes eso.

—Las buenas cosas siempre son difíciles.

—Tal vez no solamente las buenas cosas.

Emily se había cansado de su conversación y dejó salir un grito. Rápidamente se bajaron del auto y se apuraron a subir las escaleras del edificio de apartamentos.

—Alguien debería arreglar esto—, Caitlyn dijo mientras Matt sostenía la puerta principal abierta. —Se supone que este es un edificio seguro.

Matt sintió la misma punzada de inquietud que había sentido unas noches antes cuando por primera vez había notado la cerradura trabada. ¿Lo habría hecho Sarah?

Había empezado a desconfiar en cuanto a Sarah concernía. Tal vez estaba buscando una razón para quedarse con Emily, también. Esa pequeña verdad saltó en su cabeza, y una vez allí, rehusaba irse. Al igual que Caitlyn, se había encariñado con Emily, tal vez demasiado. Tenía que mantener su objetividad. Era la única manera en que todos saldrían de esto.

Caitlyn presionó el botón del ascensor, dando golpecitos con su pie impacientemente mientras intentaba mantener a Emily callada. Matt esperaba que la señora Pederman no apareciera de repente. Una vecina chismosa, aparte de todo lo demás, era algo de lo que podía definitivamente prescindir.

—¿Dónde está el maldito ascensor?— Caitlyn murmuró.

Matt se fijó en los números iluminados. —Está en el diez—. Tan pronto como lo dijo, su corazón dio un vuelco, y cuando se volvió hacia Caitlyn, vio la misma mirada en sus ojos.

Quienquiera que estaba bajando en ese ascensor era probablemente alguien que había venido a ver a alguno de ellos dos, ya que la otra ala tenía un ascensor separado.

—Probablemente Bradley—, dijo él bruscamente. —O tu madre. O uno cualquiera de tus otros visitantes.

—Claro. Estoy segura de que es alguien que quiere verme a mí. Nunca nadie te visita a ti.

Nadie excepto Sarah. Su garganta estaba demasiado tensa para hablar. Era ridículo. No era ella. No podía ser ella. Pero vio como los brazos de Caitlyn se tensaron alrededor del bebé y sabía que ella estaba pensando lo mismo. Y de repente era él quien quería echarse a correr.

Pero las puertas de metal se estaban abriendo, tan lentamente que quería abrirlas con sus propias manos. Vio los pantalones de un hombre, primero. Brian, pensó con alivio. Entonces las puertas se abrieron más, y escuchó un pequeño grito ahogado de Caitlyn mientras la mujer que estaba en la parte de atrás del ascensor daba un paso hacia adelante. Era pequeña y delgada con largo cabello negro que le llegaba hasta la cintura. Sus ojos eran tan oscuros como la noche y tan familiares como los suyos.

—Sarah—, dijo él en un susurro. —¡Oh, Dios mío!

Nadie se movió. Estaban de repente congelados en el tiempo, y no fue hasta que las puertas del ascensor empezaron a cerrarse otra vez que Matt estiró su brazo y las sostuvo.

—¿Eres realmente tú?—, preguntó.

—Soy yo.

—Sarah—, respiró, sintiendo un increíble sentimiento de reunión. Su hermana había regresado. Apenas podía creerlo.

Las puertas del ascensor martillaron su mano otra vez, impacientes por cerrarse. El hombre que estaba parado al lado de Sarah puso su mano delante de la otra puerta. Matt le echó una mirada superficial, lo suficiente para saber que no era el mismo hombre que había conocido en el viejo apartamento de Sarah, gracias a Dios por eso. Luego miró a Sarah. —Finalmente regresaste.

—Te he estado esperando—, ella contestó.

—¿Sí? Yo casi te había dado por perdida.

—¿Por qué no vamos arriba?— Caitlyn sugirió desde atrás.

De repente dándose cuenta de donde estaban, entró en el ascensor, seguido por Caitlyn y Emily. Los tres se quedaron en un lado del pequeño ascensor, Sarah y su acompañante en el otro, el aire espeso con tensión, con preguntas, con miradas curiosas. Cada músculo en su cuerpo estaba tenso, pero había una oleada de adrenalina recorriendo a través de él, haciéndole imposible el quedarse quieto.

—Esta es Caitlyn Devereaux, mi vecina—, dijo Matt. —Me ha estado ayudando a cuidar de Emily.

—¿Está bien Emily?— Sarah preguntó. —Está llorando.

—Tiene hambre—, Caitlyn dijo bruscamente. —Y es hora de que regresaras.

Sarah se vio afligida por las palabras cortantes de Caitlyn y se acercó al hombre que estaba con ella.

—Soy Jonathan Mitchell—, dijo el hombre, dándole la mano a Sarah. —Soy el pastor de la iglesia de Todos los Santos.

La iglesia que acababan de visitar. —Estuvimos allí hace casi quince minutos.

—¿Sí?— Sarah preguntó, con voz sorprendida. —¿Cómo sabías que estaba allí?

—Volví al viejo apartamento y miré a través de tu ventana. Vi la torre, y supe—. Miró a sus ojos y vio que ella sabía también, que ambos recordaban todas esas noches que ella había mirado fijamente hacia el cielo, buscando ángeles.

Luego la mirada de Sarah se volvió hacia Emily, al bebé que Caitlyn sostenía fuertemente en sus brazos, al bebé que estaba empezando a molestarse otra vez. De repente Matt no sabía qué

hacer. ¿Debería dar el bebé a Sarah para que pudiera consolarla? ¿Debería hacerlo él? ¿O debería Caitlyn sostenerla?

Afortunadamente, el ascensor llegó hasta su piso, sacando la decisión de sus manos. Caminaron por el pasillo, un solemne cuarteto de adultos con un bebé llorando. Encontró sus llaves y abrió la puerta tan rápidamente como pudo, sabiendo que necesitaban alimentar a Emily antes de que hicieran cualquier otra cosa. Y fue ese pensamiento práctico lo que calmó su estómago revuelto. Este no era ni el tiempo ni el lugar para emociones. Tenía que encargarse del asunto de una manera lógica y práctica.

—Yo le traeré el biberón—, dijo Caitlyn mientras entraban en el apartamento. —Tú puedes hablar con tu hermana.

La forma en que dijo la palabra “hermana” no dejó dudas en su mente de que Caitlyn quería que interrogara a Sarah sobre por qué había dejado a su bebé sola en el pasillo. Y él haría eso... en un minuto. Primero, sólo tenía que mirarla.

Mientras sus ojos se deslizaban hacia arriba y abajo de su delgado cuerpo, deteniéndose en su rostro, vio unos moretones que estaban desapareciendo. Contuvo la respiración ante dicha visión, recordándole un tiempo cuando había visto moretones similares en el rostro de su madre. Sus propias manos se cerraron en puños. —¿Ese bastardo te pegó?

Sarah se sobresaltó, perdida en su propia mirada fija. —Es una larga historia.

—Tendré que escucharla en su totalidad.

—Sí, lo sé. Pero primero quiero decirte que lamento el haber abandonado a Emily a tu cargo de la manera en que lo hice. Estaba desesperada y no sabía qué otra cosa hacer.— Su mirada viajó hacia la puerta de la cocina donde Emily había desaparecido. —¿Está bien ella?

—Tiene una infección de oído—, dijo él. —Caitlyn y yo pasamos la mitad de la noche en el hospital.

—Oh, no—, dijo Sarah consternada.

—Pero está bien ahora—. Matt estaba aliviado de ver la preocupación en los ojos de su hermana menor. A ella le importaba. A Sarah le importaba su bebé. Era un comienzo. —Tal vez deberíamos sentarnos.

Sarah dudó por un momento, recibiendo una señal de aliento de su compañero. Matt no sabía cómo interpretar su relación con el pastor, pero le prestaría atención a él luego. En este momento necesitaba concentrarse en Sarah.

Volvió su cabeza mientras Caitlyn regresaba a la habitación. Le hizo señas para que se sentara en el sillón mientras él se levantaba. Estaba demasiado tenso para sentarse.

—¿Por qué no me dices por qué dejaste a Emily con tanto apuro y por qué huíste del apartamento de Berkeley?

—¿Cómo sabes eso?— Sarah le preguntó alarmada. —¿Viste a Gary? ¿Le dijiste que tenías a Emily?

—No le dije nada. Cálmate—, añadió mientras Sarah se veía lista para tomar a Emily y salir disparada.

Ella respiró hondo. —No quiero que Gary sepa dónde está Emily.

—¿Por qué?

—Porque la quiere dar en adopción.

—¿Él es el padre?— El estómago de Matt se revolvió al pensar que ese punk era el padre de

Emily.

Sarah asintió con la cabeza. —Sí, pero Gary no quería tener un bebé en realidad. Fue un accidente. No podía aguantar su llanto, y su amigo le contó sobre un abogado que daba bebés en adopción. Gary dijo que nos daría mucho dinero si le dábamos a Emily. Yo le dije que no, pero no quería hacerme caso, por lo que me llevé a Emily y me fui—. Hizo una pausa por un momento, luego dijo, —no sabía adónde ir. Y luego como un milagro vi tu nombre en el periódico. No podía creerlo. No podía creer que eras tú. Pero fui a tu lugar de trabajo y te vi salir del edificio y sabía que eras tú, y sabía que era una señal de que debía llevar a Emily contigo.

—¿Por qué no golpeaste a la puerta? ¿Por qué te fuiste sin hablarme?— Él demandó.

—Iba a hacerlo, pero tenía miedo de que dijeras que no y no tenía otro lugar donde llevar a Emily. Eras mi última esperanza. De otra manera, hubiéramos pasado la noche en la calle.

—Sarah estaba golpeada—, Jonathan interrumpió. —Cuando la encontré estaba bastante maltratada.

—¿Ese bastardo te golpeó?— Matt preguntó de nuevo, dándose cuenta de que ella no había contestado la primera vez.

—Sí—, ella susurró. —Pero estoy bien ahora.

Durante un momento Matt estaba tan lleno de furia que sus palabras apenas se registraron, pero finalmente penetraron, y sabía que tendría que tratar con Gary más tarde. En este momento, se trataba de Sarah y Emily. —Cuéntame el resto. ¿Dónde fuiste después de que dejaste a Emily? ¿A la iglesia?

—Sí.

—¿Y has estado haciendo qué?

—Yo... he estado tratando de decidir qué hacer.

—¿Qué te parece ocuparte de tu hija?

Sarah se vio consternada por sus duras palabras, pero él no las retiraría. Necesitaban enfrentar la verdad.

—Quería hacerlo, Mattie. De verdad. Pero no tenía nada de dinero o un lugar para quedarme y ningún amigo. Era un desastre, y estaba avergonzada de que me vieras... de que me vieras actuar como...— Ella respiró hondo para armarse de valor. —Actuar como mamá. No quería que pensaras que había salido como ella, pero estaba aterrada de que lo hubiera hecho.

Matt sintió su enojo desvanecerse mientras sus palabras lo llevaban de vuelta a un tiempo cuando ambos habían estado avergonzados, ambos habían sido un desastre, ambos habían tenido miedo. Y suponía que en cierto modo, siempre había tenido miedo de terminar donde había empezado. Fue una de las razones por las cuales se había obsesionado con su carrera y se había mudado tanto, no se atrevía a sentar cabeza, tenía miedo de encontrarse solo en un apartamento sin ningún lugar a donde ir o nadie que lo cuidara.

—Estaba intentando ser una buena madre—, Sarah dijo, interrumpiendo sus pensamientos. —Antes de que Emily llegara, mantenía el apartamento limpio y tomaba vitaminas y bebía mi leche. Pero después de que nació, era tan difícil. Lloraba todo el tiempo, y estaba tan cansada que no podía pensar correctamente. Gary no me ayudaba para nada. Luego quería entregarla, y no pude hacer otra cosa que escaparme. Cuando te vi, sabía que cuidarías de ella por mí.

—¿Cómo pudiste saber eso?— Él murmuró.

—Porque siempre cuidaste de mí—, dijo simplemente, un destello de confianza brillando en

sus ojos que pensó que nunca vería otra vez, no después de la forma en que la había decepcionado.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Todavía lo recuerdo. Y todavía amo a mi bebé. Sé que tal vez no parezca así para ti, pero lo hice para proteger a Emily, para mantenerla a salvo, hasta que pudiera decidir la manera en que podría cuidarla yo sola.

—¿Razón por la cual estás aquí ahora?

—Sí—. Ella miró a Jonathan de nuevo. —He aprendido un montón sobre mí en la última semana. Y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para ser una buena madre para Emily—. Hizo una pausa, su mirada viajando hacia donde Caitlyn estaba tratando de hacer eructar a Emily. —¿Crees que puedo alzarla?

Matt titubeó, sin estar seguro de lo que debería decir. Caitlyn no se veía dispuesta a soltar al bebé, pero Sarah era la madre de Emily. ¿Cómo no la iba dejar alzar a su bebé?

—Claro—, dijo finalmente. —¿Caitlyn?

Ella dudó por un largo segundo, luego se puso de pie y caminó hacia Sarah, quien inmediatamente se paró y tomó a Emily en sus brazos.

Emily se fue hacia su madre con una gran sonrisa, viéndose como si acabara de llegar a la Tierra Prometida, y Sarah tenía la misma expresión de júbilo. Madre e hija estaban reunidas otra vez.

Cuando Matt se volvió hacia Caitlyn, vio un brillo en sus ojos y sabía que había visto lo mismo que él.

—Debería irme—, Caitlyn dijo abruptamente.

—¿En este instante?

—Sí.

—Ya vuelvo—, Matt dijo a Sarah mientras seguía a Caitlyn al pasillo. —¿Estás bien?

—No—. Ella levantó una mano mientras lo miraba con una expresión que era una mezcla de enojo, tristeza y resignación. —Esto no se trata de mí. Se trata de Emily, Sarah y tú. No me corresponde estar en el medio de esto.

—Yo te puse en el medio.

—Bueno, no intenté salirme con la suficiente fuerza. Pero ya es hora, ya es hora.

—Mantendré mi promesa. Sarah no se llevará a Emily hasta que esté seguro de que estará bien con ella.

Caitlyn asintió con la cabeza. —Sé que harás lo correcto, Matt. ¿Te das cuenta de que finalmente tienes a tu familia de vuelta? Has encontrado a Sarah. Y tienes a Emily ahora, también. Estoy tan feliz por ti.

Ella no sonaba feliz. —Deberías tratar de dormir un poco—, dijo él.

—Lo haré.

—Vendrás más tarde, ¿verdad?— Trató de que su pregunta sonara con voz casual, pero de repente necesitaba que le asegurara que volvería, porque ya no tenía una razón verdadera para volver.

—Claro, más tarde. Después de todo, sólo vivo al otro lado del pasillo. Somos vecinos, ¿te acuerdas?— La realidad de sus palabras lo cortaron como un cuchillo. Sin Emily presente, ¿serían otra cosa que vecinos?

Negando con la cabeza, volvió a su apartamento para encontrar a Sarah llorando por Emily. — ¿Está bien?— Preguntó preocupado.

—Conseguí que se durmiera—, dijo Sarah.

Matt sintió que eso era una victoria para Sarah, y apenas podía culparla por ese sentimiento de júbilo. —Deberías estar sonriendo entonces, porque el hacer dormir a tu hija es un logro asombroso. Créeme, yo lo sé.

—¿Lloró contigo, también?

—Todo el tiempo. Francamente, creo que le gusta el sonido de su propia voz.

—Pensé que era sólo conmigo. Y me sentía tan sola.

—¿No tenías amigos con quienes hablar?

—No. Nos mudamos mucho.

—De todas maneras, ¿qué estabas haciendo con un asqueroso como ese?— Él levantó una mano. —No importa eso. Tenemos mucho de que conversar.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? Me doy cuenta de que no te di la oportunidad de decidir cuando te dejé a Emily. Y me preguntaba después si te lamentabas de que te hubiera encontrado, si deseabas que me hubiera quedado perdida.

—¿Estás bromeando? He pasado los últimos trece años preguntándome qué te pasó, preocupándome por si eras feliz o si estabas a salvo o con problemas. Intenté encontrarte una docena de veces, contraté a investigadores privados, pero no podía encontrar ninguna pista. ¿Dónde estabas? ¿Dónde has estado viviendo todos estos años? ¿Fuiste adoptada? ¿Te cuidaron bien?— Las preguntas salían disparadas como balas de una pistola. —Lo siento—, Matt dijo apresurado. —No fue mi intención sonar como un interrogador. Simplemente que no puedo creer que estés parada frente a mí.

—No sabía que me estabas buscando, pensé que estabas enojado conmigo por haber iniciado el incendio, por quemar el único hogar que teníamos.

—No debería haber dicho eso. Eras una niña. No sabías lo que estabas haciendo.

Jonathan se aclaró la voz, y el pastor y Sarah intercambiaron una mirada que dejó la curiosidad de Matt en ascuas.

—¿Me perdí de algo?— Matt preguntó.

—Te voy a dejar a ti y a tu hermano para que hablen—, Jonathan dijo, poniéndose de pie. — ¿Te parece Sarah?

—¿Te vas?— ella preguntó consternada, la misma consternación que Matt había sentido con la partida de Caitlyn.

—Tienen mucho de que hablar. ¿Por qué no me llamas cuando terminas o si quieres volver a casa?

—¿Casa? ¿Dónde está tu casa?— Matt se dio cuenta de una mirada un poco culpable en los ojos de Jonathan. —¿Ella se ha estado quedando con usted y su esposa?

—No estoy casado, y ella se ha estado quedando en la habitación de huéspedes en mi casa. Aunque hemos hecho arreglos para que Sarah y Emily se queden en un hogar de transición a partir del lunes—. Jonathan se encontró con la mirada de Matt de frente, como si no tuviera nada que esconder. Matt todavía se preguntaba si había algo entre el pastor y su hermana que no se notaba. Pero esa era sólo una pregunta más de su larga lista, y tenía que tomarlas una a la vez.

Jonathan caminó hacia Sarah y le apretó la mano. —Tienes más valor y fuerza de lo que sabes.

Eso es lo que te trajo aquí. Escucha a tu corazón. No te llevará por el rumbo equivocado.

Matt vio un brillo nervioso en los ojos de Sarah después de que Jonathan se fue de la habitación. —Bueno, estamos sólo nosotros dos otra vez. Increíble. Oh, espera un segundo...— Caminó hasta su dormitorio y volvió con una cadenita dorada que había encontrado en su apartamento. —Creo que esto es tuyo.

La boca de Sarah temblaba mientras ella tomó la cadenita con el corazón de su mano. —No podía encontrarla cuando me fui. Quería buscarla, pero tenía miedo de que me fuera a tomar mucho tiempo.

—Me alegro de que lo hayas guardado todos estos años. Ahora, dime, ¿estás de verdad bien? — Miró a sus ojos para ver la verdad. Sarah no era tan fácil de leer como Caitlyn. Había sombras oscuras en sus ojos, sombras de dolor, engaño y la tristeza que él recordaba. Pero sus ojos también estaban despejados y atentos, no había indicios de drogas o confusión. Se veía como una mujer que sabía lo que quería.

—Estoy bien ahora que estoy sosteniendo a Emily otra vez.

—Puedes bajarla. O al menos siéntate; pesa bastante después de un rato.

Sarah aceptó su consejo y se sentó en el sofá, poniendo a Emily en una posición más cómoda en sus brazos. —Ella es lo mejor que nunca hice—, ella murmuró, mirando del bebé hacia Matt. —Y quiero que tenga una buena vida, mejor de la que tuve yo.

—¿Qué te pasó, Sarah? ¿Dónde te llevaron después del incendio?

—Me llevaron a un hogar de acogida, los Rodgers. Eran buenos. Tenían un montón de hijos adoptivos. Me quedé allí durante más o menos cuatro meses.

—¿Qué pasó después?— Ella desvió la vista, y a él no le gustó su expresión. Los músculos de su estómago se apretaron hasta el punto de que pensó que podría enfermarse.

—Mamá vino a la escuela un día y me dijo que íbamos a estar juntos otra vez.

Matt sintió su corazón dar un vuelco. —¿Mamá volvió para verte?

—Me dijo que íbamos a buscarte a ti también, pero nunca lo hicimos.

—¿Crees que lo intentó?— Matt trató de evitar que la pregunta se deslizara fuera de su boca, pero no pudo.

Los ojos de Sarah se tornaron más afligidos. —No lo creo, Mattie. Dijo que siempre le hacías recordar a papi y que eso la ponía triste. También dijo que la criticarías, y que eras casi un hombre de todas maneras. No necesitabas una madre.

Matt tuvo que darse la vuelta mientras luchaba por mantener sus emociones bajo control. No debería importarle que su madre hubiera vuelto por Sarah y no por él. Siempre había sabido que ella estaba disgustada con él por criticarla. No es que no hubiera suficientes razones para hacerlo. Pero aun así, era su hijo. Y podría haber ayudado. Podría haber cuidado de Sarah.

—Tal vez no debería habértelo dicho.

Él inspiró el aire y lo exhaló, preguntándose cuántas sorpresas venían a su encuentro. Había sido un infierno de mañana. —Me tomaste de sorpresa. Pensé que nuestra madre había desaparecido para siempre.

—No. Fuimos a Sacramento después de eso. Mamá encontró un nuevo novio. Su nombre era Tommy. Simplemente me ignoraba, pero no importaba, porque el siguiente tipo...— Ella se humedeció los labios. —Bueno, hubieron otros, muchos otros. Nos mudamos todo el tiempo, L.A., Las Vegas, Reno, luego de vuelta a Sacramento. Cuando tenía dieciséis, ella se fue y nunca más



volvió—. Hizo una pausa. —Solía pensar que eras mayor, Mattie, pero me di cuenta más tarde de que eras un niño igual que yo.

—No estoy seguro de que ninguno de nosotros fuera un niño. —¿Qué te pasó después de que se fue?

—Me quedé con amigos, algunas amigas, algunos novios—, ella añadió, mirando a sus ojos avergonzada. —Vi cómo mamá había sobrevivido e hice lo mismo.

Él negó con la cabeza, sintiendo tanto enojo, tanto arrepentimiento, que ni siquiera podía hablar.

—Es ahí cuando me di cuenta de lo mucho que me parecía a ella—, Sarah continuó. —Y cuando tuve a Emily, tuve miedo. Tenía miedo de perder el control como le pasó a mamá. Todavía puedo escucharla esa noche, los gritos, fuertes, cuando raspaba esos fósforos contra la caja, las chispas crujiendo, el humo volando a través del aire.

—¿De qué estás hablando?—, él insistió, de repente con temor porque sabía adónde se dirigía esta conversación.

—El incendio—, dijo ella, encontrándose con su mirada de frente. —Mamá empezó el incendio.

—¡No!— Él negó con la cabeza. —No. Ella no trataría de lastimarte.

—Yo me porté mal, Mattie. Jugué con sus cerillas.

—¡Oh, Dios mío!— Puso una mano sobre su boca, sintiéndose enfermo en su estómago y enfermo del corazón. Todos estos años que había pensado que Sarah había iniciado el incendio, pero en su lugar ella había observado a su madre tratar de quemar la vida de ellos.

—Pero, ella lo lamentaba. Me dijo más tarde que lo lamentaba y que no lo volvería hacer otra vez. Pero...

—¿Pero qué?

—Inició otros incendios, aquí y allá, la mayoría pequeños, creo, pero nunca sabía cuando escuchaba los camiones de bomberos cerca si mamá estaba involucrada. Una vez le pregunté, y ella se veía culpable y dijo que siempre se sentía mejor cuando las llamas bailaban.

Miró fijamente a los ojos de su hermana y se dio cuenta de que había sufrido mucho más que él. —¿Sabes dónde está ahora?—, le preguntó, de repente acordándose de la mujer que había visto esta mañana en el hospital.

Sarah se tensó de manera visible. —No lo sé. Pensé durante mucho tiempo que tal vez ella estaba muerta. Pero la semana pasada y esta mañana vi a alguien que me hizo recordarla. Fue tan extraño.

—Yo también—, dijo él apresurado. —En el hospital.

—Sí, en el hospital—, Sarah estuvo de acuerdo. —Y cerca de la iglesia.

—Y en nuestro viejo vecindario. Se veía como una persona sin hogar. Llevaba una regadera y...

—Tenía puesto un sombrero de paja como el que solía usar cuando el sol estaba muy brillante para su pálida piel. Odiaba quemarse.

Sus ojos se conectaron, sus expresiones reflejándose el uno al otro.

—¿Crees que realmente era ella?— Sarah preguntó.

—No pude ver su rostro. Intenté alcanzarla, pero desapareció.

—Yo también la perdí.

Matt parpadeó, otra cosa rara de repente se registró en su cerebro. —¿Estabas en el hospital esta mañana? ¿Por qué?

—Jonathan me llevó para hablar con una siquiatra amiga de él. Ella me ayudó a ver que tal vez estoy sufriendo de depresión postparto y que tal vez no sea como mamá.

—No lo eres—, Matt dijo forzosamente. —No eres para nada como ella. No estás drogada, por un lado. No tomas drogas, ¿no es cierto?

—No, nunca, honestamente. Aunque, solía beber, pero lo dejé cuando me quedé embarazada. Gary pensó que era una gran carga. Sé que debería haberlo dejado, pero era más fácil quedarme que irme. No era malo todo el tiempo. Y realmente no pensaba que me merecía algo mejor.

—Sí te lo mereces, mucho mejor.

—Mamá me hizo sentir como si fuéramos basura. Sólo vino a buscarme porque era más fácil para ella conseguir asistencia social con un hijo. Me usó, Mattie. No quiero hacer lo mismo con Emily. Prefiero dársela a alguien que criarla de la manera que nosotros fuimos criados.

Matt dejó escapar el aliento, su mente se tambaleaba con su historia. Todavía no podía creer que había estado con su madre por tanto tiempo. Pensó que todos se habían separado, pero él había sido el único por sí solo. Tal vez él había en realidad sacado la pajita más larga y nunca lo había sabido.

—No sé si puedes creerme—, dijo Sarah. —Pero voy a hacer las cosas bien.

—Te creo—, dijo él. —Y yo puedo ayudarte—. Podía protegerla ahora de la misma manera en que no había podido hacerlo antes. —Tú y Emily pueden quedarse conmigo—, dijo él decididamente, sintiéndose mejor ahora que se estaba haciendo cargo.

Sarah dudó. —Tal vez por unos días, Mattie, pero el lunes voy a mudarme al hogar de transición que Jonathan encontró para mí.

—Pero, ¿por qué?—, dijo él. —Yo puedo cuidarte.

—Lo sé, pero necesito hacerme cargo de mí misma y de mi bebé. No puedo seguir yendo de un hombre a otro, siempre buscando a alguien que me ayude a resolver algo. Si voy a ser una buena madre, necesito resolver mis propios problemas. No es que no esté agradecida. Sé que podrías estar de verdad enojado conmigo por haber dejado a Emily contigo. Trataré de pagarte.

—Eso no es necesario. Emily te trajo de vuelta a mí. Eso es todo lo que siempre quise.

Su boca hizo una mueca mientras luchaba por tener compostura, recordándole cómo se veía Emily cuando empezaba a llorar.

—Vaya—, dijo él rápidamente, sin estar seguro de que pudiera ver más lágrimas de cocodrilo hoy. —No te pongas toda sentimental.

Ella le mostró una sonrisa húmeda. —No te merezco.

—Diablos, tú mereces más que yo. Te defraudé al no creer en ti. Eso no ocurrirá otra vez.

—Me siento mucho mejor. Ya no voy a huír, Mattie. Lo sé ahora. No repetiré los errores de mamá. Ella me dijo una vez justo antes de que se fuera por última vez que nunca había sabido qué hacer con nosotros después de que papá había muerto. Y que algunas veces miraba al cielo y se preguntaba si él estaba mirándola y si estaba triste porque ella estaba arruinando su vida. Fue una de las pocas veces que parecía estar tan despejada y arrepentida. Y dijo, “Algún día serás feliz, Sarah. Algún día tú y Mattie estarán juntos y serán felices.” Se fue al día siguiente y nunca más la volví a ver. Después de eso me dejé llevar por la corriente para vivir su vida, pero eso se terminó. Voy a vivir el resto de mi vida de una manera diferente. Y voy a empezar ahora.

A él le gustaba su actitud positiva. —Estaré detrás de ti en cada paso del camino.

—Gracias—. Ella lo estudió por un momento. —Tu amiga, Caitlyn... es buena.

—Muy buena.

—Pero no le caigo bien.

—No es eso. Se encariñó con Emily. Es difícil para ella dejarla ir. Pero se acostumbrará—.

Al menos esperaba que lo hiciera. Porque sería lo suficientemente difícil despedir a Emily sin despedir a Caitlyn, también.

## Capítulo Veintidós

POSTERIORMENTE esa tarde Caitlyn tomó el teléfono y marcó un número. —Mamá—, ella susurró. Su voz estaba temblorosa, su interior todavía confundido por haber observado el futuro evaporarse ante sus propios ojos. Intentó convencerse de que debía mejorar su humor durante la mayor parte del día, pero el dolor no se iba, y ella no lo aguantaba más.

—¿Caitlyn? ¿Qué te pasa? Apenas puedo escucharte.

—Emily va a volver con su madre—, Caitlyn dijo sollozando.

—¿Es eso malo?— Marilyn preguntó después de una larga pausa.

—No va a ser mi bebé. No voy a ser su madre—. Dichas afirmaciones se derramaron de su boca, cada una lastimando su corazón un poco más.

—Oh, corazón, no sabía que te habías encariñado tanto.

—Nunca podré tener hijos—, Caitlyn dijo sin rodeos. No era como había pensado decírselo a su madre, pero salió, así sin más. Las palabras que había estado escondiendo durante un año y medio habían salido a toda prisa.

—Eso no es verdad, Caitlyn. Tendrás un bebé propio algún día. Puedes tener uno con Brian. O si de verdad no lo quieres a él, con algún otro.

—No lo entiendes, mamá. Tienes que escuchar con mucho cuidado en este momento, porque no creo que pueda decir esto otra vez. Nunca podré tener hijos—. Caitlyn dejó que las palabras penetraran. —El accidente hizo pedazos mis ovarios. Hubo daño permanente. Quería decírtelo antes, pero no podía—. Cerró sus ojos y trató de prepararse para la reacción de su madre.

—Dios mío, Caitlyn. ¿Por qué no dijiste algo? ¿Estás segura de ello?

—Estoy segura. Lo siento, pero no podrás ser abuela—. Las lágrimas corrían por sus mejillas.

—No puedo creerlo.

—Tienes que creerlo, porque es la verdad.

El silencio llenó la línea telefónica. —Bueno, bueno—, dijo su madre finalmente.

—No digas que puedes arreglarlo, porque no puedes hacerlo—, Caitlyn dijo, tratando de evitar escuchar sugerencias. —Nadie puede arreglar esto.

—¿Qué quieres que diga?— Marilyn preguntó cautelosamente, mientras madre e hija se metían en territorio no familiar.

—Nada. Sólo quiero que...— Caitlyn respiró hondo. —Sólo quiero que seas mi mamá.

—Iré a verte. Estaré allí en quince minutos.

—¿Y tus clases?

—Pueden esperar. Mi hija me necesita.

Y era verdad. Caitlyn colgó el teléfono y descansó su cabeza sobre sus brazos. Unos pocos minutos después escuchó un golpe en su puerta. Sabía que era muy rápido para que su madre viajara a través de la ciudad. Podían ser Brian o Matt, y no tenía ganas de hablar con ninguno de los dos.

Simplemente dejaría a quienquiera que estuviera golpeando a la puerta que continuara. No iba a contestar. Nada bueno pasaba por abrir la puerta. Había aprendido después de cometer el error.

—Caitlyn, vamos, abre. Sé que estás ahí—, Matt gritaba, golpeando sin cesar contra el marco de la puerta.

Caitlyn puso sus manos sobre sus oídos, intentado desesperadamente ignorarlo. No quería hablar con él, no quería verlo, no quería escuchar nada sobre él, o Sarah, o Emily, sobre la familia que tendría sin ella.

—No soy como Brian. No puedes simplemente decirme que me vaya y me iré. No me iré—. Los golpes fuertes empezaron otra vez, golpeando al mismo tiempo que el dolor en su cabeza. Finalmente, se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué quieres?

Él la miró fijamente, luego alcanzó con su mano para tocar su rostro. Ella se alejó de un salto; no pudo evitarlo. La idea del contacto con él era muy dolorosa.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

—Estoy bien. ¿Alguna otra pregunta antes de que te vayas?

—Sólo una—. Puso sus manos sobre su cintura y la atrajo fuertemente contra su pecho, aplastando su boca con la de él. Trató de resistirse, pero su beso fue como una apisonadora, tumbando cada pieza de su resistencia fuera del camino.

—Basta—, ella jadeó, alejándose de él.

—No soy el enemigo. ¿Por qué me tratas como tal?

—Sí eres el enemigo—, ella gritó. —Me hiciste creer en lo imposible. Me hiciste sentir cosas que no quería sentir. Derretiste el hielo alrededor de mi corazón y luego lo rompiste.

—No fue mi intención. Sabías que Emily tenía que volver con su madre. Sabías eso.

—Pero fui su madre en la última semana. Estaba allí con ella, contigo, en el tejado, en el coche, en la sala de emergencia. Y ahora simplemente tengo que alejarme, y decirle adiós y fingir que no la amo—. Su voz se quebró. —Pero la amo, Matt. La amo como si fuera mi propia hija. Y tengo que quedarme mirando como alguna otra mujer toma mi lugar.

—No es alguna otra mujer, es su madre. Su madre, Caitlyn—. Le dio una pequeña sacudida. —Emily necesita a Sarah.

—Ya lo sé. Lo sé—, ella añadió cuando él no pareció creerla. —Aun así duele.

—Déjame ayudarte con el dolor.

—No puedes.

—Sólo porque Emily se va de vuelta con Sarah no significa que tú y yo no...

Él titubeó por un segundo demasiado largo, un segundo muy elocuente. —¿Somos qué?—, ella preguntó. —¿No podemos ser vecinos? ¿Amigos? ¿Amantes? ¿Qué soy para ti, Matt? ¿Qué seré para ti sin Emily entre nosotros? Bueno, yo te diré lo que soy... nada. La única razón por la que cruzaste el pasillo fue para conseguir a alguien que cuidara del bebé. Ahora ya no tienes un bebé. No tienes una razón para venir aquí.

—Tal vez sea así como empezó, pero no es así ahora, y tú lo sabes—. Sus ojos se entrecerraron. —Estás buscando una razón para empujarme fuera de esa puerta. Igual que hiciste con Brian.

—No es lo mismo.

—Es exactamente lo mismo. Quieres que te diga que no fue nada. ¿Es así como te sientes, Caitlyn? Porque, ¿qué soy para ti sin un bebé? Contéstame eso. ¿Me quieres si no puedo ofrecerte un niño a quien cuidar?

—Eso no es justo.

—La vida no es justa. Tú lo deberías saber mejor que nadie.

—Creo que te odio—, ella le dijo con toda la pasión de su alma. Porque no solamente lo odiaba, lo amaba. Y lo odiaba aún más debido a eso.

—Cuando lo sepas, avísame. Si sirve de algo, eras todo, vecina, amiga, amante... todo. Pero no tengo un bebé para ofrecerte. Así que si no soy suficiente, entonces no soy suficiente.

—Y yo no tengo un bebé para ofrecerte a ti—, ella dijo, su corazón partiéndose en dos.

—No necesito tener hijos.

—No mientas, Matt. Te vi con Emily. Te vi actuar como un padre. Te vi enamorarte de ese bebé. No llegué hasta allí sola; tú fuiste conmigo—. Y ella vio la respuesta verdadera en sus ojos. —Pero la diferencia es, que tú puedes tener un bebé con otra persona. Y deberías hacerlo. Porque tú serías...— Se trancó con las palabras. —Tú serías un gran padre.

—Caitlyn...

—Vete a casa, Matt. Ya no puedo hacer esto—. Y ella le cerró la puerta en su cara, dejándolo donde debería haber estado todo el tiempo, del otro lado del pasillo.

\* \* \*

La madre de Caitlyn la convenció para que fuera a su casa y pasara la noche con ellos; y estando demasiado cansada de aferrarse a su independencia por un segundo más, Caitlyn estuvo de acuerdo. Necesitaba la distancia. No pensaba que pudiera aguantar ver a Matt o escuchar el llanto de Emily. Le dolería mucho. Por lo que empacó un bolso y dejó que su madre la llevara a su casa.

Dicho sea en su honor, Marilyn casi no dijo nada en el camino hasta allí, sólo reafirmando su apoyo. Ya en la casa, Caitlyn se excusó, subió las escaleras a su antigua habitación y se desplomó sobre la cama. Durmió durante cinco horas seguidas, despertándose un poco después de las nueve de la noche.

Por un momento, estaba desorientada por sus alrededores y la habitación oscura. Se encontró a sí misma buscando a Matt, escuchando al bebé, sólo para darse cuenta de que ninguno de los dos estaba allí. Todo lo que pudo hacer es envolverse con sus brazos y esperar que el escalofrío se desvaneciera en algún momento.

—¿Caitlyn, estás despierta?— Marilyn empujó la puerta para abrirla. —Pensé que te había escuchado moverte.

—Pensé que no había hecho ruido.

—Todavía tengo oídos de una madre—. Marilyn se sentó en el extremo de la cama de Caitlyn. —Me alegro de que me hayas llamado hoy.

—Gracias por venir.

—Gracias por pedírmelo.

Caitlyn jugó con la sábana de arriba, preguntándose si el sermón empezaría, las interminables sugerencias de cómo debería reparar su cuerpo, arreglar su pequeño problema, pero su madre permaneció extrañamente callada. Finalmente la miró, —¿Y bien?

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Me hicieron todo tipo de exámenes, mamá. Hasta obtuve una segunda opinión. No hay ninguna cura milagrosa. Simplemente no puedo tener bebés.

—No hay nada simple sobre lo que acabas de decirme. Sólo desearía que me lo hubieras dicho antes. ¿Por qué lo mantuviste en secreto?

—Me dije a mí misma que no quería que trataras de arreglarme y sabía que lo intentarías. Igual que como arreglaste todo el resto sobre mí, mi cabello, mis ojos, mis dientes, mi cuerpo.

—Caitlyn...

—No, espera, déjame terminar. En realidad, no es esa la razón por la cual no te lo dije. Sólo lo que me dije a mí misma. Las otras razones incluyen el no querer herirte, no querer decirte que no podrías tener nietos.

—Tú eres más importante que nietos.

—Bueno, tampoco esa fue la razón por la que no te lo dije.

—Santo cielo. ¿Me lo vas a hacer adivinar?

Su exasperación sacó una sonrisa renuente de Caitlyn. —No podía aceptarlo, mamá. Sabía que si lo decía en voz alta, si le decía a la gente, sería real, y no quería que fuera real, entonces fingí que no estaba allí.

—Y le dijiste a Brian que se fuera—. Marilyn asintió con la cabeza como si todo se hubiera aclarado para ella.

—Fue más fácil con Brian ausente. No había una boda que planificar, un futuro en el cual pensar, al menos ninguno que incluyera hijos. No quería lidiar con nada de eso. Pero eso cambió cuando un hombre golpeó a mi puerta una noche y me dijo que había un bebé en el pasillo.

—Matt.

—Matt—, Caitlyn hizo eco. —Su hermana había dejado el bebé, pidiendo ayuda. Es una larga historia, pero él no estaba seguro de dónde ella estaba o si iba a volver. Sabía que debería haber mantenido mi distancia. Pero le eché una mirada a ese bebé y me derrumbé. Me enamoré de Emily, perdidamente—. Ella negó con la cabeza por la desesperanza frente a ella.

—¿Estás segura que es Emily la única de quien te enamoraste?

—Claro—. Caitlyn desvió la vista de la mirada severa de su madre.

—Hemos llegado hasta aquí de lejos, Caitlyn. ¿No te parece que podrías decirme toda la verdad, especialmente si prometo no indicar por qué Matt es completamente inaceptable?

Caitlyn miró a su madre sorprendida. ¿Era ese un tono de voz burlón? ¿Había una sonrisa tratando de cubrir su expresión impasible? —¿Dije algo gracioso?— Caitlyn preguntó con sospecha.

—No. Nada es gracioso. Cuéntame sobre Matt.

—Es mi vecino.

—Y es muy apuesto con esas facciones duras, peligrosas, como de chico malo.

—¡Madre! ¿Qué sabes tú de chicos malos?

—Tengo experiencia. Y no soy ciega. Noté que Matt es un hombre muy atractivo y que ustedes dos no podían dejar de mirarse el uno al otro. En ese tiempo todavía tenía esperanzas de que tú y

Brian volverían a estar juntos. Me doy cuenta ahora de que no era posible. Ni tampoco Brian tenía una oportunidad.

—Brian es un buen hombre—, Caitlyn dijo, la verdad de esa situación ahora convirtiéndose en maravillosamente clara. —Pero no puedo casarme con él para hacerlos a ti y a papá felices, o siquiera a Brian feliz. No sería justo. No estoy enamorada de él. Y no soy la misma chica que él amaba.

—No, supongo que no lo eres.

—En cuanto a Matt...— Ella dejó escapar un largo y cansado suspiro. —Tal vez sea amor. No lo sé. No estábamos viviendo en la realidad. Emily era solamente prestada. Fue un error el empezar a pensar que Matt y Emily y yo éramos una familia. Me decía a menudo que debía recordarme que todo se terminaría. Pero cada momento fue tan maravilloso que no quería alejarme. Sabía que me estaba dirigiendo justo hacia el borde de un acantilado, pero no pude contenerme.

—Eso es amor, Caitlyn. Es una locura. Es una maravilla. Es loco y hermoso y peligroso, todo al mismo tiempo.

Caitlyn nunca había escuchado a su madre hablar con tanta pasión. —¿Es así como te sientes con respecto a papá?

—Todo el tiempo. El amor cambiará tu vida para siempre, y no te sirve de nada el fingir que desaparecerá porque tú quieres que así sea.

—Pero se terminó, mamá. Lo que sea que hayamos tenido se ha ido. Matt tiene la familia que había extrañado todos esos años, y ahora volveré a ser su vecina. No habrá ninguna razón para cruzar el pasillo, no habrá un bebé que lllore, ningún misterio que resolver, nada.

—¿Y el amor? Esa es una buena razón para cruzar el pasillo. ¿Estás segura de que Matt no se enamoró de ti de la misma forma en que te enamoraste de él?

Caitlyn sabía que Matt tenía sentimientos por ella, pero también sabía que estaban ligados con Emily. —Creo que le gustaba la manera en que formábamos una familia, porque extrañaba eso en su vida. Pero sin Emily, no sé qué somos el uno para el otro.

—Tal vez deberías averiguarlo.

—Pensé que habías dicho que Matt era completamente inaceptable.

Marilyn se rio. —Créelo o no, voy a dejar que averigües esto sola.

—Estás demasiado tranquila con respecto a todo esto—, Caitlyn dijo con sospecha. —¿Por qué?

—¿No piensas que una de nosotras debería estar tranquila? Me imaginé que en este momento probablemente debería estarlo yo.

—Aún siento el hecho de que no habrá nietos para ti.

—Oh, Caitlyn. Eres tú por la que me siento mal. Sé cuánto te gustan los niños. Pero hay otras opciones. Tal vez a medida que el tiempo pase, podrás reconsiderarlas.

—¿Adopción?

—¿Por qué no? Te enamoraste de Emily. Y ella no era tuya. No era de Matt, tampoco, pero eso no los detuvo a ambos de crear una familia. ¿Por qué no podrías hacerlo otra vez?

—Eso fue diferente. Matt no tuvo opción en esa situación, pero ahora tiene una opción. ¿Qué hombre no preferiría un bebé de sus genes, su sangre?

—El único quien puede contestar eso es Matt.



—No puedo lidiar con eso en este momento. Todo ha pasado tan rápido. Es demasiado. Necesito un descanso.

—Puedes quedarte aquí esta noche, Caitlyn. Pero mañana deberías irte a casa, porque ya sea que Matt está al otro lado del pasillo o al otro lado de la ciudad, no cambiará la forma en que te sientes con respecto a él. Y por más que quisiera arreglar esto para ti, me temo que la única persona que puede arreglar esto eres tú.

\* \* \*

El viernes por la mañana Sarah entró en la oficina de Jonathan con Emily en sus brazos. Ya se notaba un cambio, sus mejillas de un color rosa, sus ojos iluminados, su postura optimista. La reunión con Emily y su hermano habían hecho cosas maravillosas a la confianza en sí misma. Jonathan casi no reconoció a ese alma perdida que había forzado la entrada a su iglesia solamente una semana atrás.

—Hola—, dijo simplemente.

—Hola a ti. Te ves como que descansaste bien por la noche.

—Emily aún lloró, pero Matt se sentó con las dos, y me dijo que había estado llorando con él también. Luego me llevó al tejado de su edificio y Emily se calmó. Le gusta estar afuera.

—Nadie debería tener que cuidar solo de un bebé. Estoy contento de que ya no tengas que hacerlo.

—No quiero estar en el camino de Matt. Quiero poder hacer las cosas por mí misma. Es por eso que he decidido tomar ese lugar en el hogar de transición, si es que todavía hay lugar.

Le sonrió de una manera cálida. —Todavía hay lugar. Te ayudarán a cuidar del bebé y a encontrar un trabajo, y podrás hablar a otras mujeres que han estado en tu lugar.

—Eso será lindo—, replicó Sarah, pero el tono de su voz, la expresión en sus ojos, le decía que su cabeza ya estaba pensando en otra cosa. Pero, ¿de qué se trataba? No parecía poder leerla más. Había pasado de ser alguien que estaba herida y sin ayuda a una mujer que estaba lentamente tomando el control de su vida. Se preguntaba si habría un lugar para él en esa vida. No es que importara. Había hecho su trabajo. Sólo ahora se daba cuenta de cuán personal su trabajo había sido.

—¿Puedo seguir viniendo a verte?— Sarah le preguntó.

Sintió su corazón dar un vuelco. —¿Quieres hacerlo?

—Sí.

Sus ojos se encontraron con los de él, y vio cierta conciencia de sí misma que había empezado a crecer en los últimos días.

—Has sido un buen amigo para mí—, ella añadió. —Me gustaría ser una amiga para ti ahora.

—No estoy seguro de que pueda ser tu amigo.

La luz en sus ojos se desvaneció. —Oh, tal vez no.

—No porque no seas digna de ello. Eso no es—. Respiró hondo y pasó la línea que había eludido durante la semana pasada. —Es porque me gustaría que fueras más que una amiga.

—¿Es cierto?— La luz volvió junto con una lenta sonrisa de asombro.

—Sí.

—A mí también.

—¿De verdad?— Hizo una pausa, tratando de contener la alegría que corría a través de él. —

No quiero sacar ventaja de ti, Sarah. No quiero que confundas gratitud con otra cosa. Es por eso que no dije nada antes.

—Te estoy agradecida, Jonathan. No puedo evitarlo. Pero me gustas como hombre, no sólo como un pastor. De hecho, el tema de ser pastor me asusta, porque nunca he sido muy santa. Y tal vez un hombre bendito debería tener una mujer que ha vivido una vida mejor de lo que yo lo he hecho.

—No importa dónde has estado, lo que importa es adónde te diriges.

—¿Adónde nos dirigimos?—, ella preguntó esperanzada.

Él asintió con la cabeza pero había aún una preocupación en su corazón. —No sé dónde terminaré, Sarah. Si no vemos un milagro en el servicio del domingo, puede que me transfieran a otro lado. No quiero alejarte de tu hermano.

—Tal vez haya algún milagro el domingo. Estoy empezando a pensar que todo es posible—. Emily se despertó y se estiró en los brazos de Sarah. —¿No es ella hermosa, Jonathan? A veces la miro y me quedo completamente maravillada.

—Conozco el sentimiento. He estado maravillado desde que te encontré en mi iglesia. Le doy gracias a Dios por haberte enviado a mí.

—¿Estaría mal si te pregunto si puedo besarte?

—Nunca tienes que preguntar—. Se encontraron a medio camino, su boca cubrió la de ella con un suspiro de satisfacción. En unos pocos días tal vez no tendría una iglesia a la cual servir, pero si podía mantener a Sarah en su vida, no necesitaría a nadie más. Ya que ella le había enseñado a ver a la gente en vez de a la multitud, los rostros de las personas individuales en vez de las masas que una vez había anhelado predicar. Sabía cuál era su llamado ahora, porque finalmente había visto los árboles en vez del bosque.

## Capítulo Veintitrés

**E**L viernes antes de irse al trabajo, Matt había dejado a Sarah en la iglesia, donde planeaba pasar el día. Tenía el presentimiento de que volvería a perder a su hermana otra vez... por un pastor, nada menos. ¿Quién hubiera pensado que alguien dentro de esta familia disfuncional terminaría con un pastor? Los caminos del Señor eran sin duda misteriosos, pensó asombrado. Pero ahora que tenía a Sarah y a Emily de vuelta en su vida, no las dejaría irse lejos. Tenía una familia otra vez. Casi no lo podía creer.

Desafortunadamente, mientras intentaba alegrarse por haber descubierto una nueva historia, su mente seguía volviendo a Caitlyn, al terrible dolor que había visto en sus ojos. La había lastimado. Le había permitido acercarse demasiado a Emily. Aun después de enterarse de que no podía tener hijos, le había animado a que se encariñara, porque le gustaba tenerla cerca, no solamente encariñada con Emily, sino con él.

¿Y ahora qué?

Era la misma pregunta que Caitlyn le había hecho. ¿Podrían tener una relación sin Emily? Caitlyn pensó que solamente había necesitado de ella porque necesitaba una figura de madre para su sobrina. ¿Pero lo querría ella sin no venía con un bebé en sus brazos? ¿Había sido la atracción hacia Emily o hacia él? La respuesta lo evadió. O tal vez sólo tenía miedo de encontrarla.

Nunca había pensado mucho acerca de si quería o no tener hijos. El tener hijos siempre había estado en un horizonte distante, después de que encontrara a Sarah, después de que su carrera estuviera en marcha, entonces encontraría la mujer correcta. De repente, todo ello había vuelto a su lugar, y aquí estaba él, enfrentado a la posibilidad de amar a una mujer que no podía tener hijos.

El haber cuidado de Emily lo había convertido en un hombre de familia más de lo que nunca se hubiera imaginado, y sabía que no quería pasar su vida sin poder tener un bebé en sus brazos otra vez. ¿Pero tenía que tener un hijo de su misma sangre? Su línea de familia había sido lejos de ser estelar. Y había niños en el mundo que necesitaban hogares, bebés como Emily, chicos como Sarah que habían ido a hogares de acogida por un tiempo. Tal vez esos niños lo necesitaban a él. Tal vez necesitaban a Caitlyn, también. Tal vez todos se necesitaban unos a otros.

Se recostó contra su silla, sabiendo que el haber venido a trabajar había sido un paso inútil. No podía concentrarse. Por primera vez su vida personal era más importante que su vida profesional. Siempre se había definido como periodista. Ahora se encontraba a sí mismo queriendo otros títulos, títulos que pertenecían a hombres con esposas e hijos.

Matt levantó la vista, sacado de sus reflexiones cuando David se detuvo en su despacho, la corbata suelta alrededor de su cuello, las mangas enrolladas por encima de su antebrazo. —Me alegro de verte otra vez en el trabajo.

—Si lo llamas así.

—Te di varias pistas.

Matt se encogió de hombros. —Nada tan excitante.

—Entonces, hazlo excitante. Saca los trapos sucios a relucir. Perturba la paz. Haz lo que haces mejor.

Matt se pasó la mano por su pelo. —Ya no estoy seguro de lo que es eso.

—Ella realmente te arrancó el corazón, ¿no es cierto?

—¿De quién estás hablando?

—Sabes muy bien de quién diablos estoy hablando... Caitlyn, le chica con el cabello rubio y las gran...

—No lo digas. Ni siquiera pienses en hacerlo.

—Un poco posesivo, ¿verdad?

Matt trató de ignorar el comentario como completamente incorrecto, pero no lo era. No podía imaginar a Caitlyn con otro hombre. Lo cual le recordaba que Brian todavía estaba acechando cerca. Si Caitlyn iba corriendo hacia Brian... bueno, no quería pensar en ello. Se merecía alguien mejor. *Se merecía a él.*

—Eh, Matt, ¿dónde te fuiste?

Matt se sobresaltó cuando se dio cuenta de que David estaba tratando de llamar su atención. —¿Qué dijiste?

—Mira, ¿por qué no te vas a casa y te recompones? No eres bueno para mí de esta manera.

—¿De qué manera?

—Perdidamente enamorado—, David dijo con una amplia sonrisa. —Nunca pensé que viviría para ver cuando te derrumbaras.

—No me he derrumbado.

—Por completo.

—Bueno, tal vez no importe. No estoy seguro de que Caitlyn me quiera.

—¿Estás loco? La mujer no podía sacar sus ojos de ti la otra noche. Pensé que iban a prender fuego a la habitación por todas las chispas que había entre ustedes.

—Eso era cuando tenía un bebé para que ella amara. Ahora, ya no lo tengo.

—Entonces ten tu propio bebé.

—Ella no puede. Caitlyn no puede tener hijos.

La sonrisa de David desapareció. —Hombre, eso es duro.

—Y a ella le encantan los niños, también. Sería una madre fantástica.

—Tal vez podría adoptar.

—Tal vez—. Se puso de pie. —Tienes razón sobre una cosa, no soy bueno para nada hoy. Volveré el lunes—. Matt estaba por irse cuando un compañero de trabajo se detuvo en su despacho.

—Nuestra pirómana lo ha hecho otra vez, calle Chelsea. Alguien vio a una mujer irse del área. Connie está buscando información.

El cuerpo de Matt se tensó mientras una repentina, terrible posibilidad se le ocurrió. La calle

Chelsea estaba justo a la vuelta de la esquina de su edificio. —¿Cómo se veía la mujer?

David le envió una mirada curiosa. —Eh... ¿no está la calle Chelsea cerca de tu apartamento?

—¿Sabes como se veía la mujer?— Matt repitió.

—No hay descripción todavía.

Matt agarró sus llaves. —Dame la dirección.

El periodista recitó los números, y la ansiedad de Matt aumentó cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba de su casa. Por favor, que no sea una mujer con sombrero de paja y una regadera, murmuró en silencio mientras corría hacia su auto. Aunque tenía el mal presentimiento de que esto era otra vuelta hacia abajo en la montaña rusa a la cual él llamaba su vida.

\* \* \*

—Así que eso es todo—, dijo Jolie, pasando a Caitlyn otro Kleenex.

—Eso es todo—. Estaban sentadas en la habitación de atrás de Devereaux rodeadas de vestidos de novias y todo tipo de parafernalia de casamiento mientras una de sus asistentes trabajaba en el frente. Caitlyn acababa de contarle a Jolie toda la horrible historia... por última vez, ella esperaba. No había nadie más a quién contársela.

—Sabía que algo te molestaba, pero no sabía qué era. Pensé que tal vez Brian te había engañado.

Caitlyn negó con la cabeza. —No, él no hizo nada malo.

—Bueno, sí te dejó en el momento más pésimo de tu vida.

—Yo le dije que se fuera.

—Sí, sí, sí, pero es no significa que tenía que escucharte. Sé que te debes estar muriendo, Caity. Amas a los niños.

—Así es, pero no está escrito que ocurra. Ahora que lo he dicho cuatro veces en voz alta, no menos, estoy empezando a aceptarlo.

—Sabes, yo tendría un hijo por ti si tú lo quisieras.

Caitlyn se quedó boquiabierta. —¿Qué? ¿Estás loca? No podrías hacer eso.

—En realidad, podría. No querría criarlo, por supuesto, pero lo cargaría por ti.

—Vaya—. Caitlyn estaba asombrada por su oferta y cuando miró a los ojos de su mejor amiga, no vio otra cosa que amor y una necesidad de ayudar. —Eso es una sugerencia increíble, y realmente necesitaría pensar en ello largo y tendido, pero gracias. Eres maravillosa.

—Pero deberás ser mi esclava personal durante nueve meses.

—Estoy segura. Pero en este momento la conversación es prematura. No tengo en realidad una persona para el papel de figura de padre.

—Claro que lo tienes—. Jolie se rio con esa pequeña sonrisa que sabía que volvía a Caitlyn loca.

—No digas Brian.

—No lo soñaría. Nunca pensé que Brian era lo suficientemente bueno para ti.

—¿Ah, sí? Ibas a ser mi dama de honor y nunca dijiste nada.

—Porque te veías feliz. En retrospectiva, pienso que tuviste suerte de no casarte con él. Especialmente ahora que estás enamorada de Matt.

—No estoy enamorada de Matt.

—Estás tan enamorada de Matt.

—Tal vez sienta un poco de lujuria, pero eso es todo.

—Eso es una pendejada, Caity. Nunca en tu vida dormiste con un hombre que no te importara.

—¿Cómo sabes que me acosté con Matt?

—Porque te veías “amada” dos días atrás. Debo admitir que ahora te ves más deprimida, pero el amor y el dolor van de la mano.

—Lo pasamos genial juntos—. Caitlyn trató de sonar despreocupada. —Pero ya se terminó.

—¿Por qué tiene que terminarse?

—Porque Emily se ha ido.

—¿Y qué? Matt aún vive al otro lado del pasillo, tan atractivo como siempre. Francamente, pienso que ahora podrías divertirme aún más haciendo el amor sin una acompañante de dos meses de edad en la habitación de al lado lista para llorar a gritos en cualquier segundo.

—Pero Emily es la única razón por la cual Matt me pidió que fuera a su apartamento.

—Entonces invítate sola. Eres una mujer moderna, Caitlyn. ¿Vas a dejar que un pequeño pasillo se interponga entre ustedes?

—Querrá tener hijos. Lo vi con Emily. Fue un gran padre. No puedo darle eso.

—Esa es su decisión. Basta de intentar tomar una por él. Eso es lo que hiciste con Brian cuando lo dejaste que se fuera. Eso es lo que hiciste conmigo cuando no me dijiste la verdad. Deja que Matt decida por sí mismo si te quiere o no.

—No estoy segura de que pueda aguantar la parte de “o no”. Ya duele lo suficiente el haber perdido a Emily, y la he conocido durante una semana. ¿Cómo puedo arriesgar perder a Matt, también, si no ahora, en el futuro? Me va a doler aún más entonces.

Jolie tomó las manos de Caitlyn en las suyas. —Lo perderás si no le dices cómo te sientes. Eso es lo único que sé. Pero pase lo que pase, juntas lo sobreviviremos. Ahora, vé a casa y arregla tu vida.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Y dale a Matt mi cariño—, le dijo a Caitlyn con una sonrisa. —Pensándolo bien, sólo dale el tuyo. Será más que suficiente.

\* \* \*

Los camiones de bomberos estaban alineados en la cuadra, el humo tornaba el cielo negro, la ceniza volaba en el viento. Matt había intentado acercarse, pero la policía había mantenido a todos alejados. No había nada que pudiera hacer más que observar y asombrarse.

El fuego parecía ser un tema que corría por su vida, y la de Sarah también... el incendio que los había separado, el incendio al lado del salón de belleza y ahora un incendio prácticamente en el patio de atrás de su casa... ¿Estaba ocurriendo algo? O, ¿era esto nada más que una coincidencia?

—¿Matt?

Se volvió para ver a Jonathan y a Sarah caminar por la acera. Sarah tenía a Emily en sus brazos; Jonathan tenía su brazo alrededor de ambas. Matt sintió su cuerpo tensarse de celos. Ayer la familia había sido suya; suya y de Caitlyn. Ahora era Jonathan, Sarah, Emily. Se sorprendió por lo mucho que le disgustaba la idea, no por Sarah sino por él mismo.

—¿Qué ocurre?— Sarah preguntó.

—Un incendio en el edificio de apartamentos de la esquina.

—¿Qué estás haciendo tú aquí?

Matt miró a sus ojos y se dio cuenta de que ella sabía exactamente lo que estaba haciendo allí.  
—Sólo mirando.

—¿La viste?

—No, pero escuché que se vio a una mujer irse del edificio justo antes del incendio. No sé nada más que eso—. Hizo una pausa. —¿Qué estás haciendo tú?

—Quería decirte que puedo ir al hogar mañana. Se abrió un espacio antes de lo que habían pensado.

—Pensé que podías quedarte conmigo por unos días.

—No estaré lejos. Pero necesito hacer esto, Mattie. Es hora de que me haga cargo de mi propia vida.

Él lo entendía, pero no le gustaba. Sarah acababa de regresar a su vida, ahora se sentía como que se estaba yendo otra vez. Y mientras su expresión se dirigía hacia Emily, sabía que la extrañaría también, más de lo que nunca había soñado que fuera posible.

Mientras Matt miraba hacia otro lado, vio a Caitlyn parada cerca de la puerta principal, observándolos. No sabía si la mirada de anhelo tenía que ver con él o con Emily; era imposible decirlo, y su confianza en sí mismo recibió aún otro gran golpe.

Caitlyn se sobresaltó, de repente dándose cuenta de que la habían agarrado mirándolos fijamente.

—Hola—, dijo ella, su mirada extendiéndose a todos ellos.

Sarah y Jonathan la saludaron. Matt simplemente asintió con la cabeza.

—¿Ya tienen el incendio bajo control?—, preguntó ella.

—Parece que sí—, replicó él.

Y no había nada más que decir... sólo que había todo para decir. Simplemente que no sabía por dónde empezar.

—Quiero darte las gracias—, le dijo Sarah a Caitlyn. —Matt me dijo cuanto lo ayudaste, lo mucho que cuidaste de Emily.

—No fue nada. Es un buen bebé.

—Tengo suerte de tenerla. Y voy a trabajar duro para asegurarme de que ella también se sienta con suerte de tenerme a mí.

—¿Vas a irte a algún lado, entonces?— Caitlyn preguntó.

—A un hogar para madres solteras e hijos. Te ayudan a cuidar de los hijos y a buscar trabajo. Me voy a mudar mañana.

Caitlyn se humedeció los labios. —Espero que todo te vaya bien. Debo irme.

—Espera un momento, Caitlyn—, dijo Matt.

Ella se detuvo, pero no parecía que estuviera planeando quedarse. Antes de que pudiera pensar en algo para decir, su celular empezó a sonar. —Espera un momento—, le dijo mientras empezaba a alejarse.

—Winters.

—Creo que acabo de encontrar a tu madre—. Las palabras abruptas de Blake sorprendieron a Matt por completo. ¿Nunca dejarían de aparecer sorpresas inesperadas? No pensaba que podía recibir ninguna más.

—¿Dónde está ella?—, preguntó con cortesía sin estar seguro de que quisiera saberlo.

Excepto que sí lo quería, porque no podía seguir persiguiendo incendios, preguntándose si su madre los había iniciado, y no podía seguir persiguiendo ancianas con sombreros de paja sólo para echar una ojeada a una cara conocida. Tenía que terminarlo. Tenía que terminarlo ahora.

—Vamos a encontrarnos en Dolores Drive 472 en el sur de San Francisco. Toma la salida Orange Drive de la 101 y dobla a la derecha.

Matt no reconoció la dirección. —¿Es allí donde está viviendo?

—Sólo ven—, dijo Blake.

—Estaré allí en veinte minutos—. Cortó la llamada y se encontró con que los otros lo miraban expectativos. —Blake cree que ha encontrado a nuestra madre.

Sarah estaba horrorizada. —¿Estabas buscándola?

—Tengo que saberlo, Sarah. No puedo seguir preguntándome si va a aparecer en algún lado, especialmente ahora que sé que volvió para buscarte. Pienso que deberías venir conmigo. Pienso que todos deberían venir.

Caitlyn inmediatamente negó con la cabeza. —Esto es una cuestión familiar. No me necesitas.

—Sí te necesito—, dijo él, acercándose a ella para poder mirarla directamente a los ojos. Quería que ella viera cuán profunda era su necesidad. No podía hacer esto solo. La necesitaba a su lado. Tal vez era egoísta. Tal vez Caitlyn estaba preguntándose cuándo sería su turno alguna vez. Sólo esperaba que dijera que sí de todas maneras.

Ella titubeó, obviamente sin poder decidirse. —¿Es eso importante para ti?

—Más de lo que te pueda explicar.

—Está bien.

—¿Sarah?—, le preguntó volviéndose hacia su hermana.

—Si realmente sientes que tienes que verla, iré contigo. Pero no esperes mucho, Matt. No creo que haya mejorado con la edad.

\* \* \*

Veinticinco minutos después Matt llegó frente a la dirección que Blake le había dado. Los números negros estaban pintados grandes sobre la pared blanca frente al Cementerio Bayview. Matt se quedó atónito. No había esperado esto, no esto. ¿Su madre estaba muerta? No parecía posible. Pero por supuesto lo era. Sólo que la semana pasada pensó que la había visto. Pensó que había sentido su presencia en su vida otra vez.

Blake estaba esperando justo a la entrada de la verja. Hizo señas a Matt para que lo siguiera, luego se metió en su coche y los guió aproximadamente un kilómetro dentro del cementerio. Matt estacionó en el camino y se bajó, los otros hicieron lo mismo.

—¿Por qué no me lo dijiste por teléfono?— Matt preguntó a Blake. —Podría haber preparado a Sarah—. Y podría haberse preparado a sí mismo.

—No creerás esto—, dijo Blake. —¿Te acuerdas de la mujer que me dijiste que veías una y otra vez, la que tenía una regadera?

—¿Qué pasa con ella? Obviamente no era mi madre, si me vas a decir que está muerta.

—Sígueme—. Blake los guió a través un grupo de árboles. Justo en el otro lado había una tumba con una simple lápida y algo a su lado... una regadera.

Matt sintió su corazón dar un vuelco e instintivamente se agarró de Caitlyn, quien lo estabilizó poniendo su mano en la de él.



—Está bien—, ella susurró. —Puedes hacer esto.

Se acercó a la tumba, su mirada viajó primero hacia la regadera; era exacta a la que había visto a la mujer anciana llevar. Luego su mirada se trasladó hacia la lápida, donde leyó el nombre de su madre y las fechas de su vida, la última fecha un año atrás, casi justo un año por un día.

Matt se desplomó sobre sus rodillas en el suelo. Sarah se arrodilló a su lado. —No puedo creer que esté muerta—, dijo Sarah.

Inclinándose, Matt levantó la regadera. —Un jardinero probablemente la olvidó.

Sarah no le contestó mientras volvía su mirada hacia el cielo. Matt no pudo evitar hacer lo mismo, sin saber lo que estaba buscando, pero aun así se sintió obligado a mirar hacia arriba.

—Tal vez es una señal—, Sarah susurró.

—¿De qué?

—De que ella podría ser un ángel.

—¿Un ángel? Lo dudo. Si terminó en algún lado, sería en el infierno. Lo siento, Reverendo—, habló entre dientes, mirando atrás hacia Jonathan.

Sarah miró a Jonathan, también. —¿Crees que es posible? ¿Crees que mamá podría haber estado intentando compensarnos por todo lo que hizo reuniéndonos otra vez? La vi. Tú la viste también—, le dijo a Matt.

—¿Qué piensas tú?—, le preguntó a Caitlyn.

—Es raro que nunca la vi.

—Jonathan tampoco la vio—, Sarah añadió.

Los cuatro se miraron fijamente entre ellos, luego uno a uno sus miradas volvieron hacia la lápida.

—Bueno, al menos no nos tendremos que preocupar cada vez que escuchemos un camión de bomberos. Me pregunto quién la enterró—, Matt dijo mientras él y Sarah se ponían de pie. —Me parece que nunca lo sabremos. Me parece que nunca sabremos un montón de cosas.

—¿Puedes vivir con eso?— Caitlyn le preguntó. —¿Puedes vivir sin enterarte de todos los detalles?

Él pensó en su pregunta durante un momento. —Creo que puedo. Ya se terminó—. Miró a Blake. —Tenías razón. Tenía que ver esto por mí mismo.

—No creo que me necesites más—. Blake inclinó su cabeza para despedirse. —Nos vemos. Disfruta de tu familia.

—Lo haré—. Matt echó un último vistazo a la sepultura de su madre, luego caminó de vuelta hacia el coche. Sabía donde estaban todos ahora. Tal vez finalmente podía estar en paz.

\* \* \*

Caitlyn estaba contenta de haber ido con Matt al cementerio, contenta de verlo poner a descansar los últimos de sus demonios. Pero cuando caminaron por el pasillo al apartamento de Matt, ella sabía que no podía ir más lejos. Sarah, Jonathan, y Emily entraron al apartamento, dejándolos a los dos solos en el pasillo... otra vez.

—Aquí es donde todo empezó—, Matt dijo.

—Justo aquí.

—No quiero que se termine.

Ella no estaba segura de haberle escuchado correctamente. —¿Qué dijiste?

—No quiero que se termine, tú y yo, Caitlyn. Eso es lo que no quiero que se termine.

—No hay tú y yo sin Emily—, ella discutió, sintiendo que tenía que remarcarlo una última vez.

—Podría haber—. Se acercó hacia ella, poniendo sus manos sobre su cintura, quemándola al tocarla. —Fuimos buenos juntos aun cuando no estábamos cambiando pañales. Sé que sabes eso, aunque no quieras admitirlo. Congeniamos en un montón de niveles. Nunca he conocido a una mujer como tú. Nunca se me ocurrió que podía sentirme de la forma en que me siento contigo.

Ella se balanceó ligeramente, sin estar segura entre empujarlo o acercarlo. —¿Cómo te sientes tú?

—Te amo, Caitlyn—, dijo él de una manera lenta, deliberada, determinada.

Contuvo la respiración en su pecho. —¿De verdad?

—Sí. Amo la manera en que sonríes ante las pequeñas cosas tontas, la forma en que iluminas una habitación cuando entras, la forma en que insistes en ver el lado bueno de la vida y las personas y en mí. No sé si merezco tenerte, pero con seguridad te quiero. Ahora, dime tú como te sientes, y recuerda que no puedes mentirme. Puedo ver a través de ti.

Ella lo miró a los ojos y vio a un hombre que decía la verdad. ¿Cómo podía ella hacer otra cosa que no fuera lo mismo? —Amo la manera en que puedes leer mi mente, la manera en que no necesitas un libro para entenderme, la manera en que alientas mi confianza y me haces sentir más fuerte y más valiente de lo que nunca me he sentido en mi vida. Me encanta la manera en que me aceptas por lo que soy sin intentar cambiarme. Te amo, Matt, con todo mi corazón.

—Gracias a Dios—, él murmuró, presionando su boca contra la de ella.

Ella lo aceptó, bien adentro, en su boca, en su corazón, en su alma. Él estaba en todas partes, en cada molécula de aire que respiraba. El amor nunca la había consumido tanto. Y ella sabía sin dudas que estaban destinados a estar juntos.

—Veremos lo que hacemos con respecto a tener hijos—, Matt murmuró contra su boca mientras continuaba presionando besos por sus labios, su mejilla y ese lugar sensitivo detrás de su oreja. —Podemos adoptar. Hay cientos de niños allí afuera que necesitan el tipo de amor que podemos darle.

Ella apenas se alejó para poder mirarlo a su cara. —¿Estás seguro, Matt? Todo ocurrió tan rápido. No quiero que hagas promesas en este momento. Es suficiente el saber que me amas. El resto quiero que lo pienses. Si quieres hijos propios, deberías tenerlos.

—No tengo que pensar en ello, Caitlyn. Sé lo que quiero, y eres tú.

—Piénsalo de todas maneras—, dijo ella, poniendo su dedo contra sus labios cuando iba a interrumpirla. —No quiero que ninguno de nosotros tenga dudas. Quiero que vayamos lentamente.

—¿Cómo de lento?—, él le preguntó con una sonrisa sexy. —Porque, créeme, puedo ir tan despacio como quieras.

—Bueno, no tan despacio—, dijo ella mientras se reía. —Me vas a volver loca.

—Eso sería un placer. Ahora, en cuanto a nuestra siguiente cita...

—¿Vamos a salir juntos?

—Si vamos a tomarlo con calma, lo haremos. Nuestra siguiente cita oficial será el domingo por la mañana.

Sus ojos se entrecerraron. ¿Domingo a la mañana? ¿Qué pasará ese día?

—Ya verás.

\* \* \*

Caitlyn no podía creer que Matt la estaba llevando a la iglesia. Todavía estaba en estado de shock cuando entraron por las puertas de la iglesia de Jonathan dos días después.

—¿Este es el lugar donde querías venir para una cita?—, ella susurró.

Él le sonrió cariñosamente. —No estamos solamente para una cita, estamos en una misión. Me imaginé que la iglesia había salvado a Sarah, por lo que nosotros necesitamos salvar la iglesia.

Caitlyn asintió, habiendo escuchado a ambos, Jonathan y Sarah, hablar sobre los problemas de la iglesia durante el fin de semana. Pero Matt nunca le había mencionado ninguna misión hasta ahora.

—Espero que no te moleste, pero invité a tus padres y Jolie también.

Caitlyn se quedó boquiabierta otra vez mientras veía a sus padres hablar con Jolie. —¿Qué diablos te traes entre manos?

—Lo sabrías, Caitlyn, si alguna vez leyeras el periódico—, replicó él con una sonrisa petulante.

—¡Caitlyn!— Su madre vino corriendo hacia ella, dándole un abrazo de placer, seguida por su padre y Jolie, quienes estaban murmurando sus felicitaciones.

Caitlyn se volvió a Jolie cuando sus padres finalmente se distrajeron. —¿Viste el periódico esta mañana?

—Claro que sí—, Jolie dijo mientras se reía. —¿Tú no?

—No, yo no. Sabes que no leo el periódico.

—Y estás enamorada de un periodista... te debería dar vergüenza—. Jolie se alejó para hablar con más y más amigos, gente que Caitlyn no había visto en años.

—Matt es grandioso—, Jonathan le dijo, mientras se reunía con ella en la parte de atrás de la iglesia. —Él hizo lo que yo no podía hacer. Llenó la iglesia hasta el techo. Tal vez tengamos una posibilidad de salvarla.

—¿Cómo hizo eso?— Caitlyn preguntó.

—¿No leíste el periódico esta mañana?

—Bueno, basta. Voy a buscar uno ahora mismo.

—No tienes que hacerlo—, dijo Sarah, acercándose sigilosamente con Emily. Le dio a Caitlyn la portada del periódico.

Caitlyn casi tenía miedo de mirar, pero vio a Matt observarla y sabía que este periódico tenía que leerlo.

Y ahí estaba... en la esquina derecha inferior, donde Matt normalmente escribía sobre políticos y corrupción... una historia sobre una iglesia que necesitaba salvarse, una comunidad que necesitaba trabajar junta. Y al final del artículo corto, con letras en negrita grande, —*¿Te casarías conmigo, Caitlyn? Porque te amo, y si lo lees aquí, sabes que debe ser verdad.*

Sus ojos se nublaron con lágrimas de alegría. Un año y medio atrás pensó que su vida había acabado, pero ahora se daba cuenta de que era el nuevo comienzo que necesitaba. Había vuelto al punto de partida, más feliz ahora de lo que nunca había estado en su vida.

—Sí—, dijo ella, gritando a través del vestíbulo lleno de gente, mientras sacudía el periódico en su mano. —Sí, me casaré contigo.

Matt la tenía en sus brazos antes de que la última palabra cruzara sus labios. —No lo

lamentarás, Caitlyn. Te haré feliz. Lo juro.

—Pensé que íbamos a tomar las cosas con calma—, dijo ella con una sonrisa llena de lágrimas.

—He estado esperándote toda mi vida. No quiero esperar otro segundo. —¿Y tú?

—No, estoy segura. Me conoces mejor de lo que me conozco a mí misma.

—Me siento de la misma forma. No trataré de arreglarte, Caitlyn. Ni siquiera te haré leer el periódico.

—Ahora sé que me amas.

Él acunó su cara con sus manos y la miró profundamente a los ojos. —Nos encargaremos del resto cuando lo necesitemos. No lo digas—, dijo él, poniendo un dedo sobre sus labios. —Si decidimos abrir nuestras vidas a otra pequeña alma, decidiremos juntos cómo y cuándo y todo el resto. Pero la verdad es, que no necesito a nadie más, Caitlyn. Encontré mi media naranja en ti.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Eso es la cosa más linda que alguien me haya dicho.

—Eh, apenas estoy comenzando. Tengo facilidad de palabra, sabes.

—Facilidad conmigo—, dijo ella. —Y tú también eres mi media naranja, la mitad que es audaz y llena de actitud. Me haces querer extender mis alas y volar.

—Y tú me haces querer extender raíces. Estaremos bien juntos, Caitlyn. Tal vez no seamos como el final de un libro de cuentos—. Le sonrió con amor y gozo en sus ojos. —Pero tendremos algo maravilloso. Te lo prometo.

# Guía del lector

SI ha disfrutado de este libro y le gustaría hablar sobre él en su club de lectores, he incluido algunas preguntas que espero que inspiren una gran discusión. (A continuación de la Guía del lector, hay varios pasajes de algunos de mis otros libros.)

1. Muchos de los personajes en ALGO MARAVILLOSO crecieron con personalidades muy diferentes a las de sus padres. Caitlyn no comparte la naturaleza académica de sus padres. Jonathan no tiene el talento de su padre en el púlpito. Matt no es nada parecido a su perdida, en absoluto buena madre, y tampoco lo es Sarah.

¿De qué manera eres diferente a tus padres y de qué manera son tus hijos diferentes a ti? ¿Hay ciertos rasgos de tu personalidad que quieres o no quieres compartir con los miembros de tu familia?

2. Caitlyn no puede imaginarse el tipo de madre que abandonaría a su bebé, y Caitlyn y Matt discuten si Emily le pertenece en realidad a su madre, quien la abandonó. Incluso Sarah se pregunta si ella sería la mejor persona para criar a Emily, antes que Matt u otra persona.

¿Crees que Sarah hizo lo correcto al dejar a Emily con Matt? ¿Qué le hubieras aconsejado a Sarah que hiciera o qué hubieras hecho en su lugar? ¿Se le debería haber devuelto Emily a Sarah?

3. Pauline, la secretaria de la iglesia, dice a Jonathan, —Puedes ayudar a muchas más personas si te quedas arriba del acantilado tirando cuerdas, que si te metes en un hueco para salvar un alma, un hueco del cual tal vez nunca puedas salir otra vez—. Los miembros del consejo están considerando cerrar la iglesia debido a la poca participación aunque Jonathan argumenta que incluso el salvar un alma vale la pena el precio.

¿Crees que es mejor tirar una cuerda de salvamento a muchos o personalmente ayudar a una persona que lo necesita? ¿Causa una acción mayor bien que la otra? ¿Cómo has ayudado tú a alguien? ¿Alguna vez has ayudado a alguien a expensas de ti mismo? ¿Hay un costo compensativo a determinar por salvar una vida humana?

4. El prometido de Caitlyn, Brian, la dejó para buscar una oportunidad de trabajo, la cual ella

le alentó a tomar aunque lo llevaría al otro lado del país mientras ella se estaba recuperando de una lesión.

¿Culpas a Brian por haber dejado a Caitlyn? ¿Crees que Caitlyn tiene derecho a estar enojada con Brian dado que ella le dijo que se podía ir? ¿Alguna vez le dijiste a alguien que hiciera algo que en realidad no querías que hiciera? ¿Te enojaste si hicieron lo que les habías dicho? Si es así, ¿por qué? ¿Es esta una reacción justificada?

5. La siquiatria de Sarah dice, —A veces los monstruos que creamos en nuestra mente son mucho más poderosos de los que realmente existen—. La madre de Matt y Sarah era una mujer muy enferma que no recibió la ayuda que necesitaba para su problema, y el espectro de su enfermedad ha dejado un impresión inquebrantable en sus hijos.

¿Qué “monstruos” de tu niñez aún te afectan hoy en día? Siendo un adulto, ¿te dan más o menos miedo de lo que te causaron cuando eras un niño o niña?

Espero que todos hayan disfrutado de ALGO MARAVILLOSO. Si le gustaría imprimir esta Guía del lector, sírvase visitar mi [website](#).

# Ejemplar de muestra: EL REGALO DE DANIEL

## Capítulo Uno

—Quiero conocer a mi papá—. Danny, de doce años, estaba parado en la entrada de la cocina, su cabello rubio despeinado por acabarse de levantar, sus ojos somnolientos pero decididos.

El vaso con jugo de naranja se resbaló de la mano de Jenny y se estrelló contra el piso.

—¿Tu padre?

—Quiero hablar con él, mamá.

—Danny...

—Quiero preguntarle si alguna vez jugó como parador en corto. Quiero saber cuánto medía cuando tenía mi edad. Quiero saber cuándo empezó a afeitarse—. Un rizo de cabello cayó sobre su ojo derecho y él lo apartó de su cara con disgusto. —Quiero saber si su cabello es ahora lacio.

—Danny, por favor—. Jenny negó con la cabeza en desesperación. —Hemos hablado sobre esto antes. Sé cuán difícil es para ti entender que este hombre no quería tener un hijo. Tal vez cuando seas más grande...

—Ya soy lo suficientemente grande. Soy su hijo. Él debería conocerme.

El mentón de Danny sobresalió para mostrar su obstinación, lo cual era igual que su padre... si solamente él lo supiera. Un repentino dolor atravesó el corazón de Jenny.

Ella caminó hacia la encimera, dándose tiempo para pensar. Dos rodajas de pan de trigo saltaron de la tostadora. Ella las untó con manteca, las puso sobre un plato y volvió a la mesa con una sonrisa suplicante. —Come tu desayuno. Hablaremos sobre esto cuando vengas de la escuela.

—No tendrás tiempo para hablar después de la escuela. Estarás en el trabajo. Siempre estás en el trabajo.

—Lo siento, pero hago lo mejor que puedo, Danny. Pienso que podrías ser un poco más comprensivo.

—La mamá de Rob se queda en la casa todo el día. Y su papá lo llevará de campamento este fin de semana—, dijo Danny, presentando un desafío que era imposible de ganar.

—¿Estás tratando de hacerme sentir culpable a propósito? Hago lo mejor que puedo. ¿Qué quieres que te diga?

—Nada. Olvídalo—. Danny se deslizó de su silla.

—¿No vas a comer?

—No tengo hambre.

Jenny suspiró mientras Danny se iba de la cocina. Ella odiaba decepcionarlo, pero es lo único que parecía estar haciendo últimamente. Trabajaba ocho horas al día en el Mercado McDougal, estaba tratando de empezar un negocio de alhajas, aparte de mantener la casa, la cocina, y la limpieza, lo que no dejaba mucho tiempo disponible para jugar.

Tomó una esponja, limpió el desastre del piso y preparó el almuerzo de Danny. Cuando se dirigió a la sala de estar, él estaba poniendo su tarea en su mochila con una expresión tan angustiada que parecía más un niño de seis años que de doce.

La expresión de su boca caída capturó el corazón de Jenny. Le hizo recordar tiempos más fáciles, cuando Danny no pensaba más allá que en su próxima galleta. Estaba creciendo rápido, muy rápido, haciendo preguntas que ella no quería contestar, ansioso tener cosas que no podía tener... como su padre.

Estaba perdiendo a su hijo, su bebé, y no podía soportar dicho pensamiento.

—Corredor en primera—, dijo Jenny.

Danny dirigió su mirada hacia ella. —¿Qué?

—Corredor en primera. Dos fuera. Dos strikes, una pelota. ¿Cuál es el lanzamiento?

Una sonrisa renuente se extendió en la cara de Danny. —Bola rápida.

—¿Sin curva?

Negó con su cabeza. —Tira un poco de humo, mamá.

Jenny se puso en posición de lanzar, la bolsa del almuerzo de Danny apretada en su mano.

—El corredor agarra. El bateador se da vuelta. Ella tira—. Jenny lanza la bolsa a través de la habitación.

Danny la agarró y la dejó caer en el piso, tocando a un corredor imaginario. —Estás fuera.

—Buen juego.

—Buen lanzamiento... para una muchacha.

Jenny caminó hacia Danny y acomodó un mechón de cabello que sobresalía en la esquina de su cabeza.

Le quitó la mano. —Ah, mamá.

—¿Me das un abrazo de despedida?— preguntó con ansia.

Danny puso los ojos en blanco, pero le permitió un abrazo rápido. No era suficiente. Tuvo suerte de conseguir eso.

Danny se detuvo en la puerta de entrada. —¿Podemos ir al centro comercial este fin de semana? Quiero comprarte un regalo para tu cumpleaños.

Jenny observó a su hijo durante un largo rato, sin estar segura de si debería sentirse halagada por su consideración o impresionada por su habilidad de manipularla. El gesto de la esquina de su boca lo delató. —Buen intento, chiquito. ¿Está de liquidación el Mundo de deportes?

—Ahora que lo pienso...

—Veremos.

—Eso significa no.

—Significa, veremos. Puede ser que Alan venga con nosotros.

Danny hizo una mueca a la mención del novio de Jenny. —Olvídalo.



—Vamos, Danny, dale a Alan una oportunidad. Él lo está intentado.

—Sí, claro—. Danny levantó sus jeans azules demasiado grandes bajo su demasiada grande camiseta y se puso hacia atrás su gorra de béisbol de los Giants de San Francisco.

Jenny le dirigió una mirada cariñosa. Aún cuando su ropa era atroz y su actitud aún peor, era su hijo, y bajo esa armadura adolescente yacía un corazón tierno y cariñoso. Tenía que recordarlo.

—Tú no entiendes lo que pasó con tu padre, ¿verdad?— preguntó.

Danny la miró a sus ojos. —No, no entiendo. Tengo el derecho de conocer a mi padre. Se supone que los hijos deben tener un padre y una madre.

—Desearía que esto hubiera sido diferente.

—¿No quieres saber lo que le pasó a papá? ¿No te importa para nada?— Danny no esperó una respuesta. Corrió escaleras abajo, por el pasto, y desapareció de su vista.

\* \* \*

Jenny caminó hacia la acera para recoger el periódico. La calle estaba silenciosa y tranquila, justo a una cuadra del Océano Pacífico. Era un vecindario de gente trabajadora con casas de un piso, patios limpios, y montones de bicicletas, patinetas y pelotas de fútbol para mantener a los niños contentos. No había mucho dinero en esta parte de la ciudad, pero sí mucho orgullo y mucho amor.

Cuando giró para volver a su casa, Jenny vio a su anciana vecina Grace Patterson trabajando en el jardín.

Grace tenía un sombrero de paja de borde ancho para proteger del sol su piel envejecida y un par de guantes gruesos y sucios en sus finas manos. A pesar de su avanzada edad, en sus setenta, Grace todavía trabajaba en su jardín, horneaba galletas para los chicos del vecindario y cuidaba de Jenny y Danny. Ella era una de las razones por la que a Jenny le gustaba vivir en Bahía Half Moon, una pequeña comunidad de la costa sur de San Francisco. La gente aquí cuidaba la una de la otra. Más que vecinos, eran amigos.

—Buenos días, Grace—, dijo Jenny.

Grace levantó la mirada y saludó con la mano. —Buenos días. ¿Cómo estás?

—Llegando tarde.

—Como siempre—. Con la cabeza señaló hacia la calle. —Danny se fue corriendo muy apresurado. ¿Está todo bien?

—Es casi un adolescente.

—No necesitas decir otra palabra—. Grace se rió mientras se levantaba y caminaba hacia la cerca de alambre que separaba los dos patios. —¿Te puedo ayudar con algo?

—No en este momento, pero gracias por la oferta.

—Simplemente recuerda que todos los niños crecen.

—Trataré de recordarlo. Que tengas un buen día.

—Tú también.

Jenny regresó a su casa y se preparó para ir a trabajar. Ella esperaba que Grace tuviera razón, que el problema con el padre de Danny, Luke Sheridan, simplemente desapareciera con el tiempo.

Esta noche volvería a casa temprano del trabajo y sorprendería a Danny. Irían a comer una pizza y a ver una película. Se olvidaría de su padre... y ella también.

\* \* \*

Eran las cinco pasadas esa noche cuando Jenny regresó a casa esa noche. Llamó a Danny mientras dejaba su cartera en la encimera de la cocina. No hubo respuesta. Cuando se dio vuelta, vio una nota.

El papel estaba prendido al refrigerador con un imán anaranjado en forma de calabaza que había sobrado de Halloween. Estaba al lado de un cupón por dos dólares para una pizza de pepperoni y el boletín de la asociación de padres de alumnos. La palabra garabateada en el frente decía "Mamá".

No había nada de amenazador en el pedazo de papel, sin embargo, tan pronto como Jenny lo vio, sabía que algo andaba mal.

Si existía en realidad tal cosa como la intuición de una madre, ella lo tenía en este momento. Cada nervio de su cuerpo temblaba. La piel de gallina le recorrió por debajo de sus brazos produciéndole un temblor que le sacudió su cuerpo delgado. En la distancia podía escuchar el sonido de las sirenas que crecía en cercanía y en volumen, reforzando su sentido de desastre. Danny nunca salía después de la escuela, no sin preguntar antes. Haciendo fuerza para mover sus pies, Jenny caminó hacia el refrigerador y tomó la nota. Lentamente, la abrió.

*Mamá,*

*He ido a buscar a papá.*

*Sé que no me quería cuando nací, pero tal vez me quiera ahora. Soy un buen jugador de pelota. No te enojas. La hermana de Christopher nos llevará. Volveré en autobús.*

*Danny*

¿Su papá? ¿Iba a ir a ver a su papá? ¿Cómo es posible? Danny no sabía dónde vivía Luke. A menos que...

Jenny se apresuró a salir de la cocina, pasó por el pasillo y fue hacia su habitación. Abrió la puerta de su armario y se paró de puntillas para alcanzar la caja de zapatos que estaba detrás. Sus manos no tocaron más que el aire. El estante estaba vacío.

Con desesperación, corrió hacia la habitación de Danny. Arriba de su cama medio arreglada, al lado de una pila de tarjetas de béisbol y la mitad de una rosquilla de chocolate, estaba su caja de memorias.

Había sido una idea estúpida guardar cualquier recordatorio de Luke, pero había encontrado imposible deshacerse del pasado. Tenía fotos de sus días juntos en el playa, cartas de amor y su diario íntimo, en cuyas páginas había derramado toda la alegría de su amor, el pánico de su embarazo y la tristeza de su ruptura.

Danny lo había encontrado todo, inclusive el artículo del periódico que había cortado el mes pasado, anunciando el regreso de Luke al área de la bahía. No le llevaría mucho tiempo a Danny encontrar la dirección exacta. Su hijo era tan inteligente como determinado.

¡Maldita sea! Tendría que haberlo sabido. Durante el mes pasado, Danny había preguntado sobre su padre con tanta persistencia, rogándole que llamara a Luke. Ella había rehusado hacerlo, con la esperanza de que el interés de Danny disminuyera, hasta que fuera más maduro, menos vulnerable... hasta que ella fuera capaz de volver a ver a Luke.

Danny había tomado la decisión por su cuenta.

Jenny se hundió en la cama de Danny mientras abrazó con fuerza la almohada contra su pecho.

Olía a su hijo, a galletas Oreo, medias sudorosas y pelotas de béisbol viejas. No importaba cuán grande Danny pensaba que era, en realidad seguía siendo un niño.

¿Qué pasaría si Luke rechazaba a Danny? ¿Lloraría o fingiría ser un muchacho grande a quien no le importaba?

Jenny clavó su mirada en el techo y escuchó el silencio.

Era un silencio inquietante, espeluznante. A Danny no le habría gustado. Odiaba estar solo en la casa y a menudo estaba solo, lo había estado en los dos últimos años porque su mamá estaba trabajando.

Sentimientos de culpa, enojo, y miedo la recorrieron, cada uno de ellos retorciendo su estómago en un nudo ajustado. Danny era lo más importante de su vida. No podía perderlo... ni siquiera por su padre. Él era de ella, solamente de ella. Simplemente tenía que encontrar a Danny y convencerlo de que no necesitaba a ninguna otra persona más que a ella, ni siquiera a Luke Sheridan.

\* \* \*

—El área de la Bahía le da la bienvenida al Doctor Luke Sheridan, quien se ha desempeñado más recientemente el puesto de Director del Centro de Investigación y Desarrollo de McAuley Perkins. Sheridan asumirá el mando de Sheri-Tech, la compañía biotecnológica fundada por su padre, el Doctor Charles Sheridan. Se anticipa que Sheri-Tech introducirá una nueva droga este año que reconstruirá el tejido de la piel dañada en pacientes con quemaduras.

Malcolm Davis tiró el periódico en el escritorio con gran efecto. La redondez de su cara irradiaba emoción por el éxito de su comentario en la Reseña de San Francisco.

—Buen trabajo, Malcolm—. Luke levantó su botella de Perrier en un brindis silencioso.

—¿Qué puedo decir? La prensa adora tu larga lista de carreras y tu éxito en McAuley. La conexión con tu brillante padre hace que esta historia sea imposible de resistirse.

Luke se recostó contra la silla de cuero demasiado grande, detrás de su escritorio. La silla había pertenecido a su padre, al igual que todo lo demás en la casa y la oficina de Luke. Era demasiado grande, demasiado dura, demasiado implacable en su textura. Se hizo una promesa silenciosa de deshacerse de ella el lunes.

Luke cambió de posición mientras miraba a Malcolm. —¿Cuánto tiempo has trabajado para mi padre?— le preguntó.

—Casi ocho años. ¿Por qué?

—¿Crees que te gustará trabajar para mí?

Malcolm le dirigió una mirada extraña. —Espero que sí.

—No soy mi padre.

—Nunca pensé que lo fueses.

—¿De verdad? Debes de ser el único que piensa así.

Malcolm juntó sus papeles, y Luke giró su silla para que pudiera ver hacia afuera de la ventana. El complejo de Sheri-Tech estaba asentado en la orilla de la Bahía de San Francisco en Oyster Point, unos pocos minutos al sur de San Francisco. Desde este ventajoso punto podía ver el Bay Bridge en la distancia y las luces encendiéndose en Oakland al otro lado de la bahía, haciéndole recordar que era hora de ir a casa y celebrar su aniversario de bodas.

Sin embargo, titubeó por un momento. En los últimos años había empezado a sentirse más

cómodo en el trabajo que en su casa. Era más fácil centrarse en problemas concretos de negocios que lidiar con el sentimiento inevitable de inquietud que impregnaba su vida familiar.

La felicidad se encontraba en las cifras negras de los informes de ganancias y pérdidas, no en los brazos de su esposa o en la gigantesca casa que sus padres le habían dejado. Le faltaba algo más. Algo importante, vital. Dichoso sería si supiera lo que era. Todo lo que había planificado era ahora de él. Tendría que estar extasiado. Sin embargo, en su lugar se sentía... solo.

Malcolm lo rodeó situándose en frente de él y se recostó contra la pared. Era un hombre bajo, calvo, lleno de energía. Incluso ahora tamborileaba con sus dedos contra la pared en un ritmo impaciente mientras estudiaba a Luke con sus agudos y perspicaces ojos.

—Bien, ¿qué te ocurre?— Malcolm preguntó.

—Nada—. Dijo Luke encogiéndose de hombros.

—Inténtalo otra vez.

—Toda mi vida he sentido la maldición de desear más de lo que tengo. Quiero sentirme satisfecho.

—¿Satisfecho? Eso suena como a medias viejas y a programas de juegos en la televisión. Estás viviendo la buena vida, Luke. Estás dirigiendo el partido. El mundo está a tus pies.

—Claro—. Luke se acomodó su corbata alrededor del cuello.

—Llevaré a Stan Polleck de Genesys a nuestra fiesta esta noche. Él está muy interesado en vendernos su compañía. Espero que a Denise no le importe si mezclamos negocios con placer.

—Por supuesto que no. Ella es más ambiciosa que yo. De hecho, a Denise le gustaría ver a Sheri-Tech apoderarse de Genesys. Sin duda alguna nos convertiría en el jugador más importante en el área de investigación genética. También le gustaría ver que la compañía saliera a bolsa—. Luke sonrió con sarcasmo. —Ella piensa que una salida a bolsa aumentaría nuestra cuenta bancaria.

—Sin duda que lo haría. Pero perderías un poco del control.

—Exactamente.

Sonó el teléfono ubicado en el aparador. Malcolm contestó y le pasó el auricular a Luke.

—Scott Danielson.

Luke tomó el teléfono. —Scott. ¿Cómo estás?

—Bien. Me preocupé cuando Denise faltó a su cita hoy. Espero que no sienta efectos secundarios.

Los músculos del cuerpo de Luke se endurecieron mientras él trataba de descifrar las palabras que estaba escuchando del ginecólogo de Denise. —No sabía que Denise tenía una cita contigo hoy.

—Una cita de seguimiento después de haber recibido una ligadura de trompas es una práctica común, viejo amigo, o ¿has estado fuera de la práctica de medicina por tanto tiempo que lo has olvidado?

¿Ligadura de trompas? ¿Cita de seguimiento? ¿Denise se había hecho una ligadura de trompas? Eso era imposible. ¿Cuándo?

En el fondo de su mente, Luke recordó el viaje inesperado de Denise a la casa de su madre un mes atrás. Se había ido por cuatro días.

No. Denise se lo hubiera dicho. Lo hubieran discutido juntos. Él le hubiera dicho no en absoluto. Él quería tener hijos, claro que sí. De hecho, justo el otro día había decidido que era un

buen momento de tener un bebé en la familia.

—Luke, ¿estás ahí?

—Sí. Le diré a Denise que llame a tu oficina.

—Siempre y cuando esté bien.

—Lo está—. Dijo Luke y colgó el teléfono.

Malcolm le dirigió una mirada de preocupación. —¿Está todo bien?

—Tengo que irme a casa.

—¿Una hora antes? ¿Alguien se murió?

—Todavía no—. Luke recogió su maletín y salió por la puerta.

### El Regalo De Daniel

## SOBRE EL AUTOR

**B**ARBARA FREETHY ha sido número uno en ventas de la lista del New York Times, una distinción que recibió por su novela, SUMMER SECRETS. Sus 28 novelas se extienden desde el romance contemporáneo hasta el romance de suspense y ficción para mujeres, y algunos de sus títulos aparecieron en primer lugar de la lista de los 100 libros más vendidos de Barnes and Noble, inclusive DON'T SAY A WORD y ALL SHE EVER WANTED. Otros títulos han hecho su aparición en las listas del New York Times y USA Today Bestseller. Sus libros han ganado numerosos premios: ella ha sido finalista cuatro veces del RITA por mejor novela de romance contemporáneo de los Escritores de Romance de América (en inglés Romance Writers of America). Su libro DANIEL'S GIFT ganó este honor y también tuvo la posibilidad de convertirse en una película de televisión.

Conocida por sus historias emotivas e irresistibles de amor, familia, misterio y romance, Barbara disfruta escribiendo sobre gente común envuelta en aventuras extraordinarias. Actualmente se encuentra escribiendo una serie contemporánea para libros de bolsillo titulada ANGEL'S BAY y ambientada en la costa ficticia de California. El último libro de la serie, GARDEN OF SECRETS, saldrá a la venta en septiembre de 2011. También está escribiendo un libro que se pondrá a la venta como libro electrónico en el otoño.

Barbara ha vivido por todo el estado de California y en la actualidad reside en el norte de California, donde obtiene mucha de su inspiración en la hermosa área de la bahía. A Barbara le encanta escuchar sobre sus lectores, así que no dude en escribirle.

Para obtener una lista completa de sus libros, como así también de extractos y concursos, y para conectarse con Barbara:

Visitez Su Sitio Web

Visitez Su Facebook

Visitez Su Twitter